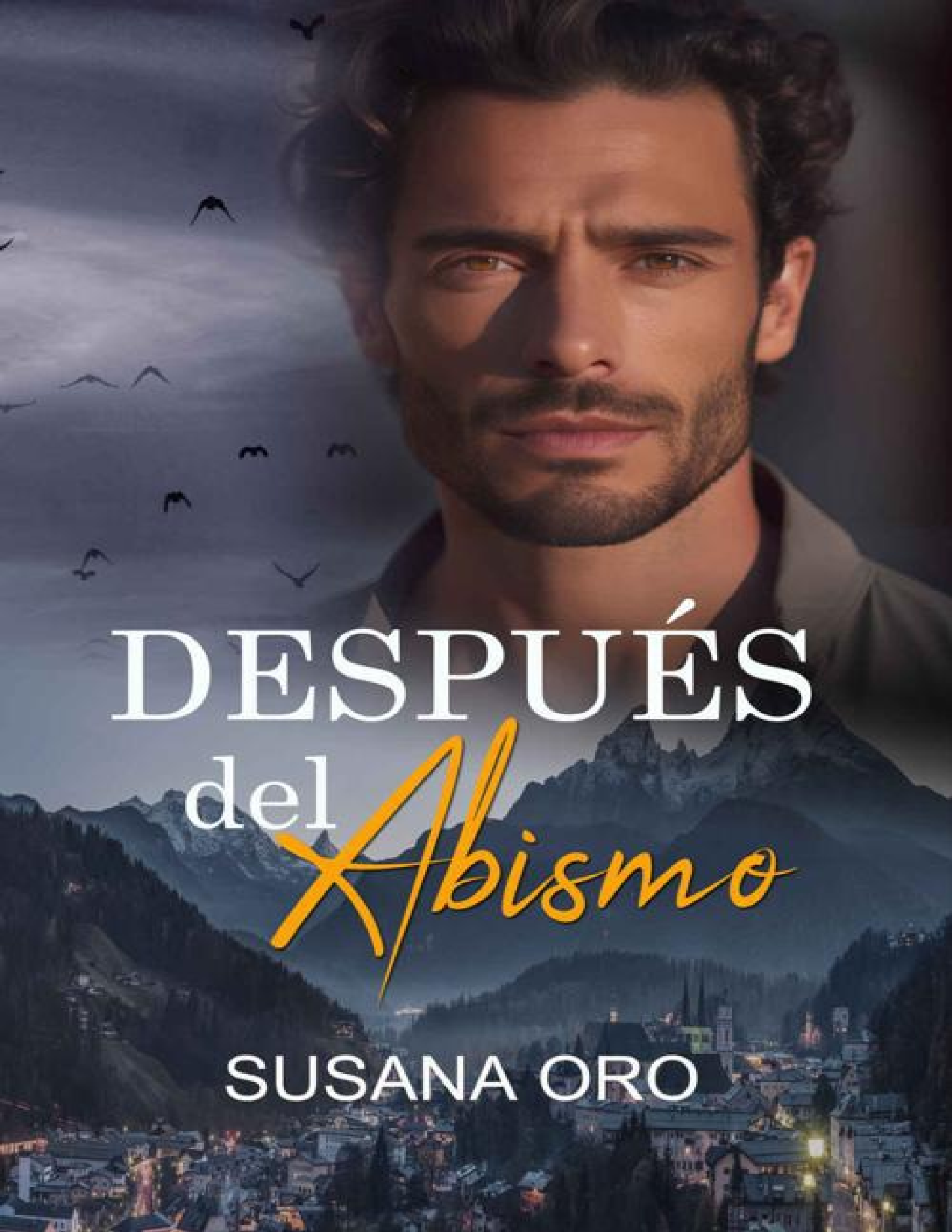

DESPUÉS
del Abismo
SUSANA ORO

DESPUÉS DEL ABISMO

SUSANA ORO

Después del abismo
Susana Oro
Córdoba - Argentina
Año 2025
1ª edición: Febrero 2025
Registro Obra: Safe Creative Código: 2502100840312.
Imagen portada: ©berchtesgaden ©pixander
©Susana Oro
©Todos los derechos reservados.

La historia es ficción, cualquier semejanza con personas o situaciones reales es pura coincidencia.

Para mis lectoras,

Que sueñan y se emocionan

Con una historia de amor

Índice

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
SINOPSIS

PRÓLOGO

Alma

Recorríamos la ruta de curvas interminables que nos llevaba a la cima de la montaña. Comenzaba a atardecer y no había una nube en el cielo. Íbamos a disfrutar de una noche llena de estrellas. Al volante iba Lisa, mi amiga, y de copiloto iba su novio Marcos.

Lisa iba despacio y concentrada en el camino porque solo hacía un mes que había sacado la licencia y era toda una aventura para ella. La salida era una aventura para los cuatro. Un *picnic* mientras escuchábamos música y disfrutábamos de ver cómo el cielo se llenaba de estrellas.

Era verano y había muchos turistas en el pueblo. Una brisa fresca entraba por la ventanilla abierta del lado de Kevin, mi novio. Él siempre decía que había que disfrutar del aire de campo, y no permitió que Marcos pusiera el aire acondicionado.

Sonaba *Unchained Melody* de *Righteous Brothers*, como me repetía Kevin, porque a mí me gustaba llamarla Las sombras del amor, como en la película *Ghost*. Era mi canción preferida y la cantaba a gritos. Kevin se tapaba los oídos y negaba con la cabeza. Marcos iba girado hacia atrás tratando de apartar las manos de Kevin de sus oídos. Debo decir que no era mala cantando, y Kevin solo se estaba haciendo el loco.

Le di un codazo en las costillas para que dejara de burlarse de mi voz. Kevin se sacó el cinturón de seguridad y se abalanzó sobre mí. Solté una carcajada y me removí cuando empezó a hacerme cosquillas. Íbamos de un lado a otro con tantas curvas. El coche no dejaba de subir. Kevin me besó. «Así te callas», me dijo y me hizo reír.

¡Cuánto lo amaba! Era mi novio desde que iba al instituto. Cinco años de pura felicidad. Los dos vivíamos en la ciudad, pero a Kevin le encantaba el pueblo de Las Rosas. Y a mí también.

Teníamos planes de mudarnos a la casita que había sido de mi abuela. «Aquí seremos felices, Alma», me decía cuando veníamos a pasar un fin de semana. Él quería abrir un negocio de pesca en el pueblo, y yo le decía que iba a trabajar en la tienda de una amiga de mi madre, que vivía en Las Rosas.

La casa de mi abuela era antigua y estaba enclavada en la montaña, muy cerca de un bosque de pinos. «Esto es el paraíso», decía Kevin cuando llegábamos a Las Rosas. El único de los cuatro que vivía en el pueblo era Marcos, el novio de Lisa y nuestro guía en nuestras salidas

de aventuras.

—Dejen de hacerse arrumacos que me distraen —dijo Lisa, parecía nerviosa. Raro en ella, que era alegre, divertida. Lisa nunca se tomaba nada en serio.

—No seas envidiosa, hermanita, que tú quisiste manejar —aclaró Kevin. Y sí, Lisa, además de mi amiga era la hermana de Kevin. Las dos íbamos al mismo curso en el instituto. Kevin tenía tres años más que yo.

Le di un empujón a mi novio. Lisa tenía razón. El camino era sinuoso y a medida que subíamos los precipicios eran más altos, y mi amiga no era una conductora experta.

Marcos se giró hacia el frente para concentrarse en la ruta y alcanzó a gritar: «cuidado, Lisa. No gires. No gires», pero ya era tarde. Lisa giró el volante cuando un vehículo, que descendía de la montaña a mucha velocidad, se abrió en la curva y se nos vino encima. Lisa gritó. Yo grité y miré a Kevin aterrorizada. «No va a pasar nada, mi amor», me dijo Kevin. Pero era mentira. Estábamos cayendo por el precipicio.

Dimos varios tumbos hasta que el coche se detuvo cuando se incrustó en una roca de la montaña. Marcos quedó atrapado entre las chapas retorcidas. Había vidrios por todos lados. Lisa lloraba y gritaba. Tenía sangre en los brazos y el rostro. Yo estaba como en una nebulosa. La cabeza no me funcionaba correctamente. Solo sabía que Kevin no estaba a mi lado diciéndome: «no va a pasar nada, mi amor». Intenté gritar su nombre y solo me salió un susurro.

Fue un instante. Un maldito instante que me marcó para el resto de mi vida.

CAPÍTULO 1

Alma

A veces siento que caigo y no hay nadie que me tire una soga para evitar el golpe. En realidad estoy rodeada de gente, pero nadie sabe lo que siento. Si alguna de las personas que me rodea supiera que necesito una soga, tampoco la agarraría.

No es la primera vez que tengo la sensación de caer por un precipicio que no tiene fin. Ni la primera vez que me gustaría llegar al fondo, porque eso significaría que esa sensación de vacío que tengo desde hace dos años habría llegado a su fin.

Estoy en el bar de Lolo. Es el preferido de la gente del pueblo Las Rosas, por lo que no es extraño que los sábados por la noche todos estén arracimados aquí. Hay humo, mucho humo de cigarro. Mi amiga Luciana suelta una de sus carcajadas que parecen truenos. Emiliano baila con Carla. Son novios desde que terminaron el instituto, y ella espera que él se arrodille en medio del bar, le pida matrimonio y sean felices para siempre. Pero los amores para siempre no existen. ¿O sí? Claro que existen. Puedes amar al mismo hombre toda la vida, aun cuando el hombre al que amas ya no esté a tu lado. El amor es un sentimiento que no desaparece con una vuelta de páginas en la historia de nuestras vidas.

Estoy sentada en la barra con un vaso de cerveza. La he pedido con mucha espuma. A mí nunca me gustó con espuma pero a Kevin sí. Quizá por eso desde que no está en mi vida la pido con espuma. Es como una forma de abrigar el sueño de que está sentado a mi lado, riendo con algunos de nuestros diálogos sinsentido, o simplemente disfrutando de este bar sencillo de pueblo que tanto le gustaba. Sé que es ridículo, pero es una forma de sentirlo presente en su ausencia.

Escucho un grito y me giro en el taburete. Mi madre le da una cachetada a mi padre. No tengo dudas que le ha metido la mano en el trasero y ella, que es tan remilgada, no tolera sus indiscreciones en público, como dice. A simple vista son el agua y el aceite. Mi padre es alto como una puerta, tiene el cabello con canas, pero de joven era rubio, y tiene los ojos azules. Mi madre es retacona como la ventana de la cocina, es un chiste de mi padre para hacerla rabiar. Ella siempre aclara que si bien es un poco rellenita no tiene el ancho de la ventana. Mi madre tiene el

cabello castaño y los ojos marrones. Yo tengo los ojos y el cabello del color de mi madre, aunque me falta lo de rellenita. Siempre me quejé de no haber heredado los ojos de mi padre, pero él me dice que lo primero que le llamó la atención de mamá fueron sus ojos. Al menos soy unos centímetros más de alta. La altura de la ventana de la sala, diría mi padre, que le gusta relacionarnos con las aberturas de la casa. Un metro y sesenta y tres centímetros tomados desde el piso. «Creo que estás siendo bastante generosa. No debes llegar al metro sesenta», dice mi voz interior.

Mi padre tira de la mano de mi madre y los dos se ponen a bailar en el centro, donde hay un espacio despejado de mesas. Sus amigos los vitorean como si fueran adolescentes, aunque tienen más de cincuenta años. En otro momento yo me habría puesto roja de vergüenza. Pero ya no soy esa mujer.

Se me resbala una lágrima y me la seco con el puño de la camisa. Nunca voy a tener lo que tienen mis padres. Los sueños se me hicieron pedazos hace dos años. No voy a llorar. No voy a compadecerme. Voy a mantener esta sonrisa petrificada hasta que me duela la mandíbula. No voy a llorar, me repito como una forma de mantener el control de mis emociones.

Escucho un estallido y pego un salto en la banqueta. Hace dos años que no tolero los ruidos fuertes. Mi madre deja de bailar y me mira preocupada, como si estuviera a punto de correr a mi lado para calmarme con alguna de sus caricias. Solo ha sido el escape de la moto de Marcos, que en ese momento entra al bar. A veces creo que me lo hace a propósito, no para alterarme sino porque cree que algún día me voy acostumbrar a los ruidos y voy a dejar de dar brincos. Ojalá tenga razón.

Marcos camina hacia donde estoy sentada. Lleva un vaquero gastado, una remera azul y zapatillas de lona blanca. Deja el casco de la moto sobre la barra. Es alto y delgado pero con músculos firmes. Tiene el cabello castaño y la nariz un poco torcida. Los ojos marrones ya no tienen arruguitas a los lados porque casi no sonríe. Es un hombre atractivo, pero su mayor encanto está en su carácter. Es un hombre bueno, sencillo, que se preocupa por sus amigos.

—Damos una vuelta —me dice.

—No.

—No hay nubes y se ven muchas estrellas. Podríamos ir a la cima de la montaña y…

—Y crees que en ese lugar voy a sacarme todo el dolor de adentro —ironizo. Marco no tiene la culpa. Él hace todos los intentos para sacarme de la oscuridad, pero odio la cima de esa montaña.

—No dije eso.

—No es un lugar que me haga feliz —aseguro.

—Lo sé, Alma. Ojalá pudiera volver el tiempo atrás para que todo fuera diferente.

Yo también quisiera volver el tiempo atrás para pedirle a Kevin que esa noche no

saliéramos. Pero él quería ir, y yo estaba entusiasmada. Habíamos llegado a Las Rosas para disfrutar del fin de semana. Lisa había venido con nosotros para estar con Marcos. Lisa y Marcos nos habían insistido. Era una aventura. Un *picnic* de noche en el mirador de la montaña. Charlar, escuchar música, cantar y mirar las estrellas. Una estúpida aventura que salió mal.

Miro a Marcos, y si lo observo con más detenimiento puedo ver su interior. Puedo ver que así como yo mantengo esa sonrisa petrificada, él hace lo mismo, porque aquel día también provocó un terremoto en su vida. Y aunque no lo demuestre, a veces creo que Marcos está tan roto como yo.

—Está bien, prefiero dar una vuelta antes que seguir metida en este bar. Pero no a la montaña. Las estrellas no me interesan —aseguro.

No quería venir al bar, pero mis padres insistieron, y mi amiga Luciana no deja de repetirme que si salgo voy a avanzar. Y aquí estoy, esperando que pase una hora para largarme a la soledad de mi casita en la montaña, que está en un lugar tan aislado que mi única compañía es la naturaleza que me rodea. «Esto es el paraíso», decía Kevin. Para mí se ha convertido en un infierno. Pero él amaba Las Rosas, amaba la casita de mi abuela, y yo cumplí con el sueño que teníamos de mudarnos aquí, aunque me siento vacía porque él no está conmigo.

Me levanto de la barra y camino con Marcos a la salida.

Mi madre deja de bailar con mi padre y se acerca a nosotros. Vienen todos los fines de semana a Las Rosas para estar conmigo. Aunque yo preferiría que no estuvieran tan pendientes de mí. Por suerte tienen su casa en el centro y no invaden la mía.

Mi madre está rara desde ayer. Es como si quisiera decirme algo pero no encontrara el momento. Yo prefiero que se quede callada. No quiero escuchar sus consejos, sus sermones, o ese positivismo que para mí no tiene sentido.

—¿Ya te vas, hija? ¿Estás bien? —pregunta, y me gira el rostro para analizarme. Siempre lo hace y no me gusta.

Miro a mi madre con esa calma de estatua que la convence, y le dedico mi sonrisa perpetua. La que no está bien es ella, porque le tiemblan las manos que tiene sobre mis mejillas.

—Claro. Me lo he pasado bien. Marcos y yo vamos a dar una vuelta. La que no parece estar bien eres tú —digo, y a mi madre se le tensan las manos que tiene sobre mi rostro.

—He visto a Lisa —dice, y suelta el aire junto con la bomba.

La noticia me impacta y retrocedo dos pasos. Nunca más supimos algo de Lisa. Ella jamás volvió a Las Rosas. Lo único que sabemos de ella fue que, después del accidente, sus padres la trasladaron a una costosa clínica de la ciudad para que se recuperara de las lesiones. He investigado y en el hospital de Las Rosas figura que su traslado fue una semana después del accidente.

Estoy temblando. Me giro y veo que Marcos tiene los puños apretados al lado del cuerpo.

La noticia lo ha dejado tan afectado como a mí.

—¿Lisa está bien? —pregunta Marcos, como si estuviera preguntando por una conocida, no por la chica que fue su novia durante dos años.

—La llamé a gritos cuando la reconocí. Se giró y al verme le brillaron los ojos. Hablamos poco. Me dijo que se le hacía tarde para entrar al cine. Iba con dos chicas de su edad —aclara mi madre—. Vamos afuera que aquí hay demasiado ruido.

Miro a Marcos para que decida si quiere saber algo de Lisa. Yo no quiero escuchar lo poco que mi madre habló con la que era mi mejor amiga y la hermana de Kevin. Marcos sufrió mucho cuando ella desapareció de su vida. Estaba muy enamorado y quedó dolido porque ella jamás le atendió las llamadas ni le respondió los mensajes. La vida de Marcos cambió por completo, y ella no estuvo a su lado. Yo también quedé dolida. Era mi mejor amiga y me borró de su vida.

—Mejor no —dice Marcos—. Ya han pasado dos años y… Lisa es historia.

Eso es mentira. Él simula estar bien, como yo, pero es difícil dejar en el pasado algo que está tan presente en nuestras vidas y ha dejado tantas cicatrices, y no me refiero a las físicas. No sé si Marcos la sigue queriendo. Él hace mucho que no la nombra.

—No me pareció que hubiera dejado el pasado atrás. Iba riendo con las amigas, pero ya te dije que cuando me vio le brillaron los ojos —aclara mi madre—. Hija, en ese momento me di cuenta que mis intentos para que pasaras página eran solo palabras sinsentido. Todos quedaron afectados. Y lo de Kevin…

—Basta, mamá. Mejor dejemos de hurgar en la herida —le pido.

Ella asiente y me abraza.

—Tu padre y yo tenernos que regresar esta noche porque tus tíos nos invitaron a almorzar el domingo. Mañana hablamos —dice mi madre, y me besa en la mejilla.

Además de venir todos los fines de semana, me llama a diario.

Marcos y yo salimos del bar. Nos quedamos parados en la vereda. No sé que está pensando, tampoco pienso presionarlo. Él me pasa el casco, se pone el suyo, nos subimos a la moto y se aleja del centro. La noche es cálida y no debería estremecerme. Marcos cruza el puente Loma, recorre las dos cuadras de tierra que hay hasta mi casa y detiene la moto.

—Una salida especial —ironizo para sacarle una sonrisa, porque solo me ha traído a casa. Me bajo y me quedo parada a su lado.

—Lisa pasó página —comenta Marcos.

—Eso no lo sabemos, Marcos —digo.

—Iba riendo con unas amigas —aclara.

—A veces yo también me rio de alguna locura de Luciana. Hoy sonreí al escucharla soltar esas carcajadas contagiosas.

—Eso es mentira, Alma. Los dos sabemos que no has vuelto a reír y tus sonrisas son forzadas.

—Bueno, pero en algún momento volveré a hacerlo.

Su mirada está llena de compasión y me arrepiento de mis palabras. No quiero que me compadezcan. Yo simulo estar bien porque no quiero que la gente me mire con lástima, aunque es casi imposible en un pueblo pequeño que se nutre de los cotilleos.

—Jamás me atendió el teléfono ni respondió a mis mensajes. Desapareció de nuestras vidas como si nunca hubiéramos existido, Alma. No le importó nada de nosotros.

—Lo sé, Marcos. Pero no podemos olvidar que era ella quien manejaba. Se debe culpar —aseguro para evitar que la juzgue. No la estoy justificando, solo intento ponerme en su lugar para no dejarme llevar por el rencor. A mí también me dolió que se borrara de nuestras vidas. Era mi mejor amiga, compartimos el mismo banco en el instituto, las salidas con amigos, y hasta estudiábamos juntas. Pero quién soy yo para juzgar a alguien sin saber las batallas que ha tenido que campear.

—Al menos una maldita vez tendría que haber dado la cara. Nadie la culpó. La culpa fue del demente que bajaba a una velocidad de locos y no sabía tomar las curvas —aclara Marcos.

En eso Marcos tiene razón. A veces me pregunto qué habría pasado si Lisa hubiera escuchado a Marcos cuando le gritó que no girara el volante. También me pregunto que habría sucedido si hubiera manejado Marcos, que conocía el camino de memoria, o Kevin. Quizá la reacción de ellos no habría sido girar hacia el precipicio, como hizo Lisa. Quizá habríamos chocado de frente y todos estaríamos muertos. Pero nada de eso importa. Sacar conjeturas es fácil y no cambia lo que pasó.

—Entra y nos emborrachamos con cerveza —digo.

—Mejor no. Te debo un paseo más largo para otro día —dice, se pone el casco y se va.

Me quedo de pie mirando mientras se aleja con la moto. Siempre despacio, siempre tomando más precauciones que antes del accidente. Nunca bebe cuando maneja, aunque el día del accidente no habíamos tomado ni una gota de alcohol. Pero qué importa si quién nos chocó tenía todo el alcohol en sangre que no teníamos nosotros.

Jamás me atendió el teléfono ni respondió a mis mensajes. Desapareció de nuestras vidas como si nunca hubiéramos existido, Alma. No le importó nada de nosotros. Las palabras de Marcos resuenan en mi cabeza mientras miro la calle de tierra por la que acaba de desaparecer en la moto. Yo también dejaba mensajes en el móvil de Kevin. Mensajes que alguien veía, pero nadie me respondía.

Estuve un mes en coma, y otro mes internada sin que mis padres me dieran noticias de Kevin, de Lisa y de Marcos. Según ellos, los médicos le aconsejaron que no me contaran nada que pudiera alterarme. Kevin no había venido a verme y nadie de su familia apareció por la

clínica. No sabía nada de él.

Recordaba el accidente como si acabara de suceder. La imagen de Kevin tapándose los oídos, las cosquillas mientras íbamos en el coche. El beso para que dejara de cantar. La música. El vehículo que apareció en la curva. Los gritos, y a él que no estaba a mi lado cuando el coche se incrustó en una piedra de la montaña.

Fueron los dos meses más duros de mi vida. O eso creía.

¿Dónde estás Kevin?, esa es la pregunta que me hacía cada minuto del mes que pasé en la clínica después de salir del coma.

Cuando me dieron el alta estaba débil, apenas si podía dar unos pasos sin tambalearme. Pero no me importó el consejo del médico de que me tomara las cosas con calma. No me importaron las súplicas de mi padre ni los gritos de mi madre. Salí de la clínica, me subí a un taxi y me fui directo a la casa de la familia Serrano. Fui a ver a Kevin. Lo que nunca me imaginé era que en esa casa ya no había nadie. La familia había desaparecido del barrio.

Me puse a llorar en la acera y llamé a todas las viviendas de la cuadra, preguntando por Kevin y suplicando que me dijeran dónde se habían mudado. Nadie me dijo nada.

Marcos también fue cuando se recuperó de sus quebraduras. La necesitaba para poder seguir adelante, pero nadie supo decirle dónde vivía Lisa.

Se los tragó la tierra.

No puedo odiarlos por lo que hicieron. Supongo que actuaron movidos por la desesperación, o buscaban borrarnos a Marcos y a mí de sus vidas, como un pobre intento de hacer desaparecer el accidente.

Pero no se puede borrar lo que pasó con un cambio de casa, de barrio o de ciudad. Lo sé mejor que nadie. Todavía me despierto bañada en sudor después de haber soñado con el coche de Lisa serpenteando por las curvas y cayendo al precipicio.

Llevábamos unas mantas, un cesto con comidas y bebidas. La idea era dejar el coche en el mirador de la montaña y pasar la noche riendo, cantando bajo un cielo lleno de estrellas. Una aventura que se acabó en una de las curvas del camino.

«Eran demasiado jóvenes e irresponsables», comentaban en el pueblo. Nosotros no éramos los irresponsables. Fue un vehículo que apareció de golpe a alta velocidad y ocupó nuestro carril, Lisa se asustó y caímos por el barranco.

Después de enterarme que la familia Serrano había desaparecido del barrio, estuve quince días sin saber nada de Kevin ni de Lisa. Mi mente no paraba de sacar conjeturas. Yo solo había sufrido un golpe en la cabeza y me indujeron al coma. Me dijeron que fue con la piedra que detuvo la caída del coche.

Llamé a Marcos porque necesitaba saber, y me contó que el coche quedó irreconocible. En la clínica del pueblo le dijeron que Lisa tuvo varias quebraduras y cortes. Él se golpeó la

cabeza, estuvo inconsciente y quedó atrapado entre los hierros retorcidos. Tuvieron que derivarlo a una clínica de la ciudad donde le pusieron clavos en las piernas. Pero la peor parte se la llevó Kevin, mi novio, que fue despedido y lo encontraron varios metros más abajo de donde quedó el vehículo. Marcos no sabía cómo estaban Lisa y Kevin.

Al mes de salir de la clínica me mudé a Las Rosas y me puse a indagar. Los médicos de la ambulancia y los bomberos que fueron a rescatarnos me dijeron que Kevin estaba muy grave cuando lo rescataron. A él lo trasladaron de urgencia en el helicóptero sanitario a un hospital de la ciudad para brindarle la mejor atención y salvarle la vida. Una semana después sus padres decidieron trasladar a Lisa al mismo hospital de su hermano. Y eso fue lo que pude averiguar en mi primera semana viviendo en el pueblo.

Mi madre me llamaba todos los días preocupada por mi estado, y viajaba día de por medio para saber si estaba bien. Al ver mi desesperación por averiguar, en una de sus visitas me dijo: «Antes de que te enteres por otro, prefiero ser yo quién te diga lo que estás buscando con tanta ansiedad». La ansiedad me tenía consumida. No dormía, casi no comía, tenía ojeras, había bajado más de diez kilos y apenas me mantenía en pie. Mi única meta era averiguar algo de Kevin. «Suelta la verdad de una maldita vez», le pedí. Y la soltó sin vueltas, como quien te larga un balde de agua helada en la cabeza. «A Kevin no pudieron salvarlo, Alma. Kevin murió». Creo que quiso hacerlo con más tacto, pero no le salió.

Me puse histérica. Grité, lloré, y rompí todo lo que había en la sala de la casita de mi abuela. No dejé un adorno en pie. Estuve una semana tirada en la cama de mi habitación, con mi madre a mi lado. Deseé no haber despertado nunca. Quería morirme con Kevin.

Con la dura verdad a cuestas seguí averiguando entre los vecinos de Las Rosas. Ellos me aseguraron que los padres de Kevin vinieron al pueblo y esparcieron sus cenizas en la montaña, en el mismo sitio donde ocurrió el accidente. No lo podía creer. Era un acto macabro, espeluznante. No me entraba en la cabeza que hubieran tirado sus cenizas en el lugar que nos quitó todos los sueños.

A veces dudo que esté muerto. Apenas es una sensación, o quizá solo es el deseo de aferrarme a una mínima esperanza para no dejarlo ir. Pero han pasado dos años y no hay ni una señal de que esté vivo.

Si al menos tuviera una tumba que me confirmara que ya no está, una tumba donde ir a llorar y a confesarle que no sé vivir sin él. Pero de Kevin lo único que tengo son nuestros recuerdos.

Dos años después sigo rota y sin poder pasar esa página de la que siempre habla mi amiga Luciana.

«No va a pasar nada, mi amor», esas fueron las últimas palabras de Kevin, que se quedaron grabadas a fuego en mi mente. Jamás voy a olvidar su mirada en la mía, intentando

transmitirme una calma que no sentía mientras caíamos por el precipicio y yo gritaba. Lisa también gritaba. Recuerdo todo de aquel día como si hubiera pasado hace un instante. Sonaba *Unchained Melody* de *Righteous Brothers*, como me repetía Kevin, aunque a mí me gustaba llamarla Las sombras del amor. Ahora creo que esa canción fue una premonición de lo que iba a pasar. El único que no salió vivo del accidente fue Kevin. Y yo sigo aferrada a su recuerdo. Sigo esperando una maldita señal.

Abro el móvil y busco a Kevin en el whatsapp. ¿Cuántos mensajes le he mandado? Son tantos que he perdido la cuenta. Los primeros meses lo hacía a diario, después era uno cada dos o tres días, más adelante le escribía uno por semana. Al año comencé a mandarle uno por mes. Al ver la fecha del último mensaje me doy cuenta que hace tres meses que no le escribo. Pero mi madre vio a Lisa y siento la necesidad de recordarle, o recordarme, que mi amor por él sigue igual que el día que se fue. Lo único que tengo de Kevin es su contacto en el móvil. Sé que alguien lo ve porque en algún momento aparecen las dos tildes azules.

«Todavía te sigo esperando, mi amor. Creo que te seguiré esperando toda la vida, quizá porque no puedo aceptar que te has ido».

CAPÍTULO 2

Lisa

Desde que me encontré con Cristina, la madre de Alma, no puedo controlar la sensación de que me falta el aire. No supe enfrentarme a ella. No supe qué decirle y me escabullí como una ladrona con la excusa de que llegábamos tarde al cine. «Si no vamos al cine», me dijo Paola, mi amiga. Es cierto, y cuando Cristina se alejó me volví corriendo a casa y me encerré en mi cuarto.

Han pasado cuatro días y sigo en estado de shock. La decisión de mi madre de hacer un cambio drástico en nuestras vidas con la intención de borrar todo lo que tuviera relación con el accidente, no ha funcionado.

Mi padre no estaba de acuerdo. Le dijo que era una locura. Que era mejor enfrentar el problema para superarlo, pero ella no cedió y él terminó aceptando.

Tengo que ser sincera y reconocer que yo lo vi como el escape que necesitaba. Todas las noches tenía pesadillas. Me despertaba gritando y sudada. No podía dejar de rememorar lo que había pasado. El coche cayendo por el barranco me perseguía día y noche. Me estaba volviendo loca y me quería morir. Esa desgracia era por mi culpa y la idea de mi madre me pareció como un salvoconducto para salir del infierno en el que estaba sumida. Era como tirar por la borda todos los traumas y las secuelas que nos dejó el accidente.

¿Cuánto me duró la magia?, nunca existió esa magia, pero eso lo supe mucho tiempo después. Pasaban las semanas, los meses, y yo esperaba que el tiempo me hiciera olvidar. Nunca olvidé.

Creo que entendí que el pasado nunca se iba a ir de mi vida cuando pasó un año del accidente y escuché a mis padres hablando en la cocina. «Al final tenías razón, Mona. Lo mejor era comenzar una nueva vida», le dijo mi padre.

«No. No. Eso no es cierto», quise gritar, pero me callé. No se puede borrar una vida y empezar otra como si nada hubiera pasado. Yo no pude. Sigo reviviendo aquel día como si acabara de suceder. Las pesadillas no pararon, y me siento más culpable que después de girar el coche hacia el precipicio. No sé vivir con esta carga. Ya demasiado duro es soportar la culpa por el accidente y por Kevin, para tener que cargar con la tristeza y la culpa de haber dejado atrás a

mi novio. Y de haber dejado sola a mi mejor amiga.

«Vas a hacer otras amigas», me había dicho mi madre. «Marcos solo era tu primer noviecito». Lloré cuando me dijo esas insensibles palabras, pero era el precio que tenía que pagar para que desaparecieran las pesadillas. Ahora me dan asco las palabras de mi madre, y me doy asco por haber aceptado. Como si mi novio y mi amiga hubieran sido desechables.

A veces creo que a mi madre le corre hielo por las venas.

Hace unos meses le dije que no podía borrar mi vida de antes. Le recordé que quería a Alma como si fuera mi hermana. Que ella también la quería. Que Kevin y Alma se amaban y planeaban vivir juntos en Las Rosas. «Eran sueños de adolescentes. Alma va a seguir adelante, Lisa. Es joven, y ya se debe haber recuperado». Sabía que eso era mentira, pero no dije nada. Decirlo era delatarme.

Después de dos años del accidente, Cristina me vio en el centro y se lo contó a Alma. Lo sé porque en el móvil de Kevin hay un mensaje de mi amiga, y se me resbalan las lágrimas mientras lo releo. *Todavía te sigo esperando, mi amor. Creo que te seguiré esperando toda la vida, quizá porque no puedo aceptar que te has ido*.

Hacía mucho que Alma no le mandaba mensajes a mi hermano. Creí que había pasado página. Qué por fin había decidido avanzar sin Kevin. Alma no ha avanzado. El pasado sigue estando en su vida, como está en la mía.

Con qué ligereza decidió mi madre arrancar de nuestras vidas el accidente y a las personas que queríamos. Yo lo acepté porque todavía estaba en la clínica y estaba conmocionada. Pero mi madre no estuvo ese día en el coche, y no tiene idea de lo que sentimos lo que sí estuvimos. Solo buscó la solución más fácil.

Entro a la cocina y me encuentro a mi madre vestida impecable mientras le dice a Marta, la cocinera, que prepare una cena para doce personas porque vienen a cenar los socios de mi padre.

Mi padre es arquitecto y está absorbido en el proyecto de un centro comercial que será único en la ciudad, con muchos locales de comidas de distintos países, un hotel con forma de castillo, varias piletas con toboganes, pista de hielo y no sé cuántas cosas más. Dicen que vendrán marcas de ropa extranjera. También hay puentes elevados para recorrerlo desde arriba. Una gran obra. Lástima que detrás de esos lujos que mi madre quiso preservar cuando decidió que había que empezar una nueva vida, no se dio cuenta que la obra más importante de su vida era su familia. No le importaron los traumas, el dolor, la culpa, la ira y la tristeza. Ella dejó archivado en una buhardilla el pasado, y es feliz con esta falsa armonía. Porque nada en esta nueva vida es real.

—Otra vez cena de los fantásticos arquitectos, sus esposas y sus hijos —ironizo.

—¿Y ahora qué diablos te pasa, Lisa?

—¿Nunca miras al pasado, mamá?

—Estuviste de acuerdo cuando decidí dejar atrás el pasado. ¿Quieres volver a caer? —pregunta.

Nunca he dejado de caer, pero ella no quiere verlo.

—¿Es tan malo caer?

—Sí miras atrás, no puedes avanzar, Lisa.

—Yo no he avanzado, mamá.

—Eso es porque lo estás haciendo mal —dice.

Para mí quién hace todo mal es ella.

—¿Cómo hago para dejar de tener pesadillas? ¿Cómo supero haber abandonado a mi novio y a mi mejor amiga?

—Ya has olvidado a tu novio. Y tienes amigas nuevas, Lisa —dice muy segura Mona.

—Haces que parezca fácil. Eres demasiado práctica.

—Alguien tiene que serlo.

—Y fría —sigo mis reproches. A veces creo que la odio.

—Es la única forma que encontré para sacar adelante a mi familia.

—Ya no me siento parte de esta farsa, quiero decir de esta familia.

—No seas irónica. Tu padre te da con todos los gustos. ¿Qué más quieres? Nadie tiene todo lo que tienes tú.

—¿Y por qué me siento tan pobre, mamá?

—Eso es porque te gusta ver el vaso medio vacío. Te hemos dado una vida de princesa.

Desde el accidente no sé quién es Mona Serrano. Esta mujer ha dejado de preocuparse por mis emociones para ocuparse de poner dinero en mi cartera para callarme la boca.

—Otra vez discutiendo —dice mi padre, que viene de alguna de sus impresionantes obras, y deja las llaves de la camioneta sobre la mesa.

—Es que tu hija no valora todo lo que tiene —grita Mona

—¿Qué tengo? —grito.

Mi padre me mira apenado. En él todavía veo algo de sensibilidad, pero creo que se le pasa cuando piensa en todos los logros económicos que viene cosechando desde que aceptó ser parte de esa sociedad con gente importante del rubro. El cambio económico de la familia comenzó un año antes del accidente. Y eso es lo que pesó más que las secuelas del accidente.

—A tu familia —dice mi padre.

—No es la de antes —aseguro.

—Lo estamos haciendo lo mejor que podemos —grita mi madre.

—Una casa impresionante —digo, y señalo la majestuosa vivienda—. Muebles lujosos. Varios coches estacionados en el parque —Señalo los vehículos estacionados afuera—. Me

olvidaba del vestidor lleno de ropa —ironizo—. Tengo todo lo que cualquier mujer desearía —exagero, y agito las manos—. Y qué miserable me siento.

Mi padre se acerca con la intención de abrazarme. Me aparto y salgo de la cocina, porque sé que en la cena de la noche, cuando empiece a hablar de sus grandes obras con sus amigos arquitectos, la hija que se siente miserable va a quedar en segundo plano.

Subo corriendo las escaleras, entro a la habitación donde están todas las cosas de mi hermano. La cama hecha. Un escritorio y una silla. Las cortinas de color tostado están cerradas. Hay una lámpara en la mesita de noche. Pero no hay ningún recuerdo del pasado de Kevin. Es solo un lugar sin recuerdos. Es como si Kevin nunca hubiera existido. Mi madre ha borrado el pasado, y todos han seguido adelante como si nada hubiera sucedido dos años atrás. Mentira. Todos no.

Me siento en la cama y saco el móvil de Kevin para leer los mensajes de Alma. Después del accidente decidí seguir pagando el abono como una forma de mantener algo vivo de Kevin. Todos los mensajes de Alma están allí para recordarme que hay alguien que no dejó la tragedia en el pasado.

Son tantos que leo uno al azar.

Me dijeron en Las Rosas que tus padres tiraron tus cenizas en la montaña que te quitó la vida. Kevin, sé que te parecería tan macabro como a mí. Aunque no creo que estés muerto. Tú no me harías eso. Además, me dijiste "no va a pasar nada, mi amor". ¿Lo recuerdas? Y aunque te parezca ridículo yo sigo creyendo en tus palabras.

¿Recuerdas nuestro sueño, Kevin? Yo intenté cumplirlo y me mudé a Las Rosas. Necesitaba sentirte cerca. Pero no te encuentro aquí. Y a veces me pregunto qué sentido tiene cumplir ese sueño si no estás a mi lado. Igual sigo aquí, esperando una señal que no llega. Pero soy paciente, Kevin. Tengo paciencia para esperarte toda la vida porque no sé seguir sin ti. No sé dejar de quererte.

Hay tanto dolor en los mensajes de la que fue mi mejor amiga, y tanta esperanza, que se me anuda la garganta. Le ha enviado muchos más. Me los he leído a todos, pero en los últimos tiempos me siento una ladrona porque esas palabras llenas de significado no son para mí. El móvil de Kevin no me pertenece. Lo que hago no está bien. A mí no me gustaría que me hicieran lo mismo, y decido no seguir leyendo los mensajes que le escribe mi amiga.

Dejo el móvil de Kevin en la mesita de noche. Creo que es el único objeto de esta habitación que representa a mi hermano. Me levanto de la cama y me giro a la puerta. Mi padre está parado en el umbral y me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—No estás bien, Lisa —dice mi padre.

—No.

—No se puede pasar página —asegura, y le caen las lágrimas por las mejillas.

—No.

—Si pudiera volver el tiempo atrás, lo haría diferente.

Me acerco a la mesa de noche y agarro el móvil de Kevin.

—Alma no pasó página. Ella le sigue escribiendo a Kevin. —Se lo entrego, y salgo de la habitación de mi hermano.

Pasa una hora y mi padre entra en mi habitación. Me encuentra tirada en la cama, llorando. Él tiene los ojos rojos, y sé que ha leído todos los mensajes de Alma.

—He cancelado la cena con los grandes arquitectos —ironiza.

No sé si está enojado conmigo o con él.

—Igual no iba a bajar. No voy a seguir fingiendo que todo está bien.

—Nunca quise que fingieras, Lisa.

—¿Y qué hemos estado haciendo desde el accidente? Acaso borrar lo que pasó no es fingir que no hubo accidente.

No dice nada, y se marcha de mi habitación.

CAPÍTULO 3

Alma

Salgo de mi casa a las diez de la mañana para caminar por la costanera del río. Desde la galería contemplo lo que me rodea. Dicen que la primavera es como un renacer. Los árboles se están llenando de hojas. Los naranjos tienen las primeras flores. El césped va cambiando su tonalidad tostada de invierno por el verde intenso del verano. Anoche llovió y hay olor a tierra húmeda y al azahar de los cítricos. Se siente y se huele el renacer por todos lados, aunque yo no logro sacarme la melancolía. Esto era lo que amaba Kevin. Él quería despertar en el paraíso. Pero la única que despierta soy yo.

Ha pasado un mes desde que envié el último mensaje a su móvil. Tiene dos tildes azules. Alguien lo leyó pero no se dignó a responderme, y sigo en la incertidumbre. ¿Quién está del otro lado de esa línea que sigue activa a más de dos años del accidente? No lo sé. Quizá nunca lo sepa.

Cierro la puerta y recorro el sendero hasta la verja de ingreso. Es domingo y Las Rosas está sumida en el silencio. Solo se escucha el canto de los pájaros y el ruido de las ramas mecidas por el viento. Bajo por la calle que serpentea hasta el puente Loma. Se llama así porque tiene forma de lomada. Sube y después baja. Tiene una bonita baranda de hierro pintada de rojo, y los turistas vienen en verano a sacarse fotos porque se ve parte del recorrido del río y las montañas al fondo.

Recorro la costanera por un sendero de tierra y raíces que sobresalen de los árboles, que se inclinan como si quisieran beber con sus ramas las aguas cristalinas del río Las Rosas. El pueblo ha tomado el nombre del río. Mis padres me contaron que, hace muchos años, a la vera del río crecían rosales salvajes. Si sigo su cauce por los senderos que suben a la montaña, todavía se puede ver algún rosal que se asoma al río. Son rosas trepadoras que se enredan entre sí y en verano dan un lindo espectáculo. Cerca del pueblo la costanera ha perdido su esencia salvaje. Hay muchos árboles, algo de césped, asadores y en algunos sectores amplias playas de arena. Todo preparado para el disfrute del turismo. Sería bonito que todavía estuvieran las rosas silvestres. Pero han desaparecido, como Kevin lo hizo de mi vida.

Siento el rugir de una moto y doy un brinco. Es Marcos. No va a mucha velocidad. Solo hace esas aceleradas en falso cuando me ve, supongo que por su estúpida idea de que deje de sobresaltarme con los ruidos. Me giro y lo veo a pocos metros.

—Nunca vas a parar —me quejo.

Con él viene mi amiga Luciana, que le da un golpe en el hombro.

Después de que me mudé a Las Rosas y mi madre me confesara que Kevin había muerto, yo no quería reír, no quería sentir. No quería avanzar sabiendo que él no estaba a mi lado. Pero un día apareció Luciana en mi vida como si fuera mi ángel salvador. Creo que me cobijó bajo su ala protectora, y se propuso la meta de sacarme de la oscuridad.

El accidente fue motivo de cotilleo en Las Rosas durante mucho tiempo. Fue un acontecimiento que no pasó desapercibido. La gente del pueblo no conocía a Kevin. Él se hizo conocido por el accidente. Y a mí comenzaron a conocerme mejor cuando vine al pueblo y me puse a indagar en el hospital, en la policía, en el cuartel de bomberos, y entre los vecinos para descubrir detalles de aquel día que nos robó nuestros sueños.

La gente me miraba con lástima cuando cometí el error de contar que Kevin y yo habíamos planeado venir a vivir a la casa de mi abuela, pasando el puente Loma. Aquí todos conocían a Rita Marques, mi abuela. Todos conocen a mis padres, porque se criaron en Las Rosas. Pero a mí solo me conocían unos pocos vecinos que vivían en la misma zona montañosa que mi abuela, y tampoco tenía una gran relación con ellos. Era la nieta de Rita que venía algún fin de semana o a pasar unos días de vacaciones en verano.

Luciana fue la única que no me mostró compasión. Ella me brindó su amistad en mi peor momento, y no me va a alcanzar la vida para agradecerle. Es una amiga que siempre está presente, a veces acompañándome en mis silencios, y otras impulsándome a avanzar, aunque solo sea dando un paso a la vez.

La madre de Luciana también es especial. Me ofreció trabajar en la panadería de su propiedad, y me pareció la mejor opción. Trabajar en la trastienda de la panadería horneando el pan, que me deja el maestro panadero a media cocción, es un trabajo que me mantiene alejada de las miradas de compasión de los vecinos. Hasta podría asegurar que casi me he convertido en invisible. A veces salgo del trabajo y me encuentro con algún conocido que me dice: «Muchacha, hace tanto que no te veo que creí que te habías ido del pueblo». Después vienen las preguntas de siempre: «¿Estás bien?». «¿Ya has superado lo que le pasó a tu novio?». «¡Pobre criatura!». «Eres joven y pronto vas a conocer a otro hombre, y vas a cumplir otros sueños». Odio esos consejos que ellos creen que son alentadores. Por suerte es una compasión esporádica, y ya no me afecta como en los primeros tiempos.

—Al menos ya no te caes al río con el ruido de la moto —dice Marcos, y me aparta de mis pensamientos.

Luciana y Marcos se bajan de la moto y se acercan a mí.

—Solo fue una vez —aclaro. Fue hace más de año. Era un día frío de invierno y estuve una semana enferma—. Casi me agarro una pulmonía.

—No seas exagerada. Solo fue un enfriamiento.

—No paraba de toser y me dolía el pecho. Me tuvieron que dar antibióticos, y mi madre se instaló una semana en mi casa. Quedé traumatizada.

—El trauma no fue porque te caíste al río, sino porque Cristina se instaló una semana en tu casa —dice Marcos.

—Encima que me sentía mal, no dejaba de darme consejos y de ordenar la casa.

—Te la dejó impecable —dice Luciana.

—Me cambió todo de lugar. Estuve un mes para encontrar el sacacorchos —aclaro, y Luciana suelta una risa—. ¿Qué hacen siguiéndome? —pregunto, porque saben que me gusta caminar sola cuando aún no han llegado los turistas a invadir cada rincón de Las Rosas.

No me molestan los turistas. Me gusta la movida del verano porque Las Rosas tiene un caótico encanto, con gente invadiendo hasta el último rincón y llenando de voces el silencio. A mí me saca de mis propias cavilaciones, y eso es mucho. Ellos me hacen sentir viva.

Marcos mira al horizonte, o a la montaña, o a cualquier lado para no observarme a mí. Luciana se mira los pies.

—¿Ha pasado algo que pueda alterar mi paz mental? —ironizo, porque perdí mi paz mental el día del accidente. Dos años y tres meses, para ser más precisa. El tiempo vuela y yo sigo estancada en aquella tarde, porque no hay un día que no piense en Kevin.

—Ha pasado algo —dice Luciana, y mira a Marcos.

—¡Marcos! —grito, porque sé que mi amiga está esperando que Marcos se haga cargo de lo que sea que ha pasado.

—He visto a Lisa en el pueblo. También está su padre —dice Marcos, y me analiza con sus ojos oscuros.

Lo miro con la boca abierta. Me sudan las manos y me tiembla todo el cuerpo.

—¡Lisa! ¡Lisa y su padre! Marcos, dime si hay alguien más —suplico, y siento las mejillas calientes. Estoy llorando y temblando. «No, por favor, que no es momento para que me falte el aire», pienso, y abro la boca para intentar aspirar ese aire puro que a veces me es esquivo.

Luciana, que se ha dado cuenta que estoy entrando en shock, corre a mi lado y me envuelve en sus brazos.

—Tranquila, Alma. Cálmate. Respira profundo y suelta el aire despacio —pide Luciana.

—Tengo que verla —digo, la voz me tiembla de la misma forma que se me estremece el cuerpo.

—Vamos a ir a verla cuando te calmes. Por eso hemos venido —dice Luciana, y me frota

la espalda como si esa caricia me sirviera para controlar los temblores y la falta de aire.

—¿Está Kevin, Marcos?

Él niega con la cabeza.

—¡No está! —grito.

—No lo hemos visto —dice Luciana—. Bueno, yo estuve allí. Marcos me dijo que no lo ha visto.

—¿Y por qué diablos no hablas? —pregunto a mi amigo.

—No lo vi, Alma. Solo vi a Lisa y a su padre, pero ellos no me vieron. La ira al verla me hizo dar media vuelta, agarrar la moto y salir disparando. Me detuve a unas cuadras para pensar. Y me fui a buscar a Luciana para que me ayude a encontrarte. Sentí odio al verla. Quería agarrarla de los brazos y gritarle todo el desprecio que siento. No por mí, sino por ti, porque te dejaron en la incertidumbre y nunca les importó tu dolor —dice Marcos, y en su voz detecto toda esa ira que lo hizo alejarse para no insultarla. Es demasiado generoso. Él también lo pasó mal, muy mal, aunque nunca lo diga en voz alta.

—Quiero verla. Quiero suplicarle de rodillas una maldita respuesta —digo, y se me entrecorta la voz. «No es momento para dejar de respirar», me dice mi voz interior. Cómo si pudiera elegir el momento para que me agarre un ataque de ansiedad. Ojalá no los tuviera. Pero se han repetido bastante después del accidente, después de que me contaron que Kevin ya no estaba.

Luciana saca de la mochila una botella de agua y me la tiende cuando me ve boqueando. Como siempre, mi amiga ha venido preparada para mejorar mi estado mental. «Respira. Respira y suelta el aire despacio», me dice. Hay tanto aire en Las Rosas, pero yo siento que no queda nada para mí, y por más que abro la boca para aspirarlo no lo encuentro. Tiemblo y estoy sudando. Me palpita tan fuerte el corazón que creo que me va a dar un infarto.

—Bebe despacio. Siente cómo se desliza el líquido por tu garganta. Siente cómo fluye de la misma forma que el agua del río, suave y serena.

Mi amiga sabe cómo sacarme de la desesperación. Lo ha hecho muchas veces. Le hago caso y bebo de a sorbos concentrándome en las palabras de Luciana.

—Respira, Alma. Mira los árboles como se mecen con el viento. Escucha el canto de los pájaros. Mira las nubes como corren en el cielo —dice Luciana.

Ella sigue hablando de forma pausada hasta que vuelvo a respirar. Siempre logra sacarme la ansiedad que sufro cuando tengo que enfrentarme a una situación que se escapa de mi control. Y enterarme que la hermana y el padre de Kevin están en Las Rosas me ha dejado fuera de juego.

Miro a Marcos, y está tan tenso que tengo ganas de decirle a mi amiga que él necesita más que yo de esa calma que sabe transmitirme.

—Respira, Marcos. Respira y dime dónde los viste —pido.

Marcos, que tiene la vista perdida, me mira y afloja los puños que tiene apretados al lado del cuerpo.

—Los vi en la bifurcación que hay al final de la avenida del centro. Hay una camioneta gris y un BMW estacionados.

Camino hacia atrás unos pasos sin dejar de mirarlo. Ya no estoy preocupada por respirar, y solo pienso en la forma de llegar hasta allí lo más rápido posible. Podría pedirle a Marcos que me llevara. «Corre, que para eso tienes las piernas», dice mi voz interior.

Me giro y salgo corriendo.

—Te acompaño— grita Luciana.

Niego con la cabeza. Esta batalla es mía. Llevo años esperando este momento y es un camino que tengo que recorrer sola. El camino a la verdad que siempre me negaron.

Doblo en una calle de tierra que me lleva a la plaza, y sigo corriendo las cuadras que me separan del sitio donde Marcos vio a Lisa y a su padre. Tengo que encontrar los dos vehículos estacionados que me indicó como referencia.

Todavía me quedan diez cuadras hasta la bifurcación de los caminos. El recorrido parece no tener fin. Me falta el aire pero no es por otro ataque de ansiedad sino por la corrida, y sigo avanzando al mismo ritmo.

He esperado tanto tiempo por este momento, por tener frente a mí a alguien de la familia Serrano para pedirles, para suplicarles que me den las respuestas que me negaron, que no pienso mermar el ritmo, no pienso perder la oportunidad de pararme delante de ellos para que me digan a la cara qué pasó con Kevin. Yo nunca creí que hubieran esparcido sus cenizas en el lugar del accidente. Mi instinto jamás creyó en esa locura. Y si me he equivocado, por los cinco años que llevábamos juntos y por nuestro sueño de formar una familia en Las Rosas, merezco que me digan lo que le sucedió mirándome a los ojos.

Ya veo la camioneta y el BMW que me indicó Marcos. Todavía están allí y acelero el ritmo. Me palpita el corazón y ya no sé si es por la carrera o porque estoy a unos pasos de enfrentarme a Lisa. Esa amiga del alma y del corazón que se esfumó como la niebla matutina de Las Rosas.

Siempre la he justificado. Su carga era muy pesada. Pero solo necesitaba unas malditas palabras que me sacaran de la incertidumbre, unas palabras que nunca me dio.

Esta sigue siendo la calle principal del centro, pero ya no hay nada comercial en este sitio. La avenida ha dejado de ser de dos manos y con un cantero en el medio, y solo es una angosta calle de tierra que nadie transita, salvo los que viven en la zona, y son pocos. Es el lugar más tranquilo del pueblo, aislado del turismo, aislado de todo. El sitio donde menos esperaba encontrarlos. Es como si su intención fuera que nadie supiera que están a Las Rosas. Pero es

difícil pasar desapercibido en Las Rosas, y Marcos los vio.

No reconozco los dos vehículos. No eran los que tenían antes del accidente. Facundo Serrano tenía una camioneta de varios años y Lisa no tenía coche. Acababa de sacar la licencia y aprendió a manejar con el vehículo de su madre. Estos son más ostentosos, aunque no me interesan los vehículos, yo solo quiero ver si allí están Lisa y Facundo Serrano.

Me detengo en la acera de enfrente, me agacho y apoyo las manos en las rodillas para intentar recuperar el aire. Pienso en todos los consejos de Luciana, y miro como se mecen los árboles, siento como el viento me golpea en la cara y escucho el ruido del río que está a pocos metros, porque no quiero volver a sufrir un ataque de pánico estando sola.

Los vehículos están estacionados junto a una casita sencilla. Está pintada de blanco y tiene un jardín plano y cuidado. La puerta está abierta y ruego que Marcos no se haya equivocado. Es imposible que Marcos se equivocara. Ella era su novia. «Adentro están Lisa y su padre, y tú deberías estar pensando cómo enfrentarlos», me susurra la voz de mi conciencia.

Me escondo tras el tronco de un árbol, y me asomo apenas para ver si alguien sale por esa puerta. Me siento una intrusa espiando a la que fue mi mejor amiga. Tras esa puerta está la verdad que tanto he buscando, y el corazón se me acelera por los nervios. No sé si estoy preparada para escucharla.

«Ve, Alma», me grita mi voz interior y le hago caso. Para eso he venido y no voy a permitir que el miedo me domine. Tengo que ser fuerte. Tengo que concentrarme en inspirar y soltar el aire despacio para no quedar desmayada a pocos metros de la familia de Kevin. Pero me cuesta dominar mis emociones.

Salgo de mi refugio del árbol, y mientras cruzo la calle de tierra Lisa sale de la casita de jardín cuidado y puertas de madera lustrada. Estoy temblando y no sé de dónde saco fuerzas para caminar sin apartar la mirada de quien que era mi amiga desde el instituto.

Ella se detiene y me mira. Le brillan los ojos. Su padre la sigue, y se detiene un paso por detrás. Ya no corro, camino despacio. Sigo temblando, pero no les quito los ojos de encima.

Ninguno parece asombrado de verme, es como si me estuvieran esperando, aunque Lisa parece asustada, como si no supiera cómo enfrentarme. Si yo me hubiera borrado de su vida, quizá tendría la misma sensación. Lisa se gira y mira a su padre, que le pone una mano en el hombro.

—Alma —susurra Lisa. Supongo que se lo dice a su padre, pero la escucho.

Se gira hacia mí y se le caen las lágrimas. Yo no tengo lágrimas. No tengo compasión. No me da pena su tristeza. Lo que me hicieron es imperdonable, a pesar de haber intentado tantas veces ponerme en su piel y justificarla.

Si su idea es venir a vivir al pueblo como si nada hubiera pasado, no va a encontrar en mí a la amiga que dejó atrás sin una maldita respuesta. Esa respuesta que solo encontré en los

vecinos de Las Rosas, convertida en unas cenizas que esta familia tiró en la montaña.

—¿Qué pasó con Kevin? —pregunto. Intento hacerlo en voz alta y clara, pero me sale casi en un susurro entrecortado. Estoy en la vereda, y ellos siguen en el jardín de la casa—. ¿Dónde diablos está Kevin? —repito, y está vez me sale una voz un poquito más fuerte—. En esas cenizas que tiraron en la montaña. Nunca me lo creí —susurro.

—Allí quedó el pasado de Kevin, Alma —dice Facundo, el padre del hombre que amo.

Creo que responde él porque su hija está peor que yo. En realidad, ella sigue llorando como si el accidente y todas sus consecuencias acabaran de ocurrir. Yo he recuperado las fuerzas y he perdido el miedo. Llevo dos años llorando y me he quedado sin lágrimas, o no las tengo para esta amiga que decidió alejarse sin una explicación.

Por la puerta sale un hombre que se mantiene en pie con un bastón, aunque no es de mucha ayuda porque tiene que apoyarse en la pared para no caer al suelo. Me muerdo el labio para no gritar y contengo las ganas de correr para sostenerlo. Y esas lágrimas que ya no tengo, aparecen y me quiebro en dos.

—Kevin —susurro bajito, y se me anuda la garganta.

Él no me mira. No mira a nadie. Es como si le diera lo mismo estar allí o en cualquier otra parte. Es como si yo no fuera nadie en su vida.

—Él es mi hijo… Mi hijo Leo —dice Facundo, y se le quiebra la voz—. Ven que te lo presento, porque no te conoce —afirma—. No te conoce, Alma —repite como si me estuviera dando una advertencia.

¡Leo! ¿Pero qué diablos han hecho? No solo me negaron que estaba vivo sino que a él le arrebataron el nombre.

—¡Qué han hecho! —digo, con la voz rota—. ¿Por qué me hicieron creer que estaba muerto? ¿Por qué, maldición, no me dijeron la verdad? Yo habría estado a su lado —digo, con la voz entrecortada.

«Creímos que era lo mejor», comenta Facundo. «Mi madre tomó la decisión de empezar de nuevo», dice Lisa. Yo no pude empezar de nuevo. Me dejaron en la incertidumbre y me quisieron hacer creer que había muerto. Al mirar a Kevin, comprendo que nunca tuvo la oportunidad de decidir sobre su vida, su futuro, su pasado.

Hasta el nombre le arrebataron.

Ellos siguen hablando, respondiendo o justificando la barbaridad que hicieron. Pero las palabras que tanto he esperado ya no me sirven porque al mirar a Kevin tengo todas mis respuestas.

—No me vas a presentar a la belleza que ha venido a ver al despojo de tu hijo —grita Kevin—. Soy Leo, o eso dicen —vuelve a gritar.

“Soy Leo, o eso dicen”, nunca mejor explicada la manipulación que hizo su familia.

Trago el nudo que tengo en la garganta. La voz de Kevin es la misma. El cuerpo no le responde, su mente no recuerda nada, pero su grito demuestra la ira que le provoca su situación. Está tan delgado que un viento podría arrastrarlo una cuadra. Y tan pálido que parece que en cualquier momento se va a desmayar. Tiene el cabello castaño desgreñado, como si hiciera mucho que no se lo corta ni se lo peina. Está enojado con la vida, con el mundo. ¡Qué razón tiene! El accidente no solo lo llenó de secuelas sino que su familia, la que tenía que ayudarlo, le quitó su identidad y su pasado, le arrebató su derecho a elegir.

Estoy con la cabeza inclinada porque no quiero que me vea llorar. No quiero que detecte mis emociones. Me seco las lágrimas, elevo el rostro para mirarlo y camino hacia él. Por Kevin tengo que aparentar una serenidad que no siento.

—Soy Alma Torne. Vivo en el pueblo y espero que podamos ser buenos amigos —digo, y le tiendo mi mano, que no me deja de temblar.

Él me mira. La ira le hace brillar los ojos. Son de un marrón claro muy bonitos, pero ya no tiene la mirada tierna o pícara de antaño. Me observa con desprecio. Frunce el entrecejo. Agarra el bastón. Se mete tambaleando a la casa y su saludo es un portazo en mi cara.

Espérame, espérame. Estoy yendo a casa, espérame. Unchained Melody. Por primera vez desde el accidente, viene a mi mente la melodía que cantaba a gritos antes del accidente. Nunca volví a cantarla porque creí que era una premonición. No lo era.

Me voy corriendo y cuando giro en la esquina caigo de rodillas sobre la calle y me pongo a llorar. Kevin está vivo. Lo he tenido a unos pasos de distancia. Él ha regresado a casa, solo que no sabe que esta es su casa, que yo soy su hogar y que hace dos años y tres meses que lo espero.

CAPÍTULO 4

Kevin

Odio esta casa perdida en medio de la nada. Odio este pueblo, aunque no lo he visto mientras lo recorría en la camioneta. Odio la decisión de mi padre de trasladarme aquí, sin mi consentimiento. ¿Qué sentido tiene? Ninguno, salvo deshacerse del hijo que les estorba, del despojo que les quedó después de un accidente del que nadie quiere hablar.

—No me gusta —aclaro—. No pienso quedarme aquí.

—No tiene escaleras y el jardín es plano. Sería bueno para comenzar tu rehabilitación.

—¿Y quién dice que voy a hacer rehabilitación? Es una casa espantosa, y no pienso salir al jardín —aseguro.

—Lo hago por tu bien, hijo. El aire de campo te va a ayudar —asegura.

Suelto una carcajada y salgo de este páramo que no me gusta. Me tambaleo, suelto el bastón y termino desparramado en el jardín plano.

No pienso quedarme en esta casa perdida en medio de la nada.

—¡Me estás escondiendo! —grito desde el suelo. Él llega a mi lado y me levanta como si no pesara nada. No peso nada. No tengo deseos de comer, y no voy a colaborar con el fisioterapeuta que imagino ha contratado sin mi consentimiento, y debe estar al caer—. Se están quitando el despojo de encima —grito.

—Eso no es cierto —dice Lisa, la que aseguran que es mi hermana—. Esto es por tu bien.

Está llorando. Lo mismo que lleva haciendo cada vez que me visitaba en esa clínica donde me encerraron para que me recuperara. Nunca colaboré con los ejercicios de los fisioterapeutas que me atendían. Solo me levantaba y me echaba en el sillón esperando que llegara la noche para irme a dormir, aunque ellos me hacían masajes o lo que sea, y de alguna forma lograron ponerme en pie y que me sostenga con la ayuda de un bastón. Los fines de semana me llevaban a la gran casa familiar, como si fuera una visita. Iba, pero no los hablaba, no los miraba y me la pasaba metido en esa habitación que era tan aséptica como la de la clínica porque no tenía ningún recuerdo.

Un día decidí no ir más. No sentía que esa fuera mi casa, y no tenía ganas de hacer vida

de hogar con una familia que se negaba a contarme mi pasado. Por suerte, el psiquiatra de la clínica les dijo a mis padres que no me presionaran. La verdad es que no quiero verlos. No quiero escuchar a Mona, mi madre, decir que ya voy a salir adelante, sin saber cómo me siento. Pero ahora, ignorando mi deseo de no venir a este pueblo de mierda, mi padre me ha subido a la camioneta y me va a dejar aquí.

—Qué sabrás tú lo que me hace bien —aseguro.

—Te vas a quedar te guste o no —asegura mi padre.

Lo miro con desprecio y me suelto de su agarre, aunque sé que otra vez voy a terminar en el piso. Prefiero arrastrarme a que me lleve como si fuera idiota.

—Me mandaron fotos de otra casa que está en un sitio más poblado, pero la descarté porque el terreno es demasiado escarpado —dice Facundo.

—La descartaste sin consultarme —gruño—. ¡No soy un mueble! Tengo derecho a decidir qué mierda hacer con mi vida. Y solo yo decido si estoy en condiciones de moverme en un sitio escarpado —grito.

—Lo único que estás haciendo es dejarte vencer —grita mi padre—. Y no voy a permitirlo.

—¿Y ustedes qué diablos han hecho por mí? Ya sé, ignorar todas mis preguntas y encerrarme en una clínica sin mi consentimiento.

—Los médicos nos aseguraron que en esa clínica te ibas a recuperar —dice mi padre.

—Como vez, se equivocaron.

—No has colaborado en nada.

—Ustedes no colaboraron conmigo. No quisieron hablar más de lo que pasó. No soy un niño que manejan a su antojo —aseguro—. Quiero ver esa maldita casa que descartaste.

—Tú no estás en condiciones de manejarte sin ayuda en esa casa —grita.

Si Facundo la descartó la voy a elegir, porque mi única meta es hacerle la vida imposible a esta familia que ha decidido lo que era mejor para mí, sin tener en cuenta mis sentimientos y mis derechos.

—Eso lo decido yo. Si quiero ir tropezando con todos los accidentes del terreno, es cosa mía —digo.

—Bien, vamos a ver la maldita casa —dice Facundo, y camina hacia la camioneta sin ayudarme.

Es un pequeño triunfo en el largo tiempo que llevo soportando esta nueva vida que se han inventado para mí, o para ellos. No lo tengo claro. Solo sé que en esta vida no encuentro un maldito recuerdo, como alguna foto de la infancia o algún amigo que me venga a visitar. No tengo dudas que ellos lo pasan mejor que yo.

Tengo que reconocer que no me han abandonado. Mi madre iba de visita a la clínica día

de por medio, a pesar de que ni la miraba. Mi hermana iba a llorar todos los días, a pesar de que me he cansado de echarla. Y mi padre iba de noche cuando salía del trabajo, a pesar de que simulaba estar dormido en el sillón para no entablar un diálogo sinsentido.

Me ofrecieron volver a casa, y me negué porque verlos me alteraba más que estar en esa clínica. Al menos la gente de la clínica me caía bien, y los pacientes eran buenas personas que se esforzaban en mejorar, no como yo, que no hacía nada.

Han gastado una fortuna en mi rehabilitación, pero no me dieron lo que único que les pedí, mi pasado.

Lisa sigue llorando y ya no puedo contener las ganas de gritarle que pare.

—Que Lisa se vaya a llorar a otra parte —digo, mientras intento avanzar por este jardín sin obstáculos. Me detengo a cada paso para mantener la vertical. «Si hubieras colaborado, estarías caminando», diría Mona. «¿Para qué?, si no tengo adonde ir», le decía esperando que me contara algo de mi pasado. Su silencio era la respuesta, y en eso quedaban sus pobres intentos por ayudarme a recuperar las ganas de seguir.

Mi padre y Lisa están hablando en la vereda mientras yo avanzo a paso de tortuga hasta la camioneta. Mi hermanita, la llorona, se sube al BMW nuevito que le han regalado y se va. ¡Qué alivio! Una menos. No la odio. Pero su llanto me hace apretar los dientes. Lo que odio es su lástima y su silencio. «Dime qué pasó», le suplicaba. «Mamá no quiere que te altere», me decía y se iba llorando. Si ella estuviera en mi lugar, respondería a todas sus preguntas.

—Vamos a ver esa casa llena de obstáculos, hijo —dice Facundo.

Casi nunca me llama Leo. Mi hermana tampoco. Solo mi madre lo repite hasta el cansancio. «Qué bien estás, Leo». «Quieres que te prepare un jugo natural, Leo». «Salimos un rato al parque, Leo». «Leo». «Leo». «Leo». Que ella lo repita tanto, y mi padre y Lisa eviten llamarme así, me hace dudar de que sea mi nombre.

Estoy tan perdido que lo único que siento es una ira que no sé controlar.

—¿Por qué este maldito pueblo? —pregunto después de media hora caminando los veinte pasos que me separan de la camioneta.

Mi padre me mira y no responde.

—¿Por qué este y no otro cualquiera? —vuelvo a preguntar. Si no responde debe ser un dato que me puede servir para averiguar algo relacionado con mi pasado.

Le suena el móvil, y suelta el aire aliviado al no tener que responder a mi pregunta. Aprieto los puños. Me indigna que no responda. Cuando va a atender la llamada, le quito el móvil y lo lanzo al medio de la calle.

—¡Qué diablos has hecho! —grita mi padre. No me tiene paciencia, y la verdad que me alegra que no me trate con condescendencia. Es con el único que me siento más a gusto, aunque no es para tanto. Yo grito y él grita. Y está genial.

—Es la hora de hacerte cargo de tu hijo tullido, no de estar hablando del trabajo.

—No hacía falta que rompieras el móvil —se queja—. Sube antes que te suba de una patada en el culo.

Intento subir, pero no puedo, y me agarra de las presillas del vaquero y me sube de un empujón. Sonrío, pero como está de espaldas, no me ve.

—Vamos de una maldita vez, que quiero que te largues.

—Voy a tener que buscar a alguien que venga a ayudarte los primeros días.

—De eso nada —aclaro—. Me voy a arreglar pidiendo comida a domicilio.

—Como quieras —dice.

Está furioso. Me alegro porque cuando se enoja me deja a mi aire.

—Este pueblo me queda cerca para hacerme una escapada y venir a ver si estás tirado en el escarpado jardín o te has caído por las escaleras y te has roto la cabeza.

Maneja despacio y yo veo un poco de este pueblo. Los negocios están pintados de vivos colores. Hay árboles en las veredas. Hay toldos de lona en casi todos los locales, algunos son a rayas y otros de vivos colores. No está tan mal. El centro es bonito, alegre y pequeño. La plaza está cuidada y hay una iglesia, aunque a mí me da lo mismo. Hay unos bares cerca de la plaza. Tienen mesas en las veredas. No hay mucha gente, quizá porque es domingo por la mañana. Me dan ganas de sentarme a tomar un café frente a esa plaza que vi desde la camioneta. «Vaya, vaya. Ese sí que es un gran cambio», susurra esa voz odiosa de mi conciencia. Arrugo el entrecejo. ¿Qué estoy pensando?

La casa no puede ser menos funcional, al menos para mí que estoy más débil que los ancianos de la clínica. Ellos sí que tenían espíritu luchador. Nunca cejaban en su intento por recuperar la movilidad. Eran los pacientes más aplicados de la clínica. Darío, un hombre de cuarenta años, también era un ejemplo de lucha. Y Alejandra, que con veinte años trabajaba más allá de sus fuerzas para recuperarse de las lesiones que le quedaron cuando salió despedida de la moto de su novio. Cuánto empeño ponía esa chica. Pero todos ellos tenían una historia, y yo tengo la mente en blanco.

Mi padre se ha largado para hablar con la dueña y puedo curiosear a mi aire, sin estar arrugando el entrecejo porque lo tengo cerca. El jardín está lleno de escollos, es desparejo y tiene enormes piedras mezcladas con algo de gramilla. Es un terreno complicado. Encima hay cinco escalones para acceder a la linda galería que estoy mirando, y la casa es de dos pisos. Un verdadero reto, que no estoy en condiciones de sortear, pero no me importa. Estoy buscando algo para quejarme, porque me he convertido en un incordio.

Mi padre demora más de una hora en regresar con la llave. Suelto el aire porque me tiemblan las piernas de tanto esperar apoyado en un árbol. Tiene el cabello revuelto, y me imagino que ha estado peleando el precio.

—No tiene piscina —digo para fastidiarlo más de lo que está después de tan ardua negociación con la dueña.

—Por supuesto que no. No voy a tentar a la suerte. —aclara Facundo.

Cree que soy capaz de ahogarme en la piscina para acabar con mi vida. No estoy tan mal. Creo que no podría hacerlo porque sería cobarde terminar con algo que ni sé que es. No sé quién soy, quién era. No tengo idea qué dejé atrás. Quizá no hay nada interesante, pero quiero saberlo.

—Ya demasiado preocupado me voy a quedar pensando que en cualquier momento te rompes la cabeza contra alguna piedra —dice.

—No es una mala idea. Quizá hasta recuerdo lo que no me quieren contar —aseguro, y logro que deje de hablar.

Mi padre se ha ido al centro, y ha llenado la nevera y los estantes de la alacena con comidas y bebidas. Nada de alcohol, y me indigna que me trate como si tuviera dos años. Le he pedido que se vaya.

Cuando estaba en la puerta, me ha dicho que en el transcurso del día vendrá una persona de confianza de la ciudad para atenderme. Le he lanzado el bastón a la cabeza, pero no le he dado porque ya había cerrado la puerta. Ahora no tengo el bastón para moverme. Me tambaleo y caigo sobre una alfombra. Miro la puerta donde quedó el bastón. Son solo cinco o seis pasos. No es mucho y tengo que arreglarme solo porque desde este momento dependo de mí.

No quiero estar aquí. Aunque tengo que reconocer que esto es mejor que la clínica. Es mejor que estar en la ciudad porque ellos no van a estar asediándome todos los días, con falsas palabras, lágrimas o gritos.

Lo más extraño de estar aquí es que es la primera vez, desde que desperté en ese hospital, que he tenido el deseo de sentarme a tomar un café frente a esa plaza que vi desde la camioneta. Y eso no me gusta. No quiero avanzar sin saber qué diablos estoy dejando atrás. Mi vida quedó estancada en este presente espantoso, y lo que más me altera es que no sé si en aquel pasado del que nadie habla, hay alguien que piense en mí.

CAPÍTULO 5

Alma

No sé cómo llego a casa. Después de ver a Kevin tuve la sensación de que me desplazaba flotando. Está vivo. Kevin está vivo y lo único que recuerdo es que he llorado y reído durante todo el trayecto.

Luciana y Marcos están apoyados en la tranquera del ingreso de mi casa. Marcos se levanta de un salto y se acerca despacio. No sabe qué decirme.

—Está vivo —susurro—. Kevin está vivo —grito, y él me alza en el aire y comienza a reír—. Lo sabía.

—Lo sabías. Siempre lo supiste. Nunca creíste las mentiras que se decían en el pueblo.

—Ay, Marcos. Te juro que casi me desmayo cuando lo veo —exclamo de la emoción.

Luciana se acerca y me abraza.

—Estás radiante —dice Luciana.

Debo tener la cara roja de tanto llorar, pero quizá ella ve más allá de mi desastroso estado.

—Lo dudo, pero estoy tan feliz.

—¿Qué te dijo? —pregunta Marcos.

—No me conoció. Creo que no recuerda nada, Marcos. Su padre me lo presentó como su hijo Leo.

—¿Leo es su segundo nombre? —pregunta Luciana.

—Kevin solo tiene un nombre —aclaro—. Kevin Serrano. A veces decía: “Todos tenemos derecho a dos nombres, para elegir el que más nos guste cuando nos hacemos mayores”.

Les cuento todo lo que sucedió y les digo que Kevin casi no puede caminar, que usa un bastón, que está delgado, con el cabello largo, desaliñado y enojado.

—No sabe que le han quitado hasta el nombre —digo, y se me resbalan las lágrimas—. Pero está vivo —aseguro.

—¿Por qué vinieron, Alma? —pregunta Marcos.

En ese momento el BMW de Lisa estaciona en mi casa. Marcos se tensa. Luciana mira el

coche con la boca abierta.

—No me dijiste que nadaban en dinero —comenta Marcos.

—No lo hacían. Quizá a su padre le fue bien con la sociedad que hizo un año antes del accidente.

Entro al jardín de mi casa para alejarme de Lisa. No quiero hablar con ella, no quiero sus excusas ni hacerle reproches. Lo único que siempre pedí, ha regresado a Las Rosas y está vivo.

—Alma. Tenemos que hablar —grita Lisa.

La ignoro y sigo caminando.

—No fue mi intención —asegura.

—¿Joderle la vida a tu amiga? —pregunta Marcos—. ¿Dejarla en la incertidumbre todos estos años? Alma nunca olvidó a Kevin. Lleva desde el accidente sin poder avanzar. Lleva más de dos años marchitándose. Le hicieron creer que habían tirado sus cenizas en el lugar del accidente. Eso es muy cruel —grita Marcos.

Su deseo de defenderme le permite soltar toda la rabia que lleva adentro. Él era su novio. Aunque Marcos no hable de todo lo que tuvo que pasar, la necesitaba a su lado. La necesitaba y Lisa lo sacó de su vida como quien descarta un mueble viejo.

Me giro y veo que Lisa llora. También lloró cuando salió de esa casa en el lugar más solitario de Las Rosas y me vio cruzando la calle.

—Fue idea de mi madre. Quería avanzar —dice Lisa, y le tiembla la voz.

—¡Avanzar! Ninguno avanzó con la estúpida idea de tu querida madre —dice Marcos—. Yo esperé durante meses que me atendieras el teléfono o me respondieras un maldito mensaje.

—Lo sé y lo siento. Me quería morir —dice Lisa.

—¡Te querías morir! Y no pensaste lo que nos pasaba a nosotros.

—Todo fue culpa mía —aclara Lisa.

—En tu cabeza, no en la nuestra —asegura Marcos.

—Yo giré hacia el precipicio. Mi madre pensó… —dice, y se calla. Aprieto los puños al imaginar que lo que ha decidido callar es que su madre pensó que Kevin iba a morir—. Kevin no salía del coma, y yo no dejaba de gritar por las noches. Decidió borrar el pasado pensando que podíamos salir adelante.

—Veo que han logrado el objetivo —dice Marcos señalando el cochazo.

—No, Marcos. Esto es solo apariencia —dice Lisa—. Alma, reconozco que algunos días lograba llevar una vida normal, pero cada vez que llegaba un mensaje tuyo para Kevin me volvía a romper. Cuando tu madre me vio en el centro supe que le volverías a escribir a mi hermano. Lo hiciste y me quebré.

—Y decidiste que ya era hora de contar que estaba vivo —ironiza Marcos.

—He sufrido mucho —dice Lisa.

—Me alegro de que no lo pasaras bien —dice Marcos.

No debería intervenir. Marcos tiene derecho a decirle todo lo que siente. Él lo pasó terrible, y no tuvo a nadie que lo ayudara a levantarse. Se tuvo que levantar solo. Pero creo que se está pasando.

—Basta, Marcos —intervengo—. No estás en su piel.

—No lo estoy. Pero he visto todos tus esfuerzos por averiguar la verdad que nos ocultaron. Ella no tiene idea que removiste cielo y tierra para saber de Kevin. No sabe que ibas a la clínica, a los bomberos, a los que manejaban la ambulancia, a la policía. No sabe que le preguntabas a todos los vecinos si sabían algo de Kevin. ¿Y sabes lo que le dijeron los vecinos? Claro que no lo sabes, si decidieron borrarla de sus vidas. Los vecinos le dijeron que tus padres tiraron las cenizas de Kevin en el lugar del accidente —grita Marcos.

—Fue algo simbólico. Tiraron el pasado de Kevin para intentar avanzar —dice Lisa—. Yo no lo sabía. Me lo dijo mi padre hace poco.

—¡Simbólico! Tirar cenizas en la montaña lo consideraron simbólico —grito, porque su respuesta es tan inconcebible como lo que hicieron sus padres—. Más que simbólico fue lo que quisieron que creyera la gente del pueblo. Simularon su muerte para asegurarse de que nadie del pasado lo siguiera buscando. ¿Tienes idea de lo que sentí cuando los vecinos me contaron que tus padres tiraron sus cenizas en la montaña? —pregunto.

—No, Alma. Yo estaba muy mal cuando mi madre decidió borrar el pasado de nuestras vidas. Tenía pesadillas y lloraba todo el día porque me sentía culpable por mi hermano. En su momento me pareció una buena idea, yo solo quería salir de ese círculo. Pero nunca salí porque al círculo le agregué la enorme culpa por ocultarte la decisión de mi familia, y por tener que borrarlos de mi vida. Eran mis personas más queridas —dice, incluyendo a Marcos, que no cambia su gesto de indignación. Lo entiendo. Él tiene todo el derecho de indignarse, porque yo me siento igual—. Con tu último mensaje a mi hermano supe que no podía seguir manteniendo esa falsa nueva vida. Me quedé llorando en su habitación. Mi padre me vio y le dije que todo estaba mal. Qué no se podía avanzar, y le mostré el móvil de Kevin para que viera tus mensajes. Creo que los leyó a todos y entendió el enorme error que habíamos cometido. Mi padre me sacó la carga que vengo soportando desde el accidente. Todo lo que mi hermano quería está aquí. Y Mi padre decidió traer a Kevin a vivir a Las Rosas. Mi hermano no se mostró contento, pero no lo dejan decidir. Mi madre está furiosa. Yo creo que aquí puede recuperar las ganas de vivir —dice, se gira y se va.

—Tú leías mis mensajes y nunca fuiste capaz de escribirme para decirme que estaba vivo.

—Así es. No voy a justificarme con la excusa de acatar la decisión de mis padres, sobre todo de mi madre. Soy tan culpable como ellos.

—No pueden dejarlo en esa casa perdida en medio de la nada —grito.

—No la quiso. Se va a instalar en la casa que está pasando el puente Loma. Es un lugar bonito y más poblado, aunque tiene muchas escaleras y un parque bastante irregular —dice—. No lo dejes solo, Alma. Está aquí por ti, y porque es lo que él habría querido si conociera su pasado. Tampoco lo presiones con demasiada información —pide.

—Gracias —digo. No debería agradecerle después de todo lo que me ocultaron. Pero no quiero juzgarla sin conocer sus traumas. Y tampoco puedo olvidar que es por ella, que no aguantó más, que Kevin está en Las Rosas.

Mi instinto no me fallaba. Kevin está vivo y en casa, eso es lo único que me importa.

Marcos se queda mirando el camino por donde se aleja el coche de Lisa. Me gustaría decirle alguna palabra de aliento. Pero a Marcos le gusta mantener la apariencia de que todo está bien, y lo respeto. Luciana está a mi lado y me abraza.

—Lisa ha quedado marcada por el accidente —dice Luciana.

Creo que tiene razón, pero en este momento yo solo pienso en Kevin, y en la forma de acercarme a él. No será fácil, pero puedo ser muy insistente.

CAPÍTULO 6

Kevin

Mis padres nunca se han molestado en preguntarme qué quiero hacer. Me sacaron del hospital cuando me dieron el alta y me llevaron a una clínica de rehabilitación. Me iban a visitar sin que quisiera verlos. Y los fines de semana, como una especie de vacaciones de fin de semana, me llevaban a la casa familiar, sin que quisiera ir. Ahora mi padre me ha traído a este pueblo, me ha alquilado esta casa y me ha dejado solo.

Lo mejor de la última imposición de mi padre es que me ha dejado solo, y desde que se fue respiro sin darme cuenta que lo hago. «Será el aire de campo», dice la voz de mi conciencia. No. Creo que es porque se respira paz. Nadie viene a llorar por mi deplorable estado. Nadie dice que en poco tiempo voy a mejorar. No hay nadie que me grite. Tampoco hay nadie que se haga el idiota cuando pregunto. No hay fisioterapeutas que me hagan ejercicios para fortalecer los músculos y que pueda volver a caminar. No hay psiquiatras que me analicen. Estoy solo con los pájaros que cantan afuera, y les importa una mierda mi estado. «Vamos a ver cómo diablos te las arreglas». Lo ignoro.

Cuando logro llegar al bastón que le lancé a mi padre, decido salir a la galería. Después de todo solo tengo que abrir la puerta e intentar llegar a una silla que hay a pocos pasos. Me cuesta bastante, pero lo logro.

Podría intentar ir a ver el parque accidentado de la casa, pero desisto cuando recuerdo que demoré como una hora para subir las escaleras de la galería cuando llegué con mi padre. No sé cómo habrá sido mi vida pasada, pero seguro que mejor que la mierda que estoy viviendo.

Siento el ruido de una moto, que acelera y acelera. Levanto la vista y veo a un tipo en la entrada de mi casa. ¿Qué mierda quiere? Aquí no hay nada que le pueda interesar. Lo miro con desprecio para que se largue. Pero el idiota sonríe, se baja de la moto, abre la tranquera y se mete en mi casa.

—No se reciben visitas —grito.

—No vengo de visita. Solo quería saber quién era el idiota que alquiló la casa que tenía en vista —dice.

¡Vaya! Esto no me lo esperaba y se me tuerce el labio en una sonrisa, que borro antes de que este tipo se percate y crea que lo estoy invitando a pasar.

—Ya me viste. Puedes irte —digo.

—¡Por un puto día! Le pedí un adelanto a mi jefe, y el cabrón me lo negó. Mañana era mi día de cobro —exclama, y patea una piedra que rompe el vidrio de la ventana que está justo al lado de mi cabeza.

«Este tipo está peor que tú», dice la voz de mi conciencia, y por una vez tengo que darle la razón.

—Podrías haberme reventado la cabeza —grito.

—Apunté a tu puta cabeza —aclara, y me mira enojado. Yo arqueo las cejas porque nunca me imaginé semejante reacción por una casa de mierda.

—Estás como una cabra, hombre —digo.

—Le ofrecí a la vieja un adelanto para que me la reservara, ¿y sabes qué me dijo?, Marquitos, a ti ni loca te acepto una seña porque no me vas a cumplir, cariño —gruñe, y patea otra piedra que va directo a la puerta, por suerte es de madera y no la rompe—. Encima que me jodió el negocio, me dice cariño y Marquitos.

«Síguele la corriente, que esté está más loco que una cabra», dice mi voz interior.

—¡Marquitos! —gruño. Este tipo debe tener cerca de treinta años para que lo llamen por un diminutivo.

— Me cambió los pañales de niño, y se cree con derecho a usar el diminutivo, la muy desvergonzada. Soy Marcos —dice.

—¡Has roto el vidrio! —reclamo.

—Bueno, es algo menor teniendo en cuenta que te has hecho con mi casa. Vieja hija de su madre —insulta.

—No es la única casa. Búscate otra —digo.

—Pensaba hacer negocio. Sabes lo que pagan los turistas por una casa frente al río y pegada al puente Loma. Me iba a llenar de dólares, porque aquí en verano piden el arrendamiento en dólares. Pero la vieja zorra me jodió el curro —asegura.

—Quizá no quiere alquilarla por temporada.

—Claro que no quiere. Pero no era ella quién la iba a alquilar, sino yo —asegura.

Lo miro desconcertado. No tengo dudas que es un oportunista y… Me cae bien, maldición. Creo que es la primera persona que me cae bien. Quizá porque ni siquiera se ha percatado de mi deplorable estado. Quizá porque estuvo cerca de romperme la cabeza y ni se disculpó. «Quizá te arreglaba el barullo que tienes adentro», me susurra esa voz, y sonrío. Eso sería un golpe de suerte.

—Te ofrecería una bebida pero dudo que tomes gaseosa o agua, que es lo único que hay

en esta casa —digo, y me arrepiento porque no quiero entablar amistad con nadie.

—Eso tiene arreglo. Hace una semana que tengo un par de cervezas debajo del asiento. Las llevo por si me da un golpe de calor —aclara.

Frunzo el entrecejo.

—Debe estar caliente —digo.

—Es cerveza, hombre. Qué importa si está caliente. Hace su efecto esté como esté —dice, y se va a la moto. Levanta el asiento, saca dos latas y alza las manos para que las vea—. Toma la tuya, hermano —dice, y me la tiende.

Lo miro serio. No me ha preguntado el nombre. Creo que me va a quedar el apodo de hermano.

¡Qué distinto habría sido este tiempo si hubiera tenido cerca un hermano tan loco como este!

Bebo. Está caliente, pero el sabor... ¡El sabor! Ese gusto amargo me es familiar, y ahí me doy cuenta que no he tomado una maldita cerveza desde el accidente. Y me quedo con la lata de camino a la boca cuando descubro que es un dato de ese pasado que no recuerdo. ¡Un dato! ¡Un maldito dato! El primero después de más de un año desde que estoy despierto.

Quizá la bebía con algunos amigos, que desaparecieron después del accidente. Quizá con alguna mujer, que se borró de mi vida cuando se enteró que me convertí en un despojo.

Pero en mi presente estoy con este tipo que me dice hermano. Que se ha sentado a mi lado, que bebe mientras pierde la vista en el horizonte, y le importa un pimiento mi desastroso estado. Está callado. Yo también. La cerveza es cerveza, como me dijo, y siento todo el cuerpo relajado. No estoy pendiente de la respiración, ni de que mi cuerpo no funciona, ni de que no recuerdo nada de mi pasado. «Has recordado que bebías cerveza». Recién llego a este pueblo y este hombre, que no conozco, no sabe que me acaba de regalar el primer momento distendido desde que desperté, y el primer recuerdo de mi pasado.

—¿A qué te dedicas? —pregunto.

—¿Y tú? —me devuelve la pregunta.

Me encojo de hombros. A nada. Solo a ver pasar la vida sin ser parte de ella.

—Yo era mecánico de motos. Pero hace dos años que lo dejé y ahora trabajo con un contable —dice Marcos—. Soy una especie de secretario, aunque también me mandan a hacer trámites. Lo prefiero, lo de los trámites, porque odio estar encerrado en una oficina todo el maldito día. A veces arreglo alguna moto. Me gusta más arreglar motos.

Es tan espontáneo que me siento mal al ser tan reservado.

—Me estoy recuperando de un accidente —digo. No es mentira, aunque no hago nada para recuperarme.

Sigue mirando los árboles, o la calle de tierra, o el horizonte. No dice nada. No le importa

averiguar cómo fue mi accidente, y me gusta su indiferencia.

Termina su cerveza y se levanta. Me mira y arquea las cejas.

—Has quedado hecho mierda —dice.

No me esperaba semejante sinceridad y suelto una carcajada. La primera que recuerdo. Y qué bien me siento.

—Así es.

—Mañana vengo a cambiar el maldito vidrio que rompí —dice.

—No es necesario —digo, aunque me gustaría que volviera. Su desfachatez es un soplo de aire puro.

—Hermano, que me haya vuelto loco no quiere decir que sea un irresponsable. Si rompo un vidrio lo repongo —asegura, me palmea el hombro y se va sin ofrecerme ayuda para entrar a la casa. Otra cosa que me gusta del hombre.

—Trae cerveza que no tenga una semana guardada bajo el asiento de tu moto —grito.

Se ríe, arranca, acelera en falso y espero ver como sale derrapando. Este hombre me desconcierta. Ha salido tan despacio que demora en desaparecer de mi vista.

Me levanto y camino hacia la puerta. Cuando la abro y me tambaleo me doy cuenta que no he usado el bastón. ¡No he necesitado el bastón! Este tipo ha hecho magia y ni siquiera lo sabe. Regreso a buscarlo porque no creo que la magia dure mucho. «¿Y si todo está en tu cabeza dura?», pregunta mi voz interior.

CAPÍTULO 7

Alma

Marcos me ha contado que vio a Kevin y todas las locuras que hizo para acercarse a él. No puedo dejar de llorar y reír. Lisa no sabe que perdió un gran hombre. Hace tres días que va a ver a Kevin. Le ha cambiado el vidrio que rompió, y se ha quedado con él a tomar cerveza. Me dice que solo comparten un rato en silencio, salvo cuando él sale con alguna locura que hace sonreír a Kevin.

Marcos también me dijo que el día que fue a cambiar el vidrio apareció Mona, y que Kevin se puso tan tenso que parecía que se iba a romper. Su madre le decía cosas que él no quería escuchar. Como que tenía que regresar a la clínica para recuperarse. Que era una mala idea estar solo en un lugar tan alejado de ellos. Que su padre había cometido un error con esa decisión descabellada de dejarlo viviendo sin nadie que lo atienda en ese pueblo. Que la asistencia médica era un desastre, y le ha preguntado qué iba a hacer si le pasaba algo estando alejado de la familia.

«Fue un mal día para Kevin. Y como la madre no se iba, lo invité a dar una vuelta en la moto», me dijo Marcos. Me contó que Mona se puso histérica, y Kevin rechazó la invitación para no empeorar la situación con la madre. Lo volvió loco hasta que Kevin le gritó que se fuera y no regresara por un tiempo.

Llevo tres días pasando por su casa, pero no tengo la cara de piedra de Marcos como para meterme narrando historias inventadas, ni el coraje para patear piedras y romper vidrios. ¡Podría haberle roto la cabeza!, pero Marcos dice que tiene buena puntería. La verdad que lo de Marcos ha sido una locura, pero Kevin sonrió, y eso es lo único que me importa.

«Conviértete en una loca como Marcos», me dijo Luciana. El problema es que no soy buena actriz. Además, de solo pensar que está a un puente de distancia me emociono hasta las lágrimas. Pero tengo que encontrar la forma de llegar a él, sin que descubra que cuando lo veo se me hace un nudo en la garganta y me pongo a temblar.

Mis padres gritaban eufóricos cuando los llamé para contarles que Kevin estaba vivo y en Las Rosas. Les hice un resumen de su estado pero nada alteró su alegría. Ellos siempre adoraron

a Kevin.

Termino mi turno de la mañana en la panadería y me llevo la bolsa con el pan y las masas que nos reparten a los empleados. He elegido una que le gusta a Kevin. Es una factura con crema pastelera. Él se chupaba los dedos cuando la comía.

Regreso a casa por la costanera del río, decidida a provocar un encuentro con Kevin. Él ha regresado a su lugar en el mundo, y no puedo seguir esperando el momento perfecto. Marcos lo tuvo, porque Kevin estaba sentado en la galería y él se metió en su casa como un huracán. En los tres días que llevo pasando por su casa, no he tenido la suerte de mi amigo de encontrarlo en el parque o sentado en la galería, pero algo se me va a ocurrir.

Llego a la verja y me tapo la boca para no soltar un grito cuando veo a Kevin en el parque. Por fin ha llegado el día de encontrarme con él sin tener que inventar una excusa para llamar a su puerta. Pero lo que me hace brillar los ojos no es que Kevin esté afuera, sino que está tirado boca abajo en el parque. Se ha caído y no quiero ni imaginar el tiempo que lleva en el piso, porque no hace ningún intento por levantarse.

Me duele el corazón al verlo tan indefenso, y mi primer impulso es abrir la tranquera para correr a ayudarlo. «Claro, corre a levantarlo para que se sienta peor. Parece que no escuchaste una palabra de lo que te contó Marcos sobre su madre. No creo que quiera una asistente, o a alguien que se ponga a llorar al ver su estado». Me quedo con la mano en la tranquera, porque esa voz que suele ser un fastidio tiene razón. Si corro a ayudarlo me va a echar, y voy a perder la oportunidad de acercarme a él. El problema es que yo no soy tan buena actriz como Marcos.

—¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? —grito para llamar su atención. «Claro que no se acuerda de ti», susurra la odiosa voz de mi conciencia. La ignoro.

Kevin gira la cabeza y me mira con desprecio.

—La belleza que vi el primer día. ¡Vete! —grita.

No he corrido para ayudarlo a levantarse e igual me está echando, pero soy persistente y no voy a salir huyendo ante el primer obstáculo.

Entro en el parque de la casa de Julia. Una mujer que odia alquilar por temporada porque dice que los veraneantes hacen unas fiestas espantosas, y ella no tolera que le arruinen su propiedad y menos su parque. Es precioso, pero muy escarpado, como si en lugar de un parque fuera una prolongación de las montañas. Por eso Kevin ha terminado mordiendo en el suelo.

—Si tienes hambre tengo algo mejor que tierra—digo.

—No tengo hambre. Mi padre ya tuvo la ridícula idea de enviar a una loca, que entró como si fuera su casa y quiso ponerse a cocinar guisos para que engordara. Ya la corrí —dice.

«Qué enojado estás, Kevin», pienso.

—Si quieres engordar yo tengo las mejores facturas de Las Rosas. Las hacen en la panadería donde trabajo —aclaro—. Las que no se venden nos las regalan a los empleados. El

pan está recién horneado. No es sobra. Y es de los buenos. Solo en los pueblos los hacen con leña de verdad.

—Hablas demasiado, belleza —gruñe.

Me acuesto a su lado y siento que el corazón me va a mil. Hace tanto tiempo que no compartimos un momento tan especial e íntimo que me falta el aire, y aspiro profundo mientras ruego no sufrir un ataque de ansiedad. «Sería un desastre que te viera boqueando. Ya demasiado tiene con lidiar con sus problemas para encima tener que ayudarte con tus ataques de pánico». En eso tiene razón, pero me cuesta manejar mis emociones y…

—No te he dado permiso para acostarte en mi parque —grita Kevin.

Ha arruinado mi momento especial e íntimo. También me ha dado un susto de muerte que me devuelve el aire, y me alegro de que deje salir su ira porque mis emociones están a flor de piel y no quiero ponerme a llorar.

—Está bueno acostarse en el césped, pero la próxima vez intenta poner la espalda en el suelo en lugar de la boca. Te estás perdiendo las mejores vistas de Las Rosas —digo. Me sorprendo cuando se gira hacia mi lado. Me está mirando y su cuerpo roza el mío. Es un contacto mínimo, pero hace dos años y tres meses que no nos tocamos y ese roce enciende todas mis emociones. Tiemblo. Giro el rostro para mirarlo y mi mano se levanta sola, movida por un impulso o la costumbre, con la intención de acariciarlo. «Concéntrate en otra cosa, idiota», me dice la voz de mi conciencia. Cómo si fuera fácil. Marcos no está enamorado de Kevin como yo, por eso le sale tan fácil disimular. Bajo la mano, abro la bolsa de papel y saco una factura con crema, las que le gustan a él. Le doy un bocado y me paso la lengua por los labios, recordando cuando hacía lo mismo y él me decía: «deja que yo te limpio esa boca preciosa que tienes». Otra vez el maldito nudo en la garganta. Aparto el pasado de mis pensamientos y clavo la vista en el árbol que tengo arriba de mi cabeza. Me está costando un mundo estar acostada con Kevin sin dejarle ver mis emociones.

—Hay un nido allí arriba. Seguro que son gorriones —digo.

—Es un pájaro rojo.

—¿El que tiene las plumas paradas en la cabeza? —pregunto.

—No me fijé.

—¡Oh! Seguro que es Brasita de fuego.

—¿Qué? —pregunta.

—Brasita de fuego es un pájaro temeroso y huidizo. Tienes mucha suerte de tenerlo en tu jardín. Parece que tuviera la cabeza despeinada como tú —digo, y me tapo la boca con las manos.

Suelta una carcajada, y gracias a mi estupidez he logrado que se ría. Lo miro con un arqueo de cejas. Él está concentrado en mi boca y levanta la mano. No, Kevin. No lo hagas. No

podría contener la emoción.

—Seguro que me quedó azúcar impalpable —digo, y me paso el dorso de la mano para limpiarlo—. ¿Quieres? —Le tiendo la bolsa, que él abre para espiar lo que tengo adentro.

He traído todas iguales para que no se equivoque y elija otra. Aunque ni siquiera sabía si esta vez me iba a animar a entrar. Pero tuve suerte porque él estaba tirado en el parque. Creo que Dios, el universo o el destino han decidido confabularse para darme mi momento con Kevin, el que llevaba tres días buscando.

Kevin saca una factura y le da un mordisco. Me giro y lo miro. Quiero ver su reacción. Lisa me pidió que no le soltara el pasado, pero esto es solo un pequeño detalle. Y veo que Kevin cierra los ojos y saborea la factura de la misma forma que antes. Solía decirle que era un exagerado, y él negaba con la cabeza.

—De verdad te gusta, o para complacerme estás exagerando el gesto—digo, me tiembla un poco la voz y carraspeo.

—Yo no quiero complacer a nadie. Esto es lo mejor que he probado —dice, y se queda mirando al cielo. Suspira y dice—. Hasta creo que las he comido alguna vez.

Sí, Kevin. Lo comíamos juntos, mi vida.

—Pero nunca he estado aquí —aclara, y cuando la termina se chupa los dedos.

Hay cosas que la mente no olvida, Kevin. Te has olvidado de mí, pero no de los sabores que compartíamos cuando veníamos los fines de semana a Las Rosas. Tú siempre parabas el coche en la panadería, y yo me bajaba a comprar el pan y las facturas con crema para ti y sin crema para mí—. Deliciosas.

—Y eso que son de ayer —digo, me tiembla la voz y me levanto como un resorte porque tengo que salir antes de lanzarme a sus brazos y contarle todo lo que estoy pensando—. Mañana te traigo más.

—No hace falta que te molestes, belleza —dice.

—Paso todos los días por la puerta de tu casa. Vivo del otro lado del puente Loma —comento—. No es ninguna molestia, pelos parados.

Él arquea las cejas y sonríe.

—Me dicen Leo —aclara.

Me dicen Leo, no me llamo Leo, y eso es un indicio de que no se siente identificado con ese nombre. Lo sabe por instinto.

—Si no te gusta pelos parados, te voy a llamar Brasita de fuego—digo, y suelta una carcajada—. No te rías, no sabes el privilegio que tienes de tener a Brasita en tu jardín —aseguro, y si no me largo me voy a poner a llorar como una idiota—. Me voy porque tengo que prepararme el almuerzo.

Asiente e intenta ponerse en pie. No lo logra y se queda sentado en el césped. Estoy a

punto de tenderle la mano, pero desisto al recordar que Marcos me contó cómo le cambió el ánimo con las presiones de su madre. No puedo dejarlo tirado en el césped todo el día. Ni siquiera sé si hay alguien que lo ayude en situaciones como estas.

Le muestro la mano, dejando que él decida si quiere mi ayuda.

—No hace falta. Puedo solo —asegura.

—Nos vemos otro día —digo, y me voy con un nudo en la garganta. No voy a mirar atrás. No voy a hacerlo sentir un inútil. No quiero que piense que me preocupo por él, aunque me muero de preocupación.

—Belleza, después de todo no me vendría mal una mano —grita.

Suelto el aire, y sonrío antes de girarme para regresar. Le tiendo la mano y tiro de él con tanta fuerza que Kevin termina de pie y yo de culo en el césped. Su risa se mezcla con la mía. y cuando dejamos de reír nos miramos. Dicen que en la mirada se pueden ver todas las emociones, y yo espero que no descubra en mis ojos cuánto lo amo. Él tiene el entrecejo fruncido, y tengo que interrumpir su desconcierto.

—Y quién me levanta a mí —digo, él tira de mi mano aunque todo el esfuerzo lo hago yo. Kevin se da cuenta que es una pantomima, niega con la cabeza y sonríe.

Este es mi Kevin. Siempre reía, se divertía con cualquier cosa. La vida era una aventura. Él siempre estaba feliz. Salgo corriendo de su casa y agito la mano a modo de saludo, porque no sé cómo seguir fingiendo todo lo que siento, y todos los recuerdos que me vienen a la cabeza.

Sigo corriendo hasta que llego al puente Loma y me quedó agarrada a la baranda. Los dos nos amábamos con locura y yo extraño nuestros momentos, sus caricias, sus besos. Sus manos recorriendo mi cuerpo.

Cierro los ojos y puedo ver un día cualquiera de nuestro pasado. Puedo ver cuando llegábamos a Las Rosas después de pasar a comprar las facturas. Puedo ver su impulso y mi ansiedad. Puedo ver cómo era nuestra vida antes de que el accidente nos arrebatara nuestro amor.

Yo abría la tranquera de la casa de mi abuela y él estacionaba el coche bajo el árbol. Mientras yo subía las escaleras de la galería, iba sintiendo la adrenalina de la anticipación, porque sabía que él venía por detrás, me arrebataba la llave de la casa, abría la puerta, me dejaba pasar, la cerraba de una patada y quedaba empotrada contra la pared, con sus manos descendiendo por mi cuerpo, abarcando mis pechos mientras nos besábamos como dos amantes desesperados. Él me desprendía los vaqueros para acariciar mi sexo, y me arqueaba hacia atrás. Kevin me bajaba el pantalón por los muslos, despacio para provocarme, porque sabía de mi ansiedad. Sabía que me lo sacaba a patadas. La remera salía volando y Kevin se reía. Me quedaba desnuda, y él me miraba con hambre mientras luchaba con mis manos para quitarle la ropa y dejarlo tan expuesto como yo. Él se reía y me susurraba al oído: «Te voy a tener desnuda

todo el fin de semana, y te voy a hacer el amor hasta que nos quedemos sin fuerzas». Y yo le rodeaba el cuello con las manos y enroscaba mis piernas en sus caderas. Él me agarraba del trasero y me hacía descender sobre su erección. Subía y bajaba, subía y bajaba, y metía su mano entre nuestros cuerpos para acariciarme mientras me decía: «No te contengas, Alma. Quiero escuchar tus jadeos y sentir cómo gritas cuando llegas al orgasmo». Y yo lo besaba mientras mi mundo estallaba con sus caricias. Y él me besaba mientras su pene me llenaba completa. Mi cuerpo se tensaba y el de Kevin empujaba. «Ven conmigo», le decía para que supiera que estaba al límite. Nos conocíamos tanto, que sabía que iba a incrementar sus embestidas para que los dos llegáramos juntos al orgasmo. Y él volvía a besarme, y nuestros jadeos se mezclaban en nuestras bocas hasta que la ola de la pasión nos dejaba agotados, y nos quedamos así, abrazados en el suelo de la sala de nuestra casa.

Abro los ojos y vuelvo a estar agarrada a la baranda del puente Loma, con las mejillas empapadas de lágrimas. Siempre fuimos así, impulsivos. Nunca mermó la pasión entre nosotros, a pesar de que llevábamos cinco años de novios.

Necesito tu amor. Necesito tu amor. Que Dios me envíe tu amor hacia mí. Unchained Melody de *Righteous Brothers.*

CAPÍTULO 8

Kevin

No quería venir a este pueblo. Mi padre me depositó aquí como si fuera un mueble, pero esta vez creo que debería agradecerle. Jamás tuve un recuerdo de mi pasado estando en la clínica o de visita en la casa familia. Pero desde que llegué a Las Rosas no dejo de tener sensaciones extrañas.

No son grandes descubrimientos, solo son indicios. La primera fue la cerveza caliente que me ofreció Marcos. Estaba asquerosa pero tuve la sensación de que ya conocía ese sabor. Le he dado vueltas a esa idea durante dos días, y pude ver en mi mano una jarra de cerveza con mucha espuma. A mi lado había una mano femenina con una jarra igual, pero sin nada de espuma. ¿Quién es esa mujer?, quizá solo fue un encuentro casual en un bar. No he estado con una mujer desde el accidente y sentí la necesidad de acariciar unas curvas femeninas.

Pocas horas después, la belleza se metió en el parque de la casa que habito. La odié porque me vio en mi peor momento, cuando había resbalado y me había caído de boca en la tierra.

¿Qué imagen le estaba dando?

Lo que me sorprendió es que la belleza ya no parecía afectada por mi aspecto, como la primera vez que la vi, sino que se acostó a mi lado y me dijo: “la próxima vez intenta poner la espalda en el suelo en lugar de la boca. Te estás perdiendo las mejores vistas de Las Rosas”. Y me hizo sonreír. ¿Sabrá ella lo que significa esa indiferencia para mí?, por qué iba a saberlo. Ella no tiene idea de los demonios que habitan en mi cabeza.

Me giré hacia su lado pensando en mi deseo de sentir el contacto femenino, y mi amigo se puso a dar brincos debajo del pantalón. ¡No lo podía creer! «Ni yo. No has colaborado para volver caminar en esa clínica carísima donde te internaron, y ya estás pensando en tirarte a una mujer», dice la voz de mi conciencia. La ignoro. Por suerte ella no notó mi erección. Estaba demasiado concentrada en pasar la lengua por sus labios para barrer el azúcar impalpable de la factura.

Mi madre las llama cruasanes. Es que a Mona le gusta ser glamorosa. No sé cómo sería

antes, pero ahora parece una mujer artificial y abocada de lleno a las banalidades, los lujos y las apariencias. Quizá cambió después de ese accidente. La verdad que no me desvelo por analizar a mi madre.

Lo que me interesa es lo que me hizo sentir el contacto con la mujer de las facturas. Por Dios, si casi cometo la estupidez de levantar la mano para limpiarle el azúcar de sus labios. Son preciosos, ni muy llenos ni muy delgados, y cuando sonríe el mundo parece bonito.

Cuando le pedí que me diera la mano para levantarme, no quería su ayuda sino tirar de ella para que cayera sobre mi cuerpo. Pero la mujer mandó a la estratosfera mis deseos cuando de un tirón me puso de pie. «Menos mal, porque habrías metido la pata, y quizá no regresaba más a traerte esa factura con crema que te dejó asombrado». En eso la odiosa voz tiene razón.

Ese es el otro recuerdo que me vino a la mente apenas me la metí en la boca. Esa factura tampoco era un sabor nuevo para mí. Estoy seguro de que la he comido antes, aunque no fue como la cerveza que me permitió verme con la jarra en la mano.

La factura solo fue una sensación y no tuve ninguna visión del pasado. Pero es una señal, y si me concentro quizá pueda traer la imagen de cómo llegaban las facturas a mis manos en el pasado, dónde las compraba, o quién me las traía. Solo tengo que pensar y pensar hasta que me estalle la cabeza, como hice con la cerveza de Marcos.

Apenas llevo cuatro días en el pueblo y solo aquí tengo señales. ¿No debería haber descubierto sabores conocidos en la casa de mis padres? ¿No debería esa casa despertarme algún recuerdo? O decidieron eliminar todos los recuerdos, incluido los sabores y olores, de la misma forma que se negaron a contarme algo de mi pasado. ¿Qué motivo tuvieron para borrar cualquier detalle que me ayudara a recordar?, no quiero pensar mal de ellos. Necesito creer que no han tenido mala intención.

Me olvido de las acciones o inacciones de mis padres para centrarme en mi nuevo presente. Porque en este lugar, y con estas dos personas que aparecieron en mi vida y no me tratan como si fuera un despojo humano, ya no estoy tan enojado. Y gracias a las señales veo una luz al final del túnel. No es grande pero tengo una pequeña esperanza de descubrir quién era antes de aquel día en el que casi perdí la vida.

Estoy en el jardín porque es la hora en la que debería pasar la mujer de las facturas. Me dijo que vivía cruzando el puente, pero eso queda a un mundo de distancia de mis posibilidades.

Tengo que recuperar las fuerzas, tengo que ejercitar las piernas. Es increíble que mis nuevos amigos hayan obrado el milagro de hacerme salir de la apatía. Es por las señales, no tengo dudas que es por las señales. Si ella logra despertar recuerdos que me ayuden, soy capaz de pasarme todo el día en el jardín hasta que la vea aparecer.

Demoro media hora en bajar las escaleras de la galería. Voy a demorar una hora en caminar por este terreno accidentado, pero vale la pena el esfuerzo si puedo volver a encontrarme

con la chica que me trae los sabores del pasado.

Me he caído dos veces y gracias al bastón logro recuperar la vertical. En realidad no creo que sea el bastón, sino mi deseo de no estar mordiendo la tierra cuando llegue.

Estoy cerca de la verja del ingreso, apoyado en el tronco de un árbol y respiro agitado. Llegar hasta aquí ha sido una verdadera aventura después de meses negándome a colaborar con la recuperación. No le encontraba sentido hasta que llegué aquí. Este pueblo me está devolviendo las ganas de avanzar.

Se siente el ruido del agua del río, que está cruzando la calle. Me enderezo y sigo avanzando. Mi intención es sentarme de forma casual en la verja hasta que la chica pase por mi casa. «Si hubieras ejercitado en esa clínica carísima, podrías sentarte de forma casual. Pero nunca me hiciste caso». Doy dos pasos y me tropiezo con una piedra. Maldigo a esa voz odiosa y aterrizo con las manos. El bastón sale volando. Un coche se detiene en la puerta. Me giro y veo a mi padre correr hacia mí. Lo sigue mi madre. «Esto se pone cada vez peor», susurra esa voz maldita.

Los odio. No quiero que estén aquí. No ahora, que ella está por llegar.

—Fuera —grito—. No los quiero aquí.

Mi madre tiene el entrecejo fruncido y el reproche en la mirada.

—Te dije que era una pésima idea. Mira en el estado que lo encontramos.

Mi padre camina decidido hacia mí, no tengo dudas que para levantarme.

—Deja que te ayude —dice mi padre.

—No me toques —grito—. Ni se te ocurra acercarte.

Y afuera, con su bolsa de papel en la mano, está ella mirándome en mi peor momento.

—¡Has echado a la mujer que envié para que te atienda! —dice mi padre y agita las manos.

—Te aclaré que no la iba a recibir.

—Necesitas ayuda, maldición —dice mi padre.

—Llevo cuatro días solo, y no me has encontrado muerto.

—Estás tirado en el piso. Cómo diablos piensas levantarte. Cómo diablos piensas arreglártelas solo —grita mi padre.

—Cómo lo vengo haciendo desde que estoy aquí. Tú me trajiste —aclaro.

—Carga sus cosas en el coche que nos volvemos a la ciudad —grita mi madre.

—Tú puedes regresar por dónde has venido —digo.

—Vas a regresar a la clínica y vas a colaborar con la recuperación. Regresamos. Ya me cansé de lidiar contigo —asegura mi madre.

Miro el sitio donde estaba la belleza. Se ha alejado un poco, ya no está mirando todo desde la primera fila, sino desde la última, pero con los gritos de mis padres se está enterando de

que me tratan como a un incapacitado. Y odio que descubra cómo pretenden manejarme.

El bastón está fuera de mi alcance. Salió volando cuando me caí. ¿Cómo diablos voy a levantarme sin ayuda? No tengo ni idea pero pienso hacerlo. No voy a permitir que me hagan quedar como un idiota delante de ella. Apoyo las manos en el suelo para impulsarme y me fallan las fuerzas. Lo intento una y otra vez. Estoy dando un espectáculo deplorable, aunque no creo que sea peor que las palabras de mi familia. Me infravaloran. Me humillan. Me hacen sentir que no tengo derecho a decidir sobre mi vida. Que sin ellos no soy capaz de avanzar.

No tienen idea que estos días sin ellos son los que más he avanzado. Que ellos han sido mi mayor obstáculo. No los necesito. Puedo salir adelante solo. Cada pensamiento despierta más mi ira y me da las fuerzas que no tengo para seguir luchando por levantarme. Y después de muchos intentos no tengo aire y me tiemblan los brazos y las piernas pero he conseguido ponerme de pie. Esto es peor que correr cincuenta kilómetros en una maratón. Pero lo he logrado, y sonrío porque es un paso enorme para mí. Me giro y los miro con el triunfo en la mirada. ¿Cómo van a rebatir la realidad?

—No necesito la ayuda de nadie para ponerme en pie —aseguro, y mi padre me mira con la boca abierta. Mi madre niega con la cabeza, como si no pudiera creer que lo haga sin ayuda.

—¡Hijo! ¿Cómo lo has hecho? —pregunta mi padre.

—Porque me estoy haciendo cargo de mi vida. Aquí nadie me trata como un inútil. No hay médicos de buena voluntad intentando que colabore. Nadie llora cuando me ve. Nadie quita los obstáculos. No hay una madre que está empecinada que en avance a una nueva vida, dejando atrás mi pasado.

Mi madre se queda muda. Le brillan los ojos. Es la primera vez que no le veo una actitud desafiante.

—¿Quieres que hablemos? —pregunta mi padre.

—¿Del pasado que se esmeraron en ocultarme? —pregunto. Ninguno dice nada. Mi madre se pasa la mano para barrer con un par de lágrimas que le han escapado de los ojos. Mi padre parece dudar, pero no habla—. Solo quiero que se vayan —digo.

—No puedes echarnos. Somos tu familia y te queremos —susurra mi madre.

—¿Me quieren?, ¿o me quieren manejar a su antojo? Si es cierto que me quieren, deberían recordar que soy yo quien decide sobre mi vida —digo.

—Nadie te quiere manipular —grita mi madre—. Solo queremos lo mejor para ti.

—Ustedes decidieron, sin consultarme, que era lo mejor para mí. ¿Cuánto me han ocultado?

—Lo hicimos por tu bien —asegura mi madre.

Es por mi bien o porque les resultó más sencillo seguir adelante sin la carga del pasado.

—Los médicos nos pidieron que no dijéramos nada que pudiera alterarte. Queríamos que

fueras paso a paso, sin presiones para que no te estresaras —asegura mi madre.

¡Más de lo que ya estoy! Si vivo estresado porque no sé qué hay antes del accidente.

—¿Y lo mejor era borrar mi pasado? —pregunto. No me responden—. En este momento lo mejor para mí es que se vayan y me dejen tomar mis decisiones —digo.

Mi madre se retuerce las manos.

—¡Después de todo lo que hemos hecho para que te recuperes! —exclama.

No le respondo. No me interesa entrar en discusiones bizantinas.

—¿Al menos puedo llamarte? —pregunta mi padre.

—¿Para quedarte tranquilo? —pregunto.

—Sí.

—Manda un mensaje y te voy a contestar cuando tenga ganas —aseguro.

—Estás rompiendo con la familia —grita mi madre, y agita las manos. Está fuera de sí. Se están yendo al diablo todas sus decisiones sobre mi vida. Ella cree saber qué es lo mejor. El problema es que jamás me preguntó si estaba de acuerdo con sus decisiones.

Hay lazos que son tóxicos. Supongo que mi familia hizo lo que pudo porque estaban convencidos de que era lo mejor, pero yo siento que hicieron un esfuerzo sobrehumano para esconder mi vida anterior. No creo que tuvieran mala intención. Lo que más me molesta es que se los he permitido porque llevo más de un año despierto, y los he dejado que sigan decidiendo sobre mi vida.

—Barrieron con mi pasado. Limpiaron todo mi camino de piedras. Le quitaron cualquier obstáculo. Se han esmerado tanto en eliminar cualquier rastro de mi vida antes del accidente, que no hay nada en la casa familiar que me permita recordar. La han dejado sin recuerdos. ¿Te parece que tengo que seguir aceptando las decisiones de ustedes? Siento que no me han ayudado a recuperar mi vida. Hasta creo que me metieron en una clínica para no tener que lidiar con mis frustraciones.

—He pagado la mejor clínica de la ciudad para que te recuperes. Tu madre te visitaba casi todos los días. Yo iba después del trabajo. Nadie te abandonó. Hicimos lo imposible para mantenerte con vida —asegura mi padre—. Me mato trabajando para que no te falte nada. Pero tú siempre te negaste a colaborar.

Ese es el problema. Ellos estaban convencidos que con dinero se arreglaba todo.

—Se los agradezco. Pero ya no tienes que matarte trabajando para pagar la clínica, papá. He decidido quedarme en este pueblo, solo —aclaro—. Necesito saber si antes del accidente tenía algún dinero.

Mi padre me mira desconcertado.

—No tienes que decirme cómo lo gané ni a qué me dedicaba, maldición. Solo quiero saber si tengo dinero propio. Si es así, quiero disponer de lo que es mío.

—No tenías dinero —contesta mi madre, lo hace de forma tan apresurada que creo que quiere evitar que mi padre la contradiga.

Él la mira con el entrecejo fruncido.

—Nosotros vamos a solventar tus gastos —dice mi madre.

Me giro, y me viene a la mente el enojo de Marcos cuando me vio en la casa que él quería alquilar para subarrendar a los turistas y así ganar un dinero extra en la temporada de verano. Quizá podría hacer lo mismo, o proponerle algún trato. ¿Cuánto falta para el verano? Debería averiguar si la dueña tiene algún reparo con eso. Tengo que hacer algo para vivir sin la ayuda de mis padres, porque no pienso seguir dependiendo de ellos.

—Gracias por la oferta, pero voy a salir adelante sin la ayuda económica de ustedes —digo sin mirarlos, y camino como puedo hasta la galería, rogando que se vayan.

—Vamos, Mona. Hay que aceptar su decisión —dice mi padre.

—No está en condiciones. Tiene que regresar para rehabilitarse —grita y llora mi madre.

—Claro que está en condiciones, Mona. Hace cuatro días que se arregla sin ayuda —asegura mi padre. Ella sigue diciendo que no me pueden dejar aquí, pero su voz se escucha más débil. Ha dejado de gritar o se están alejando de la casa. Escucho que se cierran las puertas de la camioneta, después siento el ruido del motor y como se alejan. Suelto el aire.

Lo que iba a ser un día especial, esperando de forma despreocupada a la belleza, ellos lo han cambiado. No quiero verla cuando me siento alterado. No quiero enfrentarla, ni quiero hablar de mis padres. Ella debe pensar que soy un idiota. Sigo alejándome como puedo, y ruego que se haya ido a su casa.

—¿Un día duro, Brasita de fuego? —pregunta.

Ahí está. No se ha ido, y no sé si reírme por el nombre ridículo que me ha puesto o maldecir porque ha escuchado cómo mis padres intentaban manipularme. No quiero su lástima. No quiero que ella también se compadezca de mis dificultades. ¿Cómo decirle que se vaya sin ser grosero? Porque tampoco quiero que desaparezca de mi vida. Solo necesito tiempo para revestirme de una coraza de indiferencia y poder hablar como si nada me importara.

—¿Qué pájaros tienes en tu casa? —pregunto.

Como no la miro, no sé su reacción hasta que suelta una carcajada.

—Gorriones. Muchos gorriones. A veces viene algún lorito, de los pequeños, de los que no hablan, pero me aturden con sus chillidos agudos —comenta.

—Voy a llamarte gorrión, belleza. Nos vemos otro día —digo, y camino hacia mi casa sin girarme a mirarla. Espero que capte mi sutileza y que no se lo tome a mal. Me gustaría ver su expresión, pero es mejor que se marche sin que nuestras miradas se crucen, porque si la miro a los ojos no voy a ser capaz de alejarme.

Camino con dificultad y del lado derecho veo que me tiende el bastón.

—Has estado practicando a lanzar jabalina —dice.

Arqueo las cejas y niego con la cabeza.

—Se me escapó cuando me caí —aclaro.

—Tendrías que atarlo a tu muñeca con una cinta, así puedes traerlo de un tirón cuando decidas comer tierra —dice, y me hace sonreír.

—Tú sabes convertir un día de mierda en uno especial —digo, agarro el bastón y me alejo, rogando que no sea como mis padres y respete mi decisión.

Agita por encima de mi hombro la bolsa de papel que trae en la mano. Me está ofreciendo las facturas con crema. No habla. No me retiene. Me deja alejar sin decir nada. ¡Cómo no va a convertir mi día de mierda en uno especial!, si sabe cuándo guardar silencio y me pone la bolsa delante de los ojos como si me dijera “Come una de estás y todo va estar bien, Brasita”. Sonrío. Nada está bien en mi vida, pero va mejorando desde que llegué a este pueblo. Ella, que respeta mi decisión sin ninguna queja, es lo que está bien.

CAPÍTULO 9

Alma

Camino por la costanera y cruzo el puente Loma. Todo lo hago sin mirar el paisaje. Desde que Kevin regresó, desde que volvió de esa muerte que se inventaron, he vuelto a disfrutar de este pueblo. Pero lo que presencié en su casa me ha quitado las ganas de aspirar el aire de campo. «Respira, Alma, respira el aroma a tierra húmeda, a pino, a flores silvestres», solía decirme Kevin. Él vivía a pleno en Las Rosas, y valoraba hasta los pequeños detalles.

Tomo la calle de subida que me lleva a casa y cuando doblo en la curva veo la camioneta de los Serrano estacionada en mi ingreso.

Quizá me vieron en la acera y vienen a advertirme de todo lo que ellos creen que hay que callar. No saben que yo tengo un repertorio lleno de reproches que hacerles.

Abro la verja de madera blanca y los veo en mi jardín. La casa es antigua y le hace falta una mano de pintura y algunos arreglos, que no tuve ánimo de hacerlo cuando me enteré de que Kevin no estaba en mi vida. El jardín está un poco mejor. Corto la hierba y riego las flores que eran de mi abuela, pero no me esmero como antes y no he plantado nada nuevo.

—Hola, Alma —dice Facundo.

Mona solo me mira. Creo que no fue idea suya venir a mi casa. Me parece que el padre de Kevin es el más dispuesto a enmendar sus errores.

Asiento con la cabeza. No tengo ganas de ser respetuosa, porque nos han robado nuestra vida sin tener en cuenta nuestros sentimientos.

—Kevin no ha querido regresar a la ciudad, y se niega a tener una asistente en la casa —dice Facundo.

—Tampoco quiere nuestro dinero —dice Mona, que ni me ha saludado. Parece fría, aunque quizá está a la defensiva.

—Kevin tenía ahorros —digo—. Aunque quizá los usaron para pagar la clínica de la que hablaban —comento. Quiero que sepan que escuché todo.

—Por supuesto que no —asegura Facundo.

—Pensamos en dejarte dinero a ti —dice Mona.

—No voy a ser cómplice de sus erradas decisiones —aseguro.

—No te atrevas a juzgarnos —grita Mona.

—Le quitaron hasta su identidad —grito más fuerte que ella—. Le robaron su nombre. ¡Y me exiges que no los juzgues!

—Por qué no nos calmamos —pide Facundo.

—Tú no entiendes por lo que pasamos —dice Mona.

—¿Lo de salir huyendo de la casa sin dejar rastro? ¿Lo de negarme la posibilidad de ayudarlo? Porque habría ido, Mona. Me habría internado con él —aseguro—. Pero me hicieron creer, nos hicieron creer a todos que Kevin había muerto —grito.

—Lisa tenía unas pesadillas terribles, y no dejaba de llorar y de culparse. Kevin estaba en coma, y yo tenía que tomar las decisiones. No fueron las mejores, pero fueron las que encontré para ayudar a mis hijos —asegura Mona.

—¿Y Lisa dejó de tener pesadillas? Porque yo no —aseguro—. Sueño con el camino de curvas y que caemos por el precipicio. Sueño que Kevin no está en el coche —digo, y se me caen las lágrimas—. También estuve un mes en coma, pero cuando desperté mi madre gritó mi nombre —digo—. ¿Y tú qué gritaste cuando despertó Kevin?

Mona se pone a llorar. Facundo le apoya una mano en el hombro.

—Lo hicimos mal, Alma. Quizá de la peor manera. Yo tenía que trabajar y Mona estaba día y noche en la clínica. Estaba desesperada y se le ocurrió empezar de nuevo sin la carga del pasado. Lisa aceptó, quería que acabaran las pesadillas. Yo también acepté. Kevin no podía decidir porque estaba inconsciente —asegura Facundo.

—Y cuando despertó, decidieron seguir con la farsa. Era más fácil —digo.

—Sí. Decidí seguir —dice Mona.

—Yo nunca pude seguir sin él —aseguro.

—Lo sé, Alma —dice Facundo—. Lisa tampoco ha podido seguir. Por ella me enteré que no habías avanzado. Por eso lo traje a Las Rosas. Creo que tú lo harás mejor que nosotros. Kevin no te lo pondrá fácil. Su falta de memoria lo tiene enojado y paralizado. No hacía la rehabilitación. Y aunque no colaboró, en la clínica lograron ponerlo de pie. Kevin estuvo casi un año en coma, y cuando despertó era casi un cadáver. Lleva siete meses en la clínica de rehabilitación, pero no quiere salir adelante —asegura Facundo.

Un año en coma y por lo que dicen lleva internado dos años y tres meses en distintas clínicas. Claro que no quiere salir adelante, si ha tenido que vivir rodeado de médicos, psiquiatras, terapeutas, enfermeros y enfermos. Si le han quitado el nombre y se han esmerado en ocultarle su vida. Ellos le quitaron todas las esperanzas que lo habrían impulsado a avanzar.

Yo no he visto a ese Kevin. Marcos y yo hemos visto a un Kevin que sonríe con nuestras locuras. Un Kevin que se cae y se levanta. Que este mediodía caminó hasta la vereda para

esperarme. Que espera la factura con crema, y cuando la come hace el mismo gesto que antes. No ha olvidado sus gestos ni los sabores del pasado.

—No voy a permitir que lo alteres, Alma —dice Mona.

La miro seria.

—Lo has tenido muerto en vida durante todo este tiempo. ¿Y ahora pretendes decirme lo que tengo que hacer? —pregunto, y la miro con desprecio—. Teníamos planes, Mona. Teníamos sueños. Quizá te parezcan estúpidos, pero eran importantes para nosotros.

—Eran demasiado jóvenes —asegura.

—Y tú demasiado fría —digo, y me mira con la boca abierta—. No debiste infravalorar lo que sentíamos. Y nunca más le digas que no puede desenvolverse solo —advierto—. Kevin tenía metas y era un hombre feliz. No le importaba trabajar en lo que fuera para que pudiéramos hacer realidad nuestros sueños de vivir juntos en esta casa.

—No puedes contarle el pasado para cumplir tus sueños —dice Mona.

—No soy tan idiota como… —digo, y me muerdo la lengua cuando estoy a punto de decirle tan idiota como tú.

—Deja de insultarme —grita Mona. Ha interpretado mi silencio, y se da por aludida. Me alegro, porque no puedo juzgarla por lo que hizo hace dos años, cuando estaba desesperada, pero sí por mantener la mentira después de ver que su hijo no quería vivir.

—Has insultado a tu hijo en su propia cara. Él sabía que yo estaba en la vereda. ¿Cómo crees que se siente, sabiendo que la chica que le lleva las facturas que le gustan, ha escuchado cómo su propia madre lo considera un inútil? —pregunto—. Debe creer que lo creo un idiota, y no sabe que me siento orgullosa de que te haya echado.

—Él nunca hubiera echado a su madre —dice Mona.

—Eso te lo has buscado solita —digo.

—Vamos, Facundo —dice Mona, que está furiosa al escuchar mis verdades, y las que le gritó Kevin.

—Por favor, recibe algo de dinero para que no pase necesidades —pide Facundo.

—No va a pasar necesidades —digo, y me contengo de decirle que pienso hacer cualquier cosa para que vuelva a sentirse útil e independiente.

Mona se va sin saludar. Está enojada, pero alguien tenía que gritarle a la cara las barbaridades que hizo.

—No la juzgues con tanta dureza, Alma. No lo hizo para alejarlo de ti. Ella creyó que eran demasiado jóvenes y…

—Y lo iba a reemplazar por otro.

—Sí.

—Se equivocó.

—Vivía en la clínica porque Lisa no dejaba de culparse, se estaba volviendo loca y Mona estaba desesperada. Le propuso dejar todo atrás, y ella aceptó, pero ahora sabemos que fue un error.

—Mona parece no saberlo —digo.

—Lo sabe. Pero está lidiando con todo lo que hizo mal. Kevin se lo acaba de lanzar a la cara, y ahora tú —justifica Facundo—. Ama a sus hijos. Eso no lo dudes. Y a ti te quería como a una hija, Alma. Fueron las circunstancias las que le hicieron tomar esas decisiones.

—¿Y por qué le dijo que se llama Leo?

—Porque los médicos nos asustaron. Le pidieron que si despertaba no le dieran ni una información que lo altere, y ella ni siquiera quiso decirle su nombre.

—Pero les dijo los nombres de ustedes.

—Fue de forma espontánea, y a Kevin no le afectó saber nuestros nombres. Pero no podíamos volver sobre los errores para corregirlos, sin saber las consecuencias.

—Pues es hora de arreglar los errores, porque en algún Kevin momento va a necesitar sus documentos para hacer algún trámite y va a descubrir que no es Leo.

Me mira y se pasa la mano por el cabello.

—Sus documentos los tiene él. Solo que no se lo dije. Están dentro de una de las maletas. Ya las va a encontrar.

—Tanto cuidado, y de golpe va a descubrir quién es sin que nadie esté con él —ironizo, porque no puedo creer que sean tan cobardes—. Si quieres enmendar los errores, te aconsejo que se lo digas antes de que los encuentre.

Asiente. Es más comprensivo. Está más atento a las emociones de su hijo. Es consciente de todos los errores. Con él se puede hablar, o hacerlo entender. Mona estará lidiando con sus errores, como dice Facundo, pero yo la veo como alguien intransigente, alguien empecinada en seguir con la vida como la tenía planeada, y en este momento la odio.

Cuando se van me quedo mirando los árboles que tengo en mi casa. «A partir de ahora voy a llamarte gorrión, belleza».

—Me encanta, Brasita de fuego —digo, aunque él no está para escucharme, y lloro por todo lo que ha tenido que pasar solo. No voy a negar que su familia ha estado presente y lo ha visitado todos los días, pero no se daban cuenta que no servía para nada, no se daban cuenta que Kevin necesitaba saber quién era para avanzar.

Entro a mi casa y llamo a Marcos para contarle todo lo que acaba de pasar en la casa de Kevin y en la mía. Cuando termino mi monologo, Marcos insulta, pero como su segundo nombre debería ser práctico, propone que busquemos la forma de sacar a Kevin de este conflicto que no tendría que existir si sus padres lo hubieran escuchado en lugar de intentar manipularlo.

Corto la llamada y sonrío. La familia Serrano no tiene idea de que Marcos y yo estamos

decididos a conseguir que Kevin recupere las ganas de vivir.

No voy a parar hasta conseguir el milagro de devolverle a Kevin la vida que quedó escondida en algún rinconcito de su cabeza.

CAPÍTULO 10

Kevin

Creo que estoy luchando contra un muro de piedra. Por más que lo golpee con los puños, con un garrote o que le ponga un explosivo, no voy a derrumbarlo. Porque es un muro que levantó mi propia familia. En realidad ya estaba allí cuando me desperté, y ellos se encargaron de apuntalarlo para mantenerme del lado de la incertidumbre.

A pesar de que les pedí que no regresaran, mi padre ha entrado a la casa que me alquiló en Las Rosas. Odio decir que él me la arrendó porque es admitir que pagan mis gastos, me mantienen, me controlan y se creen con derecho a entrar y salir sin que pueda decir nada. Le abro la puerta y le digo que se vaya. Que no lo quiero invadiendo mi espacio. Me dice “hola, hijo”, y entra tan rápido que no me da tiempo a cerrarle la puerta en la cara.

—¿Has vaciado la maleta?

Acaso ha venido a controlar dónde guardo mi ropa. No la he vaciado. Solo saco algo de ropa para ponerme y… ¡qué le importa lo que hago con mi ropa!

—¡Has venido para ver si he sacado las cosas de la maleta! —digo, agitando las manos.

Lo miro con desprecio. Y me percato de que algo anda mal. Mi padre no se ha afeitado, tiene el cabello desordenado y la ropa arrugada. Él es un hombre que siempre está impecable.

—¿Ha pasado algo? —pregunto.

—Nada que tenga que preocuparte. Ya tienes demasiado con lo tuyo —dice.

—Mi falta de recuerdos no me hace un idiota. Tengo veintiocho años —digo.

Me mira asombrado. Es como si le acabara de revelar que no soy un niño.

—Lo sé. Lo siento. Lo que pasa es que con tu madre no coincidimos en algunas cosas y…

—Y por mi culpa tienen problemas.

—No es por tu culpa. Es por ciertas decisiones que tomamos.

—¿A qué has venido?

—A devolverte tu nombre —dice.

Me deja paralizado porque no sé de qué habla.

—¡Mi nombre! —exclamo, y me paso la mano por el cabello. Lo tengo largo y despeinado desde que estoy viviendo en este limbo del que no sé cómo salir—. ¡Mi nombre! ¿De qué estás hablando?

—¿Dónde está tu maleta? —pregunta.

No respondo, como hace él con mis preguntas, y camino a la habitación. En este pueblo he abierto los ojos. Quizá porque antes de llegar no tenía ningún motivo para vivir. Pero en Las Rosas tengo pequeños indicios que me han devuelto las esperanzas, como ahora que avanzo con mi andar inestable hacia la maleta, que por la insistencia de mi padre supongo que tiene una pista sobre quién soy.

Entro a la habitación. La maleta está tirada en el piso, con las prendas revueltas porque no he tenido interés de acomodar en el ropero lo que hay adentro. Me inclino y la levanto para ponerla sobre la cama sin tender.

Mi padre está parado a mi lado, cierra la tapa y me señala un bolsillo que hay en la parte delantera. Lo abro, y saco un sobre que no había visto, porque ni siquiera revisé las cosas que había metido adentro el día que me dejó aquí como si fuera un mueble.

Abro el sobre y adentro hay un documento, una licencia de conducir, una tarjeta de crédito y un carné sanitario. Todo ha estado allí desde que llegué, y no lo sabía. Jamás me interesé por mis documentos. Antes de llegar al pueblo no me interesaba nada.

¡Kevin Serrano! ¡Pero cómo…! ¡Qué diablos!

¿Mi nombre es Kevin Serrano? Me dijeron que me llamaba Leo, y nunca me sentí identificado con ese nombre, quizá porque ni mi padre ni mi hermana me llamaban así. Estas personas que dicen ser mis padres me cambiaron hasta mi nombre. ¡No lo puedo creer! Lo que me hicieron es tan injusto que tengo ganas de tumbarlo de una trompada, pero aprieto los puños porque tengo un poco más de respeto del que ellos tuvieron conmigo.

—¿Por qué? —pregunto. Mi padre se pasa la mano por el cabello—. ¿Por qué me negaron mi identidad?

No dice nada. Parece nervioso. Le tiemblan las manos, y por un momento creo que va a salir disparando, pero levanta la vista del suelo y me mira. Tiene lágrimas en los ojos.

—Los médicos nos advirtieron que, si despertabas, no te diéramos información que pudiera alterarte. Despertaste cuando tu madre estaba contigo, y te dijo que te llamas Leo. Después me confesó que ese nombre hacía rato que lo repetía por si te despertabas. Tenía miedo de decirte Kevin y que el nombre te perturbara hasta el punto de volver a quedar inconsciente en esa cama —dice mi padre.

Él va y viene por la habitación. Yo estoy paralizado. Nunca tuve ninguna opción. Es como si mi madre hubiera orquestado un cambio completo en mi vida.

—Nunca tuve un recuerdo hasta que llegué aquí —digo.

Mi padre deja de ir y venir y me mira emocionado.

—¿Has recordado algo? —pregunta.

—Una cerveza que supe que ya había probado. Una factura con crema que me hizo sentir lo mismo. Solo sabores. Recordé que la cerveza me gustaba con espuma, y vi una jarra en mi mano. ¿Sabes que me pregunto todo el tiempo?, si han evitado ofrecerme comidas y bebidas que me hagan recordar. Me pregunto cuánto me han ocultado para evitar que me vuelvan los recuerdos. Y por qué nunca me ayudaron a salir del laberinto en el que se había convertido mi vida —digo—. Nunca tuve un recuerdo en la casa familiar. Nunca tuve un recuerdo hasta que llegué aquí —repito, esperando que me explique por qué me hicieron eso.

—La casa donde estaban tus recuerdos la vendimos —confiesa mi padre.

¡La vendieron! ¿La vendieron? Siento como si con esa casa también hubieran vendido al Kevin Serrano del pasado.

¿Hasta dónde han llegado? ¿Por qué? Parecen mis verdugos, no mis padres. Golpeo la pared con el puño para no descargarlo en el rostro de mi padre. No quiero que me domine la cólera. Necesito saber quién fue el maldito que decidió esta barbaridad.

—Kevin —dice mi padre e intenta abrazarme. Me aparto como si su contacto fuera radioactivo.

—Se esmeraron en borrar mi vida —gruño.

—Lisa quedó muy mal. Muy mal, y tu madre decidió dejar el pasado atrás y comenzar de nuevo —dice mi padre, y la culpa está presente en su mirada esquiva—. Y yo acepté.

—Las cosas que me podían ayudar a recordar también las tiraron a la basura —digo.

—No, Kevin. Pero no están en la casa —asegura mi padre.

Lo odio, pero no voy a permitir que la cólera domine mis actos porque él ha venido a contarme algo, y necesito saber cualquier cosa que me ayude a salir.

—¿Y cómo sigo? —pregunto. Tengo un nudo en la garganta. Nunca me sentí tan perdido. No puedo descargar toda la ira en mi padre porque es el único que se ha dignado a venir con la intención de enmendar lo que me hicieron. Me ha devuelto mi identidad, aunque no sepa qué hacer con ella—. Cómo sigo si no tengo nada.

—Ten —dice, y me tiende un sobre que saca del bolsillo del vaquero—. Este dinero es tuyo y te va a ayudar a seguir.

—¿Cómo sé que no me mientes?

—Porque es una cuenta de banco a tu nombre —dice.

Esto era lo que les había pedido, y mi padre me está devolviendo lo que es mío. Lo que gané aunque no sepa cómo. Pero es mío. Viendo el desaliño y las ojeras, no tengo dudas que lo que ha venido a hacer mi padre ha desatado una guerra familiar.

—¿Y tú, cuánto has perdido al decidir devolverme mi nombre y mi dinero? —pregunto.

—Nada que me quite el sueño —dice—. Esta noche voy a dormir en paz. Y tu hermana también —aclara.

—¿Lisa?

—Sí, Lisa. Ella no podía soportar más esta farsa, aunque fue por ella que comenzó. Lisa aceptó la decisión de tu madre. Estaba tan mal que creyó que al soltar el pasado se iba a acabar su sufrimiento. Fue muchos meses antes de que despertaras, Kevin. Los médicos nos decían que sería un milagro que regresaras sin secuelas. Y el milagro se dio —dice.

—¿No tengo secuelas? ¿Entonces por qué no puedo recordar?

—Tuviste un golpe en la cabeza, pero no hay secuelas físicas. Ellos hablaron de estrés traumático, pero no voy a entrar en detalles que no entendí mucho, Kevin. Tampoco voy a soltar en una hora todo tu pasado, porque no quiero que tengas una recaída.

—¿Una recaída? Crees que puedo caer más. Estoy en el subsuelo —susurro. Acaso no sabe que vivo en una nebulosa. Me está dejando tan desconcertado con lo que me ha revelado y con su decisión de seguir callando, que no encuentro la voz para gritarle toda mi ira—. No sé si puedo seguir, porque no sé que he dejado atrás.

—Yo creo que vas a poder. Ya has descubierto dos sabores de tu pasado. Tienes que ir con calma, Kevin. No te desesperes. Te estoy devolviendo algo que nunca debí esconderte. Tus documentos y tu dinero te van a abrir puertas.

—Las puertas que ustedes se encargaron de cerrar a cal y canto. Y ahora me pides que no me desespere cuando tú tienes todas las respuestas que necesito —grito.

—Deja que tu instinto te guíe —dice, ignorando mis reclamos.

Lo de mi instinto dudo que funcione, porque en este momento me guía hacia una mujer que me deja facturas con crema en la puerta de mi casa porque no le abro.

Cómo voy a abrirle, si estuvo presente el día de la pelea con mis padres. Ella vio cómo mi madre pretendía decidir mi destino. Vio que no lograba levantarme del piso. Escuchó cuando mi madre le ordenaba a mi padre que buscara mis cosas porque tenía que volver a la clínica, como si mi opinión no tuviera ningún valor. Ella ha visto en primera fila mi vulnerabilidad. «Y a pesar de todo lo que vio, tu instinto te grita que vaya detrás de ella», susurra mi voz interior. Sería una locura dejarme guiar por mi instinto porque si voy tras la chica de las facturas, tendría que hacer a un lado mi pasado. Eso sería aceptar que mi pasado no importa, sería como darle la razón a mi familia que decidió que el pasado no era importante para mí.

No puedo hacer eso porque no sé qué estoy dejando atrás.

¿Tiene sentido gritarle a mi padre todas esas cosas?, no. A partir de ahora estos son mis problemas, y no pienso compartirlos con mi familia. Me voy a callar de la misma forma que ellos cerraron la boca cada vez que les pedía que me contaran mi pasado.

Tengo que dejar el rencor de lado y sentirme agradecido. «Muy altruista. Algo es algo,

aunque tenga gusto a poco», me dice mi voz interior. Claro que es poco. Mi padre podría haber seguido con su vida en la ciudad y dejarme a la deriva, pero ha venido y me ha devuelto mi identidad y mi dinero, dos cosas que me dan libertad e independencia. Y con esas dos cosas puedo comenzar a abrir puertas.

«Usa tu instinto para merecer a esa chica que te trae las facturas con crema», me grita mi voz interior. Creo que a mi instinto le importa un pimiento mi pasado.

Es mediodía. El quinto mediodía desde que mis padres llegaron a mi casa con la intención de seguir decidiendo sobre mi vida. La belleza está parada en la vereda, mirando el parque de mi casa. La estoy espiándola detrás de las cortinas de la sala. Lleva toda la semana haciendo lo mismo. En la mano tiene la bolsa de papel con las facturas. Si tuviera que definir lo que hace con una palabra, lo llamaría perseverancia. Nada la apartaba de su objetivo, que es entregarme la bolsa que lleva en la mano.

Espera diez minutos por si decido salir, y como no lo hago destraba la tranquera de madera, entra al parque y sube las escaleras de la galería. No golpea. Sabe que no quiero verla. Sabe que me cuesta mirarla a la cara después de la humillante pelea que tuve con mis padres.

La observo dejar la bolsa junto a la puerta, y bajar las escaleras.

Aprieto los puños cuando veo que mi vecina está entrando por el parque. Esa maldita mujer no respeta mi decisión de quedarme tras las cortinas.

—Alma, hija. ¿Otra vez el ermitaño está escondido? —pregunta.

—Hola, Julia. Le estoy dando espacio —dice Alma.

—¡Espacio! Ese muchacho lo que necesita es que lo sacudan hasta que su cabeza dura vuelva a funcionar —dice, y frunzo el entrecejo.

Se va a meter en mi casa, me guste o no. Me ha amenazado con llamar a los bomberos si no la atiendo, porque quizá me he golpeado la cabeza en alguna de mis caídas y estoy muerto en el piso de su preciosa casa.

Y sí, Julia es la dueña de la casa que ocupo. Apareció al día siguiente de la terrible discusión que tuve con mis padres, y unas horas después de que mi padre me devolviera mi identidad y mi dinero.

Para mí que decidió a venir alertada por los gritos. Golpeó la puerta. Yo no quería recibir a nadie. Todavía estaba intentando asimilar que no era Leo sino Kevin, y que tenía una cuenta bancaria con un dinero que había ganado, supongo que con algún trabajo. Como no le abrí, Julia comenzó a golpear las ventas. Y como la ignoré, vino con el palo de amasar y me amenazó con romper los vidrios. Me dijo que tiene setenta y cinco años, y poca paciencia para los berrinches. Como si lo mío fuera una simple pataleta. Tuve que abrirle la puerta porque parecía decidida a usar el garrote.

«Pase y póngase cómoda», ironicé, porque ya se había metido hasta la cocina y estaba hurgando en las alacenas. Me dijo que era su casa, que yo era su inquilino, y que no quería fiestas nocturnas con alcohol, ni jóvenes alocados destruyendo su preciosa casa, ni esos fastidiosos turistas que venían por una semana y cuando se iban parecía que había pasado un huracán por la casa.

Además del palo de amasar y de todas sus advertencias, traía una fuente con pollo y papas al horno, y se sentó a comer como si la hubiera invitado. «Trae los platos que vamos a compartir la cena».

Hacía mucho que no comía un pollo tan bien condimentado. No dejamos nada más que los huesos. Aunque ella come como un pajarito.

Lleva desde ese día, que apareció sin invitación, entrando y saliendo de mi casa con la excusa de que es de ella, aunque creo que la excusa es traerme las comidas. Son tan deliciosas que abro apenas la veo traspasar la tranquera del parque.

Me ha obligado a afeitarme. Y el segundo día que invadió mi casa, me corrió por toda la sala con las tijeras para cortarme el cabello. Lo asombroso es que caminé alrededor de la mesa sin trastabillar.

Está medio loca, pero prefiero guardarme mis pensamientos. No vaya a ser que deje de traerme sus exquisitas comidas. Creo que he engordado en los días que Julia viene con el almuerzo y la cena.

En este momento sigue hablando con la belleza, que niega con la cabeza. No sabe que Julia es persistente. Y si quiere meterla en mi casa, lo va a hacer quiera ella o no.

Julia es delgada y menuda, pero tiene la fuerza de un boxeador, porque está arrastrando a la belleza en contra de su voluntad. Ella clava los pies en el terreno irregular, pero esa vieja, como la llama Marcos, no da el brazo a torcer, y de a poco la está acercando a mi casa. Su casa, como diría.

—Abre la puerta, muchacho. No te comportes como un cavernícola. Alma te viene a traer las masas de la panadería, ¿y cómo le respondes tú?, como un grosero que la deja afuera —grita Julia.

—Julia, te estás pasando —dice Alma, y se suelta del brazo de mi insoportable vecina.

En ese momento caigo en la cuenta de que él único que no logra vencerla soy yo. Estoy más débil que la belleza, que es menuda y tiene ese carácter conciliador, pero se ha soltado del agarre de mi vecina sin el menor esfuerzo.

—No puedes ser tan entrometida. Él no me quiere ver. Y no pienso seguir humillándome para que me atienda.

Soy yo el humillado por mis padres. En qué momento la belleza ha cambiado los tantos.

La veo marcharse, y también se lleva las facturas.

Tengo que hacer algo. No quiero que piense que no quiero verla. Me muero por verla. Solo que ella no sabe que estoy luchando contra mi instinto, que me sugiere cosas que no puedo hacer. Y también estoy tratando de superar mi debilidad física. Necesito estar más entero para enfrentarla, pero ella no sabe de mis luchas y está sacando conclusiones equivocadas.

—Abre la maldita puerta, grosero —grita Julia—. Has corrido a Alma con tu indiferencia.

— No he corrido a la belleza. Tú querías obligarla a entrar a mi casa, que es distinto —digo, cuando abro la puerta para que entre sin que la invite.

—Es mi casa —dice Julia.

—Es mía mientras te pague el alquiler —digo.

—La ocupas tú, pero en esta casa disfruté de mi infancia, y aquí mi difunto marido me dio el primer beso. Crees que puedes decir que es tuya porque hace quince días que te has instalado. Tú no tienes recuerdos aquí —dice.

Julia no lo sabe, pero sus palabras me duelen más que si me hubiera dado con el palo de amasar en la cabeza.

—Tengo algunos buenos —susurro, y desvío la vista al parque para que no descubra que sus palabras me han afectado. Cuando me recompongo me giro a mirarla—. Uno es del día que descubrí junto a la belleza un Brasita de fuego en el árbol del jardín —comento. Ese día me había caído en el jardín y la belleza se acostó a mi lado y me dijo que si me giraba la vista era más linda. Ella descubrió el nido de Brasita, y me gané el apodo ridículo—. Otro recuerdo es cuando me comí una factura con crema, tirado en el césped y en la mejor compañía —digo, y también es un recuerdo con la belleza, que me trajo las facturas que me hicieron recordar que ya las había comido—. Y también el de la tarde que me tomé una cerveza caliente, que estaba asquerosa, pero bien acompañado con mi amigo Marcos —sigo enumerando recuerdos para hacer rabiar a Julia.

No recordaré mi pasado pero me sorprendo al descubrir que estoy creando los mejores recuerdos del presente.

¿Será ese el instinto que tengo que seguir? Son recuerdos sencillos, pero son los mejores que guardo de estos más de dos años que he pasado más muerto que vivo.

Julia me mira con ese entrecejo fruncido, aunque no debería sorprenderme porque es su marca de identidad.

—Podrías haber nombrado dentro de tus recuerdos las comidas que te traigo, desagradecido —dice mi vecina.

—Y que te quedas a compartirlas sin que te invite. Para mí que te siente sola —digo.

—Siempre desvirtuando mis buenas intenciones. Tienes que ser más agradecido, muchacho. Y la que nombras como la belleza, se llama Alma. Un nombre precioso y más personal que belleza, que lo debes usar como arma de conquista. Pero con nuestra Alma no te

servirá de nada porque ella no es una conquista de una noche.

Me gustaría decirle que no sé si era hombre de ligues ocasionales. Me gustaría decirle que no sé quién soy. Y que el nombre Alma me encanta, pero belleza es más impersonal, y yo no puedo apartarme de mi meta, que es saber quién era antes del accidente que tuve con mi hermana Lisa.

Claro que Julia es otra de mis personas especiales desde que estoy en Las Rosas, pero es soberbia y autoritaria, y no pienso alimentar su ego.

—Lo sé, Julia. Y si no le abro es porque… —Hace falta que le explique. Acaso con verme no se da cuenta que no puedo conquistar a nadie. Me señalo para que entienda lo obvio.

—¡Ah! Es tu orgullo, que está resentido y crees que ninguna mujer se fijaría en ti porque vas por la vida dando tumbos —dice Julia, sin cortarse un pelo.

—Directa y sin vueltas —digo.

—Sí. Deberías saber que Alma trabaja en la panadería y gana una miseria, pero la compensan regalándole la mercadería que no se vende. ¿Y qué hace ella?, viene todos los días y te las regala a ti, ¿y qué haces tú?, no le abres la puerta. Piensa en lo que te acabo de decir la próxima vez que decidas dejarla afuera.

«Directa y sin vueltas te está diciendo que eres un idiota». Me siento un idiota, un grosero y un soberbio después de escuchar lo que mi vecina me cuenta de la belleza. «Si la belleza ya te lo dijo el día que estabas tirado en el piso», me recuerda mi voz interior. Me regala lo poco que tiene y no le abro la puerta.

—Vamos a ponernos manos a la obra. Ve a ponerte ropa fresca y cómoda, que nos vamos de caminata —dice, y me maldigo por dejarle ver mis inseguridades. Esta mujer es de armas tomar, y no tengo dudas que me va a convertir en su buena causa, y en su víctima.

CAPÍTULO 11

Alma

Salgo del trabajo y otra vez decido no pasar por la casa de Kevin. Tampoco llevo la bolsa de facturas con crema. No he vuelto a verlo desde que sus padres vinieron a exigirle que regresara.

El momento más humillante lo viví hace una semana, cuando Julia me agarró del brazo y me quiso meter a la fuerza en la casa de Kevin. No puedo borrar de mi cabeza sus gritos para que él me abriera la puerta. Una puerta que no abrió.

Se está escondiendo de mí. Lo sé porque es a la única que no recibe. Marcos lo ha visto varias veces. Han cenado juntos. Pizzas caseras, que le hace Julia, la vecina y dueña de la casa que alquila Kevin. Han tomado cerveza por las noches. Incluso me he enterado por su vecina de que sale con ella a caminar por la costanera. Es decir, que va y viene mientras estoy trabajando, y se esconde cuando termino mi jornada laboral.

No estoy enojada. Llevo más de dos años esperando alguna señal de Kevin. Y he recibido la mejor señal. No es el Kevin que conocí. Pero está vivo, y ese era mi mayor deseo.

Tengo que aceptar que nuestra relación quedó en el pasado. Kevin no sabe quién soy, y podría enamorarse de otra mujer, o no enamorarse de ninguna.

Cuando lo has perdido todo no tienes egoísmo.

«Deja de decir mentiras. Tú no soportarías que se enamore de otra. Estarías meses llorando por los rincones. Aunque deberías valorarte un poco más, y no estar meando en el jardín de su casa para que no tenga la oportunidad de conocer a otra», esa es mi voz interior, que es impulsiva y me conoce mejor que todos los pensamientos altruistas que me repito.

¿Por qué no voy a pasar por la casa de Kevin si es mi recorrido habitual? Su casa me queda de paso, y si no quiere verme que me ignore o se ponga a mirar el nido de Brasita de fuego. No pienso entrar a su jardín, como lo venía haciendo hasta el encuentro con Julia. Ni siquiera traigo la bolsa de facturas. Se las he dado a un niño que estaba jugando en la puerta de la panadería, y se ha ido a su casa saltando de alegría.

Estoy a tres cuadras de la casa de Kevin y me encuentro a Luciana, que ha salido antes

del trabajo porque se peleó con su madre.

—Llevo dos horas esperando que pases —dice Luciana.

—Salí tarde. Llegaron clientes a la hora de cerrar y como te largaste, tu madre me puso a atender —comento.

—Es insoportable. Se cree que la panadería es toda mi vida. Estoy cansada de atender a las cotillas de las diez —dice.

A mí también que molestan, pero como estoy en la trastienda no participo activamente, en cambio, Luciana tiene que mostrarse encantadora para que no se vayan a comprar a la panadería que abrieron hace un mes a pocas cuadras de Pancito.

—Me he aprovisionado para que vayamos a comer junto al río —aclara, y abre un bolso que lleva colgando del hombro para mostrarme los sándwiches y la gaseosa.

—¿Hace dos horas que tienes los sándwiches calentándose en el bolso?

—No se están calentando. Estaba a la sombra y son de jamón crudo. Aguantan —asegura.

Tienen una pinta deliciosa y solo he comido una medialuna con el desayuno de las ocho de la mañana. Si bajo al río con Luciana, no voy a pasar por la casa de Kevin, y me parece genial porque no quiero que él piense que paso por su puerta por si se le antoja tener un encuentro conmigo.

—Me parece una idea fantástica —digo, cruzamos la calle y bajamos por un sendero de tierra para buscar un lugar donde sentarnos cerca del río. Luciana elige un árbol de gran copa para tener sombra. El sol calienta, pero el viento sigue siendo fresco.

—Te vas a perder la oportunidad de ver si Kevin está en el jardín —comenta.

—Él se va a perder la oportunidad de verme —aclaro, porque mi voz interior me abrió los ojos cuando me dijo que estoy meando en su casa para que Kevin no se enamore de otra.

—Así se habla —dice mi amiga, y se pone a aplaudir—. Ya has hecho todos los intentos por verlo. Si quiere verte, sabe que trabajas en la panadería y que vives pasando el puente.

Sí, él sabe dónde encontrarme, aunque camina tan inseguro que dudo que logre llegar.

—Por lo visto no tiene interés de cruzarse conmigo —digo, y se me anuda la garganta. Estuve más de dos años llorando a Kevin y rogando por tener alguna señal. Ahora sé que está vivo, y estoy esperando que vuelva a elegirme—. He estado pensando y quizá debería dejarlo libre.

—¿Libre para qué?

—Libre de elegir. Libre para decidir. Libre, Luciana.

—Se ha cumplido tu deseo. Está vivo. Está en Las Rosas y ¿quieres rendirte sin luchar, Alma?

—No quiero rendirme. Pero tampoco quiero estar todo el día dando vueltas a su alrededor

para que no tenga otra opción que elegirme a mí, Lucy —digo.

—Si te apartas de su camino, sería difícil que te elija.

—Si insisto en provocar encuentros, estaría haciendo lo que hizo su familia.

—Su familia se mudó de casa para que no recordara.

—Se mudaron antes de que él despertara. No lo hicieron con la intención de hacerle daño. Lo hicieron porque creyeron que Lisa se podía recuperar. Hicieron lo que pudieron en ese momento.

—Ni siquiera te dijeron que estaba vivo, Alma. Te hicieron mucho daño. No seas tan comprensiva con gente que no midió las consecuencias de sus acciones —pide.

Cierro los ojos y pienso en todo lo que pasamos con Marcos por la decisión de apartarnos de sus vidas. Toda la incertidumbre. Todo el dolor. Toda la tristeza. Toda la ira. Toda la ansiedad. Claro que a ellos no les importaron las consecuencias de sus decisiones.

—Es cierto. No debería buscar excusas.

—Lo importante es que su padre lo trajo a Las Rosas —dice Luciana.

—Sí. Y no pienso cometer los mismos errores que ellos.

—Tú no has cometido ningún error.

—Todos los días paso por su casa. Él no quiere verme, e igual entro a su jardín para dejarle la bolsa con facturas. Siento que estoy interfiriendo. Es como si gritara, “Kevin, estás eran las facturas que te gustaban. Recuerda, Kevin. Recuerda lo que teníamos. Elígeme a mí”. Parezco una acosadora dispuesta a hacer cualquier cosa para que me recuerde, o para que vuelva a quererme como yo lo quiero a él. Y él no puede sentir lo mismo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Quieres que él te elija sin que tengas que estar todo el día pasando por su casa o golpeando a su puerta. Y qué pasa si no te elige.

—Lloraré por los rincones. ¿Qué crees que voy a sentir si me elige porque soy la chica que le lleva las facturas que le gustan?

—Dímelo tú.

—Lloraré por los rincones.

—¡Qué!

—Porque no voy a saber si me elige porque se ha enamorado de mí, o porque soy la mujer que estuvo a su lado cuando me necesitaba —aseguro.

Luciana se recuesta contra el tronco de un árbol. Yo envuelvo las rodillas con mis brazos y me quedo mirando como el agua del río corre entre las rocas, mientras comprendo que al hablar con mi amiga todo se ve más claro.

No quería ser como su familia. Pero desde que Kevin regresó a Las Rosas, busco la forma de devolverle los recuerdos. ¿Acaso no estoy haciendo lo mismo que su familia? Ellos le

borraron el pasado. Yo intento traerlo de regreso, por él, pero también por ese nosotros que quedo atrás el día del accidente.

Fue mi novio durante cinco años, pero me quedé hipnotizada por Kevin cuando tenía doce y fui por primera vez de visita a la casa de Lisa. Nos hicimos amigas en el instituto y éramos inseparables. Si ella no estaba en mi casa, yo estaba en la suya. A mí me gustaba estar en la suya porque estaba Kevin.

—Siento que he estado toda la vida esperando a Kevin —comento, sin dejar de mirar el río.

—¿De qué estás hablando, Alma?, si iban a mudarse a Las Rosas para vivir juntos.

—Eso es cierto. Cuando lo conocí tenía doce años y entre nosotros había una barrera insalvable. Él veía a Lisa como la hermanita pequeña que tenía que cuidar, aleccionar y proteger. Y yo era la amiguita de su hermanita pequeña —comento.

—Eso es normal con los hermanos mayores, sobre todo con los varones —dice Luciana.

—Es normal entre hermanos, pero yo no era su hermana. El día que Lisa me invitó a su casa me quedé encandilada con su hermano. Kevin era alto y delgado. Venía de jugar un partido de futbol y estaba lleno de tierra y barro. Tenía un pantalón corto y una remera azul toda sudada. Una gorra con la visera hacia atrás y me miró de arriba abajo con esos ojos claritos y transparentes como el ámbar. Me quedé impactada hasta que dijo: «¿Es una amiguita, Lisa?». Me indigné con el diminutivo que empleo. «Tengo doce años. No soy una niña, y me llamo Alma Torne», le dije. Él soltó una carcajada, y comenzó a llamarme Almita para hacerme enfurecer. Al menos en esa época me registraba.

Luciana se ríe, y yo sonrío recordando aquella época. Kevin era insufrible.

—Pasó el tiempo y cada vez me sentía más atraída por él. Su sonrisa, su mirada, todo él me tenía hipnotizada. Cuando cumplí quince ya me sentía una adulta. ¿Y sabes que hizo?, comenzó a ignorarme. A veces Kevin le preguntaba a su madre: “Otra vez se queda Alma a cenar y a dormir”. Cuando su madre le decía que sí, se iba a divertir con su grupo de amigos y volvía de madrugada. En realidad nos llevamos casi tres años, pero a mí me gustaba decir que eran dos para acortar esa distancia que él había marcado entre nosotros.

—Se comportaba como un grosero —dice Luciana.

—Eso hacía. Y yo seguía esperando que me viera como mujer. A los quince ya tenía un cuerpo más femenino, pero qué importaba si me ignoraba. Era como si solo fuera un sillón en su casa. Se iba cuando me quedaba a cenar o a dormir. Después comenzó la etapa de traer noviecitas de su edad a cenar cuando estaba yo. Se agarraban de la mano, se abrazaban o él le robaba un beso cuando su madre no lo veía. Yo sí lo veía y me moría de celos.

—Conociendo la historia, me imagino que en algún momento dejo de ignorarte —dice Luciana.

—Fue cuando comencé a salir con un compañero de la escuela. Acabábamos de terminar el instituto, y decidí que ya había perdido muchos años. Quería olvidar a Kevin, y que mejor que saliendo con otro.

—¿Y se puso celosos?

—Dejó de actuar como si fuera invisible. Dejó de traer noviecitas y se quedaba a cenar cuando yo estaba. Un día que regresaba a mi casa, me siguió y me preguntó si iba en serio con Miguel. Le dije que eso lo sabría con el tiempo. Soltó una maldición, me dijo que ya no iba a contenerse más y me besó. No fue nada romántico. Fue algo impulsivo.

—Y dejaste a Miguel.

—Claro. Mi sueño se estaba haciendo realidad. Él me dijo que había querido divertirse con muchas chicas antes de tener algo serio, y que yo no era una distracción de un par de noches. Kevin siempre fue muy seguro, sabía lo que quería, y a mí me decía que me quería para toda la vida. Era muy práctico y le gustaba planificar —digo, y pierdo la vista en las montañas, aquellas que cambiaron nuestras vidas—. Hasta que un coche se interpuso en nuestro camino y se acabaron los planes. ¿Comprendes por qué siento que otra vez estoy esperando a Kevin? —pregunto.

Mi amiga me abraza y no dice nada. Lo que más valoro de Luciana es que sabe cuando callar. Comemos los sándwiches que trajo en la mochila y bebemos del pico la gaseosa mientras nos relajamos mirando la naturaleza que nos rodea.

—Quizá no deberías seguir esperando —dice Luciana después de un largo rato de silencio.

—¿Qué está maquinando tu alocada cabeza? —pregunto.

—Te conozco, y conozco tu historia porque me la has contado. Kevin es práctico. A Kevin le gustaba planificar. Kevin decía que Las Rosas era el paraíso. Kevin quería vivir aquí.

—También quería vivir en Las Rosas.

—¿Viniste a cumplir el sueño de Kevin?

—No, Lucy. Vine a cumplir nuestro sueño. Creía que estando en el pueblo estaba haciendo realidad nuestros planes.

—¿Qué diablos te gustaría hacer?

—No te entiendo.

—Es simple. ¿Qué te gustaría hacer en este momento?

—No lo sé. Quiero que Kevin recupere la memoria y que me vea… quiero que podamos compartir la vida que queríamos.

—No pienses en Kevin. Piensa en lo que a ti te gustaría. Un deseo. Algo loco. Algo que no sea planificado. Nada de cumplir los sueños que tenías con Kevin —aclara Luciana.

La miro desconcertada.

—No se pueden cumplir esos sueños, Alma. Tendrás que apañártelas sola para hacer algo que no incluya a Kevin —aclara.

¿Algo que no incluya a Kevin?, eso es imposible porque llevo más años queriendo y esperando a Kevin, que los que pasé sin saber que existía.

—¿A qué viene eso? —pregunto.

—¿Acaso no sabes pensar en algo sin que lo incluyas a Kevin? —pregunta.

No lo sé porque es como si toda mi vida hubiera girado alrededor de Kevin.

—¿Y qué querrías hacer tú? —pregunto.

—A mí me gustaría dejar de trabajar en la panadería. Me gustaría tener un negocio de artesanía para llenarme de plata con los turistas, y gastármela toda en viajes. Me gustaría salir de Las Rosas.

Cada uno tiene sus metas. Luciana sueña con salir de Las Rosas, y con Kevin soñábamos con vivir aquí.

—También me gustaría ir a un pueblo turístico donde nadie me conozca para hacer algo loco, como bañarme desnuda en el río sin que las cotillas de las diez me arranquen la piel a tiras —dice Luciana.

Ella habla de proyectos de vida y de pequeñas locuras. Me deja alucinada con su último sueño.

—¡Bañarte desnuda! —admiro, y suelto una carcajada.

—No te rías de mis sueños —aclara.

No puedo dejar de reír. Ella siempre me saca de mis momentos de tristeza. Bañarse desnuda. ¿Por qué no? La idea me parece liberadora. Sería como soltar todas las estructuras. Como mandar al diablo todo lo que me pesa. Sacarme la mochila, dejar de pensar, dejar de planificar, dejar de esperar.

—Me río de los nervios porque me encanta la idea. Sería como si soltara todo lo que cargo sobre los hombros y no puedo cambiar —digo.

—Alma, en este pueblo no podemos hacer eso —asegura.

—¿Por qué no?

Si hay que elegir donde hacer una locura, ya no sería una locura.

—Porque vamos a tener que soportar un año de cotilleos, más todos los que quieran inventarse —dice.

—No me importa —digo, me levanto, me sacudo el trasero y corro decidida a cumplir con la locura antes que la voz de mi conciencia me empiece a enumerar todos los contras que tiene mi decisión.

Esto es algo que no teníamos proyectado con Kevin. No es mi sueño, sino el de Luciana. Pero qué importa si me viene fantástico para cambiar mis pensamientos, mi forma de ver la vida.

Me viene genial para soltar a la mujer que no comete errores, la que llora, la que siempre quiere hacer lo correcto. Lo necesito, porque conversando con Luciana me he dado cuenta que he estado la mayor parte de mi vida esperando a Kevin, y que nunca planifiqué algo mío, como me dice mi amiga. Nunca hice algo disparatado, algo que me libere de mis pensamientos recurrentes. Algo tan loco que por un momento me permita olvidarme si Kevin me vuele a elegir o no.

—¿Adónde vas? —grita Luciana.

A hacer una locura, que es lo que debería haber hecho desde que llegué aquí.

—Voy a tirarme desnuda en la olla que hay pasando el puente Loma —digo, y corro.

Mi amiga me sigue y me pide que recapacite, que esa locura podemos hacerla el fin de semana en otro pueblo, donde nadie nos conozca.

No la escucho. No quiero alertar a mi yo racional. Seguro que va a encontrar miles de excusas para hacerme desistir. Paso el puente y me meto por un sendero angosto que baja al río. Me acerco a la orilla y me despojo de la ropa, que queda en un montoncito sobre la arena. Lo último que me queda es la ropa interior. Pienso un segundo. Podría dejármela. «Pero no sería una locura», me grita la inconsciente que tengo adentro, y me la quito.

Mi amiga sigue gritando que me detenga. Creo que está atrayendo público al lugar, y me río. Me zambullo bajo el agua. Nado, me sumerjo, buceo, salgo a tomar aire, y hasta me subo a una roca y me tiro al agua.

Está helada, pero nunca me he sentido tan libre como en este momento. La adrenalina corre por mis venas, y sigo nadando, y me sumerjo, y hago la plancha mirando el cielo limpio. Cuando salgo a respirar escucho los gritos de Luciana, y me ataca la risa y vuelvo a sumergirme para no escuchar su voz.

Empiezo a temblar. No estamos en verano y la temperatura no es la ideal para chapotear en el río. Quizá me agarre una pulmonía. En ese momento me doy cuenta que mi parte irresponsable se ha ido y la sensata me está llenando la cabeza de culpas. Me acerco nadando a la orilla. Salgo del agua y parada en la calle está Alicia, la mayor cotilla del pueblo, que me mira con la boca abierta y niega con la cabeza.

Esto ha sido un error. Estoy como Dios me trajo al mundo y todo el pueblo se va a enterar que la discreta Alma Torne, la que lleva dos años llorando a su novio, se ha convertido en una descarada.

—¡Cómo se me ocurrió decirte semejante locura! —exclama Luciana.

Recojo la ropa interior y me la pongo. Es blanca de algodón, aunque la tanga es bastante diminuta y las nalgas me quedan afuera. Detalles sin importancia después de haber tenido el culo al aire.

—Cómo se te ocurrió contarme tus locuras cuando estoy hecha un lío —grito—. Encima me vio la peor —exclamo, y señalo la calle. Luciana se gira pero Alicia ya no está.

—¿Quién te vio, maldición? —pregunta Luciana, y suelta una carcajada.

Ya no le encuentro la gracia que le vi antes de tirarme al agua. Me agacho y sacudo la arena de la remera, pero antes de ponérmela me seco un poco las piernas para poder subirme el vaquero.

—Alicia —digo. Y Luciana repite Alicia con un grito de espanto—. Cuando me apropié de tu sueño me sentí liberada. Es como si me hubiera sacado todas las presiones.

—Lo dices por lo que me contaste de Kevin.

—Sí. Cargaba una mochila muy pesada. He pasado toda mi adolescencia esperando que Kevin me viera como mujer. Después del accidente he esperado saber qué había pasado con Kevin. Y ahora que está vivo, estoy esperando que Kevin me reconozca, o que me elija. Ya sé que este deseo era tuyo. Pero quería hacer un cambio —digo, y me acuesto sobre la hierba. Es verde y parece recién cortada, aunque son los caballos de algunos vecinos los que se encargan de mantenerla tan prolija.

—No hay dudas de que tendrás tu cambio —dice Luciana, y suelta una risa.

No sé si reírme o maldecir mi impulso. Tampoco sé si es bueno o malo lo que hice. Lo que sé es que me sentí feliz cuando lo hice. Si esto es el comienzo de un cambio, intentaré no darle tantas vueltas y dejar que la vida me sorprenda.

—¿Crees que Alicia lo soltará mañana cuando vaya a las diez a comprar el pan?

—Estoy segura de que está contando los minutos para que llegue la hora ir por el pan. Esa bruja debe estar condimentando lo que vio. Y tú vas a tener que soportar las consecuencias.

—Lo sé. Solo me bañé sin ropa —digo.

Luciana suelta una carcajada.

—Si hubiera sabido que eras tan influenciable, me habría callado la boca.

—Al menos van a dejar de compadecerse de la chica que sigue llorando al novio.

—Hablando de novio. Has pensado que alguien del pueblo podría reconocerlo y contarle algún detalle de ese pasado que ignora. Por ejemplo que tú eras su novia —deduce Luciana.

—La verdad es que no. Quizá no sea malo que alguien le suelte alguna pista. Quizá él comience a reconocer sitios. No lo sé. No pongas más peso en mi mochila, que este impulso puede haber sido un error, pero jamás me sentí tan libre como al bañarme desnuda —digo.

—Que te parece si me quedo en tu casa, nos comemos unas pizzas y nos emborrachamos con cerveza —sugiere Luciana.

—Me parece una gran idea. Quizá hasta me olvido de que mañana toda mi buena reputación se irá al diablo—digo.

—Vamos a brindar por eso.

Nos levantamos, cruzamos el puente y caminamos las dos cuadras en subida hasta mi casa.

—Quizá tu locura llegue a los oídos de Kevin —comenta Luciana, y suelta una carcajada, y me hace reír porque tiene una risa contagiosa.

No voy a interferir en la vida de Kevin. Tampoco lo voy a esperar como en mi adolescencia, y como lo hice después del accidente. Voy a confiar en el destino, y que sea lo que tenga que ser.

CAPÍTULO 12

Kevin

Llevo tres semanas al mando de mi vecina Julia, que parece un militar entrenando a un principiante. Lo que me tiene asombrado es que con Julia he logrado mejores resultados que en todos los meses que estuve encerrado en la clínica de rehabilitación.

Los ejercicios comenzaron tranquilos. Una caminata corta por las calles de tierra, yo con bastón y ella, que tiene setenta y cinco años, caminando con una agilidad y un equilibrio que me da envidia.

Durante dos días disfruté de las salidas, pero todo se complicó el día que Julia me quitó el bastón. Me caí tres veces antes de que me lo devolviera. Tengo un tajo en la rodilla, un corte en el codo y me duele el hombro. «No seas debilucho», me dijo la bruja.

A las caminatas le siguió una seguidilla de ejercicios que me dejaban tirado en la alfombra de la casa sin poder levantarme. Un día Julia llegó arrastrando una bolsa. La seguía un jovencito que tendría quince años y cargaba una bicicleta fija.

Esa mujer es mi peor pesadilla. Bicicleta a la mañana y a la noche. Caminata después de almorzar. Pesas después de hacer bicicleta, aunque tengo que reconocer que solo tienen dos kilos. Y después de las pesas me obliga a tirarme en la colchoneta para fortalecer los abdominales. Lo que me incentiva a hacer los ejercicios sin quejarme es el palo de amasar que tiene a su lado, «para que no te pases de listo», como me dice la bruja. Lo que ella llama un entrenamiento intensivo para conquistar a Alma, para mí es una tortura. «Deberías estar agradecido en vez de quejarte por todo», dice mi voz interior. No la escucho porque tiene la manía de criticar todos mis pensamientos. Además, no quiero conquistar a Alma. Bueno, no antes de recordar algo mi pasado, como por ejemplo si he estado enamorado de otra mujer.

Después de tres semanas puedo decir que los resultados están a la vista. He engordado con sus comidas y camino sin caerme, ni una vez. No tengo músculos, me falta mucho entrenamiento para eso, y sigo delgado, pero he recuperado las fuerzas, y eso es un milagro para mí.

—Estás mejorando, muchacho —dice Julia, que está sentada en el sillón de la sala,

leyendo un libro mientras controla que no me haga el loco, como dice ella.

El sudor me cae por la frente y tengo la remera empapada. Las piernas parecen de gelatina, pero no dejo de pedalear. Me ha puesto peso, y me cuesta un mundo cada giro, pero esta mujer, que solo tiene garras, me está sacando del pesimismo.

—No puedo más —jadeo.

—Solo te falta un minuto —dice, y sigue leyendo.

Tengo ganas de decirle que se ponga en mi lugar, a ver si aguanta este ritmo de locos. «Ella hace rato que se ha puesto en tu lugar, no de forma literal, pero tiene la empatía que no tuvo tu familia», dice mi voz interior. Es cierto. Me ha tomado bajo su ala, se ha instalado en mi casa, "su casa", y dedica todo su tiempo a mi recuperación. Se merece todo mi respeto.

—Has logrado lo que no consiguieron, durante los meses que estuve internado, los especialistas de la clínica de rehabilitación —digo.

Me mira a los ojos y no dice nada. No sabe nada de mí. Nunca pregunta. Solo llega y hace lo que cree que tiene que hacer.

—Ellos no eran malos —aclaro, porque hacían lo imposible para que avanzara. Para eso mi padre pagaba una fortuna, pero yo no quería colaborar—. Era yo quien no quería hacer nada.

—Te ha hecho bien vivir en mi casa —dice.

—Tengo una entrenadora que no acepta un no —digo.

—¿Por qué terminaste en una clínica? ¿Por qué no te pusieron un terapeuta en tu casa? Sé que tu padre está bien económicamente. Me ha pagado una fortuna por esta casa. No se la quería alquilar.

—No lo sé. Supongo que les pareció lo mejor.

—Seguro que sí —dice. Tiene el entrecejo fruncido. Creo que no está de acuerdo. Julia se muestra autoritaria y mandona, pero nunca critica a nadie.

—Tuve un accidente —digo. Siento la necesidad de contarle lo poco que sé de mi vida—. Manejaba mi hermana. Yo me llevé la peor parte —aclaro.

—Eso crees tú. Vaya a saber cómo quedó su cabecita —dice.

Qué razón tiene. Cuando Lisa me ve se pone a llorar. Quizá no tiene mis secuelas, pero tiene otras que no puede curar. La culpa no la deja ser feliz, y yo no he ayudado para liberarla de esa carga.

—Tienes razón —digo, y sigo pedaleando mientras pienso qué más contarle. No hay mucho más. No sé más que mi nombre—. Me llamo Kevin Serrano, y no recuerdo mi vida antes del accidente —digo. Es la primera vez que le digo mi nombre a alguien.

Ella me mira. Deja el libro. Pierde la vista en la ventana durante bastante tiempo. Después se levanta y se va a la cocina como si no le hubiera dicho nada importante. Me gustaría gritarle que es lo más importante que tengo. Que mis padres me arrebataron el nombre, y que el

haberlo recuperado es la puerta que se me abre para bucear en mis recuerdos perdidos. Pero no abro la boca. A Julia no le interesa todo el rollo que cargo desde que desperté en esa cama de hospital sin saber nada de mi pasado.

—Puedes descansar. Te estoy por preparar un licuado de banana para que recuperes las energías que perdiste con la bicicleta —dice.

—Gracias —digo, no solo por el licuado, sino porque a pesar de no prestar atención a mis palabras, está haciendo mucho para ayudarme a mejorar mi estado físico.

Vuelve con un vaso lleno de licuado, me lo tiende y se queda mirándome seria. No sé por qué está tan extraña. Quizá no quería saber detalles de mi vida.

—Olvida lo que te conté —digo.

—Estaba pensando si contarte lo que pasó esta mañana en la panadería.

—Me parece raro que pienses. Tú eres de soltar lo que se te antoja.

—Me enteré que, ayer al mediodía, Alma Torne se bañó desnuda en el río, en la olla que está bajo el puente Loma. Es un lugar bastante concurrido, y la vio la víbora de Alicia. Esa mujer es la más cotilla del pueblo. Según ella estaba con un hombre —dice Julia.

Me atraganto con el licuado y no paro de toser. No entiendo mi reacción si solo he visto a la belleza pocas veces. Pero hay algo en ella que me desconcierta. Y el comentario de Julia me está haciendo hervir la sangre, como si Alma Torne, como la llama, me hubiera traicionado. Ridículo. Sigo tosiendo, el licuado se me fue por otro conducto y estoy dando un espectáculo deplorable, maldición. Mi odiosa vecina se acerca y me golpea la espalda.

—No es para tanto, muchacho. Solo ha sido una distracción. Esa pobre chica nunca comete locuras. Ya era hora de que comenzara a dar de qué hablar —comenta.

No puedo creer lo que me está diciendo. Ella no da el perfil de una chica liberal, que se tira al río desnuda y en una zona tan poblada. «Y con un hombre. No te olvides que había un hombre con ella, que seguro que también estaba como Dios lo trajo al mundo», susurra esa odiosa voz. Aprieto los puños.

—No me lo creo —digo.

—Cada uno cree lo que quiere. A Alicia le encanta el cotilleo, pero nunca se inventa nada, aunque le gusta agregar detalles —aclara—. Al hombre no lo vio bien, pero nombró a Marcos —dice. Me da otro golpecito en la espalda, que parece condescendiente, y se va—. Esta noche nos juntamos en la casa de Adela a jugar a la lotería. Paso a dejarte la cena, si quieres invita a un amigo —dice.

Sigo mudo cuando ella cierra la puerta de calle y desaparece de mi casa. No es la suya. Es la mía.

Todo el esfuerzo que estoy haciendo es para no sentirme vulnerable delante de la belleza. Y Julia, que se mantuvo muda toda la mañana mientras me mataba haciendo bicicleta, antes de

irse me suelta una bomba.

Marcos. La belleza se bañó desnuda, a la vista de todos, con Marcos. ¡No puede ser! Me tambaleo cuando salgo de la bicicleta. No es por la noticia, me digo. Es porque la bruja de mi vecina me obligó a hacer ejercicios con mucho peso y tengo las piernas como un flan. No es por la noticia, repito para convencerme. «Eso no te lo crees ni tú».

Me doy una ducha y paso toda la tarde imaginando a la belleza con Marcos, los dos desnudos en el río. Me siento un idiota.

Le mando un mensaje a Marcos. «Te espero a cenar». «Ok», responde, y nada más. Es raro. Él se explaya cuando escribe. Incluso suele poner que trae la cerveza. Ese Ok solitario es sospechoso. ¿Acaso tiene cola de paja? «¿Acaso no se puede bañar desnudo con la belleza?», susurra la maldita voz.

Julia me ha traído dos pizzas para que las caliente. Estoy en la galería, sentado en una mecedora que debe tener los años de mi vecina. Al menos es cómoda e intento relajarme con el vaivén. Pero no surte ningún efecto. Estoy esperando a Marcos y cada vez me balanceo más rápido. Espero no romperla con el vaivén y que Julia me la haga pagar.

Escucho la moto y sus aceleradas en falso para avisar de que ha llegado. Abre la verja, entra y la deja en el jardín, debajo del árbol donde tiene el nido Brasita. Se baja y se acerca con un paquete de seis latas de cerveza. La noche es fresca, y unas nubes oscuras surcan el cielo.

Marcos sube las escaleras de la galería.

—¿Qué nos ha preparado la vieja bruja para cenar? —pregunta.

Me levanto y le doy un puñetazo en la cara. Me mira desconcertado y en vez de preguntarme qué diablos me pasa, me da una trompada. Se la devuelvo. Piña va, piña viene. Ninguno se detiene. Parecemos dos bárbaros. Tengo un ojo en compota, pero él no está mejor. Le sangra la nariz y la boca.

—Joder, hermano. Qué diablos estamos haciendo —grita Marcos, que está doblado en dos. Yo estoy mordiendo el piso. He mejorado mucho con la autoritaria de mi vecina, pero no tengo la suficiente fuerza para ganar una pelea. Me gusta que Marcos no tenga un gramo de compasión por mi estado. Le da igual que esté tirado como un felpudo y no logre levantarme.

—Te metiste al río con Alma. Los dos desnudos —grito.

Me mira desconcertado. Niega con la cabeza, y suelta una carcajada.

—Estás más loco que una cabra —dice, y sigue riendo—. ¿Te has enamorado de ella? Pero si la has visto un par de veces —exclama.

—No me he enamorado.

—Casi me has matado —grita.

—Tú no te quedaste atrás.

—Creía que querías practicar boxeo, hermano.

—Ni mierda —grito.

—No he visto a Alma —asegura—. Y nunca me metería en el río desnudo con ella. Aunque me gustaría hacerlo con otra mujer.

—Julia me dijo…

—Vieja bruja. Seguro que te estaba probando para ver tu reacción —dice Marcos.

—¿Alma no se bañó desnuda?

—No dije eso. Dije que yo no me bañé con ella —aclara—. Mal de amores, *brother* —murmura, y se mete en mi casa sin dejar de reír.

Maldigo a la bruja de mi vecina. ¿Qué reacción quería ver en mí? Por suerte no vio ninguna. «Claro que vio, idiota. Te atragantaste con el licuado de banana», me recuerda mi voz interior. Aprieto los puños. La bruja se llevó lo que vino a buscar. Pero antes me mató haciendo ejercicios. No sé si soltar un montón de improperios o echarme a reír.

Desde que he llegado a este pueblo tengo revueltas mis emociones. Aquí no estoy en una pausa eterna, o deseando no haber despertado. No estoy tirado en el sillón, como en la clínica, o encerrado en esa habitación de la casa de mis padres deseando desaparecer como por arte de magia. Todos los días hay alguna novedad. Hay algo que me hace sentir vivo.

En este momento ese algo es que Alma se bañó desnuda. Es un hecho. Julia lo aseguró y Marcos no lo negó. Él lo sabía. Todo el pueblo debe saberlo, menos yo, que solo camino por la costanera con mi vecina y no me entero de nada.

Nunca me lo hubiera imaginado. Ella es encantadora, y no me la imagino metida en el río al mediodía, y sin nada de ropa. No en una mujer liberal. «No la conoces», me dice mi voz interior. Es cierto. ¿Por qué entonces tengo la sensación de que la conozco? ¿Por qué estoy seguro de que ella no haría esa locura en un pueblo pequeño donde todos se conocen?

Tengo que averiguar qué pasó y quien es el hombre. Marcos no es y eso me alivia un poco. Pero de solo pensar que estaba con otro hombre tengo ganas de romper la mecedora de mi vecina. «Cómo si ella estuviera en tu vida. No seas idiota. Ella solo te trae las facturas, y ya ni eso», repite esa voz que no sé cómo callar.

Entro a la casa y voy a la cocina. Marcos tiene medio cuerpo dentro de la nevera. Todos actúan como si mi casa fuera de ellos.

—Aparta tu corpachón de mi nevera —digo, y le doy un empujón. No es muy alto, pero tiene músculos de acero, lo acabo de comprobar. El ojo me palpita, cada golpe me duele como si me hubiera pegado con el palo de amasar de Julia. Ella nunca lo usó. Solo lo trae para intimidarme, aunque no me mueve un pelo, y lo sabe.

—Estaba buscando hielo —dice.

Saco hielo y se lo doy. Sacó las dos pizzas de mi vecina y las meto a cocinar. Ella las deja listas, y solo le tengo que dar un golpe de horno. Y saco la botella de cerveza.

—He traído seis latas —dice.

—Esta está más fría —digo, la destapo. Él saca dos jarras. Me sirvo volcando desde lo alto para que tenga mucha espuma.

Marcos me mira y sonríe.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Conozco a alguien que se sirve igual —comenta.

Le causa gracia mi forma de servirme la cerveza. A mí no deja de asombrarme, porque sé que es algo que hacía mi pasado.

Le paso la botella y él inclina el vaso y mete el pico adentro de la jarra para que salga sin nada de espuma. Cierro los ojos un segundo y puedo ver a alguien haciendo lo mismo. «Debes haber sido un gran bebedor de cerveza en tu pasado». Tiene razón.

—No compartimos la forma de beber la cerveza —comento.

—Detalles —dice, y bebe sin dejar de sonreír.

—Por qué diablos sonríes. Solo es una cerveza.

—Porque tú bebes pura espuma. Más cerveza para mí —aclara.

Lo miro desconcertado. No le creo. Hay algo que se me escapa.

Detalles. Solo detalles que parecen insignificantes, pero están llenos de significado porque acabo de recordar a alguien sirviéndose de la misma forma.

¿Será Marcos?

¿Mi pasado estará en este pueblo?

¿Mi pasado y mi presente se estarán uniendo en Las Rosas?

¿Por eso mi padre me trajo aquí?

CAPÍTULO 13

Alma

—Creí que tu decisión de instalarte en el pueblo era para recuperarte de todo lo que pasó por culpa de ese maldito accidente —grita mi padre—. Si no hubieran dejado manejar a Lisa, la historia sería otra —dice, y camina agitando las manos.

¿A qué vienen todos sus reproches y las conjeturas sobre si manejaba Lisa u otro? Bueno, muchas veces me he preguntado lo mismo, y decidí no dejarme llevar por deducciones ridículas.

—Parece que nuestra hija se está recuperando, Teodoro —dice mi madre—. Está soltando todo el lastre que carga —aclara, y ríe.

Luciana me mira con un arqueo de cejas.

—Está en el centro de los cotilleos, Cristina. Kevin ha regresado. Está vivo, ¿y qué hace tu hija?, da un espectáculo y se convierte en la comidilla de las chismosas —dice, y vuelve a caminar de un lado a otro de la sala. Es pequeña y me marea verlo dar tantas vueltas.

El escándalo fue tan grande que al día siguiente la panadería se llenó de gente, y había grupos de chismosas murmurando en la plaza. Cuando terminé mi horario de trabajo, tuve que salir por la puerta de atrás, saltar la tapia de un vecino, esquivar el centro y cruzar el río donde termina la avenida Las Rosas, en ese lugar desolado donde vi por primera vez a Kevin. Y logré llegar a mi casa atravesando la montaña. Al menos evité que las cotillas me interceptaran y me arrancaran la piel a tiras.

Alicia llegó a la panadería cinco minutos antes de las diez de la mañana. No dejaba de moverse en el mismo sitio. Estaba esperando ansiosa a sus amigas de cotilleos para soltar la noticia de mi desliz. Luciana intentó como diez veces desviar el tema, pero le fue imposible. Los clientes de las diez no van solo a comprar el pan calentito, sino a enterarse de algún cotilleo jugoso.

—Que me bañara desnuda en la olla que está junto al puente Loma se ha convertido en la noticia del día —le digo despacito a mi amiga para que no me escuchen mis padres.

—De la semana, del mes, y quizá lo será hasta la llegada de los turistas. Eso le pasó hace unos años a Anita, la hija de la peluquera, aunque lo de ella fue más fuerte. Tuvo relaciones con

el novio a orillas del río, y la vio Estela —me recuerda Luciana, que me está susurrando al oído para que solo la escuche yo.

Si mis padres, que viven en la ciudad, ya están enterados, no hay dudas que mi pequeño acto de rebeldía ha sido un notición, que ha traspasado los límites del pueblo.

—No es para tanto. Solo me bañé en el río —digo.

—¡Sin nada de ropa! —exclama mi padre—. Todos en el pueblo me hablaban de lo centrada que es, "que era" mi hija —grita, y rectifica poniendo el verbo en pretérito para recordarme que lo de centrada era en el pasado.

—Ahora van a hablarte de lo descocada que es tu hija —dice Cristina, y suelta una carcajada.

—Deja de reírte. No tiene gracia, Cristina —gruñe, y me mira—. Llevas dos años soñando despierta, y como si fuera un milagro tu sueño se hizo realidad. Kevin está vivo, Alma. ¿Por qué estás desechando lo que tanto querías? Tenías que ayudarlo, tenías que construir la vida que siempre deseaste a su lado, que los dos deseaban. Pero tú decidiste hacer locuras —dice mi padre.

—No fue culpa de Alma —dice Luciana—. Ella lleva mucho tiempo cargando una mochila muy pesada…

—No importa, Lucy. Él no me entendería —aclaro.

—¿Qué tengo que entender?, que la imagen que construiste la tiraste por la borda en un momento de enajenación mental —pregunta, y responde sin esperar que lo haga yo.

Qué dramático y técnico suena enajenación mental. No era más fácil decir de locura transitoria. No lo corrijo porque está demasiado alterado y vamos a entrar en alguna discusión bizantina, y eso no me conviene.

—Kevin no quiere verme. Me esquiva. No sale cuando paso por su casa —digo—. Y no pienso correr detrás de él para obligarlo a elegirme de nuevo —digo, y se me resbalan las lágrimas—. Con esa locura que cometí, lo solté. No, me liberé, papá.

—¿Te liberaste? ¿De qué? ¿Lo vas a olvidar? ¿Le vas a presentar amigas para que se enamore de otra?

Me duelen sus preguntas, que suenan a reproche porque no hago lo que espera de mí.

—No le voy a presentar a nadie, pero voy a dejarlo elegir —aclaro—. Y no voy a seguir esperando.

—Me parece perfecto, hija —dice mi madre—. Todos tenemos derecho a elegir, y a Kevin sus padres ya lo han manipulado demasiado. Me siento orgullosa de tu decisión.

—¿Pero qué le estás metiendo en la cabeza a nuestra hija? —grita mi padre.

—No le estoy metiendo nada que ella ya tenga, Teodoro. Y deja de gritar porque Alma no hace lo que tú tienes en tu rígida cabeza —dice mi madre.

—Me encanta tu madre —susurra Luciana en mi oído. A mí también me gusta su nueva faceta. Ella era la que venía todos los fines de semana, la que se preocupaba por mi estado emocional, la que me preguntaba si estaba bien, la que me atosigaba a consejos y a miradas analizadoras. Ahora me apoya en mi locura. Creo que está feliz de ver un pequeño cambio. Ya no soy la pobre hija que llora al novio. Soy la loca que se baña desnuda en el río. Ella entiende mi cambio, y quizá no lo comparta, pero valora que haya salido de ese círculo de tristeza que no me dejaba avanzar.

—Mi cabeza sensata, querrás decir —dice mi padre.

—Si te gusta sensata, que sea sensata. Pero tú, precisamente tú, no tienes mucho de sensato —dice Cristina.

—De qué estás hablando.

—Me metes mano en el trasero en el bar de Lolo, delante de todos nuestros amigos de la juventud. ¿Te parece sensato? —pregunta mi madre. Él la mira serio—. Ya veo que te parece sensato, por eso te has quedado mudo. Pero no es sensato que tu hija pase ni un maldito límite.

—No puedes comparar una cosa con la otra.

Son las doce de la noche, y escucho el ruido de una moto que acelera tres veces en falso.

—Creo que ha llegado Marcos. Nos vamos, Teodoro —dice mi madre.

Marcos comenzó a acelerar la moto para que dejara de alterarme con los ruidos. Pero se le ha hecho costumbre, y todos saben que ha llegado cuando escuchan sus aceleradas en falso.

Mi padre no protesta. Se acerca y me da un beso.

—Tendrás unos días complicados. Y no vuelvas a hacerlo —dice, y se va.

No es un lo siento, pero lo conozco. Reacciona de forma impulsiva, después le da vueltas al tema y cuando recapacita me dice que estaba equivocado.

—No sabes las ganas que tengo de ver a Kevin —dice mi madre.

—Yo también —dice mi padre. Él le inculcó el amor por la pesca. Le enseñó a estar quieto durante horas para no espantar las truchas del río. Son muy inteligentes, le decía. Compartían horas de silencio, en un bote o sentados en el lago esperando que picara algún pez.

Asiento y me brillan los ojos. Los dos saben que su deseo por el momento no puede hacerse realidad. Kevin no sabe quién soy yo, y menos debe recordar a mis padres.

Hace tantos días que se esconde de mí, que me muero de ganas de verlo. Pero todo se ha complicado porque mi locura no va a demorar en llegar a sus oídos. Quizá no le importa. «Claro que no le importa. Solo eres la mujer que le llevaba las facturas», dice esa voz odiosa, y me duele reconocer que tiene razón.

Marcos traspasa la puerta y Luciana suelta un alarido.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Luciana.

Me giro y lo miro con la boca abierta. Tiene el labio partido y la nariz hinchada.

—Una pelea sin importancia —dice.

—Pero si tú nunca peleas con nadie —dice Luciana.

—No busco peleas. Y esta me vino de arriba.

—¿Quién es el bruto que te dejó en ese estado? —pregunto.

—Julia le contó a Kevin que te bañaste… ya sabes cómo. Y a la bruja no se le ocurrió mejor cosa que decirle que lo hiciste conmigo —dice Marcos. Está nervioso y se pasa la mano por el cabello—. Él no quedó mejor.

—¡Qué! ¿Le pegaste? —grito.

—No soy el saco de boxeo de nadie —aclara.

—No te da vergüenza. Kevin todavía está débil —reprocho.

—¿Ves debilidad en cómo quedé? —pregunta—. Me sorprende que te intereses más por su estado que por el motivo por el que me ligué todos los golpes.

—¿El motivo? —pregunto.

—Alma. Alma. A veces me preocupa tu falta de comprensión de texto —dice Marcos.

Luciana suelta una carcajada, y me giro a mirarla.

—Le ha pegado porque Julia le dijo que te bañaste desnuda con Marcos —dice Luciana.

Abro la boca y la cierro. ¿Le ha pegado por mí? ¡Se enojó porque creyó que me bañé con Marcos! ¿Kevin se puso celoso? Pero si no me recuerda, no recuerda que me quería. Pero hay algo dentro de él que lo impulsó a golpear a Marcos. ¡No soy solo la chica que le lleva las facturas!

Salgo corriendo de mi casa.

—¿Adónde vas? —grita Luciana.

—Deja que cometa todas las locuras juntas, antes que su cabeza estructurada la detenga con miles de preguntas y deducciones equivocadas —dice Marcos.

Los escucho, no estoy sorda, pero no les contesto.

Todos se meten en la casa de Kevin sin pedir permiso, menos yo. Quería darle espacio, dejar que elija su camino sin estar meando en su jardín, pero él ha reaccionado con la mentira de Julia y ha golpeado a Marcos. Y a mí se me antoja seguir siendo impulsiva.

Cruzo el puente Loma y la calle que me separa de su casa. Abro la verja y entró a su jardín, que está iluminado con algunas farolas.

Dudo a mitad del parque al ver que la casa y la galería están a oscuras. Es medianoche y quizá está durmiendo. «Si vas a dudar toda la vida, cómo diablos vas a avanzar hacia algún lado», esa es mi voz interior. Sigo caminando y me detengo cuando veo un movimiento en la galería.

—No te esperaba, belleza —dice.

—No pensaba venir. Pero casi has matado a mi amigo —aclaro—. Después de tantos días

escondiéndote de mí, no pensé que te importara si me baño desnuda con uno o diez hombres —digo.

Se acerca a las escaleras y las baja. No tiene el bastón pero está aferrado a la baranda. Está mucho más seguro que la vez que lo encontré comiendo tierra en el parque de su casa.

—Me importa —asegura, y sigue bajando. Abro la boca cuando las luces del parque lo iluminan. Tiene el ojo izquierdo morado y el pómulo derecho hinchados.

—¿En serio? Me sorprende, puesto que he pasado por tu casa varios días seguidos para traerte las facturas, pero como no dabas señales de querer encontrarte conmigo, deduje que mi compañía te deba igual.

—Y no regresaste más —dice.

—¿Y qué creías?, que te iba a suplicar de rodillas en tu jardín para que me atendieras —pregunto y respondo.

—Tenía mis motivos.

—Con Marcos y Julia no tienes ningún motivo. Ellos entran y salen de tu casa como si fuera la de ellos —reprocho.

—Eso creen. Julia dice que es su casa. Que acá tiene sus recuerdos. Parece que su difunto marido le dio su primer beso y bla, bla, bla.

A Kevin eso debe haberle dolido. Él no tiene recuerdos y se me anuda la garganta. Inspiro y suelto el aire despacio como me enseñó Luciana tratar de contener las lágrimas.

—Eso es una excusa ridícula —digo, para quitarle importancia al tema.

—Yo también tengo mis recuerdos —dice, y me deja muda y temblando—. Y se los enumeré para sacarle de la cabeza la idea de que soy un simple ocupa temporario.

—¿Ocupa temporario?

—Un inquilino que en cualquier momento me largo —aclara Kevin.

—¿Y qué recuerdos tienes? —pregunto. Espero que no note que sigo inspirando profundo y soltando el aire para controlar mi excitación. La ansiedad me consume mientras me pregunto si Kevin ha recordado algo de su pasado.

—Hay dos que son especiales. Un es del día que estuvimos recostados sobre el césped y me dijiste que tenía suerte de tener en el árbol un nido de Brasita de fuego. El otro es del mismo día, y fue lo que me provocó el sabor de esa factura con crema que compartiste conmigo. Son recuerdos muy especiales para mí.

Me brillan los ojos. Ha recordado el sabor de la factura. Lo que me asombra es que Kevin está creando nuevos recuerdos donde estamos los dos.

—Otro recuerdo fue la noche que llegó Marcos. Estaba furioso porque había arrendado la casa que él quería alquilar. Todo empezó mal. Gritaba, me lanzó unas piedras y mi cabeza se salvó de milagro, pero rompió un vidrio. Al final terminamos compartiendo una cerveza caliente

que traía debajo del asiento de la moto. Esa noche gané un gran amigo, que viene siempre a tomar una cerveza. Claro que tengo recuerdos —dice.

¡Ay, Kevin! Si supieras que Marcos era también tu gran amigo de ese pasado que no recuerdas.

—No te he agradecido las facturas que dejas todos los días en la puerta de mi casa. Facturas que te regalan a ti en la panadería, y generosamente tú me las regalas a mí. He sido un idiota al no salir a recibirlas.

Camino unos pasos y me acerco a él intentando ocultar mis emociones.

—Disfruto de traerte las facturas, Brasita. Y gracias por dejarme ser parte de tus buenos recuerdos —digo, y le acaricio el rostro—. Mira cómo tienes el ojo.

Él se queda quieto, con las manos cerradas en puño al lado del cuerpo. Mi cercanía le molesta, o quizá lo pone nervioso.

—Alma Torne, en mi cabeza hay un lío muy grande. Es como si tuviera los cables desconectados. Si no estuviera tan jodido, te rodearía con mis brazos —asegura, y mi ansiedad se intensifica porque me está confesando su problema y su deseo de abrazarme. Tengo que seguir respirando como me enseñó Luciana. Lo hago con más disimulo porque estamos muy cerca y no quiero que lo note—. Pero no puedo hacerlo. Lamento no haber salido a esperarte en el jardín, y lamento no abrirte la puerta de mi casa y decirte que eras más que bienvenida. Solo quise mantener la distancia con la chica a la que quiero besar. Pero no puedo hacerlo. No quiero hacerte daño porque desconozco quién fui en el pasado. No sé si he dejado a alguien importante atrás —dice.

Me deja muda. No solo me confiesa su problema sino el motivo por el que está manteniendo la distancia conmigo. Quiero abalanzarme sobre él y decirle que deje de pensar y se permita sentir. Quiero decirle que no puede hacerme daño porque es a mí a quien dejó en el pasado. Podría encontrar mil y una forma de convencerlo de que nada de lo que haga puede hacerme daño. Pero lo respeto demasiado, y admiro su sinceridad y su fortaleza para confesarme su problema. Admiro su fuerza de voluntad para poner límites a su deseo de tenerme en sus brazos y besarme.

Le acaricio el rostro. Le doy un beso en el ojo hinchado y otro en el moretón del párpado. Él cierra los ojos, como si estuviera guardando otro recuerdo para soltarle a Julia, y me alejó dos pasos.

—Ponte hielo para que mañana se te baje la hinchazón, Brasita de fuego —digo mientras camino por el parque para salir de su casa.

—Kevin. Soy Kevin Serrano —dice.

Me detengo y me giro rogando que no vea el brillo de mis ojos. Ya no sé cómo disimular delante de él. Marcos es un farsante experto, hasta podría ganar un Óscar con sus actuaciones,

pero a mí no me sale.

—¿Kevin? —pregunto, y me siento torpe porque no sé qué más decir.

—Sí. Mi padre regresó después del día que me viste en esa situación tan humillante, y me devolvió mi nombre, mis documentos, mis tarjetas y mi cuenta bancaria.

Facundo Serrano cumplió con lo que le pedí. Le ha devuelto su nombre. Y me gustaría decirle muchas cosas, pero tengo que salir de aquí antes de que me ponga a llorar como una loca.

—Kevin te pega más que Leo —digo, le sonrío y me alejo porque no puedo seguir aquí sin ponerme en evidencia. Voy a cumplir con mi decisión de no interferir para que Kevin recuerde su pasado, nos recuerde, o hasta que decida avanzar dejando atrás ese pasado que se niega a volver a su mente—. Podrías consultar con algún médico para que te diga como volver a conectar tus cables —sugiero, y espero que no me insulte por tomar a la ligera su problema. Ya he dicho que no soy buena actriz, y estoy tratando de quitarle importancia a sus palabras para no echarme a llorar delante de él. No quiero que crea que le tengo lástima. Lo que siento es una gran admiración, por su fortaleza para tratar de salir adelante, por su sinceridad para contarme lo que siente y por su voluntad para poner límites a su deseo.

Kevin no me insulta, sino que suelta una carcajada, y sonrío. Creo que le gusta que le restemos importancia a lo que le pasa. Él quiere que lo tratemos como si no estuviera campeando un temporal.

Me gustaría soltarle todo el pasado para que deje de estar en la incertidumbre, pero no puedo acelerar los tiempos.

Y el tiempo pasa tan lentamente. Y el tiempo puede hacer tantas cosas. ¿Aún eres mía? Unchained Melody de *Righteous Brothers*

«Aún soy tuya, Kevin». Llevaba dos años esperando una señal. Y él vino a mí, y me está eligiendo sin saber quién soy. El tiempo puede hacer muchas cosas. Puede obrar milagros. Aún soy tuya, Kevin. Y tú eres mío porque me estás eligiendo sin conocer nuestra historia. Tengo todo el tiempo del mundo para esperarte.

CAPÍTULO 14

Kevin

Todavía tengo ganas de besar a Alma Torne. Ella no lo sabe pero cuando la veo es como si esos cables desconectados se unieran por un hilo muy fino. Es como si al verla no hubiera incertidumbre.

Muchas cosas en este pueblo tienen algo que me acerca a lo que desconozco. No es que reconozca lugares, solo es una sensación.

Ha pasado una semana desde que me enteré que Alma se bañó desnuda, y aún no he logrado descubrir si estaba con un hombre. Marcos me aseguró que no era él, y le creo. ¿Y si hay otro? No he querido robarle un beso porque no tengo idea de mi pasado, pero nunca me pregunté si ella quería recibir ese beso, o los tenía reservados para otro hombre. Ese hombre podría ser el que se bañó con ella en el río. «La vas a perder, idiota, y al paso lento que vas te tendrás que conformar con besar a una rana», dice esa voz fastidiosa que me impulsa a cometer locuras cuando yo quiero ser prudente.

Esta mañana he decidido planificar lo que voy a hacer con mi vida. Busco una hoja, me siento en la mesa de la cocina y comienzo a anotar las tareas del día. No son cosas importantes, sino pequeños trámites, como hacer la compra en lugar de pedir que me la traigan. Ir a ese bar del centro, el que vi cuando mi padre me deposito aquí. Pedir un café y quedarme observando el ir y venir de la gente del pueblo. Ir al banco para consultar como abrir una cuenta.

Mi idea es transferir mi dinero al bando de Las Rosas, porque si bien mi padre me trajo a este sitio en contra de mi voluntad, no pienso irme. Lo siento como si fuera mi casa.

Creo que esa sensación es por las personas que he conocido, puesto que me han recibido como si me conocieran de toda la vida. Esta gente es especial, quizá en todos los pueblos son así de cordiales. Pero no tengo intención de ir a otro sitio para corroborar mis deducciones. Aquí está Marcos, mi hermano, que tiene un carácter algo impulsivo, pero me encanta compartir una cerveza con ese hombre que le importa un pimiento mi debilidad y me deja morado el ojo como si fuera su igual. Está Julia, mi arrendataria, la que me trae la comida y me amenaza con el palo de amasar si no hago los ejercicios. Me deja de cama, pero gracias a ella estoy planificando ir

caminando al centro a tomar ese café a la plaza. Algo que nunca pensé en hacer desde que salí del hospital donde estuve internado más de un año. Ni siquiera en la clínica de rehabilitación consiguieron lo que estoy logrando aquí. Y todo se lo debo a la autoritaria de mi vecina. Aunque no sé si haría todo este esfuerzo si no hubiera conocido a Alma Torne.

Creo que es ella la que me impulsa a mejorar, porque no quiero que me vea humillado por mi familia, o tirado en el piso sin poder levantarme. Aunque la belleza no le presta atención a mis debilidades y se ríe de mis problemas. Donde yo veo imposibles, ella ve esperanzas. Cuando me vio mordiendo tierra, me dijo que si me giraba vería un paisaje mejor. Y lo vi, y me sentí fascinado con las hojas del árbol del jardín meciéndose con el viento. Me hizo sentir especial cuando me dijo que tenía suerte de tener el nido de un Brasita de fuego en mi jardín. Me llama Brasita como si fuera idiota, y me hace reír. Me trae las facturas con crema que me hacen revivir sabores que ya conocía. Y me dice que busquemos un médico que me conecte los cables desenchufados. Sonrío.

Vuelvo a mi lista y agrego ir a la panadería a comprar las facturas, aunque lo que quiero es entrar al negocio y observar la cara de la belleza cuando vea que he logrado llegar al centro sin ayuda.

Otro punto que agrego a la lista es buscar un empleo, porque no sé si en mi cuenta bancaria tengo dinero como para vivir un tiempo sin trabajar, para invertir en algún emprendimiento de verano o solo para vivir una semana. Por Marcos sé que Las Rosas se llena de turistas, y creo que podría encontrar algo para ganar dinero en el verano, si es que tengo dinero para invertir.

Lo primero de la lista va a ser ir al banco. Después al bar, después a la panadería, y dejo para el final lo de buscar trabajo.

Guardo la lista en el bolsillo donde tengo mis documentos y los papeles de la cuenta bancaria, y salgo a cumplir con mis primeros trámites. Hay algo en esto de planificar que me descoloca. Es como si fuera algo natural en mí, aunque es la primera vez que lo hago. ¿O no? Todo lo que me sucede desde que llegué a Las Rosas es extraño. Y esas sensaciones me dan esperanzas.

Salgo de la casa. No camino muy rápido, por lo que quizá demore más de una hora en recorrer las seis cuadras que mi vecina dice que hay hasta el centro. Me ha hecho un mapa para que no me pierda. Tampoco soy tan idiota como para no encontrar el centro, pero le he dado las gracias. Ella tiene buena voluntad, a pesar de que a veces es bastante fastidiosa.

Es mi primera salida, y espero encontrar gente tan solidaria como mi vecina Julia, el despreocupado de Marcos y la adorable Alma.

Julia me dijo que era demasiado pronto, que todavía me faltaba ejercitar. Solo son seis cuadras. Las puedo hacer. Y avanzo a paso de tortuga, una, dos, tres cuadras… Julia se olvidó de

poner en el mapa que todo era en subida. Me tiemblan las piernas, me falta el aire y me siento en la verja de una casa. Cómo puede ser que todavía no tenga estado físico para hacer seis míseras calles. «Cuando dices que Julia te mata con los ejercicios, supongo que te refieres a los cinco minutos de bicicleta fija, o a las dos cuadritas que caminas en la costanera, de ida, porque a la vuelta tu vecina te arrastra hasta la casa», me susurra la fastidiosa voz interior, que disfruta de ponerme en evidencia. Lo que más me indigna es que tiene razón. Julia tendrá el palo de amasar en la mano, pero esa bruja sabe mis límites.

Aparto a Julia y a mis pocos minutos de entrenamiento y me concentro en el paisaje, que es mucho más lindo que pensar en mis dificultades. Hay muchos árboles en las veredas. Las casas son bonitas y tienen grandes parques, como la mía. Los pájaros cantan. He visto unos loritos verdes. Habrá halcones o águilas en la cima de la montaña. No lo sé pero me encanta el pueblo.

Cuando dejo de respirar agitado me levanto y sigo caminando. Solo me falta una cuadra para llegar la calle del centro y la recorro con bastante dificultad. Suelto el aire aliviado al ver el cartel de madera de la esquina donde pone Avenida Las Rosas. Sonrío porque aquí todo se llama Las Rosas, el pueblo, la avenida, el río.

Veo el banco al otro lado de la calle. Es una casa antigua bastante grande y tiene un espacio verde en el ingreso, donde hay asientos con respaldos de madera y algunos árboles con mucho follaje.

Miro la hora en mi reloj. He tardado cincuenta minutos. No está mal, aunque me siento como si hubiera trepado el Aconcagua, y solo hice cuatro de las seis cuadras que hay hasta la plaza. Cómo voy a entrar al banco si no tengo aire ni para decir buenos días.

Decido comenzar por el bar. Está a dos cuadras y necesito recuperar fuerzas. «¿Y cómo diablos vas a hacer las dos cuadras que te quedan?», otra vez la voz de la razón tirando por tierra mi intención de superarme. Me quedo en la esquina, casi abrazado al cartel de madera que pone el nombre de la avenida. Regresar no puedo. Llegar al bar tampoco. La lista de tareas que tenía planificadas no me sirve para nada. No puedo hacerlo. Estoy parado como un idiota y no tengo fuerzas para llegar a ningún lado.

—He venido a ver cómo te ha ido en tu paseo —dice mi vecina.

—Bien —digo. No tengo dudas de que me ha seguido, y es más consciente que yo de que no iba a llegar a ningún lado.

—¿Has ido al banco?

Es una buena actriz. Ella sabe que no he ido al banco.

—He pensado en dejarlo para mañana —contesto, porque no voy a reconocer que no tengo fuerzas ni para cruzar la calle.

—De ninguna manera. Ha sido una suerte que te encuentre —dice Julia.

Quiero decirle que deje de mentir y que reconozca que me ha seguido de cerca, pero ella tira de mi brazo y los dos cruzamos la calle. No me ha dado tiempo a soltarme o decirle que no estoy en condiciones de hacer el trámite, porque mientras pienso como explicarle que no es un buen momento, ya estamos ingresando al banco.

No quiero estar aquí en este estado deplorable. Casi no tengo aire para hablar con un empleado y dudo que pueda mantener la vertical por mucho tiempo. Pero ya cometí el error con Alma de no abrirle la puerta, y no pienso hacer lo mismo con Julia. Ellas me regalan su tiempo e intentan cada una a su manera que me sienta mejor. Alma se toma con humor mis problemas. Julia me alimenta y me obliga a hacer ejercicios. Y en este momento está en el banco conmigo. Ellas y Marcos me han sacado el pesimismo y han logrado que recupere las ganas de avanzar. Por eso respiro profundo y ruego que el cuerpo me aguante mientras entramos al banco.

Me muero de vergüenza cuando Julia se pone a gritar que quiere ver al gerente. Y me sorprendo cuando los empleados vienen hacia nosotros, la saludan como si se alegraran de verla, y le dicen que el gerente la va a recibir en cinco minutos. Lo único que falta es que a Julia le tiendan una alfombra roja, como si fuera la reina.

—¿Eres la dueña del pueblo? —pregunto.

—Mi marido era gerente del banco, y todos los empleados lo adoraban. Mi padre tenía unas acciones. Un pedacito de este banco era mío.

—¿Era? —pregunto.

—Claro. Ya no tengo las acciones. Pero me dispensan un trato especial —aclara.

No sé si reírme o maldecir. No conozco nada de la vida de Julia. Tampoco conozco la vida de Alma, ni la de Marcos. Tan egoísta soy que solo estoy lamiéndome mis propias heridas, sin preocuparme por la gente que se preocupa por mí y me está sacando del abismo.

—Eres una caja de sorpresas, Julia —digo—. ¿Hay algo más que tenga que saber?

—De a poco, muchacho. Hay tiempo para ir revelando secretos —dice.

No sé de qué secretos habla, tampoco tengo tiempo de preguntar porque el gerente sale de la oficina, nos invita a pasar a su despacho y hasta nos ofrece un café, que me viene genial puesto que no logré llegar al bar a tomarme el que tenía planificado en mi lista.

Media hora después salimos de la oficina. Tengo el entrecejo fruncido.

—Te lo tenías bien guardado, muchacho —dice Julia.

—Bajo tantos cerrojos que no lo recordaba —aclaro. Estoy más sorprendido que ella.

Todo lo que he vivido aquí adentro parece sacado de una película. Pero es la vida real. Acabo de descubrir que tengo bastante dinero depositado. Lo asombroso es que la cuenta es del banco de Las Rosas y la abrí hace más de tres años.

—Bueno, ahora ya sabes algo más —dice Julia, restando importancia a mi falta de recuerdos. Ella no tiene filtros, y por eso la aprecio. Pero también me entran dudas. ¿No deberían

conocerme si tengo hasta una cuenta en el pueblo?

—¿Julia, tú me conocías de antes de ser tu inquilino? —pregunto.

—No, muchacho. Nunca te había visto. Te conocí cuando tu padre te dejó en mi casa —aclara—. Quizá te enamoraste del pueblo y querías mudarte aquí, como le ha pasado a muchos turistas —dice.

Julia es una mujer directa. Para ella no existen las mentiras piadosas ni las falsas verdades. Su deducción es tan válida como cualquier otra, y como yo no recuerdo nada la acepto.

—Muchacho, tengo que hacer unas compras, y dudo que quieras acompañarme.

Su sutileza me hace sonreír. Ella sabe que no puedo dar un paso más. Tampoco iría si pudiera. Quiero volver a mi casa. Tengo que pensar en lo que acabo de descubrir.

—Tendría que conseguir un taxi para que a tu regreso no me encuentres tirado en el camino —comento.

Ella saca el móvil del bolso y comienza a escribir.

—Aquí no hay taxis. Es un pueblo pequeño, pero le he enviado un mensaje a un chico que hace las veces de taxi.

Arqueo las cejas porque tiene soluciones para todo.

—Tranquilo, que no te va a salir mucho. Se dedica a esto, y en verano gana buen dinero llevando a los turistas.

El joven se llama Emiliano y me cuenta que hace acopio de dinero en verano porque durante el invierno son pocos los vecinos que usan su servicio. Algunos turistas vienen sin vehículos y él les ofrece excursiones o los lleva a sitios alejados y después los va a recoger. También me entero que pinta cuadros y se los vende a los veraneantes. Parece que todos viven del turismo. ¿En mi pasado tenía la idea de vivir del turismo?, quizá por eso mi dinero está en el banco de Las Rosas. Otra cosa que tengo que descubrir.

Llego a mi casa y miro el sillón de la sala con un cariño desmedido. «Primero tira esa lista de mierda a la basura. De qué te sirve planificar si no puedes ni hacer seis cuadras», dice la voz de mi conciencia. Tiro la lista a la basura. No sé si antes planificaba, pero en mi nuevo presente no sirve. Qué sentido tiene hacer planes si no los puedo cumplir. El sillón de la sala me llama a gritos, pero necesito descubrir qué relación tiene el pueblo con mi pasado. «Podrías consultar con algún médico para que te diga como volver a conectar tus cables», me dijo Alma. «No tienes secuelas físicas», me aseguró mi padre, aunque no sé si puedo creer en sus palabras. Si mi padre puso en mi maleta todos los documentos importantes, también pudo haber dejado allí todos los informes médicos.

Entro a mi habitación y reviso todos los bolsillos laterales de la maleta, los de adelante y atrás. Reviso una más chica, y descubro un doble fondo, una bolsa negra, y adentro una carpeta bastante abultada.

Abro, reviso, leo los informes, los diagnósticos y todo lo que encuentro. No sabía que había sufrido múltiples quebraduras. No sabía que me habían inducido al coma por una conmoción en el cerebro, y que cuando me sacaron la medicación no desperté. Los estudios dicen que no me quedaron secuelas físicas en la cabeza, como me dijo mi padre, por lo que ningún médico puede devolverme el pasado. Quizá, esos cables comiencen a conectarse en Las Rosas.

Ahora sé por qué mi padre me trajo a Las Rosas. No tengo dudas de que en este pueblo y entre estas personas está mi pasado. Por eso estoy descubriendo tantas sensaciones.

¿Alma será parte de mi pasado?, no lo sé. «Debería habértelo dicho», dice mi voz interior. Eso mismo pienso yo. Tengo que encontrar la forma de averiguarlo porque ella apareció sin que nadie la llamara. Apareció como si fuera un ángel, que vino a devolverme las esperanzas cuando ya no quería vivir.

CAPÍTULO 15

Alma

Me he quedado hasta las dos y treinta en la panadería porque Luciana se largó a las diez, después de otra acalorada discusión con su madre.

«No la aguanto más», me dijo, y me pidió perdón porque su ausencia me obliga a quedarme para reemplazarla. A mí tampoco me gusta el trabajo. Nunca fui buena en la cocina, pero es un trabajo que me permite vivir en el pueblo, y solo tengo que hornear lo que me deja listo el maestro panadero. Aunque en los últimos días, cada vez que mi amiga se pelea con su madre, tengo que estar en el frente de batalla, soportando con una sonrisa impostada todos los cotilleos.

El problema es que es más difícil sonreír cuando es a mí a quien juzgan y condenan porque me bañé sin ropa en el río. «Y vas a seguir siendo el cotilleo preferido hasta que llegue el verano», me asegura mi voz interior. Tiene razón. Todavía no han pasado los suficientes días para se olviden de mí.

Atiendo a los últimos clientes, me saco el delantal y giro el cartel de la puerta a cerrado. Voy a la trastienda y cuelgo el delantal. Busco la bolsa con el pan y las facturas que me llevo a casa, y también me llevo las tartas que no se vendieron. Una es de verdura y otra de jamón y queso. Las hace la madre de Luciana para vender al mediodía y a la noche, y lo que sobra es mi almuerzo o cena, que esta vez quiero compartir con Kevin.

Lo mejor de este trabajo es que ahorro mucho en comida. Siempre sobra mucho, y lo repartimos entre los empleados.

Un cliente tardío golpea el vidrio de la entrada y me asomó. Me sorprendo al ver a Julia con las manos en el vidrio haciendo visera para ver si hay alguien adentro. Es raro porque ella no viene todos los días y menos a la siesta. Le gusta echarse un ratito a descansar, como dice. Aunque desde que tiene a Kevin de inquilino está más activa. Creo que él no lo sabe, pero los dos salen ganando con esa amistad que han entablado. Julia está más atenta a su inquilino que a sus achaques.

—¿Te has olvidado de comprar el pan, Julia?

—No, Alma. Ya sabes que no compro mucho pan porque me gusta hacerlos en casa.

Es cierto. Ella amasa y hornea en su cocina para toda la semana. Aunque cuando no tiene ganas, viene y compra para varios días.

—Han quedado unas tartas que me estaba por llevar a casa. Pero si quieres, te las vendo. Las hizo Margarita para el mediodía.

—No he venido a comprar. He venido a hablar del muchacho —dice.

—¿De Kevin? ¿Le ha pasado algo, Julia? —pregunto preocupada.

—Se le metió en la cabeza que iba a venir al centro a tomar un café.

Abro la boca, porque lo he visto caminar sin bastón, pero no me pareció que estuviera tan recuperado como para llegar al centro.

—¿Se cayó? —pregunto, salgo y cierro la puerta porque ella no entra y yo quiero ir a verlo.

—Qué se va a caer. Tiene una buena maestra —dice orgullosa—. Pero se quedó a mitad de camino.

Arqueo las cejas.

—¿Él te lo dijo?

—Lo seguí porque tenía miedo que quedara tirado en algún lado. Hizo cuatro cuadras solo, con una paradita. ¡Cuatro cuadras en subida! —repite, como si no lo pudiera creer—. Pero se quedó abrazado al cartel que pone el nombre de la avenida. No iba a poder llegar al bar y tampoco regresar a mi casa.

Sonrío porque el hombre que llegó no se parece en nada al que es ahora. El hombre que llegó no podía dar un paso sin terminar en el piso, y estaba tan lleno de resentimiento y de ira, que no quería entablar amistad, y no quería avanzar.

—Tiene mucha voluntad —digo, y se me anuda la garganta de la emoción.

—Alma, se quería volver y lo obligué a ir al banco.

—¿Al banco? —digo, y me preocupo con la información porque es muy reveladora.

—Tiene la cuenta aquí, Alma. ¿Lo sabías? —me pregunta.

¿Por qué me está contando todo esto? «Ha elegido la hora de cierre porque sabe que no hay cotillas en la panadería. Esta mujer sabe algo», susurra mi voz interior. Quizá ha atado unos cuantos cabos sueltos y sabe que Kevin era mi novio, el que supuestamente murió en el accidente.

—No soy idiota, Alma. Tú ibas a mi casa todos los días después del trabajo, a pesar de que él estuvo una semana sin abrirte la puerta.

Siempre dice mi casa. Es la casa de Kevin, pero eso no es lo importante en este momento.

—Eres peor que Alicia —digo.

—Sabes que me preocupo por él —aclara.

Es cierto. Ella lo está ayudando más que nadie. Hasta me ha desplazado a mí, y la dejo porque Julia es una persona imparcial, metida y mandona. Prepara comida para los dos y le ha hecho un plan de ejercicios para que recupere las fuerzas. Ella ha logrado hacerse un hueco en su vida, y lo puede ayudar mejor que yo porque no hay un pasado que la condicione. Lo de ellos es un presente, y es lo que más le conviene a Kevin.

—Lo sé, Julia.

—Y dejaste de ir porque no te abría la puerta.

—¿Y qué más? —pregunto, porque creo que tiene anotados todos mis movimientos.

—Y te bañaste sin ropa, jovencita. Eso fue un acto de rebeldía, y fue porque el muchacho no quería verte —aclara.

—Veo que has sacado tus conclusiones —comento.

—Cuando se enteró que te bañaste sin ropa…

—¡Le dijiste que me bañé con Marcos! —me quejo.

—Tenía que ponerlo a prueba —aclara, sin sentir culpa por su mentira.

La miro esperando que siga. No pienso contarle nuestro pasado, porque quizá solo supone que me siento atraída por él.

—Le hice un licuadito de banana, y se lo di antes de contarle tu aventura en el río. Quería ver su reacción.

Sonrío y niego con la cabeza. Lo del licuadito suena a madre consintiendo a su pequeño, pero no digo nada.

—¿Y viste algo?

—Lo escupió —aclara, orgullosa.

Marcos nos contó lo del puñetazo. Lo del licuado me estoy enterando en este momento.

—Deduje que sentía algo por ti. Pero esta mañana, cuando descubrí que tenía el dinero en el banco de Las Rosas, supe que había algo más —dice, y me mira esperando que hable. No abro la boca, pero me brillan los ojos—. No me lo vas a decir. Ese chico no se acuerda de nada, Alma. Pero tú lo sabes todo.

Debe estar todo el día sacando deducciones, y tengo que reconocer que es buena. Tampoco se lo puedo reprochar porque yo hago lo mismo.

—Él conocía este pueblo. Lo conocía muy bien, Alma. Por eso su padre me suplicó que le alquilara mi casa. Yo no quería jóvenes alocados rompiendo todos mis muebles. Me pagó una fortuna y me aseguró que su hijo no iba a hacer desastres. Cuando lo vi, me enternecí. Qué locura podía hacer, si no podía ni caminar —susurra.

Tengo un nudo en la garganta porque sé que no miente.

—Ahora me cierra todo lo que estás haciendo por Kevin. Sientes un cariño especial por él desde que lo viste. Encontraste una meta en tu vida. Querías ayudarlo —digo, porque yo también

soy una experta sacando deducciones. Lo he hecho durante los dos años que pasé sin saber que había pasado con Kevin. De lo único que hablaban en el pueblo era de la estupidez que hicieron sus padres de tirar unas cenizas en la montaña. Tengo que reconocer que Julia lo está haciendo mejor que todos los que lo conocemos, quizá porque entre ellos no hay un montón de emociones del pasado que los condicione, como me pasa a mí.

—Él es tu novio, el que se accidentó y sus padres en un acto perverso tiraron unas cenizas a la montaña, como si quisieran que todos creyéramos que estaba muerto. Que tú lo creyeras —aclara.

¡Dios mío! Me deja muda. No me ha defraudado. Es buena para los acertijos.

—Con él tenías ese sueño que contabas a todo el que te quisiera escuchar. Tú le hiciste conocer Las Rosas. Tú lo hiciste enamorarse de este pueblo.

—Sí —digo. Por qué voy a negarle la verdad si ya la sabe. Además, ella se merece todo mi respeto—. Él es mi novio. Era mi novio, porque no se acuerda que nos amábamos, Julia. Kevin no tiene idea que nuestro sueño era venir a vivir a Las Rosas. Por eso tiene el dinero aquí —cuento.

—Ay, cariño. Ahora me cierran tantas cosas. Y yo que creía que era amor a primera vista —aclara, y me abraza.

Y lloro envuelta en los brazos de esta mujer fría, que se volvió sensible cuando conoció a mi querido Kevin.

—No le cuentes tus deducciones. Por favor, Julia, no se lo digas —suplico.

—Me preguntó si lo conocía de antes —dice Julia—. Le dije que no, porque nunca lo había visto.

—Veníamos algunos fines de semana o en verano a pasar una semanita, cuanto teníamos vacaciones del trabajo —comento—. Kevin amaba la paz de Las Rosas. Amaba la casa de mi abuela. Decía que esto era el paraíso, y quería… Perdón, Julia, pero no quiero contar nada que lo influya a hacer algo que no recuerda —digo.

—No quiero que me cuentes nada. Ya me has confirmado mis deducciones —dice. Me levanta el rostro y me mira—. ¿Cómo estás?

—Emocionada y asustada. Todo es una incertidumbre. La vida de Kevin es una incertidumbre. Mi vida es una incertidumbre.

—La vida lo es, Alma. Nadie sabe lo que pasará mañana —dice.

Qué acertadas son sus palabras.

—Tienes razón. Nadie puede predecir lo que pasará mañana —digo, y pienso en esa curva del camino que nos quitó todos los sueños—. Gracias por todo lo que haces por Kevin.

—Su padre me ha pagado una fortuna. Me siento en la obligación de alimentarlo y de hacer algo para que recupere las fuerzas —asegura, tratando de mantener su actitud fría. Siempre

fue así, o desde que se murió su marido. Algunos dicen que nunca superó su pérdida.

Pero Kevin la ha ablandado y no quiere reconocer que le ha tomado cariño. Creo que Kevin, sin saberlo, la está convirtiendo en una mujer diferente. Julia ha dejado de estar encerrada en su casa.

Desde que decidió incordiar a su inquilino, se la ve más alegre, más ocupada, más viva que nunca. Hasta ha venido en plena siesta a contarme sus deducciones. Su vida ha cambiado desde que se ha convertido en la sombra de Kevin.

—Gracias por contarme, Julia. Gracias por ayudarlo. Yo no sé actuar como si fuera una extraña. Siempre me emociono. Se me anuda la garganta. Me enojo porque no puedo contarle nada del pasado. A veces salgo huyendo de su casa para que no vea mis lágrimas. Pensaba pasar para preguntarle si quería compartir las tartas que me llevo a casa. ¿Pero qué le voy a decir si me pregunta si lo conozco de antes?

—No pienses tanto, Alma. Llevas dos años pensando qué pasó con tu novio. Si te sale decirle que estaban enamorados, se lo dices.

Es fácil decirlo. Lo difícil es no cometer los errores que cometió su familia. Lo mío es como una encrucijada.

—No quiero que él me quiera porque era su novia en el pasado. Siempre me quedaría la duda de si está conmigo porque era la mujer de su pasado. No quiero eso. No quiero estar con él sin saber si siente lo mismo que yo.

Ella me mira con algo parecido a la tristeza. Y me duele porque es una de las personas que nunca me miró con compasión.

—Algo siente. Escupió el licuado y le pegó a Marcos —me recuerda—. Debe ser difícil estar en tu lugar, Alma —comenta, y descubro que bajo esa frialdad que se esmera en mostrar, tiene más empatía que cualquiera de este pueblo, y le encanta ayudar—. Mira, mejor no vayas a su casa, que debe estar esperando a alguien en el parque para preguntarle si lo reconoce.

Las dos estamos cerca de su casa y la de Kevin, que queda al lado. Nos despedimos, Julia entra a su jardín y yo me cruzo de acera y bajo al sendero del río para que no me vea pasar por su casa. Estaba ilusionada por preguntarle si quería que a la noche compartiéramos las tartas. Pero otra vez salgo huyendo de sus preguntas, porque no voy a mentirle y tampoco puedo decirle la verdad.

—Belleza —grita Kevin.

Me giro y está apoyado en el árbol del jardín. Me emociono porque sé que me está esperando. También maldigo por no haber tomado otro camino, porque no sé cómo enfrentarme a sus preguntas. Le sonrío y cruzo la calle.

—¿Me estás evitando? —pregunta.

Sí, Kevin, debería decirle, pero niego con la cabeza.

—Ha sido una jornada de trabajo larga —digo—. Otra vez Luciana se largó a las diez y tuve que reemplazarla —aclaro. Me mira desconcertado—. Luciana es la hija de Margarita, la dueña de la panadería y mi mejor amiga.

—Y tu mejor amiga te carga con todo el trabajo —deduce.

—No es eso. Está en una especie de guerra con su madre. Ella quiere que se ocupe de la panadería con más entusiasmo, que le dedique todas las horas del día, que se vaya haciendo cargo del negocio familiar y…

—Y Luciana no quiere saber nada del negocio familiar —deduce.

—Así es. Ella quiere tener un trabajo que le permita tomarse vacaciones. Quiere viajar, salir del pueblo y cometer locuras, pero su madre no quiere entender que no sueña con ser la panadera de Las Rosas.

—¿Y ha conseguido otro trabajo? —pregunta.

—¿Qué? No, no. Por el momento están en esa guerra de madre e hija. No ha salido a buscar. Creo que todavía no ha puesto en práctica sus sueños.

—Dile que venga a verme —dice Kevin, y lo miro con la boca abierta—. ¿Acaso crees que no puedo ayudarla porque ni siquiera puedo salir de mis propios problemas?

—No he dicho eso.

—Lo piensas y te lo callas.

—Solo me dejaste sorprendida —digo, y me maldigo al descubrir que está pendiente de cada una de mis reacciones—. ¿Qué piensas ofrecerle?

—No lo sé —dice con sinceridad.

Otra vez lo miro desconcertada.

—¿Te estás burlando de mí? —pregunto.

—Nunca me burlaría de ti, belleza. Ella no sabe qué hacer, pero quiere sacarse de encima la herencia familiar. Se parece a mí —comenta.

—¿En qué se parece? —pregunto. Kevin nunca tuvo el problema de Luciana.

—Mi madre decía que en cuanto me mejorara podía seguir la carrera de arquitecto para continuar con el legado de mi padre.

¡Qué! No puedo creer hasta qué punto su madre intentó manipularlo.

—¿Y tú no quieres ser arquitecto? —mi pregunta lleva implícita la negativa. Debería callarme, pero odio lo que Mona le hizo a su hijo.

—Yo no quiero ser lo que alguien me imponga —dice.

Ese es el Kevin del pasado, aunque él no lo sepa. Hay momentos en los que creo estar delante del Kevin del pasado, como cuando saborea las facturas cerrando los ojos y exagerando el placer. O como ahora, que me cuenta que no acepta que nadie le imponga lo que tiene que hacer. Kevin jamás se habría dejado manipular.

—Y quieres ofrecerle a mi amiga algo que la aleje de ser la panadera del pueblo.

Él se ríe.

—Solo pensé en hacer algo para ganarme la vida, aunque no sé qué. Si dos personas con deseos de hacer algo se juntan, aunque no tengan ningún proyecto, quizá logren encontrar la forma de salir del atolladero —dice Kevin.

Su análisis me deja más desconcertada que antes.

—¿Tú quieres reunirte con alguien que no conoces y no sabe que quiere hacer, para emprender algo con ella, aunque tampoco sabes que es ese algo? —pregunto.

—Eso mismo es lo que quiero.

—Qué clase de proyecto pueden emprender dos personas que no saben lo que quieren —digo enojada, porque me hubiera gustado que esa oferta me la hiciera a mí. Le abría dicho que sí aunque su propuesta sea de lo más ridícula, como armar un cohete para que los turistas viajen a la luna, porque lo que más deseo es estar a su lado. Pero él ha elegido a Luciana sin saber si es una persona responsable o un tiro al aire. No sabe nada de ella. Además, Lucy nunca le trajo las facturas. Nunca se acercó a su casa. Nunca vino a presentarse ni a ofrecerle su amistad.

—Eso es lo de menos. Somos dos personas perdidas que queremos encontrar el camino —dice Kevin.

No, no. Esto no me puede estar pasando. «Yo soy tu camino, Kevin», pienso y aprieto los puños porque no puedo decirlo en voz alta. Me he prometido no ser como su familia. No quiero que me elija porque era importante en ese pasado que desconoce. Tampoco voy a estar meando en su jardín, como me aconsejó mi odiosa voz interior, para que me elija a mí. Tengo que dejarlo libre, aunque se me rompa el corazón.

—¿Estás enojada, belleza? —pregunta, y veo un destello de picardía en sus ojos, como si me estuviera poniendo a prueba.

—Por qué tendría que enojarme. Lo que le vas a proponer a mi amiga es algo que viene dilatando porque todavía no está preparada para distanciarse de su madre, o porque no se anima a dar el paso, o por lo que sea —aclaro—. Quiero lo mejor para ella. Y lo mejor no está en la panadería familiar.

—¿Cuándo podríamos encontrarnos? —pregunta.

Me muerdo el labio para no preguntarle por qué demonios está tan apurado por ver a mi amiga. No sé qué decirle. En realidad, le gritaría por qué no me lo ofrece a mí. Pero acaba de decir que no va a permitir que nadie le diga lo que tiene que hacer, y me guardo mi queja.

—Pregúntale si puede pasar esta noche —dice, al ver que no le respondo.

Aprieto la mandíbula. No me parece buena idea que se encuentren de noche. Es como si fuera una cita más íntima. Tan íntima que podría extenderse hasta el otro día. «Quería proponerte que esta noche cenáramos las tartas de la panadería. La de jamón y queso era tu preferida»,

pienso. «Te ha salido el tiro por la culata», dice la odiosa voz.

—Le voy a preguntar —digo.

—Gracias, belleza —dice.

Habría preferido que no me estuviera esperando. Habría preferido no encontrarme con él. No sé cómo lo hace Marcos, que todo le sale tan espontáneo. A mí no me sale. A veces tengo que girarme para que no vea que me brillan los ojos, y en este momento tengo que simular una sonrisa para que no descubra la ira que me corre por las venas.

—Le voy a dar tu dirección —digo, y me giro para marcharme, sin dejarle las facturas. Si quiere facturas, que se las pida a Luciana—. Qué pases una linda noche con mi amiga —digo. A mí nunca me invitó a venir de noche a su casa. La única vez que vine fue porque se agarraron a trompadas con Marcos.

—Espero que sí, belleza. No me dejas las facturas —dice.

Encima quiere que le deje las facturas. Me detengo en seco. No puedo creer que después de ser la intermediaria para su cita con mi amiga, pretenda que le deje las facturas. Me giro y regreso sobre mis pasos. Ya no me importa que vea mi frustración.

—Toma —digo, y le estampo la bolsa en el pecho—. También tienes dos tartas. Te pueden servir para tu cita de esta noche con mi amiga —dejo salir todos los celos que quería ocultar. Pero no me importa.

Él me mira asombrado por mi reacción. Después me sonríe y arquea las cejas.

Estoy tan enojada que me giro y me voy a zancadas. Creo que he caído en una trampa y ni siquiera sé cómo lo ha logrado. Julia tiene razón. No tengo que pensar tanto. Voy a perder a Kevin a menos de un mes de recuperarlo. «No lo has recuperado. Solo sabes que está vivo. No te olvides que él no te conoce, y podría enamorarse de tu quería amiga Luciana», me dice esa voz odiosa. Luciana no me haría eso. «Ya te falló tu gran amiga Lisa», me recuerda. La ignoro, porque me quiere llenar la cabeza con suposiciones que no me gustan.

Cruzo el puente Loma y cuando llego a casa me siento en el banco que tengo bajo el árbol del jardín y le mando un mensaje a Luciana para contarle lo que me pidió Kevin.

Me contesta con un montón de caras de asombro, y otro montón de caritas de risas de burla. Bueno, lo de burla es cosa mía. No sé que está pensando. No soy adivina, se me dan mejor las deducciones y ya me estoy imaginando lo que será la cena y lo que puede venir después de que Kevin conozca a Luciana.

Después de escribir y borrar como diez veces, Luciana me pregunta de dónde saqué esa locura. Le digo que no es mi locura sino de Kevin. Que la espera esta noche para hablar de algún proyecto laboral que no sé de qué va.

Mi amiga me pregunta si no me ofendo si va. ¿Qué le voy a decir?, si Luciana ha sido la mujer que me ayudó a levantarme cuando perdí a Kevin. Ella siempre ha estado a mi lado. «No

me ofendo», le respondo. Entonces me dice que sí ira a ver a Kevin, porque no ve la hora de dejar plantada a su madre. Y lo acompaña con más risitas, aplausos, manito con el pulgar hacia arriba. Yo quiero ponerle un pulgar hacia abajo y cara de enojo, pero me decanto por un corazón y apago el móvil.

¿Qué lugar ocupo en su vida desde que regreso? «Eres la mujer que le lleva las facturas con crema que tanto le gustan. Y la intermediaria para la cita de esta noche con tu amiga. Y también la que le regaló las tartas para que cene con su cita de esta noche», me responde la voz insoportable. Esta noche quería ver su reacción cuando probara la tarta de jamón que tanto le gustaba. Quería saber si me decía, tengo la sensación de que ya probé esta tarta. Pero su reacción la va a ver Luciana.

Me levanto del banco, entro a mi casa para comerme lo único que tengo en la nevera. Una banana y una manzana. Porque mi cena la va a disfrutar Kevin con mi amiga.

CAPÍTULO 16

Kevin

La belleza me ha pegado la bolsa de la panadería en el pecho, me ha dicho que disfrute de la cena con mi cita de esta noche y ha salido furiosa de mi jardín. ¿De qué cita me habla?, si solo sentí empatía por lo que le está pasando a su amiga. «Seguro que tenías alguna intención oculta cuando invitaste a su amiga». A veces odio a esta voz entrometida que indaga en lo más profundo de mi mente.

La verdad es que no tenía planeado lo que sucedió. Mi idea era esperar a la belleza para relajarme un rato después de descubrir que tengo la cuenta bancaria en el pueblo. Pero todo salió mal, y ella se fue enojada. ¿Qué me pasó por la cabeza cuando invité a la amiga de Alma esta noche a mi casa? «Eso mismo me pregunto yo. Si ni la conoces. Para mí que quisiste darle celos a tu belleza y ahora estás metido en un lío». No es eso.

Bueno, ponerla celosa ha sido un plus que no tenía previsto. Y me encanta, no porque ella se fuera enojada. Me encanta su reacción porque eso quiere decir que, a pesar de mi deplorable aspecto, no me ve solo como a un amigo.

Creo que este lío ha sido por culpa de los acontecimientos de la mañana. Quizá quiero saber si la amiga me trae algún recuerdo del pasado. Tengo una cuenta en el banco en Las Rosas. ¿No debería conocerme alguien de este pueblo? «Ni que fueras Brad Pitt».

Golpean la puerta y camino para abrir. Me he puesto unas bermudas y una chomba arrugada. Y tengo el pelo parado y desprolijo, como Brasita de fuego. Al menos no huelo como un cerdo porque me he duchado después de mi excursión de la mañana. «¿Acaso estás de conquista para preocuparte por tu aspecto? Creía que tu amiguito solo quería saltar fuera de los pantalones por tu belleza». Mi maldita voz de la conciencia, o de lo que sea, no hace más que tergiversar mis pensamientos. Esta mujer está aquí para un proyecto que ni sé de qué va. Ha venido por el disparate que salió de mi boca y que no tiene consistencia.

Le abro y la miro asombrado. Es rubia, alta, mucho más alta que la belleza. Tiene los ojos azules. Lleva el cabello atado una cola alta. No lleva maquillaje. Es preciosa, mucho más voluptuosa que Alma. Todos los hombres deben girarse a mirarla. Pero a mí no me despierta

ningún recuerdo. Y ella no se asombra al verme.

—Hola, soy Luciana, la amiga de Alma —dice, y se retuerce las manos con timidez. Claro, no sabe que está haciendo aquí. Quiero decirle que yo tampoco, a ver si se relaja.

—Pasa. Soy Kevin —digo, y estoy tan incómodo como ella.

—Podríamos conversar en la galería —sugiere.

¿Tiene miedo de que en un ataque de lujuria me lance encima de ella? No soy un cavernícola y por más impactante que sea su imagen, no siento que mi amigo quiera saltar fuera de mis pantalones. Tampoco estoy para esos trotes, aunque ella no conoce mis limitaciones.

Ella sigue incómoda. Invitar a una extraña a mi casa para hablar de un trabajo inexistente pondría nervioso a cualquiera.

—Alma me dijo…

—Alma me contó…

Los dos intentamos romper el incómodo silencio hablando de Alma. Luciana suelta una risa exagerada, y sonrío.

—Esto es raro —dice—. Cuando Alma me dijo que me esperabas esta noche para hacerme alguna propuesta de trabajo, me pareció genial. Pero ahora no sé qué hago aquí —aclara.

Yo tampoco sé que haces aquí.

Escucho tres aceleradas de una moto y veo que ella suelta el aire. Hago lo mismo. Marcos acaba de salvarme de una situación incómoda. Entra al jardín, saca las cervezas que lleva debajo del asiento y me las muestra. No me sorprendo de verlo porque siempre viene sin que lo invite.

—¿Se puede saber que haces aquí? —pregunta a Luciana.

Ella se encoge de hombros y tengo ganas de reírme.

—Yo la invité —digo.

—¿La conoces? —pregunta Marcos.

Niego con la cabeza. No sé si la conozco. Al verla no me despertó ninguna sensación.

—No nos conocemos —dice Luciana—. Él le pidió a Alma que viniera esta noche para hablar de un trabajo.

—¿Le pediste a Alma? —pregunta Marcos, asombrado—. Esto es muy loco —dice, apoya las latas de cerveza sobre una mesita de la galería, y las reparte.

—Alma me comentó que salió tarde porque tuvo que hacer tu turno —comento.

—Eso ha sido una excepción —se justifica Luciana.

—No te estoy reprochando nada —digo.

Marcos mira a Luciana y después a mí sin entender.

—Podrías ser más explicito —me pide Marcos.

—Me pareció una buena idea invitarla para hablar de… Bueno, Alma me dijo que no te

gustaba trabajar en la panadería, y que te gustaría hacer otra cosa —aclaro.

—¿Y tú qué tienes que ver con eso? —pregunta Marcos.

—Tengo dinero para hacer algo, y pensé que estaba tan desorientada como yo. Se me ocurrió unir fuerzas para armar un proyecto —comento.

—¡No la conoces! —exclama Marcos.

La pobre chica lo mira con el entrecejo fruncido.

—Es amiga de Alma. Con eso me basta para juzgarla —aclaro.

Creo que Marcos no debería estar aquí. Está arruinando una reunión que ni sé para qué la organicé, pero eso no le da derecho a venir a mi casa y decirme cómo hacer las cosas. Ya no me siento relajado en su presencia, y ella tampoco.

—Y mañana te vas al bar, ves a un extraño tomando un café, le dices que tienes dinero y le ofreces una sociedad.

—Le estoy ofreciendo un trabajo —aclaro—. Una salida de la panadería. Esa era mi intención.

Marcos se queda mudo. Luciana me mira con esperanzas.

—¿Un empleo? —pregunta Luciana—. ¿De qué?

—No lo sé. Para eso era la reunión. No conozco el pueblo como tú. Alma me dijo que tienes una panadería en el centro, y supuse que conocías lo que podía funcionar. Tú quieres salir de un lugar que no te gusta, y yo necesito empezar algo que me permita vivir sin depender de nadie. Pero ha llegado Marcos a meterme presión y a cuestionar mis decisiones, por lo que no sé si hice bien en pedirle a Alma que te invitara a venir a mi casa.

Luciana sonríe. Marcos me mira sorprendido.

—Podrías haberme preguntado a mí —dice Marcos.

Tiene razón.

—Preferí a alguien imparcial. Ella tiene lo que yo necesito —comento.

—¿Qué tengo? —pregunta Luciana.

—Ganas de hacer algo diferente, y yo tengo el dinero para empezar algo —digo.

—¡Ya veo que no necesitas de tus amigos, hermano! —dice Marcos.

Cómo explicarle que detrás de esa idea ridícula está mi necesidad de saber si esta chica, que trabaja en la panadería, me vio alguna vez comprando las facturas con crema. «Ahí está tu intención oculta. No estaba tan errado», grita esa voz odiosa, y tiene razón.

—Puedes aportar ideas —digo a Marcos.

En ese momento los dos se ponen a soltar un montón de ideas, una más ridícula que otra. Vender globos en el río. Venta de helados a los turistas. Comprar un caballo para que los turistas se saquen fotos. Miro a uno y otro, y no sé si se están burlando de mí o la guerra es entre ellos. «Es entre ellos», me aclara mi voz interior. Eso parece, porque se retan con la mirada, y hablan

como si yo no estuviera presente.

—Una venta de comida al paso en puente de Las Rosas —dice Marcos.

Frunzo el entrecejo. Otra idea espantosa.

—Crees que voy a dejar la panadería para ir a cocinar al río —grita Luciana.

—Solo sería en verano —dice Marcos.

—No seas ridículo. Eso no deja dinero para vivir del turismo —asegura Luciana.

—¿Cómo que no? Si es en lo que más gastan los veraneantes.

—Podría ser una empresa de excursiones —dice Luciana.

Eso sería como traicionar a Emiliano, que se dedica a llevar de excursión a los turistas. Me odiaría al suponer que le robé la idea que me contó esta mañana cuando me traía en su coche.

—¿Y adónde los llevarías?, a degustar facturas —pregunta y responde Marcos.

—¡Marcos! —grito, porque la disputa sube de tono, y creo que la está ofendiendo. Lo que iba a ser una reunión sin ningún sentido, ya no tengo dudas que se ha convirtiendo en una batalla campal entre ellos.

Marcos me mira serio. Parece enojado. No, está ofendido. «Cómo no se va a ofender. Si has dejado de lado al único amigo que tienes, que se considera tu hermano, para planificar tu nueva vida con una extraña. Y si sigues en ese tren descarrilado, invitando mujeres a tu casa, o diciéndole a tu belleza que te mande sus amiguitas a cenar, también vas a perderla a ella». Cierro los ojos. Yo no he invitado a su amiga a cenar, pero creo que esta vez la maldita voz tiene razón.

Me quedo mudo. He metido la pata con Alma y con Marcos. Y también con la amiga de Alma, porque al final sí había un motivo oculto en mi invitación, que era descubrir si me conoce de antes. «¡Bravo. Bravo! Por descubrir si una extraña te conoce, estás perdiendo a las personas importantes. Vas de mal en peor».

Tengo que arreglar el entuerto de alguna forma.

—Eh, *Brother*, por qué no pensamos en algo que nos interese a los dos. Luciana podría ser nuestra empleada —digo a Marcos.

Él tuerce el labio en una sonrisa.

—Deja que lo piense, hermano —dice Marcos—. Me tengo que ir. Esta noche quedé con mi jefe en el bar.

No le creo. Lo que ha visto no le ha gustado. Quizá tenga algo de razón, pero tampoco me gusta que mis amigos quieran dirigir mi vida. Ya lo hizo mi familia, y nadie va a decirme lo que tengo que hacer.

Luciana está incómoda, y se levanta de la silla.

—Yo también me tengo que ir —dice.

—Esta reunión no ha sido buena idea —comento.

—Es lo más divertido que he hecho en meses —dice Luciana—. Nos hemos juntado dos

personas que quieren hacer algo, aunque no saben qué —afirma, y suelta una carcajada. Me hace reír, no por sus palabras, sino porque tiene una risa que contagia—. Me caes bien. Tienes ganas de encontrar algo productivo, y yo tengo ganas de dejar de ser la heredera de la panadería.

Marcos nos mira con el entrecejo fruncido. No entiendo su gesto.

—Voy a encontrar algo que funcione, y si sigues queriendo hacer un cambio, ya sabes que puedes contar con mi oferta —digo a la amiga de la belleza.

—¿Por qué yo?

—Porque Alma me habló bien de ti —digo.

Marcos se ofrece a llevarla, y los dos se van en la moto.

Me quedo solo, mirando este cielo lleno de estrellas mientras me pregunto qué importancia tenía Las Rosas en mi pasado. No sé la respuesta, pero si tuviera que elegir un sitio donde vivir, sería este pueblo.

CAPÍTULO 17

Alma

—Cómo se te ocurrió ir a la casa de Kevin —grita Marcos.

—Cuando Alma me mandó el mensaje no pensé más que en la posibilidad de salir de la panadería y darle una cachetada a mi madre —dice Luciana.

—Eso más que una cachetada es un guantazo a Alma —dice Marcos.

—No seas ridículo —asegura Luciana.

—Te metiste en su casa de noche —comenta Marcos.

—Ni siquiera entré. Nos quedamos en la galería. Acaso crees que sería capaz de traicionar a mi amiga —grita.

—La acabas de traicionar aceptando la invitación de Kevin.

—Eso no es cierto.

—Pueden dejar de pelear —digo. Desde que han llegado se pelean como perro y gato—. No estoy enojada, Marcos.

—No entiendo qué buscaba Kevin con ese encuentro —dice Marcos—. Se puso a hablar de que tiene dinero y quiere invertirlo en algo relacionado con los turistas, aunque no sabe qué.

—Y a él se le ocurrió vender globos —dice Luciana.

—Mira quién se burla de mí. A ella se le ocurrió vender helados.

—Un carrito de comida en el río, y que yo me ponga a cocinar —sigue enumerando Luciana.

—Llevar de excursión a los turistas —dice Marcos.

Abro los ojos asombrada. No son muy ingeniosos para encontrar algún negocio rentable. Al menos a Kevin, antes del accidente, se le había ocurrido poner un negocio de pesca. Pero no digo nada, porque no quiero que lo manipulen.

—¿A ti te cayó bien que invitara a Luciana a su casa, de noche?

La verdad que no, pero me encojo de hombros.

—Di algo, maldición —me pide Marcos.

—Desde que me bañé sin ropa en el río decidí no influir en el pasado de Kevin, ni en su

presente —aclaro—. Y no importa si sus decisiones me caen bien o mal. Solo las respeto —digo, aunque Kevin debe haberse dado cuenta que su pedido me cayó como un balde de agua helada.

—Bravo. Dos años llorando, y ahora lo dejas a su aire —dice Marcos.

—Qué yo no voy a quitarle a Kevin —grita Luciana.

—Lo sé, Lucy. Te conozco. Eres una gran amiga —digo para bajar la intensidad de la pelea entre ellos, porque yo no le estoy reprochando nada—. ¿Qué quieres que haga, Marcos?, que le suplique que me elija a mí. Que vaya a su casa y le diga, es a mí a quien dejaste en el pasado que has olvidado. No puedo hacer eso. No quiero que Kevin esté conmigo de esa forma.

—Te estás esmerando para que no te elija.

—Eso no es cierto —aseguro, aunque tampoco estoy todo el día meando en su jardín.

—Alma, Kevin está perdido. Está todo el día intentando averiguar algo de su pasado —dice Marcos.

Lo sé, pero yo no puedo ir a gritarle todo lo que olvidó.

—Hoy descubrió que tiene la cuenta bancaria en Las Rosas —digo, y me arrepiento porque fue una confesión de Julia—. Y no le digas nada, porque no me enteré por él.

—Con razón dijo que tenía dinero para invertir. ¿Quién te lo contó? —pregunta—. ¿Alguien más lo sabe?

—Me enteré por Julia. Ella lo sabe todo.

—¿Qué es todo, Alma? —pregunta Marcos.

—Todo es todo, Marcos. Fue a la panadería a la hora del cierre. Supongo que antes vino a mi casa, y como no estaba se caminó todas esas cuadras hasta centro, en plena siesta, para contarme lo de la cuenta, y sus deducciones.

—Y sus deducciones son…

—Que Kevin es mi novio, el que todos creían que había muerto en el accidente —aclaro.

Marcos y Luciana me miran con la boca abierta. Están asombrados con las deducciones de Julia.

—Esa vieja es más lista de lo que me imaginaba —dice Marcos.

—Lo quiere —aseguro.

—Eso ya me di cuenta —comenta Marcos.

—Ahora sé por qué me invitó a su casa —dice Luciana. Los dos la miramos—. Soy la dueña de la panadería. Atiendo a todos los vecinos del pueblo. Creo que quería descubrir si lo reconocía. Pero estaba muy nerviosa, y en seguida llegó Marcos—aclara.

—No me quiso preguntar a mí —digo.

—Es lógico. Tampoco me va a preguntar a mí —aclara Marcos.

—Dónde está la lógica —pregunto a Marcos.

—Lo subestimas. Kevin sabe que no va a sacarnos ninguna información. Ya se lo

tendríamos que haber dicho, Alma.

—Debe estar pensando que lo conocemos y no se lo hemos dicho —comento.

—Puede ser. Pero ha decidido no preguntarnos. Quizá porque no quiere que le demos una respuesta, o porque no soportaría que sus amigos le hayan mentido en la cara —dice Marcos.

Asiento y sonrío al descubrir su loca idea de reunirse con mi amiga. Está buscando en los extraños alguna reacción. Esa mañana le preguntó a Julia si lo conocía, y como le dijo que no, se inventó lo del trabajo para encontrarse con la dueña de la panadería.

Me da ternura su deseo de averiguar lo que todos le negamos, porque yo tampoco le estoy contando nada del pasado. Mi intención no es mala, solo estoy buscando métodos indirectos, como las facturas, y la tarta que le dejé hace unas horas. Quiero que recuerde por los sabores o llevándolo a los sitios donde solíamos ir. Pero voy despacio, dándole tiempo a asimilar los pequeños detalles que le hacen recordar el pasado.

—Me alegro de que no estés enojada conmigo —dice Luciana.

—No podría enojarme contigo.

—Nunca te traicionaría. Aunque tengo que reconocer que me encantó ponerle rostro a tu Kevin —aclara.

—No es mi Kevin. Es Kevin —aclaro, porque odio el posesivo, aunque sé que Luciana lo usa para demostrarme su lealtad—. Las personas no somos objetos, Marcos. Somos libres. Y por más que me duela, yo he dejado libre a Kevin para que tome sus decisiones.

—Y está actuando de forma libre —dice Marcos—. Hoy nos dio una cachetada a los dos al elegir a una extraña para hablar de proyectos a futuro.

—Qué no me invitó por eso —dice Luciana.

—No importa su segunda intención. Fuiste para hablar de negocios —asegura Marcos—. Y te dijo que cuando encuentre algo, puedes contar con él para dejar la panadería.

Marcos parece más ofendido que yo por la decisión de Kevin de hablar de negocios con una mujer que no conoce.

—Seguro que tú y yo lo habríamos direccionado hacia algo que le gustaba antes —digo.

—Eso lo sabes tú. Yo no tengo idea que quería hacer cuando se mudaran a Las Rosas —dice Marcos.

—No te lo voy a decir —digo, y Marcos frunce el entrecejo.

Mis amigos se van y yo me quedo pensando en Kevin. En todos sus intentos para recuperar sus recuerdos. «Hoy te dejé un recuerdo, Kevin», pienso. ¿Habrá probado la tarta de jamón que tanto le gustaba? «Es la salsa lo que la hace especial», solía decirme Kevin. Tenía razón. Le he preguntado a Margarita que tienen de distinta sus tartas, y me aseguró que el secreto estaba en la salsa. No es una gran salsa, pero es la que le da el toque especial, según ella.

CAPÍTULO 18

Kevin

Le he pedido a Julia que me dé más duro con el ejercicio. Me ha dicho que ella no piensa ser la causante de que muera por exceso de actividad. Que las grandes cosas se consiguen con paciencia.

Solo quiero saber a qué me dedicaba. De dónde saqué el dinero que tengo en el banco. ¿Es mucho pedir descubrir quién era? No quiero grandes cosas y no tengo paciencia. En realidad estoy ansioso por encontrar a una persona, a una maldita persona de este pueblo que me diga: Kevin, has regresado.

Para averiguarlo tengo que volver al centro. Alguien tiene que conocerme en Las Rosas.

Llamo a Emiliano y le pregunto si puede venir a recogerme para llevarme al mismo lugar donde me recogió ayer. No voy a arriesgarme a hacer las cuatro cuadras en subida, pero voy a caminar las dos que no pude hacer hasta el bar de la plaza, porque supongo que es el sitio donde se concentra la mayor cantidad de gente del pueblo. Me voy a tomar ese café mientras trato de ver si reconozco algún rostro. O si alguien me reconoce a mí. Y también voy a entrar a la panadería donde trabaja Alma y voy a comprar las facturas que ella me trae casi todos los días. Es decir, que voy a cumplir con parte de la lista que ayer tiré a la basura.

Tengo unas zapatillas cómodas, un vaquero y una remera blanca. El día es caluroso, y según Emiliano, ya se está acercando la fecha de la cosecha. Cuando le pregunté de qué cosecha me hablaba, me dijo que él cosechaba dinero del turismo. Los dos nos reímos.

Le pregunté qué podía hacer para ganar dinero en verano, y me dijo que cualquier cosa que le guste a los turistas. Según él vendría bien algún parque temático, pero no estaría listo para esta temporada. Tampoco tengo tanto dinero para esa inversión. Entonces me dijo que piense en algún negocio que pueda ser rentable. Venta de sándwich o una heladería, porque solo hay dos y se llenan. También me sugirió un bar. Pero ninguna de sus sugerencias me convenció, por lo que tendré que seguir investigando. Al menos ha tenido mejores ideas que Marcos y Luciana, que solo se dedicaron a pelear entre ellos.

Me deja frente al banco y camino hacia la zona más céntrica, la que vi cuando mi padre

me llevó en la camioneta a la casa que le alquiló a Julia. Solo son dos cuadras, y me está faltando el maldito aire. El problema es que en este pueblo todas son subidas y bajadas. Al menos esta vez logro mi objetivo. Hay unas cuantas mesas libres y me dejo caer en la silla del bar que está en la vereda y frente a la plaza.

Me he pedido un café y un vaso de agua, y estoy esperando que me lo traigan. Hay mucha gente en el bar, y varios grupos de personas reunidas en las esquinas.

Como supuse, cerca de la plaza hay mucho movimiento. Hay muchos negocios. A mis espaldas hay una iglesia. Los negocios son variados. He visto una zapatería, varias tiendas de ropa, una ferretería. En la primera cuadra vi un corralón, un vivero y un lugar donde venden follaje y cosas para el campo. No me imaginé que en Las Rosas hubiera campesinos. De un lado se ven las montañas, y quizá del otro hay campos sembrados y animales.

En diagonal al bar, sobre la vereda de enfrente está la panadería Pancito, y sonrío. Tiene un toldo verde, una puerta de dos hojas, hay dos vidrieras a cada lado, y se ve otra puerta más pequeña en uno de los laterales. Es una casa antigua, con mucho frente y bien conservada. En los vidrios han pintado panes y masas. Me gusta.

Allí trabaja Alma, pero quien está atendiendo es la amiga que estuvo ayer en mi casa más nerviosa que asombrada de verme. Es atractiva, no puedo negarlo, pero no me pareció tan especial como mi belleza. «No es tu belleza», me aclara mi voz interior, y asiento como un idiota.

—Es un pueblo de gente decente —dice una señora a un grupito de mujeres que están reunidas en círculo en la vereda, y conversan a pocos pasos de mi mesa del bar. Supongo que es lo que hacen todos los días.

—No seas tan dura con ella, Estela —dice otra.

Todas deben tener cerca de cincuenta años. La que está hablando tiene el cabello matizado de gris, y las otras lo tienen con tintes. La que se llama Estela lo tiene negro azabache y encrespado.

—No soy dura, soy realista. Es ella la que se bañó al lado del puente Loma como Dios la trajo al mundo —exclama la que se llama Estela, la del cabello encrespado y negro.

Aprieto los puños. No necesito que la nombren para saber que están hablando de la belleza. ¿Cuánto hace de aquello?, no más de una semana. Acaso la de cabello negro como un cuervo no tiene nada mejor que hacer que criticar a la belleza.

—Yo a Alma le perdono todo —dice otra.

Tengo ganas de aplaudir a la del cabello gris.

—Hay cosas que no se hacen, Berta. Menos en un pueblo pequeño. Y si la hubiera visto alguna niña, ¿qué abría creído? —dice otra.

Ya me he hecho un lío para describirlas por el cabello. Solo son un grupo de mujeres

criticando a la belleza, y aprieto los puños para contener las ganas de levantarme para ir a defenderla. «Ella no te ha pedido que la defiendas».

—Qué es normal bañarse desnuda, a la vista de cualquiera. Tenía el aprecio de todos los vecinos —dice Estela, echando más leña al fuego.

¿Va a perder el aprecio de los vecinos por bañarse desnuda? Qué tiene que ver una cosa con la otra.

—Yo a ella le perdono todo —repite la mujer de pelo gris.

—La vi yo, pero podrían haberla visto los niños de la escuela como acaba de decir Marta. ¿Qué ejemplo les está dando? Su reputación cayó en picada con la locura que hizo. Si quiere bañarse sin ropa, que se vaya a un sitio más aislado, o a la piscina de su casa —dice.

No necesito que la nombren para saber que es la bruja de Alicia. Lo sé porque acaba de decir que fue quien la vio. Y ese es el nombre de la mujer que me dijo Julia cuando me contó quién era la cotilla que hizo correr la noticia de que la belleza se había bañado sin ropa.

Por su culpa Alma está en boca de todos. ¿Le importará a Alma, o pasará de los cotilleos? A mí me indigna escuchar como la juzgan. No la conocen. «Claro que la conocen», me aclara mi voz interior. Si la conocieran no la estarían criticando. Esa víbora no sabe de su generosidad, de la paciencia que tiene, de la agilidad de palabras para convertir mis humillaciones en algo sin importancia, y hasta cómico.

—Si no tiene piscina —dice una mujer de cabello rubio platino.

—Claro que tiene. La mandó a hacer Teodoro cuando se murió la madre de Cristina —asegura Alicia.

Escupo el café cuando escucho ese nombre. Teodoro. Ese nombre me es familiar. ¿Tendré algún pariente con ese nombre?, un tío, o quizá un abuelo, o algún vecino. «No hay ni un maldito vecino. No te olvides que vendieron la casa familiar mientras estabas tirado, más muerto que vivo, en la cama del hospital», me recuerda mi cruel voz interior. A veces creo que me odia. Debe tener un disco duro adentro donde guarda todo lo que escucha, y se encarga de recordarme hasta el mínimo detalle que paso por alto. Me sería más útil si en vez de tirarme mala onda, se dedicara a refrescarme todo lo que he olvidado.

—Si Alicia lo dice —dice Estela, como si a la bruja no se le escapara ningún cotilleo.

—Lo digo porque se la hizo mi sobrino —dice Alicia—. Lamento que esta chica, que parecía tan melancólica, tan triste, haya cometido esa estupidez.

—Una estupidez que nadie sabría si te hubieras callado la boca —se queja la mujer que tiene el cabello gris.

—No me culpes de los errores de otros, Berta. No quiero ni imaginar lo mal que lo deben estar pasando sus padres —aclara Alicia.

¿Tan estrictos son los padres de la belleza?

—Cristina estaba contenta. Viajó con Teodoro para ver si le estaban afectando los cotilleos, pero la encontraron muy despreocupada. Hasta me dijo: «Por fin mi hija salió de ese círculo que la tenía atada al pasado» —dice Berta, la mujer de cabello gris.

Un punto para Berta. Es la única que la defiende. Además, parece que conoce a los padres de Alma, y no son tan exigentes como los quiere pintar la bruja de Alicia.

Yo no sé nada de su vida. Me estoy enterando que ella vive sola y los padres a veces vienen a visitarla. ¿Por qué habrá elegido venir a vivir a este pueblo?

—No habría cotilleos si hubiera conservado la ropa puesta —aclara Alicia.

Sigo dándole vueltas al nombre Teodoro. Cierro los ojos para tratar de imaginar a ese hombre cuyo nombre me es familiar. Tiene que ser alguien de mi pasado. Sé que si me concentro puedo lograr alguna imagen. Me ha pasado ya dos veces. Una cuando vi en mi mano una cerveza con mucha espuma, y a mi lado había una mano femenina con una cerveza sin espuma. La otra fue cuando comí la factura con crema, y supe que ya la había probado aunque no logré visualizar ninguna imagen.

Pero hace unos días tuve la sensación de ver a alguien servirse la cerveza de la misma forma que lo hacía Marcos, con la jarra y la cerveza en la inclinación justa para que no tenga nada de espuma. «Te estás dispersando. Ese Teodoro es el padre de la belleza, idiota». ¡Es el padre de la belleza! ¿Y eso qué quiere decir?, que si conozco al padre, quizá también la conozco a ella del pasado. «Por fin haces una buena deducción. Aunque no quiere decir que sea acertada», me aclara la voz de mi conciencia.

—Habría que perdonarle el pequeño desliz, que la pobre chica lleva mucho tiempo llorando la pérdida de su novio —dice la de cabello platinado.

Aparto de mi cabeza el nombre Teodoro cuando escucho lo que dicen las cotillas. ¿A Alma la dejó el novio? No tengo dudas que el tipo es un idiota que no supo valorarla.

—Sí. Qué triste. Tan joven, y tener que cargar con semejante pérdida. Creí que nunca se iba a levantar después de semejante drama —comenta otra.

Dejo suspendida la taza con el café a mitad de camino. Tiemblo y siento el líquido resbalar por mi mano. ¿Qué significa cargar con semejante perdida? ¿Y de qué drama hablan? «Que se murió», me grita esa voz que odio. Pero su deducción es tan acertada que no tengo forma de mandarlo al diablo.

¡A Alma se le murió el novio! ¡No puede ser! Ella, que está tan llena de vida, que es tan generosa, que tiene un corazón enorme, que viene a traerme las facturas, que no se compadece de mi deplorable aspecto y que me ha puesto el apodo de un pájaro, ¿ha perdido al amor de su vida?

Dejo el café en la mesa, el dinero con la propina y me levanto de la mesa. Pero estoy tan sorprendido con lo que acabo de escuchar que me tropiezo con la pata de la silla y caigo de rodillas al suelo. Maldigo mi torpeza. Si me hubiera levantado más despacio, si hubiera prestado

más atención, no estaría tirado en el piso.

Alguien se acerca a levantarme. Es la mujer de cabello platino. No quiero que me ayuden. Yo puedo solo. Apoyo las palmas de las manos en la silla, y antes que llegue a mi lado logro ponerme en pie. Esta proeza es gracias a Julia, que insiste en que haga pesas para lograr fuerza en los brazos.

—¿Estás bien? —pregunta la mujer. Asiento sin mirarla y me alejo. Voy de un lado a otro como si estuviera borracho. «Mira donde pones los pies. ¿O quieres montar un espectáculo?», pregunta la irritante voz. La ignoro.

Quiero estar solo. Lo que acabo de escuchar me ha dejado sin ganas de estar aquí. ¿Por qué Alma no me contó que su novio había muerto? «No le preguntaste». Me duele el pecho al imaginar su tristeza, y me falta el aire, porque si a Alma se le murió el novio, yo no era alguien importante en su vida. «Estás tan metido en tu problema, que parece que fueras el único que sufre», dice mi voz interior. Tiene razón.

Otro pendiente de mi lista era ir a comprar las facturas, pero con qué cara voy a entrar a panadería donde trabaja Alma después de escuchar que lleva mucho tiempo sufriendo su pérdida.

Aprieto los puños al recordar que estuve una semana sin abrirle la puerta cuando venía a dejarme las facturas. No quería verla porque ella había presenciado en primera fila la humillación de mi madre, cuando decidió sin consultarme que tenía que regresar a la clínica.

Camino apoyándome de las paredes para no caerme. Todos tenemos nuestros propios demonios acechándonos. No soy el único.

Llego a la esquina y estoy por girar por una calle de tierra cuando alguien me llama.

—¡Hey! ¿Cuánto hace que no te veo por aquí? —grita, y me quedo paralizado.

Acabo de encontrar a la única persona que me debe conocer en este pueblo, justo el día que me entero que a Alma se le murió el novio. ¿Por qué el universo me manda tantas pruebas juntas?

No es un buen día, maldición. «Si has venido a eso», me recuerda la maldita voz. Pero me importa más lo que me acabo de enterar del grupo de mujeres. A Alma se le murió el novio.

—¿Nos conocemos? —pregunto.

—Del bar.

Arqueo las cejas. El hombre, que debe tener mi edad, es decir, cerca de treinta años, sigue esperando que le diga algo. No sé ni de qué bar me habla.

—Perdón. Es que tengo la cabeza en otra parte. ¿De qué bar nos conocemos?

—Del bar de Lolo —me dice, y otra vez se queda esperando que diga algo.

Qué le voy a decir si no tengo recuerdos.

—¡Ah! —digo, porque me ha tomado por sorpresa. «Te está dando un dato. Pregunta algo útil»—. Recuerdas a todos los clientes —comento.

—A los del pueblo sí. Pero tú eras el preferido de Lolo —aclara.

Vaya sorpresa. Es decir, que era de este pueblo.

—No lo sabía.

—Es que no andamos contando nuestros asuntos internos. Cuando aparecías, Lolo me decía, ahí viene el tío que me hace ganar mucho dinero. Era un chiste nuestro. Es porque querías tus jarras con más espuma que cerveza —dice, y suelta una carcajada.

—¿Me conocía solo por la espuma? —pregunto, esperando que me aclare algún otro detalle que me dé más pistas.

—Eras ocasional. Cliente de algún fin de semana, pero eras el tío espumoso —dice, y otra vez se ríe.

Me río con él para no ser descortés. En otro momento habría soltado un grito de felicidad. En este momento me siento triste por la pérdida de Alma. Y como soy un egoísta, también me siento triste porque ella no era la mujer importante de mi pasado. Tenía la esperanza de que ella fuera la chica que sostenía en la mano una cerveza sin nada de espuma, pero es imposible porque el novio de Alma murió. Y yo estoy vivo.

—Un día de estos voy a llegarme al bar para mejorar la economía de Lolo —digo.

Vuelve a reír, me saluda con la mano y se va.

Creo que el día de hoy podría definirse con el dicho “Una de cal y una de arena”. Toda la luz que se abre ante esa revelación, queda deslucida porque Alma está cada vez más lejos de ser la chica de mi pasado.

Ya no tengo dudas del motivo por el que mi padre me trajo a Las Rosas. No tengo dudas de que aquí está mi pasado. Aquí tengo sensaciones, aquí tengo la cuenta bancaria, y alguien por fin me reconoció.

¿Alma será parte de mi pasado?, no lo sé. La única certeza que tengo es que ella perdió a su novio, y no soy yo. Quizá, sin saberlo, también la estoy ayudando a superar la tristeza de la que hablan las cotillas del pueblo.

Mi dilema es si tengo derecho a indagar sobre su vida. «Por qué vas a tener derecho a meterte en su vida, si ella nunca se ha metido en la tuya», me dice esa maldita voz, que nunca responde lo que quiero escuchar. Aunque tiene razón. Ella es la que me da esperanzas sin pedir nada a cambio. Pero en ese bar, escuchando a las mujeres, he perdido la mínima esperanza que tenía de que ella estuviera en ese pasado que necesito recuperar. «Otra vez el egoísta».

No quiero ser egoísta. Quiero ayudarla como ella me está ayudando a mí. Ojalá pudiera devolverle la alegría, pero cómo hacerlo si todavía no logro armar el rompecabezas de mi vida. «Te has enamorado sin saber si quedó algún amor en tu pasado», me recuerda la voz perversa. Si ella no está, no me importa el pasado. Además, si quedó alguien, ¿no debería estar a mi lado? «La belleza te está cambiando». Sí.

CAPÍTULO 19

Alma

Por fin un día que salgo temprano del trabajo. Luciana ha trabajado como si se avecinara el fin del mundo, y me ha dicho que me tome el día de mañana libre para compensarme por todas las veces que he tenido que reemplazarla.

Decido salir por la puerta grande, la que da a la plaza, donde se suelen reunir todas las cotillas. No voy a seguir esquivando los cotilleos porque mi actitud esquiva los potencia.

Me asomo a la puerta. «Con la frente en alto», como me dijo Margarita. «Qué les den a las cotillas», me dijo Luciana.

No he hecho nada tan grave, solo un chapuzón en el río y salvo Alicia, no me vio más que mi amiga. «Que se ocupen de sus vidas, que deben tener muchos muertos en el placar», dice mi voz interior y sonrío mientras recorro la avenida Las Rosas, saludando a todos los vecinos, incluso le sonrío a Alicia y exagero el saludo agitando las manos.

Berta me llama de la tiendita de ropas que tiene a una cuadra de la panadería. Es preciosa, ella tiene buen gusto para que la vidriera te invite a comprar. Quería trabajar allí cuando con Kevin soñábamos con mudarnos a Las Rosas, pero elegí la panadería porque al trabajar en la trastienda estaba menos expuesta a la lástima de los vecinos.

—Por fin sales por la puerta principal —dice Berta.

—Me cansé de saltar las medianeras de los vecinos. Voy a hacer oído sordo a lo que digan.

—Me parece fantástico.

—A las diez seguían con lo mismo —digo—. Pero me puse los auriculares.

—No se cansan. Siguieron en la vereda —dice Berta—. Te sorprendería saber que solo unas pocas mujeres mantienen activa tu aventura en el río. Tu madre está fascinada con lo que has hecho —comenta.

—Sí, aunque mi padre no estaba muy contento.

—Ya se le va a pasar.

—Ya me llamó para pedirme disculpas, pero me pidió que no cometa más locuras.

—Alma, tu madre me contó lo de Kevin —suelta Berta, y abro la boca horrorizada porque le pedí que fuera discreta—. Somos amigas de toda la vida. Nunca contaría lo que me dijo —asegura.

Cuantas más personas lo sepan, más complicado será para Kevin. Yo solo le he dado unas señales tontas porque no me siento con derecho a interferir o a influenciarlo contándole lo que no recuerda de su pasado. Digamos que lo he dejado librado al destino, si es que eso existe. Pero ya lo descubrió Julia, y ahora me entero que también lo sabe Berta.

—No quiero que le suelten todo lo que hicieron sus padres, Berta. Sería un golpe terrible que se entere por algún cotilleo del pueblo que tiraron sus cenizas en la montaña.

—¿Qué tuvieron en la cabeza cuando hicieron eso?

—Su padre me dijo que tiraron su pasado.

—¡Qué! ¿Quiénes son ellos para decidir sobre su pasado? Eso no me lo creo. No dejo de preguntarme por qué sus padres querían que en el pueblo lo diéramos por muerto.

No soy la única que piensa lo mismo. A mí no me cierra nada de esa historia. Parece sacada de una película de terror.

—Alma, no sé cómo decirte esto, pero creo que Kevin estuvo esta mañana en el bar cuando comenzó otra vez el cotilleo de tu aventura —dice Berta.

—¿Crees?

—No estoy segura. Estábamos hablando en la esquina del bar. No suelo quedarme pero como no dejaban de criticarte, me quedé para defenderte. Y de repente una de las mujeres comentó lo triste que quedaste cuando tu novio murió, y un hombre que estaba en el bar se levantó de la mesa, trastabilló y se cayó al suelo. Lo primero que pensé es que era Kevin, que estaba escuchando todo lo que hablábamos y quedó aturdido cuando dijeron lo de tu novio.

—¿Cómo era el hombre? —pregunto. ¿Kevin vino al bar? «No sé por qué te sorprende. Ya invitó a Luciana a su casa. Está intentando descubrir si alguien lo reconoce».

—Es joven y muy delgado. Tenía el cabello largo y se le formaban unas ondas. y unos ojos marrones claros muy bonitos. No sabes el esfuerzo que hizo para mantenerse en pie. Cristina me dijo que a Kevin le costaba caminar, y pensé que era él porque le costó levantarse del suelo, y se alejó caminando con mucha dificultad. Es muy atractivo —dice.

Toda su descripción coincide con Kevin. Para mí es el hombre más atractivo del mundo, aunque mi visión es subjetiva.

—¿Quién fue la que dijo que mi novio se murió? —pregunto horrorizada, aunque debería estar preparada para que en algún momento todo saltara por los aires. Sería espantoso que se enterara por unas cotillas que en Las Rosas todos lo dieron por muerto. Aunque su confusión no fue por su supuesta muerte, sino al descubrir que mi novio está muerto. Y Kevin no sabe que él era mi novio. La culpa es mía. Si no me hubiera bañado desnuda, ya nadie hablaría de mi tristeza

por perder a mi novio.

—Me expresé mal, Alma. No hablaron de forma directa de muerte, sino de lo mal que quedaste con la pérdida de tu novio. Hablaron de tu tristeza cuando lo perdiste —dice Berta.

Suelto el aire, porque de alguna forma puedo arreglar el lío. «¡En serio! ¿Y cómo diablos vas a arreglarlo? Te recuerdo que no eres buena actriz. Mejor que lo arregle Marcos. Ese debería ganarse el premio al mejor actor del año», dice la perversa voz. La odio. Esto lo voy a arreglar yo. No pienso esconderme ni recurrir a Marcos. Algo se me va a ocurrir.

—Gracias por decirme lo que pasó, Berta. Voy a ir a su casa para ver qué se me ocurre para arreglarlo.

—¿Están juntos?

—No, pero tenemos una relación especial. No es como antes. Él no sabe quién soy, Berta. Pero creo que se siente bien a mi lado —comento.

—¡Te está eligiendo de nuevo! —exclama, le pido que no grite, y se tapa la boca.

—No lo sé. No quiero presionarlo —digo.

—Cuando estés dispuesta a ser mi encargada, no dudes en decírmelo. Me gustaría trabajar a un ritmo más tranquilo, sobre todo en verano. Podríamos turnarnos para estar en la tienda, un día cada una, una semana cada una. Creo que te vendría bien para poder disponer de más tiempo para Kevin —dice.

—¿En serio?

—Claro. Quiero a alguien de confianza. Te estoy esperando, Alma. Y te pagaría mejor que lo que ganas en la panadería. No quiero ofender a Margarita, pero es un sueldo de miseria el que paga —asegura.

—Gracias, Berta. Siempre voy a estar agradecida con Margarita. Ella me dio un lugar, y ni siquiera necesitaba otra empleada —aseguro, además, me regala el pan, las facturas, las tartas, las comidas de los viernes.

Margarita no me paga mucho, pero ahorro bastante dinero en las compras. Incluso, algunos días de la semana me trae la comida que hace para ella y Luciana, y me la deja en la nevera. «Para que no tengas que cocinar».

Les debo tanto a Luciana y Margarita, que no sé si puedo aceptar la tentadora propuesta de Berta.

Berta me ofrece trabajar un día cada una, o una semana cada una, y eso me dejaría tiempo libre para estar con Kevin. Un tiempo que en la panadería no tengo. Podríamos salir juntos, recorrer lugares que le gustaban. Quizá le regresan los recuerdos. Quizá descubra que él era mi novio. «Mejor deja de pensar en el trabajo. Que Kevin cree que está muerto», me dice la voz de mi conciencia. Esta vez la odiosa voz está equivocada. Él cree que mi novio está muerto, que es muy distinto. Pero igual corro hacia su casa. Algo en mi interior salta de emoción al saber que se

ha quedado impactado con la idea de que tenía novio. Pero no quiero que sufra o que esté todo el día dándole vuelta a esa idea. Algo se me va a ocurrir. «Eso es pedirle peras al olmo», me grita esa irritante voz.

Llego a su casa sin aire. Traspaso la tranquera del ingreso y me quedo asombrada cuando lo veo tirado en el parque.

—¡Kevin! ¿Qué estás haciendo tirado en el jardín? —pregunto.

—¿Ya no soy más Brasita? —pregunta.

—Tú nunca me llamaste gorrión —digo, y me acuesto a su lado.

—No te hace justicia, belleza —asegura.

Mi corazón se salta un latido. Le gusto, y siempre me da señales.

—¿Qué haces?

—Estoy intentando ver a ese pájaro esquivo —dice.

Con el brazo se tapa el rostro, por lo que no debe ver mucho.

—Tapándote la cara con el brazo —digo.

Saca el brazo del rostro y sigue mirando el lugar donde está el nido.

—Han pasado muchas nubes. ¿Crees que va a llover? —pregunta.

—No lo sé —digo. Me sorprendo porque Kevin no habla del clima.

—Me gustaría quedarme aquí y empaparme con la lluvia.

—Hoy estás un poco extraño —digo, y sé que es por lo que escuchó en el centro.

—La lluvia podría barrer con todo lo que siento —dice.

—Quizá te podría ayudar, si supiera lo que sientes —digo.

—Impotencia —dice—. No logro recordar. No sé que hay detrás de este abismo en el que estoy suspendido desde hace mucho tiempo. Siempre quise caer, pero desde que llegué aquí, me aferro a lo que encuentro para intentar escalar y ver la luz. ¿Y si no me gusta lo que descubro?

No sé qué decirle. Me esperaba algo más directo, como ¿tu novio se murió, belleza?, y yo tratando de convencerlo de que no es cierto. Pero Kevin está filosofando, y a mí se me dan mejor las deducciones ridículas.

—Si no te gusta lo que descubres, habrías alcanzado una meta. Y si no es lo que quieres para tu presente, lo sueltas y listo —digo. «Vaya disertación. Qué diablos le has querido decir». No lo sé. «Él quiere el pasado para construir su vida, no para tirarlo por la borda».

Se gira y me mira.

—Te quiero a ti —me dice—. Pero creo que no estás en el abismo.

Sí, Kevin. Te estoy esperando, pero he decidido no influir en tus decisiones, y no pienso presionarte con mis confesiones.

—Tuve mi propio abismo, y batallé mucho para salir —aseguro, porque su nueva disertación me sirve para darle pie a que me pregunte lo de mi novio.

—¿Y cuándo saliste?

Cuando tú llegaste, Kevin.

—Fue de a poco. Me ayudaron mis amigos. Me ayuda este pueblo que me transmite paz. Me ayudas tú —digo. Y escucho aplausos. Debe ser mi voz interior, pero no sé si son de burla o porque lo estoy haciendo bien. Tampoco me voy a volver loca analizando.

—Este pueblo que te arranca la piel a tiras —dice.

—¿Por qué dices eso?

—Estuve en el bar. Es increíble lo que puedes descubrir bebiendo un café —comenta.

Miro las nubes que corren en el cielo porque hemos llegado a la parte más difícil. Espero no tener un ataque de pánico, porque no tengo a Luciana para que me imparta una clase de respiración. «Habla del clima, que se te da mejor, y busca a Marcos para resuelva el conflicto».

—¿Qué has descubierto? —pregunto, y contengo el aire.

—Que te puedes caer y quedar a cuatro patas de la impresión. Que no logras dar un paso sin parecer un borracho, y no porque te fallen las piernas, sino porque te traiciona la cabeza.

—¿Tienes algún problema en la cabeza? —pregunto.

—¿Te parece poco que tenga los cables desconectados?

—Qué quieres saber, Brasita —digo, y sonríe cuando vuelvo al mote ridículo.

—¿Qué le pasó a tu novio? —pregunta.

Me quedo en blanco. «Respira, respira. Que no te dé la falta de aire justo en este momento. Te dije que tuvieras algún plan, o que mandaras a Marcos».

—¿De qué murió, Alma? —susurra.

Mi nombre susurrado en sus labios me hace estremecer. Sigo mirándolo sin saber cómo salir del atolladero al que lo he llevado yo. «Bésalo y se va a olvidar de la supuesta muerte de tu novio». No voy a hacer eso. He venido a enfrentar el desastre, y estoy decidida a lograrlo.

—No murió —digo.

—¿Qué?

—Desapareció de mi vida, Kevin. Hay distintas formas de morir. Una prima de mi padre llamaba a su marido el difunto. El tipo no estaba muerto, solo se había fugado con la mejor amiga de la prima de mi padre. Ese día el que era su marido murió para ella.

—¿Por qué desapareció?

—Hay preguntas que no tienen respuesta.

—¿No tienen o no me la quieres dar? —pregunta.

—No está muerto. Está ausente de mi vida —aclaro.

—Y por qué las cotillas del pueblo hablan de tu pérdida y tu tristeza.

—Porque fue una pérdida. Y una pérdida te pone triste, Kevin.

—Ven aquí —dice, y me agarra del brazo para acercarme a su pecho—. Yo nunca podría

haberte dejado si hubiera sido tu novio, belleza.

Es tanta mi emoción que no puedo dejar de temblar. Las palabras de Kevin me han llegado al corazón y me está abrazando. Tengo el rostro apoyado en su pecho, y se siente tan bien. Se siente como en casa.

—Lo sé, Brasita —digo, y en ese momento el pájaro tímido y esquivo asoma la cabeza—. Mira, allí salió tu colega —digo, y señalo el nido de Brasita de fuego.

—Ha venido porque sabe que estás tú —dice, y me quedo recostada en su pecho. Su corazón palpita agitado, igual que el mío—. Debería estar celoso. Ese pájaro me está haciendo competencia. Me está robando a la chica que me gusta.

No esperaba un encuentro como este. Tenía miedo de no saber enfrentarme a lo que había escuchado en el centro. Y aquí estamos, abrazados como en el pasado. Él tiene su mano en mi cintura, y yo mi rostro y mi mano sobre su pecho. Es un momento mágico y me quiero quedar así para siempre. Los dos juntos y abrazados, los dos mirando a Brasita en su nido y hablando de cualquier cosa, o planificando nuestras vidas. A Kevin le encantaba planificar, hasta hacía lista y siempre las cumplía.

—A veces me gustaría nadar contra la corriente hasta llegar a mi pasado, y encontrarte a ti esperándome —susurra Kevin en mi oído.

Los ríos solitarios fluyen al mar, al mar. A los brazos abiertos del mar. Los ríos solitarios suspiran: Espérame. Espérame. Estoy yendo a casa. Unchained Melody de *Righteous Brothers.*

Te estoy esperando con los brazos abiertos, Kevin, como tú lo deseas, como yo lo deseo.

Se me resbala una lágrima, y mojo su remera blanca mientras agradezco a Dios por devolverme a Kevin. No sé si alguna vez me va a recordar, pero creo que me está volviendo a querer. Me está eligiendo de nuevo.

CAPÍTULO 20

Kevin

La belleza está recostada en mi pecho. Tengo la remera mojada por sus lágrimas. ¿No sé por qué llora?, aunque me imagino que es porque me habló del novio que la dejó.

El día va mejorando a medida que transcurren las horas. El novio de Alma no está muerto, sino que desapareció de su vida. Alguien me reconoció en el pueblo y tengo un dato importante: El bar de Lolo.

Creo que no vivía en Las Rosas, puesto que nadie me reconoció en el pueblo. Pero venía algunas veces, y debo haber elegido este sitio para vivir porque mi dinero está en el banco de Las Rosas. Y el otro dato, que no me lo dio nadie, es que tener a una mujer apoyada sobre mi pecho me trae recuerdos. Ya lo he hecho antes, y me refiero a ese pasado que no recuerdo, porque desde que desperté jamás estuve en un jardín abrazando a una mujer. La mujer que tenía en mis brazos en el pasado no es la belleza, eso lo tengo claro desde que me contó que su novio la dejó. Pero tenerla a ella recostada sobre mi pecho me resulta tan cotidiano y familiar, que quiero contarle toda mi vida, o lo poco que sé.

—Belleza, quiero hablarte de mi familia —digo—. Quiero contarte lo que sé de mi pasado —digo.

Ella se incorpora, me mira sorprendida, pero al acto asiente y me sonríe. Le brillan los ojos. Me encanta porque sus reacciones siempre son muy emocionales.

—Vi a tus padres cuando te traía las facturas —dice ella.

—Los conociste en el peor momento para mí —digo, y ella me mira con esos ojos tan brillantes, que siempre dejan ver su emoción. No tengo dudas que a ella todo la emociona—. Mi madre no habría dado una imagen tan deplorable si mi padre no me hubiera traído al pueblo.

—Supongo que se preocupa por tu bienestar, por eso quería llevarte de regreso.

—Siempre se preocupó por mi bienestar, aunque le interesaba más que volviera a caminar, que no me cayera y que me esforzara en la clínica para salir de allí y vivir la vida. «Tienes que colaborar para recuperarte, Leo», me decía. Y ni siquiera me llamo Leo —digo.

Ella no dice nada. Me acaricia el rostro y se recuesta para mirar el cielo, restando

importancia a mi incomodidad. No sabe que ya no estoy incómodo en su presencia, que ya no me siento inseguro dejando ver mis debilidades y las manipulaciones de mi familia. Con ella todo parece fácil. El mundo se llena de colores y yo soy capaz de desnudar todas mis frustraciones.

—Mi padre siempre estaba ocupado en la sociedad que tiene o tenía, la verdad que no estoy muy al tanto de lo que pasa en mi familia. Él iba a la clínica todas las noches. A veces discutíamos a gritos, y eso me gustaba porque no me pedía que mejorara ni me tenía lástima. Creo que él entendió mejor lo que necesitaba, por eso me sacó de la clínica y me dejó aquí. Le tengo que estar agradecido, aunque me dijo que su decisión fue por pedido de mi hermana.

Alma se incorpora y me mira. No quiere avasallarme con preguntas, sino que espera que le cuente lo que quiero, y eso me anima a seguir.

—Tengo una hermana que se llama Lisa. También iba todos los días a verme a la clínica, pero lo único que hacía era llorar y pedirme perdón. Ella era la que manejaba cuando tuvimos el accidente, y quedó llena de culpas. Le pedí que no viniera más. Y ha respetado mi pedido. No sé nada de ella desde que estoy aquí. A veces me siento culpable, y en esos momentos comprendo lo que sentía ella. La culpa es peor que algunas lesiones —comenta.

Alma frunce el entrecejo. Quizá me juzga por haber echado a mi hermana.

—No tengo hermanos, Kevin. Soy hija única, y mis padres están todo el tiempo pendientes de mí. Sobre todo mi madre, que me llama casi todos los días. Ellos no viven en Las Rosas. Pero nacieron aquí y cuando se casaron se mudaron a la ciudad.

—¿Y tú te mudaste al pueblo? —pregunto.

—Sí, es más tranquilo. Me levanto con el canto de los pájaros, y desayuno en la galería mirando las montañas. Voy caminando al trabajo sin tener que tomar el transporte público. Aquí no hay atasco de coches y todos nos saludamos cuando nos cruzamos por la calle. Ni siquiera tengo coche, no me hace falta. Pero quiero comprarme una bicicleta para ir a recorrer lugares. Hay muchos senderos con encanto —aclara.

—¿Cuánto hace que vives aquí? —pregunto. Ella no pregunta, y yo quiero saber hasta como era de niña.

—Hace algunos años —dice. No entra en detalles. «Ella no te atosigó a preguntas. Deja que cuente lo que quiera», me dice mi voz interior—. Mis padres vienen los fines de semana para asegurarse de que su hija está bien.

—Teodoro —digo.

Me mira desconcertada. No entiende cómo sé el nombre de su padre.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo nombraron en el centro cuando conjeturaban cuánto les había afectado a tus padres tu aventura en el río —aclaro—. Me habría gustado ser yo quien te viera, no la cotilla de Alicia. Yo no se lo habría dicho a nadie, aunque tu imagen me perseguiría hasta en sueños —aseguro—.

Te imagino, y eso que no vi nada.

Ella me mira con la boca abierta, y después de un rato suelta una risa.

—Eres terrible —dice—. ¿También te imaginas desnuda a mi amiga Luciana?

—¿Por qué me la iba a imaginar a ella? —pregunto, y frunzo el entrecejo.

—Reconoce que es espectacular —asegura.

—No lo niego. Pero a ella no me la imagino desnuda. Y si me la imaginara, no me causaría ningún efecto —aclaro.

Agacha la cabeza para que no vea que se ha ruborizado. Pero la veo, y está adorable. Quiero robarle un beso, ponerla sobre mi pecho y recorrer con mis manos todo su cuerpo. Maldición, tengo una erección y la va a ver.

Y la ve, porque está mirando el piso, y yo estoy en el piso y… Dejo de pensar. Tengo derecho a hacer lo que me venga en ganas. Y lo que quiero es hacer realidad todo lo que me imagino.

Me abalanzo sobre ella, cubro su cuerpo con el mío y la beso. Sus labios son suaves, como una fruta deliciosa. Sus manos me rodean el cuello. Tiembla. Con ella todos mis problemas desaparecen. Mi erección se roza en su intimidad. Esto ya lo viví, es una sensación, y la aparto de mi mente porque quiero disfrutar el momento con ella. Nos movemos, nos frotamos, a la vista de las cotillas como Alicia que podrían estar pasando por la calle. En un rato ella va a estar otra vez en el centro de los cotilleos.

Aparto esos pensamientos.

Mis manos le rodean el culo, lo aprieto, lo acaricio, la acerco más a mí. Meto la mano entre nuestros cuerpos y la acaricio por encima del pantalón, y no sé cómo diablos parar lo que está por suceder. La siento jadear, y aparto cualquier pensamiento que me aleje de lo que está sucediendo entre nosotros.

La belleza me acaricia el cabello y comienza un lento descenso hacia mi cuello, mi pecho, mi abdomen, desliza su mano dentro de mi pantalón y me rodea la erección. Sus caricias aceleran mis latidos. Ella jadea, y vuelvo a besarla. Esto es el paraíso y me he perdido de disfrutarlo durante mucho tiempo.

Nos movemos, nos provocamos un placer que no recuerdo, pero hay cosas que no se olvidan, como los sabores, como lo que estoy sintiendo. Y lo que está sucediendo entre nosotros me es tan familiar que sé que estoy repitiendo una escena. «Si no recuerdas nada». Es que me está viniendo un recuerdo. Ya hice el amor con una mujer en un jardín, con flores, con árboles, con tumbonas, una piscina, las montañas al fondo y muchos pájaros cantando. Era un lugar más aislado, con un bosque de pinos más allá del parque. Estoy reviviendo mi pasado, y no sé si me palpita el corazón por el recuerdo o porque la mujer que tengo en mis brazos, la que tiene su mano rodeando mi pene es la belleza. Ella es la única que me hace cometer locuras, y cuando

estoy con ella siempre se produce una fisura en mi cabeza que me trae algún dato del pasado.

«Disfrutando del presente. ¿Y qué pasa con el pasado?», susurra esa voz. Y mando al diablo el pasado. Tengo en mis brazos a la mujer que me devuelve las esperanzas, y lo vergonzoso es que estoy a punto de correrme en los pantalones, porque todavía los llevo puestos. Y estamos a la vista de todos.

—Alma —susurro—. Nos pueden ver, y otra vez vas a estar en el centro de los cotilleos.

—Ya lo estoy —susurra, y se mueve buscando que haga magia con mis manos en su sexo, y la toco, la acaricio y ella jadea y se mueve, y mi pene sigue en sus manos, y es mágico, pero estamos demasiado expuestos.

Me giro y la arrastro conmigo. Tengo que rodar hasta el árbol donde Brasita tiene el nido. Quiero esconderla de los cotilleos. «Deberías dejarla». No pienso dejarla, esto es lo más bello que me ha pasado desde que desperté en esa cama sin saber ni mi nombre.

Ella se ríe al descubrir mi intención de escondernos, y rueda conmigo. Cada roce nos deja más necesitados. Parece de película, una bien ridícula, pero no me importa. Ella quiere, y yo estoy desesperado por hacerla mía. «No es tuya». Lo ignoro. Qué sabe lo que siento, lo que ella siente.

El tronco nos protege de los curiosos que pasan por la calle. Solo un cotilla que se meta en el jardín podría vernos. Nadie se va a meter. «No te olvides que tienes todos los cables desconectados». No lo escucho.

Miro el cielo. Estoy abrazado a la mujer que me está robando el corazón y me está haciendo volar a un lugar donde nada importa, y me siento en paz y libre. «¿Y qué vas a hacer con esa mujer del pasado, con la que tuviste sexo en ese jardín donde cantan los pájaros, y hay pinos y montañas y bla, bla bla?». No lo voy a escuchar. No en este momento. Por un maldito día quiero solo el presente. Soy el hombre más feliz del mundo, porque ella me hace olvidar lo que he dejado atrás. «Si acabas de decir que te trae recuerdos del pasado. No dejes que tu pene tome decisiones importantes. Acaso quieres hacerle daño a tu belleza». Maldición. No quiero que mi pasado interfiera entre Alma y yo. Pero está en algún lado. Está en ese jardín que acabo de ver. A mí no importa nada más que la belleza, pero no podría perdonarme si hago sufrir.

—Belleza, tengo un pasado… —digo, y me duele el corazón al tener que detener lo que los dos deseamos. No quiero que crea que no la deseo.

La belleza se separa de mi cuerpo, pone distancia y me mira desconcertada. Niega con la cabeza y me deja sin palabras cuando suelta una carcajada.

—¿Dé qué te ríes? —pregunto.

—De la situación —aclara.

—A mí no me causa gracia.

—Hemos estado a punto de…

—Hacer el amor.

—Y cometer una locura.

—Lo habría hecho si no tuviera a mi conciencia machacándome la cabeza todo el tiempo.

Abre la boca, la cierra y vuelve a reír.

—Ni se te ocurra creer que también estoy loco.

—Si hay alguien loco, soy yo, Kevin. Se me quedó la mente en blanco en cuando me besaste, me pegaste a tu cuerpo y comenzamos a jadear y…

—Para antes de que me arrepienta —digo, porque mi cuerpo quiere terminar lo que dejé inconcluso.

Se levanta y va al sector donde quedó la bolsa de la panadería.

—Ten. Ya que no puedes disfrutar del placer del sexo, disfruta del placer de una factura con crema, aunque esta vez no pude traerte las tartas —aclara.

Otra vez me ha pegado la bolsa en el pecho, y se va. Esto se está haciendo costumbre. Sonrío porque todo en ella es extraño. Ni siquiera hace un drama después de dejarla ardiendo de deseo. Bueno, no es la única que se quedó con las ganas. «Hiciste bien. Al menos en algo me has hecho caso». Debe ser en lo único. Y por primera vez agradezco que me machaque la cabeza.

Estoy en la galería. La luna está llena. Hay un montón de estrellas y ni rastro de las nubes de esta tarde. Llevo una hora preguntándome de qué tartas que hablaba. He recordado que me las trajo el día que le pedí que invitara a su amiga a pasar por mi casa. Sé que no las comí, tampoco las encontré en la nevera. No tengo dudas que la metida de Julia las tiró a la basura pensando que eran desechos.

También llevo una hora intentando descubrir algo más de ese jardín con flores, árboles y pájaros cantando, montañas y un bosquecito de pinos más allá del parque. No es un recuerdo de la ciudad. Es de algún lugar rodeado de naturaleza.

CAPÍTULO 21

Alma

Salgo de la casa de Kevin y dejo salir todas las lágrimas que no sé cómo logré contener. Corro y lloro. Río y lloro. Cruzo el puente Loma girando, riendo y llorando. Lo que acabo de vivir con Kevin es un sueño hecho realidad. No me recuerda, no sabe todos los momentos especiales que pasamos juntos. No sabe de nuestros planes, nuestros proyectos, nuestros sueños. Y me ha vuelto a elegir.

Llamo a Luciana y con la voz entrecortada de la emoción le digo: “Kevin me volvió a elegir”. No entiende nada, y le explico de forma atolondrada lo que acabamos de vivir. Llamo a Marcos y le cuento lo mismo. Me gustaría pararme en medio de la calle y gritar que Kevin me volvió a elegir.

Llevo cinco días flotando en una nube. Cinco días llorando y riendo, y rememorando cada segundo. El beso. Nuestros cuerpos unidos. Su mano acariciando mi sexo y la mía rodeando su pene. Nuestros jadeos. Los dos rodando en el parque. Su erección rozando mi sexo. Limpio la casa bailando y rememorando lo que casi hicimos. Y me ocupo del jardín, que dejé abandonado después del accidente. He comprado plantas con flores, y paso dos horas por día cantando y bailando mientras quito las malas hierbas y las flores secas. Lo quiero como lo teníamos con Kevin, cuidado y lleno de plantas con flores. Quiero que cuando él lo vea, sea parecido a lo que construimos juntos. Una mezcla de plantas de mi abuela y nuestras. Nuestro paraíso.

«Muy lindo todo, muy de cuento de hadas, pero no deberías llevar cinco días preguntándote dónde diablos dejaste la cabeza». La emoción ocupó el lugar de mi parte responsable y me dediqué a sentir. «¿En qué quedó lo de ir despacio? Si él no hubiera puesto un límite, te estarías culpando por haber dejado de lado la prudencia». Esa voz que le quita la magia al momento tiene razón.

A veces hay que parar para encontrar el norte, o el centro. Flotar ha sido maravilloso. Lo que pasó entre nosotros lo he deseado durante tanto tiempo que me tomé una licencia a la responsabilidad para disfrutar del momento con Kevin. ¿Acaso no me lo merezco? «Claro, pero tienes que poner los pies sobre la tierra para no seguir cometiendo locuras». Mi locura más

grande fue dejarme llevar por el impulso de Kevin. Su beso no me lo esperaba, fue tan impulsivo, tan al estilo de Kevin, que me olvidé por un instante que él no recordaba su pasado, nuestro pasado.

Ya ha pasado una semana y cuando estoy sola sigo llorando y riendo, y también maldigo mi irresponsabilidad, porque fue él quien puso el límite.

A pesar de no recordar, sigue siendo el mismo Kevin del pasado. A Kevin le gustaba tener la vida organizada, le gustaba proyectar lo que iba a hacer. Por eso tiene dinero en el banco de Las Rosas. Pero nunca planificamos dónde darnos un beso o dónde hacer el amor. Los dos éramos impulsivos para expresar nuestros sentimientos. Y Kevin no ha olvidado su esencia. Sigue intentando planificar su situación económica, y sigue siendo impulsivo en el amor.

—Te estoy diciendo que Berta habló conmigo porque te quiere trabajando en la tienda —dice Margarita—. Pero estás en la luna.

Ya sé que tengo que tener los pies en la tierra pero ha pasado una semana y a veces sigo flotando en una nube porque él me eligió de nuevo, y casi hicimos el amor como lo hacíamos antes del accidente. Impulsivo, salvaje y sin pensar. «Eso ya lo has dicho como cien veces». Sí, y lo seguiré diciendo aunque me acusen de repetirme.

Mis pies están en el bar que hay frente a la panadería. Margarita me invitó a merendar en el horario menos concurrido, porque la chica de la tarde, que se llama, Estefanía, se ha quedado atendiendo.

Margarita no sabe que llevo una semana rememorando lo que casi ocurrió, ni que intento no acercarme mucho a Kevin. No es que no lo vea, pero cuando le llevo las facturas con crema extiendo la mano para no acercarme a él, por si vuelvo a perder el centro. Y Kevin las recibe y suelta una carcajada. ¿Su familia sabrá que ya no gruñe, y que ha vuelto a reír?

—¿Cómo? —pregunto a mi jefa, porque no he escuchado nada de lo que me dijo.

—Voy a tener que repetir todo de nuevo. Berta te quiere de encargada de su tienda, y quiere ofrecerte un acuerdo que las beneficia a las dos. Es para no vivir esclavizadas con un negocio. Un día cada una, aunque ella prefiere una semana cada una.

—Me lo comentó hace unos días.

—Y por qué no me lo has contado —se queja.

—Porque no estoy segura de aceptar, Margarita.

—Lo que me dijo Berta me ha dejado pensando, y he recapacitado. Creo que tengo un pensamiento rígido.

—No te entiendo —aclaro. No sé de qué va la conversación. Conmigo nunca ha sido rígida.

—Respecto a Luciana y mi idea de obligarla a hacerse cargo del negocio familiar. Ella no quiere pasar toda su vida en la panadería.

No soy la única dispersa. Ella está mezclando todo y ha dejado el tema de Berta para hablarme de su hija Luciana.

—Es cierto —digo, y sonrío porque Margarita está intentando dejar atrás la guerra con su hija.

—Se ha vuelto a ausentar. Y creo que al meterle tanta presión, la alejo más de mí.

—Quizá si en lugar de gritar lo que cada una quiere, se sentaran a hablar y a escucharse —comento.

—Y no solo tengo atrapada a Luciana. Tú estás trabajando muchas horas por un sueldo que no te permite crecer económicamente. Y yo no te puedo pagar más —comenta.

—Nunca aceptaste la idea de Luciana de darle otro aire al negocio —digo, evitando hablar de mí, porque no voy a dejarla a la deriva. Madre e hija se llevan a las patadas, pero las dos me ayudaron cuando me sentía vencida. Y no soy de las que se olvidan de las personas que te dan una mano en el peor momento.

—Luciana pretendía convertirla en algo que deje dinero en la temporada. Esta panadería ha sido toda mi vida. Estoy aquí desde que era niña. La fundó mi abuelo, y de niña me daba masas y me iba instruyendo para que fuera una buena panadera. «Algún día será tuya, Margarita», me decía. Mi padre y mi madre siguieron con el negocio, y un día me tocó a mí hacerme cargo. No te imaginas lo feliz que me sentí. Mi deseo era pasarle el mando a mi hija. Cuatro generaciones de Pancito, te imaginas. Pero ella no la valora —aclara.

No sé si reírme o abrazarla. La panadería es su mundo, y no concibe que su hija tenga otros sueños.

—No dices nada, Alma.

—No me gusta estar en el medio de la pelea entre madre e hija. Tú tienes tus razones, y Luciana las suyas.

—Otra persona estaría encantada de tener el futuro asegurado —dice Margarita.

Me siento aprisionada entre la lealtad a mi amiga y todo lo que le debo a Margarita, por eso la miro y espero que siga descargando su frustración.

—Pero a mi hija no la hace feliz, por eso he decidido venderla. ¿Y sabes quién está interesado? —pregunta.

Esta vez no le contesto porque me ha dejado muda. ¿Va a vender Pancito?

—Tu Kevin —dice.

Otra vez me quedo muda de asombro. ¿Kevin va a comprar Pancito? No puede ser. Kevin quería poner una tienda para vender productos de pesca. «Baja de la nube que ha dicho tu Kevin», me susurra la voz de mi conciencia. ¡Mi Kevin!

—Mi Kevin. Has dicho mi Kevin —susurro, porque he bajado de golpe de la nube para hablar despacio porque estamos en el bar, y si grito todas las cotillas me van a escuchar.

—Te escuché un día hablando con mi hija. Tu novio no está muerto. Está vivito y coleando en Las Rosas. ¡Todavía no me lo puedo creer! Me imagino cómo te debes sentir al saber que ha resucitado. ¡Es un encanto de muchacho! —aclara.

Demasiada información en pocas palabras. Resucitado suena espantoso, pero no está tan errada. Todos lo creían muerto. Yo no, pero solo era una sensación. Y de golpe está vivo y en Las Rosas. «Y se está enterando cada vez más gente», me susurra mi voz interior. Es cierto. Lo saben Marcos y Luciana. Lo sabe mi madre, y se lo contó a Berta. Julia lo descubrió sacando deducciones. Margarita nos escuchó hablando a Luciana y a mí. ¿Cuánto tiempo va a demorar en llegar a oídos de las cotillas?

—¿Se lo has contado a alguien? Si se entera Alicia y su grupo de amigas…

—No se lo he contado a nadie —asegura—. Hace varias semanas que lo sé, y me hago la ciega, sorda y muda —aclara.

Se hace, pero me la imagino parando la oreja cuando estoy hablando de Kevin con Luciana en la panadería.

—Él no me recuerda, Margarita —aclaro. Por suerte a esta hora de la tarde las cotillas no suelen estar en el centro. Ellas vienen cerca del anochecer, que es cuando se vuelven a juntar para arrancarnos la piel a tiras. Yo sigo en el centro de los cotilleos desde que me bañé sin ropa en el río porque no ha surgido alguna noticia más jugosa, como que mi novio muerto está vivito y coleando, como dice Margarita.

—Eso ya lo sé. Que me haga la sorda no quiere decir que lo sea. Ustedes dos deberían tener más cuidado cuando hablan en la panadería —aclara.

—¿Y qué es eso de que Kevin quiere comprar Pancito? —pregunto.

—Un día habló por teléfono y preguntó por mí. Le preguntó a Julia quién era la dueña de la panadería porque quería hacer un encargo, y ella le dio mi nombre y el teléfono.

—¿Y para qué quería hablar contigo?

—Era por el tema de unas tartas. Parece que Julia se las tiró creyendo que eran desechos. No quiere que Julia se entere porque se va a sentir mal. Es un encanto de muchacho —repite. Sonrío como una tonta. No es porque esté ciega de amor, pero ese es el Kevin de antes, y sigue siendo el mismo.

—Quería comprar las tartas —deduzco.

—Sí, pero quería venir a buscarlas cuando tú no estuvieras trabajando. Tampoco quería que supieras que Julia las había tirado, o lo que sea que hizo con ellas.

Otra vez sonrío. Tengo ganas de correr a su casa y besarlo hasta que los dos nos quedemos sin aliento. «No pierdas el centro, el norte o lo que sea». Asiento a mi voz interior. Debo parecer loca.

—Viene a las siete de la tarde, cuanto tú no estás. Lo trae Emiliano y lo espera. Debe

estar gastando una fortuna en viajes. Le dije que se las podía enviar, pero dice que le gusta hablar conmigo —dice Margarita, y se emociona—. Es tan lindo —aclara.

«Creo que te salió competencia. Margarita se ha enamorado de tu chico». La ignoro.

—Margarita, cuéntame lo de las tartas antes que tengamos que regresar a la panadería.

—Ya se llevó varias. Me ha pedido que le haga un sabor por día. Le hice la de atún con huevo y pimiento. La de zapallitos. La de espinaca con queso y salsa. La de berenjenas. Me está faltando la primavera, la de mozzarella y tomate, la de jamón y queso y la de carbonada —aclara.

Suelto una carcajada al imaginar a Kevin comiendo todas las tartas para darme su opinión cuando haya terminado, y todo por no querer decirme que su vecina las tiró a la basura.

—Si supiera que tarta le llevaste, no tendría que comer todas las noches una diferente —aclara.

—Le llevé la de espinaca y la de jamón y queso con la salsa especial —aclaro.

Ella arquea las cejas. Creo que no se ha perdido ninguna de mis conversaciones con Luciana. Debe saber que Kevin recuerda el sabor de las facturas.

—Y mientras le vendías las tartas, le ofreciste comprar la panadería.

—No. Ni siquiera tenía en mente venderla. Solo le conté que peleábamos con Luciana porque ella no valoraba la herencia familiar. Le conté lo mismo que te conté a ti de mi abuelo y mis padres. Creo que hasta se me escapó una lágrima. Y él me dijo que no le gustaría que desapareciera porque no se imaginaba sus días sin comer mis facturas con crema. ¿No es un encanto de muchacho?

Asiento. Se aferra a lo poco que le es conocido de su pasado, y me brillan los ojos.

—Por eso sufrí tanto cuando lo perdí. Y por eso cuido de que nadie le diga la barbaridad que hicieron sus padres de tirar unas cenizas en la montaña —comento.

—Tengo mi boca sellada con candado, Alma.

—Lo sé, Margarita, y te lo agradezco de corazón.

—Ha estado viendo la panadería por dentro. Ha tomado medidas y estamos viendo la forma de mantenerla funcionando, con algún agregado más para que sea más redituable.

—¿Van a formar una sociedad?

—No. Pero quiere que me quede conforme. Que de mi aprobación, y que siga trabajando para él en el sector de panadería. Va a conservar el nombre, y dice que quiere poner un cartel con los años que lleva abierta y con el apellido de los fundadores. ¿No es adorable?

—Es adorable —digo, me tiembla la voz.

—Luciana podrá dedicarse a lo que quiera. Yo puedo seguir en la panadería. Será más pequeña, la mitad de lo que es ahora, y más funcional. Quiere hacer algunos cambios para atraer al turismo con viandas que puedan llevar al río, que cocinaría yo. Dice que mis tartas son riquísimas e ideales para llevar a un *picnic*, y podríamos agregar las comidas que yo quiera

siempre que sean prácticas y fáciles de transportar para el turista. Parece que alguien le dijo que los turistas gastan más en comida que en otras cosas —dice.

Ese alguien fue Marcos, que habló de la comida en la reunión que Kevin tuvo con Luciana. Según mi amiga, Marcos dijo lo de la comida para fastidiarla a ella, que no pensaba salir de una panadería para trabajar en un puesto de comida. Esa noche los dos se pusieron a pelear, soltando ideas a cual más ridícula. Al parecer para Kevin no lo eran. Él sacó mucho provecho de las locuras que dijeron y decidió comprar Pancito.

—Y por qué quiere achicar la panadería.

—Porque dice que habría que tener una segunda opción, para tener un respiro en el trabajo durante el invierno. ¡Nunca me he tomado un respiro! —exclama Margarita.

Lo que siempre quiso Luciana. Creo que Kevin es como una esponja que absorbe cada cosa que le dicen, y ahora está poniendo en práctica todas las sugerencias.

—Es lo que quería Luciana, Margarita —digo. Mi amiga quería hacerle entender a su madre que no quería dejar su vida en la panadería, pero Margarita estaba cegada en su postura.

—Es cierto. Es lo que siempre intentó decirme mi hija —corrobora—. Y no la escuché.

—¿Y por qué a Kevin sí? —pregunto.

—Porque él me escucha y después me da su opinión. Con mi hija no nos escuchábamos, Alma. Yo estaba cerrada a nuevas ideas, quería la panadería como la fundó mi abuelo. Kevin me dijo que si no nos modernizamos, nos van a comer los nuevos negocios. Es lo que está pasando con la panadería que nos pusieron a dos cuadras —aclara.

Nada mejor que alguien de afuera para hacer entrar en razón a Margarita. Nunca me imaginé que ese alguien sería Kevin, el hombre que llegó enojado, insultando, gruñendo y sin ganas de entablar conversación con nadie.

«Cómo te está cambiando Las Rosas, Kevin», pienso y sonrío emocionada.

—No va a comprar la casa donde está la panadería, Alma. Me la va a alquilar porque no tiene tanto dinero. Quizá si le va bien, más adelante me haga una propuesta —dice Margarita.

Kevin está planificando su futuro en Las Rosas. Uno nuevo, pero sigue eligiendo el mismo sitio en el que proyectamos nuestra vida. «Aquí seremos felices, Alma», me decía.

—Te invité a merendar porque él me puso algunas condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Que Luciana sea libre de elegir si quiere seguir o marcharse. Y que tú seas libre de elegir si quieres seguir. Es algo que quiere hacer con todos los empleados, aunque le dije que solo tengo al panadero, porque yo estoy mucho con la tienda y con el papeleo y ya no me da tiempo a amasar el pan, y a Estefanía, la chica que viene a la tarde.

Kevin está liberando a mi amiga, porque sabe que ella odia la panadería. Está reconciliando a madre e hija con su decisión. Lo que no entiendo es por qué me quiere correr a

mí. «No te quiere correr. Eres parte de la condición que le puso a Margarita para comprar su negocio. Si no fueras tan obtusa te darías cuenta que te está dando la oportunidad de elegir».

Margarita ha vuelto a la panadería, y me ha dicho que me marche a casa porque ella va a cubrir la ausencia de Luciana.

Llevo más de dos años en Las Rosas. Dos años estancada y subsistiendo como he podido. Kevin hace menos de dos meses que regresó. No recuerda el pasado, le cuesta caminar, tiene muchos frentes de ataque, pero su corazón es tan grande y generoso que se ha puesto a arreglar la vida de Luciana y de Margarita, y está intentando arreglar la mía. No conocía esa nueva faceta de Kevin, y me encanta.

¿Se puede amar más a una persona? Creí que ya amaba todo de Kevin, pero nunca terminamos de conocer a las personas, y creo que siempre voy a descubrir algo nuevo que me va a enamorar más de él.

Si estuviera a mi alcance, le devolvería todo lo que ha perdido. Pero no puedo devolverle la vida como era antes. Lo que sí puedo es intentar poner todo de mí para que sea feliz con su nueva realidad. «Si quieres que sea feliz, busca la forma de que se reconcilie con su hermana, así se saca la culpa por haberla echado de su vida». Esa voz es molesta pero casi siempre tiene razón, aunque eso es lo último que deseo hacer.

CAPÍTULO 22

Kevin

Hace un mes que he adquirido la panadería de Margarita. La verdad que no estaba en mis planes. «Si no tenías ningún plan». No lo tenía, solo quería algo más turístico. Pero Marcos dijo, en aquella reunión con Luciana a la que no lo había invitado, que los turistas gastan mucho dinero en comida, y cuando empecé a probar las tartas de Margarita vi el potencial turístico de Pancito. Así se llama. Un poco ridículo, pero le he prometido conservar el nombre y la historia familia, y las recetas. Mi intención no era ser un buen samaritano, pero sin buscarlo he arreglado el problema familiar de madre e hija. Lo más importante es que logré liberar a la belleza de un trabajo que conserva porque le debe mucho a Margarita y porque Luciana es su mejor amiga.

Lo que no me esperaba es descubrir otro sabor del pasado, y lo encontré en la tarta de jamón y queso. Cuando le di el primer bocado supe que ya la había comido. Es decir, que mi pasado de alguna manera está unido a Pancito, la panadería que compré.

Lo extraño es que si mi pasado está unido a Pancito, la belleza lo debe saber, porque es quien me trae los sabores de mi pasado. ¿O todo es producto de una asombrosa casualidad? No lo sé. La belleza sigue siendo mi gran incógnita. «No te olvides que tenía novio y la dejó tirada». Por eso digo que sigue siendo mi gran incógnita. Si ella tenía novio, ese hombre no soy yo.

Unos días atrás he dejado de lado el orgullo y he llamado a mi padre para preguntarle si tiene un tiempo para echarle un vistazo al negocio que adquirí, porque necesito hacerle algunas reformas. Pensé que me diría que estaba hasta la cabeza de trabajo, porque nunca tenía un segundo libre, pero me ha dicho que viene el fin de semana.

Es sábado y mi padre está en la panadería con un hombre muy diestro para la construcción, y que siempre trabaja en sus proyectos, viendo la forma más económica y estética de hacer una división, sin que se note que es una división, como me dijo.

Me he quedado en el bar, porque si bien camino hasta el centro sin que me falte el aire, tampoco estoy tan recuperado como para pasar tantas horas de pie mientras miden y hablan sobre tabiques, vidrieras y todo lo que están discutiendo adentro. Sobre todo con Margarita señalando lo que no se toca porque es el legado de su familia. Acepto y respeto sus deseos, pero ya los

conozco y mejor que tomo un café mientras ella le cuenta a mi padre y al albañil toda la historia familiar de Pancito.

Dos horas después mi padre sale con un papel en la mano donde ha esbozado un proyecto de la división. Se sienta en mi mesa del bar y me explica su idea de habilitar una segunda puerta, que está junto a una de las vidrieras, para hacer el ingreso del segundo local. Un local que todavía no voy a habilitar porque no sé qué negocio poner que funcione. Sé que la panadería sola sería un dolor de cabeza, pero me voy a tomar el tiempo necesario para intentar que sea un negocio rentable, y para encontrar otro emprendimiento que deje buenos ingresos y que me permitan cumplir con la promesa que le hice a Margarita. Aunque no tengo dudas que las ventas de comidas en temporada van a dar buenos ingresos, sobre todo si agregamos un servicio de entrega a domicilio, o en el río, como me sugirió Marcos hace unos días, aunque él lo sugirió como si fuera un chiste, y yo me lo tomé en serio.

—¿Cuánto me va a salir? —pregunto, y miro el plano alucinado.

—Es solo un borrador —aclara—. No te preocupes por el dinero.

—Lo quiero pagar.

—Puedes ir pagándome a medida que vas recibiendo ingresos —aclara.

—No me gusta empezar con deudas.

—Soy tu padre, y deja que colabore con lo que sé hacer —pide.

Lo miro y asiento porque estoy enojado con ellos, pero no me olvido que fue él quien cambió mi vida cuando me trajo a Las Rosas.

Me llevo el café a los labios y de refilón veo a un hombre de la edad de mi padre que se acerca caminando. Me quedo paralizado con la taza a mitad de camino. Lo conozco. Es Teodoro, no tengo dudas que es Teodoro. No tengo idea cómo diablos lo sé. Su nombre ya había despertado mis recuerdos. Estoy tan asombrado que me tiembla la taza que tengo en la mano, y la dejo en la mesa con un golpe seco.

Miro a mi padre para ver su reacción. Hace amago de levantarse, pero se acomoda y agacha la cabeza para mirar el papel donde ha esbozado un plano para el negocio. Lo conoce y decide ignorarlo porque estoy a su lado. Miro a Teodoro para ver su reacción. Se detiene a escasos treinta metros de la mesa donde estamos sentados en el bar. No intenta acercarse ni sale corriendo.

—Aquí podríamos poner un tabique, ya que no quieres que te levante una pared de ladrillos —comenta mi padre.

Lo ignoro y me levanto de la silla sin apartar la mirada de Teodoro. No solo me resultaba familiar su nombre, sino que es la primera persona que reconozco del pasado.

Cierro los ojos y lo veo de pie en el muelle, con la caña de pescar al lado. Hay un lago al que me cuesta verle el final.

—Íbamos a pescar juntos —digo, y me mira serio hasta que sonríe. Una sonrisa tan franca que sé que no estoy equivocado.

—Te enseñé todos los malditos trucos, muchacho —aclara.

También veo una caja con los elementos de pesca. Una reposera. Una sombrilla y una heladera de *camping*, no sé si es para poner los pescados o adentro hay bebidas frescas.

—¿La heladera azul y blanca que llevábamos era para los pescados o para las bebidas? —pregunto.

Mi padre tumba la silla cuando se levanta. Debe estar tan asombrado como yo, que no aparto la mirada de Teodoro.

—Para las bebidas. La de los pescados la dejábamos en la camioneta, Kevin—dice, y creo que hay emoción cuando habla porque se le entrecorta la voz.

Tiemblo. He tenido la primera revelación. He conocido a alguien y lo he ubicado en un muelle. Si él está en el muelle, también debo estar yo. «Es el padre de la belleza», me advierte mi voz interior. Mi mundo comienza a girar. Es el padre de la belleza. ¡Dios mío! Ella tiene que conocerme. Ella está en mi pasado. He recordado a su padre. ¿Por qué diablos no tengo una imagen de ella a mi lado?

Retrocedo dos pasos, me giro y si pudiera me iría volando, pero hasta correr se me ha negado porque solo puedo caminar despacio.

—¡Kevin! —grita mi padre.

—Quiero estar solo —digo, y sigo alejándome de mi revelación.

Los pasos de mi padre me persiguen hasta que escucho que le dicen: «Dale tiempo». Es Teodoro. Es el padre de Alma. Teodoro Torne.

Tenía aparcado el pasado desde que estuve a punto de hacer el amor con la belleza en el parque de Julia. No quería recordar porque ella no estaba en ese pasado. ¡Qué estúpido! Si está su padre, ella también es parte de mi pasado, y nunca me dijo nada.

Me lo ocultó. Me lo ocultó de la misma forma que mi familia hizo desaparecer cualquier cosa que me hiciera recordar. Alma sabe quién soy. Y yo solo sé que es la hija de Teodoro. Pero eso no me dice qué relación tenía con la belleza.

En este momento la odio. «No la odias». Me ocultó mi pasado. «Al menos no te cambió el nombre, ni escondió tus recuerdos como lo hizo tu familia. Tu padre también te lo ocultó, y recién estabas manteniendo con él un momento agradable». Es cierto, pero no por eso justifico lo que me hicieron, y no tolero las mentiras.

Creo que he batido récord en salir huyendo del centro. Me quedan tres cuadras hasta mi casa, y estoy tan impresionado y enojado que ni siquiera me agito mientras me alejo.

Una moto acelera a mis espaldas. Es Marcos. La ventaja de su trabajo es que tiene libre los fines de semana, por eso no se decide a dejarlo y ponerse un taller de motos. Además, no le

queda otra que seguir en su trabajo porque su opción de subarrendar a los turistas la casa de Julia ya no es viable porque me la he quedado yo, como me repite cada vez que viene a tomar cerveza.

Ignoro las aceleradas de Marcos y sigo avanzando, no tengo nada bueno que decirle. «Quizá podrías sacarle alguna información». Acaso me va a contar lo que no me contó hasta ahora. Me detengo y me giro.

—Acabo de ver al padre de Alma.

—Creo que vienen todos los fines de semana.

—Lo conocí —digo.

Asiente como si le hubiera dicho "ven esta la noche a tomar una cerveza".

—Yo también lo conozco.

—No recuerdo a nadie. Y apenas lo vi supe que lo conocía. Hace un tiempo escuché su nombre y me resultó familiar —aclaro.

—¡Con semejante nombre, Bro! —exclama—. No sé qué tenía en la cabeza su madre cuando se lo puso. Quizá era el nombre de su abuelo y es como una especie de herencia familiar —dice, y no tengo dudas que está intentando desviar la conversación.

No me está siendo de ayuda.

—Si conocí al padre, a Alma la tengo que conocer —aseguro.

—Me estás preguntando o es una deducción —dice, y tengo ganas de darle una trompada.

—¿La conozco?

—Si conoces al padre, la debes conocer —responde, y me indigno más.

—¿Quién diablos es ella en mi vida? ¿Quién era, Marcos?

—Hermano, no pensarás que voy a ser yo quien te brinde esa información.

—Ya me lo suponía. La odio. Me engañó.

—Ni se te ocurra pensar que te engañó. Ella no engaña ni traiciona. Y si le haces daño, vas a dejar de ser mi hermano —asegura.

Por fin me da algo, que no es más que una advertencia, pero al hacerlo enojar me ha revelado mucho más que con sus respuestas ambiguas. Allí hay algo. No tengo dudas de que la belleza me conoce.

—Ya veo que conoces todo de ella. También debes conocerme de antes —dice.

—Qué tal una cerveza para relajarnos —sugiere.

—Qué tal esta noche en el bar de Lolo —digo, y espero su reacción.

Arquea las cejas, extiende el brazo y me da un golpe en el hombro que casi me tira al suelo. No es lo que esperaba, pero Marcos nunca reacciona como lo espero.

—Genial —dice—. Te paso a buscar esta noche. Te va a encantar el bar.

Me encojo de hombros. «Odias la mentira, pero no le has dicho que has elegido ese bar porque el camarero te reconoció en el centro. Eres el tío espumoso». Me indigna que esté tan

pendiente de mis asuntos y que tenga tan buena memoria. Además, no es mi intención ocultar lo que voy descubriendo. Solo lo hago porque no quiero convertirme en un egocéntrico pesado que solo hablo de mi pasado o de los detalles que voy descubriendo. Detalles que solo me importan a mí, como el camarero del bar que es la única persona de este pueblo que me reconoció en una de mis primeras salidas al centro. Quizá todos me conocen y alguien les pidió que se callaran. Y eso me hace sentir estúpido.

Llego a casa y cierro con un portazo. Ha sido un día extraño. Otro más desde que llegué al pueblo. Debería estar feliz después reconocer al padre de la belleza. Es la primera persona de mi pasado que recuerdo, y con él aparecieron un montón de imágenes de un lago, cañas de pescar, reposeras y hasta una heladera de *camping*. ¿Por qué siento que me acaban de clavar un puñal en el pecho?

Julia entra para seguir con mi rutina de ejercicios y le digo que hoy no tengo ganas de matarme con la bicicleta. Que ya he caminado ida y vuelta al centro, y que esta noche pienso ir a tomar una cerveza al bar de Lolo.

—¿Con esa pinta? —pregunta.

Se refiere al cabello largo y desgreñado. La barba me la afeité un día que estaba de buen humor, pero está volviendo a crecer.

Mi vecina sale de la casa y vuelve a los quince minutos armada con sus implementos de peluquería. No tengo ganas de correr alrededor de la mesa para evitar que asesine mi cabello, y tampoco quiero gastar saliva en discutir con ella.

—Siéntate en esta silla —dice, lo hago.

Cierro los ojos, y el ruido de la tijera me permite relajarme. La ira se va con cada mecha de pelo que corta mi vecina. No sé si me está dejando decente, ridículo o pelado. «Dudo que quedes peor de lo que estabas».

—Me sorprende que no haya tenido que correrte alrededor de la mesa —dice Julia.

No le contesto. No tengo ganas de hablar, ni de insultar porque nadie de este pueblo me dice que me conoce. Aunque a mí el único silencio que me suena a traición es el de la belleza.

—No quieres hablar —deduce—. Algo te pasó en tu visita al centro. Seguro que te peleaste con tu padre. O con Alma Torne —sigue tirando nombres, y me tenso cuando la nombra —. Es con ella. Qué raro, porque esa chica es un encanto.

Aprieto los puños y abro los ojos.

—No tolero más engaños. No tolero que todo el pueblo simule no conocerme. Pero sobre todo no soporto que ella me haya engañado —aclaro.

—¿Y de dónde sacas que te engañó?

—Vi a su padre en el centro, y lo reconocí —digo, y me maldigo porque no quería hablar del tema con nadie—. Y no sé por qué te lo digo, porque me lo quería guardar para mí —

aseguro.

—No es bueno guardarse el enojo —dice—. Y tampoco es bueno sacar conclusiones precipitadas. Alma no es una chica que engañe y traicione, muchacho.

—Si conozco al padre, ella me conoce de antes, y no me lo dijo —aseguro.

—Quizá no te lo dijo con palabras, pero hay muchas formas de hablar —dice, y deja la tijera, el peine y me da un espejo.

Me miro y me quedo asombrado.

—No está mal, ¡eh! —dice.

—No está nada mal —respondo—. Además de haber tenido acciones en el banco, supongo que también eras peluquera —digo.

—Le cortaba el cabello a mi marido, y como le quedaba bien me hice de una clientela. No tenía peluquería, pero me gustaba y siempre venía alguien para hacerse un corte.

—Eres una caja de sorpresas —digo.

—Gracias, muchacho. Me alegro de que estés conforme. Esta noche vas a romper unos cuantos corazones en el bar.

El único corazón que me interesa es el de la belleza, pero después de reconocer al padre es como si ella me lo acabara de romper a mí. «Deja la ira de lado y piensa en lo que te dijo tu vecina. Hay muchas formas de hablar». Creo que es una de las pocas veces que mi voz interior me deja pensando y sin poder retrucarle.

Durante un mes aparqué el pasado porque tenía miedo que la belleza no estuviera en él. Ahora quiero saberlo todo. Julia y la voz de mi conciencia me abrieron los ojos, o la mente, y tengo que pensar en lo que me dijeron. Según ellos hay muchas formas de hablar sin que de sus labios haya salido una palabra.

CAPÍTULO 23

Alma

—Reconoció a tu padre, Alma —dice Marcos.

Estoy en el jardín y me sacudo la tierra de las manos en el vaquero. Marcos es tan leal, tan generoso, que tengo ganas de abrazarlo. Me giro y me brillan los ojos cuando miro a mi incondicional amigo.

Ha venido a decirme lo que ya sé porque mi madre me llamó para contarme que Kevin reconoció a mi padre, y como estaba histérica me he puesto ropa vieja y he intentado mantener la ansiedad a raya trabajando en el jardín.

Llevo muchos días trabajando porque quiero que el parque se vea igual a como lo teníamos con Kevin. He contratado al chico que se ocupa de limpiar las piscinas y está lista para el verano. He cortado la hierba y he podado las hortensias que hay a cada lado de la escalerita que sube a la galería. El fin de semana pinté las paredes de blanco y las aberturas de azul, y he colgado macetas con una gran variedad de geranios. La casa está recuperando el encanto que tenía antes del accidente.

Todo lo que estoy haciendo es porque Kevin tiene recuerdos cuando el entorno de su pasado no cambia, cuando lo que lo rodea le resulta familiar. Puede ser una cerveza o una factura con crema. ¿Por qué no va a pasar lo mismo si viene a mi casa y descubre que el paraíso que tanto le gustaba sigue igual? Quizá estoy loca, pero creo que si él entrara a la casa en este momento, recordaría que ya estuvo aquí. Y si yo estoy aquí, sabría que estuvo conmigo.

Pero todo se ha precipitado porque él reconoció a Teodoro, y mi padre le dijo que iban juntos a pescar.

—¿Y se está preguntando si me conoce? —pregunto a Marcos.

Se encoge de hombros.

—No me mientas, Marcos —pido.

—Cree que lo has estado engañando —dice Marcos.

El mundo se me viene encima. «Claro, porque nunca metiste en tu larga lista de deducciones lo que podía pasar si él descubría que ya lo conocías».

—Me odia —digo, y me atraganto con las palabras. ¡No puede ser! «Y qué esperabas. Echó a la hermana y a la madre, y apenas tolera al padre. Y todos lo engañaron». Todo se me está viniendo en contra. ¿Qué opción tenía?, decirle que yo soy la mujer que quedó en su pasado. No, porque jamás abría condicionado a Kevin contándole nuestro pasado.

—Solo está enojado. Dedujo que se conocen, y me incluyó a mí en esa deducción. Logré esquivar todas sus preguntas, pero esta noche vamos a tomar cerveza al bar de Lolo.

—Al bar de Lolo. ¡No encontraste otro sitio! —me quejo.

Mi idea era esperar un poco antes de enfrentarlo a un lugar que le encantaba. Quería que recordara más detalles porque me estoy dando cuenta que a Kevin se le activan los recuerdos cuando se enfrenta a algo del pasado que le encantaba. Y el bar de Lolo era un sitio que le encantaba. Me habría gustado esperar porque hay cosas que me estoy callando. Como que mi novio es él, y que sus padres lo hicieron pasar por muerto. «No tienes la culpa de lo que le hicieron los padres». Tampoco puedo permitir que se entere por un extraño, porque puede volver a caer al abismo del que está saliendo si siente que todos los traicionamos. Y nunca me va a perdonar que se lo haya ocultado. Tengo que encontrar alguna forma sutil de decirle la barbaridad que hicieron sus padres. «¿Y de qué forma sutil piensas contarle que tu novio es él? ¿Cómo vas a decirle con sutileza que lo creíste muerto durante dos años porque a sus padres se les ocurrió tirar sus cenizas a la montaña?». No lo sé.

«Tienes muchas cosas que decirle, pero dilatas y dilatas, y ahora quizá descubra que iba al bar contigo. Que eras su novia. Que le has mentido Que sus padres lo hicieron pasar por muerto». No puede descubrir todo junto. Eso es una exageración de esa voz que me machaca la cabeza con tanto pesimismo. Igual tiemblo porque mi vida desde el regreso de Kevin se parece a un laberinto sin salida.

—No voy a ir al bar —digo.

«A cobarde no te gana nadie».

—Eso es de cobardes, y tú no eres una cobarde.

—Marcos, todo esto me supera. Voy a perder a Kevin y ni siquiera soy la causante de todas las mentiras —aclaro.

—Dile a Luciana que te acompañe. Tampoco es que vaya a recordar todo el pasado en el bar. Solo íbamos algunos fines de semana a tomar una cerveza.

Pero a Kevin le encantaba el bar de Lolo. Lo comparaba con los bares de la ciudad y decía, “estar en Lolo es como tomar una cerveza en el jardín, rodeado de amigos”. Le encantaba ese ambiente donde todos se conocían y bromeaban entre ellos.

Luciana entra saltando y agitando las manos.

—Carla dice que hay fiesta en el bar de Loco.

—¿Qué clase de fiesta? —pregunto, porque esto cada vez se complica más. «Quizá la

fiesta te salve el pellejo». Ojalá esa odiosa voz tenga razón.

—Cree que Emiliano va a arrodillarse en el bar para pedirle que se casen. Ha estado raro toda la semana, y ella cree que esta noche es su día soñado —asegura Luciana.

Carla sueña con ese momento. Lo lleva esperando desde instituto y ya han pasado muchos años de aquello. Diez si no me equivoco. La pobre Carla no perdió a su novio como yo, pero ya tiene veintinueve años y la espera se le está haciendo eterna.

—Pero eso lo ha dicho muchas veces —comento.

—Es que esta vez está segura. Le encontró una boleta de una joyería en el bolsillo de la campera. ¡Me dijo que ha comprado los anillos, Alma! —grita.

Es tan positiva que no quiero decirle que quizá solo le compró una pulsera o llevó a arreglar el reloj. «Siempre tirando por tierra la felicidad ajena». Eso no es cierto, solo soy comedida.

—Tenemos que ir. No me lo perdería por nada del mundo —aclara Luciana.

Marcos frunce el entrecejo. Debe estar pensando que si hay hasta pedido de mano, no es un buen sábado para que vaya Kevin. Yo no sé qué pensar. Estoy tan asustada que lo mejor es ponerme en pausa de lo que pueda o no pasar con Kevin en el bar de Lolo.

—Está bien. Pero vamos a eso de las doce de la noche.

—No, no. Vamos a ser las primeras en llegar. Quiero estar en primera fila. Carla me viene dando la lata desde hace diez años, Alma. Y no me lo voy a perder. Lolo abre a las nueve, y nosotras vamos a estar en la puerta a las nueve menos diez —aclara.

Mi idea era llegar antes de que Lolo cerrara el bar para estar el menor tiempo posible. «Siempre tan valiente».

Asiento a Luciana. Ella y Carla son amigas desde que eran niñas. Y Carla lleva enamorada de Emiliano desde el jardín de infantes. Tenía cinco años cuando le dijo a Lucy, cuando sea grande me voy a casar con Emiliano. ¿Cómo negarle a mi amiga la ilusión de estar presente en el pedido de mano de su amiga de la infancia?

Yo no he tenido mucho contacto social. Mi vida quedó estancada después del accidente, y las veces que aceptaba ir a tomar algo, lo hacía obligada por mi madre o por la insistencia de Luciana. Por eso no soy amiga de Carla como de Luciana, pero siempre que nos cruzamos tenemos un trato cordial.

—Nueve menos diez en la puerta —digo a Luciana.

—Me voy a preparar. Va a ser una noche especial. Una noche mágica.

Está tan feliz por Carla que no le cuento que Kevin también va, y menos que reconoció a mi padre.

—Todo arreglado —dice Marcos.

Quizá para Carla, porque la noche para mí puede ser un cuento de hadas o una pesadilla.

Esto es tan impredecible como los vientos que anticipan un tornado. Quizá se desvíe y no ocasione daños. Quizá pase por el centro de mi pecho y no deje nada en pie.

A las ocho y treinta estoy lista. No he invertido mucho tiempo en arreglarme. Esto es Las Rosas, y el bar de Lolo es un bar de pueblo. Nadie va de lentejuelas, brillos, ni con vestidos de seda y gasa. Llevo un pantalón blanco y un top celeste que mi madre me trajo de regalo. Es un conjunto precioso y me lo he puesto para no escuchar sus reproches de que no me gustan sus regalos. Llevo el cabello con un recogido flojo y ya se me han soltado algunas mechas, y no me he puesto nada de maquillaje. «Mejor, así no te quedan unos manchones negros cuando te pongas a llorar». Esa voz me odia. Pero esta vez no me sorprende porque he pensado lo mismo. Además, para qué gastar tiempo en arreglarme si no sé si voy de fiesta o al matadero.

A las ocho y cuarenta salgo de casa porque tengo que caminar muchas cuadras hasta el bar de Lolo. Después del accidente no volví a manejar. Son algunas de las secuelas que no se ven, pero que me quedaron como recuerdo traumático. La psicóloga me dijo que me tomara mi tiempo. Ya van dos años y medio, y si bien estoy mejor desde que Kevin ha vuelto, algunas noches sigo soñando que caemos al precipicio y Kevin no está a mí lado. Me despierto bañada en sudor y con el corazón latiendo a mil en mi pecho. Por eso siempre he intentado justificar a Lisa. Creo que Marcos también tiene las suyas, por algo maneja tan despacio, aunque nunca lo ha reconocido.

A Lisa le mandé un mensaje hace unas semanas. Le dije que su hermano se estaba recuperando, que sonreía, y que sería bueno que algún día venga a visitarlo, pero no para pedirle perdón o para ponerse a llorar, sino para recuperar la relación que tenían antes del accidente.

Me agradeció como cien veces, pero no ha venido a verlo. Desconozco qué es de su vida, y supongo que vendrá cuando esté preparada.

Llego a la avenida Las Rosas. El bar de Lolo está alejado del centro, casi pegado al cartel de ingreso al pueblo. Es un local grande, con una puerta de dos hojas y sus paredes están llenas de ventanales. Está rodeado de un aparcamiento de tierra enorme.

Ya hay algunos coches aparcados, y unos cuantos tienen los vidrios levantados. Mantengo una distancia prudencial porque no quiero violar la intimidad de los enamorados.

Luciana está parada en la puerta. Se ha puesto un vestido ajustado de color negro y lleva sandalias de taco alto. Niego con la cabeza y suelto una carcajada. Parece que ella fuera la novia que espera que el príncipe se arrodille y extienda la mano con el anillo de pedida. Ella es así, siempre se pone feliz por los logros de sus amigas. Yo solo espero que las deducciones de Carla sean acertadas, por ella y por mi amiga, que parece más emocionada que la novia, puesto que no ha llegado al bar.

—Pareces la novia —digo, y se me escapa una risa. Pensar en Carla y en la emoción de Luciana me aleja de mis miedos. Hoy puede ser un día como cualquiera, o el último que veo a

Kevin.

Antes de venir he estado pensando en todo lo que me estoy callando, y sigo decidida a cumplir mi palabra de no interferir en el pasado de Kevin, aunque él lo tome como una traición. «Bravo. Por fin estás decidida a algo, aunque sea una mierda». Niego con la cabeza.

—Es que lleva toda la vida esperando este momento. Me hace tanta ilusión —dice, y le brillan los ojos. ¿Hay alguien más generoso que Luciana?, creo que no.

—Marcos y tú harían una pareja hermosa —digo, y me maldigo porque no me gusta dejar salir mis pensamientos.

—Entre nosotros hay tanta atracción como si fuéramos dos bloques de hielo —aclara, y me hace reír.

—El día que te enamores… —digo, y dejo la frase en suspenso. El día que se enamore, va a lanzar cohetes a la luna.

—No quiero enamorarme. Quiero ser libre, viajar, cometer locuras y no tener a nadie que me espere y me limite —asegura.

Tiene las ideas claras, al menos en el aspecto personal. Quizá tenga razón, o lo dice porque todavía no conoció al hombre que le haga soñar bonito de a dos.

La puerta del bar se abre y somos las primeras en ingresar, como quería Luciana. Los sábados se llena, y ella va derecho a ocupar la mesa del centro, junto al espacio libre donde los vecinos suelen bailar. No hay dudas que quiere la primera fila. Yo habría preferido la mesa del rincón más alejado, la que está tapada por la barra, por si las cosas se ponen feas con Kevin, pero mi amiga no sabe lo que pasó por la tarde, y me siento junto a ella.

En media hora el bar tiene muchas mesas ocupadas. En media hora me he tomado dos cervezas y estoy pensando en llamar al camarero para la tercera ronda. Necesito relajarme mientras espero la llegada de Kevin. «Si te emborrachas vas a soltar hasta que tiraron sus cenizas en la montaña». Es cierto, y dejo la jarra en la mesa. Mejor espero que me hagan efecto. Por ahora es como si hubiera bebido agua. ¿No me la habrán diluido?

Carla entra al bar con un vestido azul ajustado al cuerpo que le queda precioso, aunque no sé si es por el vestido o por la sonrisa que le ocupa todo el rostro. «¿No será por las dos cervezas que te has tomado?». Quizá me está haciendo efecto y todo me parece mágico. Dos jarras sin espuma, y Kevin no aparece.

—Estás radiante —dice Luciana, y le hace señas a Carla para que se una a nosotras.

Parece que flota mientras camina. Lleva unos tacos medios, no tan altos como los de Luciana. Ha ido a la peluquería y se ha hecho ondas grandes en su cabello castaño. También se ha hecho la manicura, y lleva corazones en las uñas.

—Estoy tan nerviosa que no sé cómo no me he desmayado en el camino.

—¿Y Emiliano?

—Me dijo que me adelantara. Que tenía algo importante que hacer —dice Carla—. Seguro que me está preparando una sorpresa. No sé, algo como poner el anillo en una caja dorada con un moño rojo, o quizá ha alquilado una avioneta para que pase por el bar y suelte alguna pancarta con el pedido de matrimonio. ¡No es emocionante!

Luciana aplaude y salta de la silla para abrazar a Carla. Yo las miro sorprendida. Tengo que felicitarla y fingir que estoy fascinada, aunque toda esa imaginación desbordante de Carla me da escalofríos. No sé por qué, pero tengo mis dudas de que todo sea tan mágico. «Es porque desde el accidente has dejado de creer que los sueños se hacen realidad». Creo que mi voz interior tiene razón. Será porque sé que si nada sale como Carla lo imagina, la caída es a un abismo del que no se sale entera. Pero me guardo mi pesimismo y me levanto para felicitarla.

—Gracias, Alma. Estoy tan nerviosa que me tiemblan las piernas.

—Pídete una cervecita para relajarte —digo.

Luciana me mira con el entrecejo fruncido.

—Tú deberías parar —me aconseja.

Asiento, pero me gustaría decirle que no me han hecho efecto.

La puerta se abre y entra Marcos, todo vestido de negro como si fuera a un funeral. ¿Será el mío? Kevin entra detrás, y me quedo paralizada al verlo. Se ha afeitado la barba y se ha cortado el cabello. Es el mismo Kevin del pasado, aunque más delgado, con las mejillas un poco hundidas, los hombros encorvados y todavía tiene alguna dificultad al caminar, pero no es ni la sombra del hombre apático y dejado que llegó a Las Rosas hace tres meses. Es tan atractivo, que tengo miedo que alguien le eche el ojo y me lo quite. «¡Echar el ojo! Parece una frase de abuelita. Mejor concéntrate en que no te mande al diablo por ocultarle que lo conocías». Trago el nudo que se me forma en la garganta.

Él no me ve. Está haciendo un repaso detallado del bar. Su miraba se posa en todos los rincones, las mesas, las sillas, los ventanales, las columnas que tienen algunos cuadritos con paisajes de Las Rosas, el piso de madera y el techo pintado de blanco. Pero su mirada se queda clavada en la barra. Parece tan concentrado que no ve a nadie, ni siquiera a mí que estoy a la vista de todos, de pie en la mesa del centro junto al amplio espacio que se usa para bailar. Kevin no me ve. ¿O me está ignorando?

—Jefe, ha vuelto el tío espumoso —grita el camarero.

Lolo se asoma por la cortina que da a la cocina, sonríe y niega con la cabeza.

—Bienvenido de nuevo, tío espumoso —dice Lolo.

Me quedo paralizada. ¡El saludo es para Kevin! ¿Lo han reconocido?

Kevin lo mira con un arqueo de cejas y se acerca a la barra. Pasa a mi lado y me ignora como si fuera invisible.

—¿Ha pasado algo para que Kevin pase por tu lado sin mirarte? —pregunta Luciana en

mi oído para que nadie la escuche.

Niego con la cabeza. No voy a cargarla con mis preocupaciones el día que está tan emocionada por Carla.

—Lo han reconocido —dice Marcos en mi otro oído.

Asiento. No puedo hablar porque me tiembla hasta la raíz del pelo. No quiero estar aquí. Lo único que quiero es salir huyendo de lo que pueda pasar. Pero Luciana está emocionada, y Carla está tan nerviosa como yo, aunque por razones diferentes. «No eres una cobarde», me susurra la voz interior. Claro que soy cobarde. Si desde el accidente todo lo que tiene que ver con Kevin me supera. No sé cómo actuar, cómo mantener esta farsa de que no lo conozco, cómo seguir escondiendo mis sentimientos. Y no estoy preparada para enfrentarme a él en el bar después de que reconoció a mi padre en el centro del pueblo.

—Ponme una cerveza igualita a las que me servías cuando venía a Lolo —dice Kevin.

Lo miro con la boca abierta. ¿Kevin sabe que venía a Lolo? ¿Qué me he perdido en todo este tiempo?

—¿Quién le dijo que le gustaba venir a Lolo? —pregunto a Marcos.

—No tengo ni idea, Alma. Estoy tan sorprendido como tú —dice Marcos.

—Te dije que no era buena idea venir a Lolo —le recuerdo.

—Fue idea de Kevin venir al bar. Algo se nos está escapando —dice Marcos.

—Y ponle una a Alma como le gustaba a ella —dice Kevin.

Habla tan fuerte que lo escucho. Bueno, no estoy tan lejos. El problema es que si nosotros lo escuchamos, lo están escuchando todos los que están en el bar. «No hay tanta gente en el bar. Pero esto se pone cada vez peor», aclara mi voz interior. La ignoro. Me palpita un ojo y me retuerzo las manos.

¿Acaso Kevin ha recuperado la memoria y nos ha engañado a todos? «Y pensar que le ibas dando la información a cuenta gotas para que no le diera un shock». No quiero escuchar a esa maldita voz. Estoy tan nerviosa que ni siquiera tengo fuerza en las piernas para salir corriendo.

El camarero le sirve las dos cervezas. La de Kevin es pura espuma. La mía no tiene nada de espuma. Así la tomábamos en el pasado. El camarero se acuerda de nosotros. Cuando entró al bar y me ignoró quise salir huyendo, ahora quiero que la tierra se abra y me trague.

Mi padre entra al bar con Facundo Serrano, y no me da la cabeza para pensar si es bueno a malo que estén aquí. Esta era la noche donde iba a hacerse realidad el cuento de hadas de Carla, pero se está convirtiendo en una película de terror, y la protagonista yo soy.

—¿Qué está pasando, Alma? —pregunta Luciana.

—Ojalá lo su- supiera —digo con la voz entrecortada—. Me quiero ir.

—¿Y Emiliano dónde diablos está? —pregunta Luciana.

«Si al menos apareciera Emiliano con el anillo, te ahorrarías el bochorno». Pero Emiliano, que es quien tendría que estar a los pies de Carla, no aparece por ningún lado.

—Hija —dice mi padre—. ¿Estás bien?

—Llevo más de dos años sin saber cómo estoy, papá —digo, y me dejo caer en la silla.

Pero una mano grande me agarra del brazo, me pone de pie y me arrastra a la barra. Es real que me arrastra porque mis pies parecen clavados al piso.

—Vamos a tomarnos una cerveza —dice Kevin.

—Ya he tomado dos —susurro.

—Hijo —dice Facundo Serrano, que se acerca a Kevin y le pone una mano en el hombro.

—¿Ese no es el tipo que tiró las cenizas de su hijo a la montaña? —pregunta a gritos alguien en una mesa para que cualquiera de los presentes responda.

Con esa pregunta soltada sin nada de empatía, pasa lo que más me temía. Kevin deja de arrastrarme cuando escucha a ese extraño decir que sus padres lo hicieron pasar por muerto. Está tan paralizado como me quedé yo cuando el camarero lo reconoció y él le pidió las dos cervezas.

—Entonces es el novio muerto de Alma —dice otra persona.

La mano de Kevin me aprieta el brazo. Su padre intenta sacarlo del bar, pero Kevin de un manotazo se lo saca de encima.

—Muerto —dice a Kevin—. ¿De qué cenizas hablan? —pregunta en un susurro.

Ya no quiero huir. Quiero darle la mano y llevarlo a un lugar lejano, donde nadie le haga daño, donde lo que hizo su familia quede en el olvido. Quiero abrazarlo y decirle que todo va a estar bien. Pero nada está bien. Y su mirada está tan vacía que me da miedo.

—Kevin —digo.

Pero no me escucha. Está en otro mundo. Lejos de Las Rosas. Lejos de mí.

—Kevin, tenemos que hablar —dice su padre.

—Ahora quieres hablar —ironiza.

—Kevin —repito. Y pasa lo que me temía. La mirada de Kevin está turbia, como si intentara contener las lágrimas. Él parpadea varias veces y cuando me mira, sus ojos no tienen lágrimas, ni calidez, ni ira. No tienen nada.

—Ahora entiendo lo de tu novio muerto —dice, con una voz tan indiferente que me pongo a temblar.

Abro la boca y la cierro. He temido este momento desde que Kevin regresó. Me he preguntado muchas veces que sentiría al saber que la mujer de su presente es la misma que quedó escondida en ese pasado que no recuerda. Y como una ilusa me lo he imaginado sonriendo aliviado al descubrir que yo soy la mujer que amaba en su pasado. Quizá he sido tan fantasiosa con mi deducción como Carla con la pedida de mano de Emiliano, porque Kevin me está demostrando que la realidad no tiene nada que ver con el mundo fantástico que armé en mi

cabeza.

—Nunca te dije que mi novio estaba muerto. Y jamás creí lo que decían de ti. Lo sentía aquí —digo, y me señalo el pecho en un intento por justificar todas las veces que me callé la verdad—. No tenía una maldita señal que corroborara lo que pensaba, pero tenía la sensación de que algún día te iba a volver a ver.

Me mira con indiferencia. No, no es indiferencia. Su mirada está llena de desprecio. Un desprecio tan intenso que me siento como una mosca molesta que se ha metido en el bar. Si pudiera, me aplastaría con la palma de la mano, pero no tiene ganas de hacer el esfuerzo de asesinarme de un manotazo. Me he convertido en nada para él.

—¿Y nunca se te ocurrió sacarme del error, Alma Torne? —pregunta.

Mi nombre en sus labios es tan frío como un témpano de hielo.

—No quería que me quisieras porque soy alguien de tu pasado. No quería que estuvieras conmigo por cumplir con tu deber —digo con sinceridad.

Quizá piense que es una excusa patética, pero es la verdad, y comprendo que a Kevin no le sirve porque no cambia su mirada de hielo.

«Vete. Ya dijiste lo que tenías que decir. Ahora Vete antes de que termines llorando tirada en el piso». Creo que es el primer consejo con el que estoy de acuerdo. Me sacudo la mano de Kevin. Él me suelta como si mi contacto le diera asco. Me giro y salgo corriendo. En la puerta me choco de frente con el pecho de Emiliano. Lo esquivo y sigo corriendo para alejarme del bar de Lolo.

CAPÍTULO 24

Kevin

Me quedo mirando la puerta por donde ha salido la belleza. Estoy tan desconcertado, desorientado, confundido, aturdido y todos los calificativos que imagino para describir mi estado de ánimo, que no logro hilar un pensamiento coherente.

Vine al maldito bar con la idea preconcebida de lo que iba a pasar. Después de descubrir que conozco al padre de la belleza, quería ponerla a prueba invitándola, o más bien obligándola, a tomar junto a mí una cerveza en la barra del bar de Lolo. Mi intención era intentar descubrir si su mano junto a la mía pertenecía a ese recuerdo que visualicé después de mi primer encuentro con Marcos, y nada salió como lo tenía planeado. Pero qué importan mis planes, si la gente me está dando lo que no me dio mi familia, lo que no me dio la mujer que dice que me ama.

Lo que he escuchado es más de lo que esperaba, y es muy cruel, por eso me he quedado sin palabras. ¿Qué han querido decir con las cenizas que mi padre tiró en la montaña? ¡Muerto! ¿Me hicieron pasar por muerto? ¡Soy el novio muerto de Alma! Todavía no entiendo la barbaridad que acaban de contar en el bar como si fuera algo sin importancia. Para mí tiene importancia. Es como si me hubieran dado con un yunque en la cabeza. «Quizá si te hubieran dado un mazazo en la cabeza, habrías recuperado los recuerdos».

Estaba contento en este pueblo, pero todos son igual de mentirosos que mi familia. Llevo dos años y medio viviendo en una gran farsa. Nada es real, ni en la ciudad ni en este pueblo.

Emiliano se ha chocado con Alma mientras salía huyendo de mí como una cobarde, y me siento un idiota mirando el lugar por donde se ha ido. Debería seguirla y decirle todo lo que siento. El problema es que no encuentro sentimientos en este momento. Es todo tan raro, tan confuso. «Ni se te ocurra caer en el abismo, idiota. Piensa en todo lo que has escalado. Tienes un negocio, y amigos que te quieren». Gente que me ha engañado, que me han considerado un idiota, eso tengo.

Parpadeo varias veces y trato de concentrarme en el bar. Pocos me prestan atención, salvo mi padre, que insiste en que tenemos que hablar, pero lo ignoro. Es raro que después de semejante bomba nadie me rodee para seguir destripando mi vida, o mi muerte, como hicieron

con Alma cuando se bañó desnuda. ¿Por qué nadie está pendiente de mí? ¿Un muerto que acaba de resucitar no es un cotilleo jugoso para esta gente? «Deja de compadecerte y agradece que estén distraídos con otro cotilleo».

De qué otro cotilleo me habla. Creo que los gritos no tienen nada que ver conmigo, y me aparto por un momento de mi triste realidad.

Emiliano discute con Carla. Ella grita algo de una boleta de una joyería. Él dice que no sabe de qué está hablando. Carla lo acusa de engañarla. Él le dice que con una mujer exigente como ella no le quedan ganas de tener una amante, aunque le vendría bien buscarse una que no lo presione día y noche para casarse. Carla llora, las mujeres lo empiezan a insultar, los hombres tratan de calmar los ánimos. Un vaso pasa volando. Alguien dice que le mancharon el vestido con cerveza. Y yo estoy en el medio, con la remera empapada de cerveza, cuando debería estar visualizando la mano de Alma y la mía con dos jarras de cerveza, una con espuma y otra sin espuma, para descubrir lo que… No hay nada por descubrir porque ya me lo acaban de revelar unos extraños.

Alma es la mujer de mi pasado. Yo soy el novio muerto, y en lugar de estar emocionado, me siento traicionado. En este momento la desprecio.

Emiliano está a unos pasos y tiene un ojo morado. Carla tiene manchones negros en las mejillas y las sandalias en la mano. Luciana intenta sacarla del bar, pero quiere seguir gritando su frustración y se resiste con todas sus fuerzas. Esto es un caos. Todos hablan, cotillean y dan su punto de vista. No entiendo mucho. Tengo los ojos en el bar y la cabeza en otra parte.

Nadie me presta atención. Se han olvidado de mí. «Agradece que te ignoren». Es como si siguiera muerto. Teniendo en cuenta que me dieron por muerto, no debería asombrarme. Mis padres tiraron mis cenizas en la montaña. Cómo no me voy a asombrar al descubrir la bajeza que hicieron. Soy su hijo. Tan poco aprecio me tienen.

—Rajemos de aquí —dice Marcos, y me agarra del brazo.

Intento soltarme, pero es insistente y tiene más fuerza. Tira de mi brazo hasta sacarme del bar. En la puerta me está esperando mi padre y a poca distancia está Teodoro, el único hombre que recuerdo del pasado.

Todo lo que he descubierto es porque lo han gritado en el bar. Y yo no recuerdo nada. Ni aunque me griten mi pasado a la cara lo recuerdo. «Es que no te han gritado tu pasado. Solo han gritado que tus padres te hicieron pasar por muerto». También me han gritado que era el novio muerto de Alma, y no la recuerdo. Mejor. Me ha mentido, me ha engañado como hizo mi familia.

Me paso la mano por el cabello, y miro a mi padre. Él retrocede dos pasos. Debo tener una mirada que mata. Es que en este momento lo odio. Odio a todo el mundo. Estoy rodeado de gente y me siento más solo que nunca. Nadie me ha ayudado.

—Vete —digo a mi padre.

—Esta vez no me voy —dice—. No hasta que te cuente lo que has escuchado.

—Ahora no tiene sentido.

—Ahora es cuando tiene sentido aclarar lo que no te dije.

—No me interesa saber. Todos me han engañado. Tiraron mis cenizas a la montaña, y la gente que está en el bar te reconoció. Me hicieron pasar por muerto —grito, y doy con el puño en el aire porque no tengo ni una pared donde estamparlo.

—Hermano—dice Marcos.

Me giro, y lo miro con desprecio.

—Ni se te ocurra seguir con esta farsa. Tú, al igual que tu querida amiga, me debes conocer de antes —deduzco.

—Creímos que habías muerto en el accidente —aclara Marcos.

Otro más que se acercó a mí con mentiras.

—Fue un error, Kevin —grita mi padre, para que lo escuche.

Me giro, y lo miro con odio.

—¿Llamas un error a hacer pasar por muerto a tu hijo? —pregunto.

—Estabas en coma y no nos daban esperanzas. Tu hermana estaba muy mal. Ella manejaba, y tu madre tenía miedo de que se quitara la vida —dice mi padre de forma atropellada.

—¡Y nadie pensó en mí! Decidieron darme por muerto para hacerle la vida más fácil a Lisa —grito.

Tengo que reconocer que mis gritos parecen velados por los gritos que salen de adentro del bar. La terrible pelea entre Emiliano y Carla es tan intensa o más que la mía con mi padre.

—No es así. Esa no fue nuestra intención. Jamás te abandonamos, y todos los días estábamos junto a tu cama. Te despertaste al año. Te hicieron muchos estudios, y no tenías secuelas. Un milagro, dijeron los médicos que te atendían.

— Y cómo ya me habían matado y habían tirado mis cenizas en la montaña, decidieron seguir con la farsa que montaron en este pueblo. ¿Por qué? ¿Por qué me privaron de mi pasado? ¿Quién decidió que era buena idea robarme mi vida?

—Antes de que despertaras ya habíamos vendido la casa. Compramos otra con la idea de empezar de nuevo.

—Por el bienestar de Lisa —grito, y cada vez odio más a mi hermana. Todo lo hicieron para salvarle la vida a la mujer que destruyó la mía—. Por eso cuando me ve llora como una Magdalena.

—Por Lisa sacamos todo que podía afectarle de ese pasado que la tenía sin ganas de vivir.

—¿Y de quién fue la genial idea de robarme mi vida para que Lisa no sufriera?

—Kevin, tu hermana no tiene la culpa de nuestros errores. Y yo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que recuperara las ganas de vivir —asegura.

—¿Ella aceptó? —pregunto, porque supongo que no solo lloraba porque casi me mató, sino porque aceptó que simularan mi muerte.

—Lisa en ese momento habría aceptado cualquier cosa. No puedes juzgarla sin saber que todos los días decía que se quería morir porque te había matado.

—Me mataron —digo—. Me mataron en vida. ¿A quién quisieron engañar cuando decidieron tirar mis cenizas a la montaña? —pregunto.

Agacha la cabeza y me quedo esperando que me dé todas las malditas respuestas que me merezco.

—¿A quién?

—Esa decisión fue la más difícil que tomé en mi vida. Si pudiera volver el tiempo atrás, lo haría diferente —dice mi padre.

—Deberías haber pensado que no se puede volver el tiempo atrás. Han pasado dos años y medio, y nunca encontraron el maldito momento para decirme lo que me habían hecho.

—Nunca encontré el modo de decirle lo que habíamos hecho. Si te sirve de consuelo, solo fue un paliativo que salió pésimo —dice, y llora. Nunca lo había visto llorar—. Cuando despertaste sin secuelas pero sin recordar nada del pasado, creí que era una señal.

—¡Una señal! El tipo no recuerda ni su nombre, que bien, pues sigamos hacia adelante como si nada hubiera pasado —grito.

—Nada salió como pensamos. Lisa y tú se quedaron estancados, y yo hice oído sordo y acepté vivir con el error. Tu madre me decía que con el tiempo todo se iba a acomodar, y quise creerle porque era lo más fácil. Me dediqué a trabajaba como loco para no pensar, pero tu hermana nunca se recuperó. Solo te miraba y lloraba. Y tú no querías colaborar en la clínica. Creo que en el fondo sabía que todo estaba mal. La única que seguía convencida de que esto era lo mejor, era tu madre.

—Mi madre es una manipuladora asquerosa. Solo siento desprecio porque fue quién impulsó toda esta idea. ¿En qué la benefició barrer con todos mis recuerdos?

Mi padre aprieta la mandíbula, y niega con la cabeza.

—Quiero la maldita verdad —grito.

—Estamos separados —dice—. Ella no está de acuerdo con mi decisión de traerte a Las Rosas. Tampoco quería que dejara la sociedad, ni que vendiera la casa. La división de la familia es otra de las consecuencias de la barbaridad que cometimos.

A mí no me mueve un pelo que estén separados. Hasta me alegra escuchar que sus vidas sean una mierda.

—Me alegro de que todas sus malas acciones se les hayan venido en contra. No sé qué

clase de afecto tenían por nosotros, pero debe haber sido poco para que vinieran al pueblo a rociar la montaña con las cenizas del hijo muerto, mientras ese hijo luchaba por vivir.

—Éramos una familia muy unida, Kevin. Creo que el accidente nos arrebató la cordura, y cuando Lisa no daba signos de mejorar psicológicamente, tomamos el camino equivocado. Pero en ese momento nos dio esperanzas.

—No hacía falta ser tan crueles. Salvo que quisieran convencer a alguien de mi muerte —deduzco, y mi padre mira el piso. He dado en el clavo, y espero, y espero, y sigo esperando sin que de su boca salga una maldita palabra.

—¿A quién quisieron borrar de mi pasado cuando tiraron mis cenizas? —insisto, y no voy a parar hasta descubrir por qué lo hicieron.

Podría intentar ser comprensivo y aceptar que no tenían esperanzas conmigo, y por eso pusieron todo el empeño por salvar a la única hija que les quedaba. Lo que no puedo entender ni perdonar es que llegaran tan lejos, y armaran esta pantomima para que la gente de Las Rosas creyera que había muerto. ¿Por qué aquí?

Mi padre se queda con la vista perdida en el cielo nocturno.

—No queríamos eliminar a nadie en particular. Solo queríamos recuperar la armonía que teníamos antes del accidente, y habría sido imposible si aparecía gente del pasado —dice.

Muchas vidas debieron cambiar después de una decisión tan bruta. Por salvar a la hija, quizá dejaron un tendal de gente afectada. Pero a ellos solo les importó Lisa. En este momento no tengo pensamientos sanos por la hermana que venía a la clínica a llorar y a pedirme perdón. Si la tuviera enfrente, le diría que no la siento como mi hermana. Le diría que ella tenía en sus manos solucionar lo que estaba pasando, pero eligió callarse, eligió llorar y pedir perdón. Eso no se perdona.

Marcos se acerca a mí y me alejo. «Creímos que habías muerto», me dijo hace un momento. No lo quiero cerca porque él es parte de la farsa. Él y Alma. Los dos me han roto la ilusión que tenía al imaginar que en este pueblo la gente era diferente.

Confié. Les conté mi problema. Hice planes y los incluí. Compré un negocio para que no desaparezcan las facturas de uno de mis pocos recuerdos, y para darle la posibilidad a la belleza de elegir lo que quiera hacer, en lugar de ser esclava de un negocio porque se siente en deuda con las dueñas.

«También le solucionaste los conflictos familiares a Margarita y a la amiga de Alma Torne. Otra cosa que hiciste por ella». Escuchar su nombre me produce una sensación de ahogo. Me enamoré en mi presente de la mujer que dejé en el pasado, sin saber que me ha mentido durante meses de la misma forma que lo hizo mi familia.

—No quiero volver a ver a nadie que me haya mentido —digo a Marcos, y por primera vez retrocede y me mira horrorizado. Se pasa la mano por el cabello. Está nervioso y lo he

dejado sin palabras. Ningún comentario afilado. Ninguna burla. Ni una maldita palabra que lo excuse de hacerme vivir en una fantasía durante los meses que llevamos compartiendo—. Creí que eras mi hermano, pero tú también me has traicionado.

Abre la boca y la cierra. Me mira serio. Asiente y se gira para marcharse, pero algo lo obliga a girarse.

—Si le haces daño a Alma, te lo voy a hacer pagar, hermano —dice, y se va dejándome una advertencia, y asegurándome que me va a considerar su hermano aunque yo no quiera.

—Vete de mi vida —le digo a mi padre.

—No hagas esto, hijo. Tenemos que concluir el proyecto de tu negocio.

—No me llames hijo. Ya no hay proyecto para ti —grito.

Teodoro se acerca a mí y me mira serio.

—Sube a mi coche, Kevin —dice.

—No quiero seguir escuchando justificaciones, excusas y mentiras.

—De mi boca nunca salió una mentira —asegura—. Sube al coche, Kevin. No me hagas repetir lo mismo, porque si no subes, yo te subo a la fuerza.

—¿Para qué diablos quieres que suba a tu coche?

—Nos vamos a pescar —dice, y me deja desconcertado.

No sé si está bien de la cabeza porque su invitación es tan tirada de los pelos como mi muerte. No confío en nadie de este pueblo, pero Teodoro es el único hombre que ha sido sincero conmigo.

—¿Vas a responder todo lo que te pregunte?

—Acabas de enterarte que te dieron por muerto y no te ha pasado nada. Creo que puedo responder cualquier cosa, aunque quizá no sepa todas las respuestas —dice.

Y subo a su coche.

CAPÍTULO 25

Alma

Me seco las lágrimas e intento meter aire en mis pulmones. Ya casi llego al puente Loma y sigo caminando mientras me repito que así no tenían que suceder las cosas. «Nada sucede como se lo planea». Tanto cuidado que puse para no provocarle un shock a Kevin, y se acaba de enterar de la mayor barbaridad que cometió su familia. «Y también de que él era tu novio muerto». Me estremezco con esas palabras.

A nadie se le escapa en Las Rosas un cotilleo jugoso. Y lo que acaba de pasar en el bar va a tener a Kevin en boca de todos durante mucho tiempo. «Pensar que estabas deseando que apareciera algún nuevo cotilleo para que se olvidaran de que te bañaste desnuda en el río». Pero no con Kevin. Con él no. Mil veces habría preferido seguir siendo el centro de las murmuraciones, si con eso lograba apartarlo de todas las voces miserables que van a destriparlo durante mucho tiempo.

No camino, sino que arrastro los pies como si tuviera cien años. Kevin me odia. Me desprecia porque le oculté quién era.

Me detengo a mitad del puente para intentar encontrar un resquicio de calma que me permita respirar. No sé cómo he llegado hasta aquí sin quedar desmayada en alguna calle del pueblo.

Nadie valora el aire hasta que no lo tiene. Y yo sufro ataques de pánico desde el accidente. El regreso de Kevin mejoró mucho mi problema, pero cada vez que atravieso una situación difícil me siento igual que un pez fuera del agua.

Lo único positivo de lo que acaba de pasar, es que a pesar de que Kevin quedó desconcertado, indignado, y me odia a mí y a todos los que le ocultamos la verdad, no quedó en shock. Y eso que lo que descubrió habría noqueado a cualquiera.

¿Por qué ser feliz me resulta tan cuesta arriba? «Algunos tienen la suerte de nacer con estrella. Creo que a ti te toco nacer estrellada». Tiene razón. Llevo toda la vida esperando a Kevin, pero la felicidad con él me es esquiva. Cuando creo que estoy por alcanzar la cúspide, otra vez caigo al abismo y todo se vuelve a romper en mil pedazos.

¿En qué me equivoqué? ¿En no decirle quien era? Si tuviera que volver a hacerlo, lo haría igual. Cómo iba a decirle quién era a alguien que no sabe ni su nombre.

Siento la moto de Marcos que acelera en falso y mi ansiedad escala al imaginar que a Kevin le ha pasado algo, sino mi amigo todavía estaría con él en el bar.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

—No tengo aire y no sé dónde estoy parada —logro decir de forma entrecortada.

—En el puente Loma —dice Marcos, sé que lo hace para relajarme.

Estoy muy tensa y abro la boca tan grande para meter aire, que en vez de relajarme me pongo roja de tanto intentar respirar.

—Alma, me estás asustando —dice Marcos.

—Es que no tengo aire —balbuceo, y abro la boca para inspirar, pero no lo logro y se me ponen blancos los nudillos de tanto apretar la barandilla del puente.

Pobre Marcos. No sabe qué hacer conmigo. Se frota el cabello mientras me mira como si esperara que le dijera haz esto o aquello. Está preocupado, y no puedo decirle nada porque creo que me voy a morir en cualquier momento. Es irónico que me muera el día que Kevin se enteró de su falsa muerte. «Se va a sentir culpable con tu muerte», me susurra esa voz perversa en mi peor momento, y trato de respirar para que no cargue con la culpa de mi muerte.

—¡Dónde diablos está Luciana! —grita Marcos, y me frota la espalda.

Si estuviera Luciana ya estaría aplicando sus ejercicios de relajación. Inspira, expira despacio, mira los árboles, escucha el agua del arroyo… pero sigo boqueando porque repetir sus enseñanzas no me está ayudando. Y de repente escucho a Marcos cantar: *Estaba la rana sentada cantando debajo del agua; cuando la rana se puso a cantar vino la mosca y la hizo callar.*

La mosca a la rana, que estaba sentada cantando debajo del agua; cuando la mosca se puso a cantar, vino la araña y la hizo callar.

La araña a la mosca, la mosca a la rana, que estaba sentada cantando debajo del agua; cuando la araña se puso a cantar, vino el ratón y la hizo callar.

El ratón a la araña, la araña a la mosca, la mosca la rana, que estaba sentada cantando debajo del agua; cuando el ratón se puso a cantar, vino el gato y lo hizo callar…

Le digo que pare y suelto una carcajada, hasta que me acuerdo de Kevin y me pongo a llorar. No sé cómo demonios lo ha hecho, pero con la canción de La rana vuelvo a respirar. Y río, y lloro, y golpeo la baranda del puente Loma, y maldigo ese accidente, y miro a Marcos y vuelvo a reír.

—¿Cómo se te ocurrió cantar la canción de La Rana, Marcos?

—Qué sé yo. Te quería hacer respirar. Busqué un golpe de efecto y parece que funcionó

—dice orgulloso.

Su disparate ha funcionado. Él no aplica el método de relajación de Luciana, pero es Marcos, y nada de lo que haga debería sorprenderme.

—¿Y Kevin? ¿Cómo está Kevin? —pregunto una vez que dejo de reír y llorar como una tonta.

—Para acabar de enterarse de su muerte, está bien —dice.

—No puedes tomarte todo con ironía —le reprocho.

—Si no estuviera bien, no te habría dado esa respuesta —aclara—. Creo que está mejor que tú, al menos no se quedó sin aire con el tema de su muerte.

—¡Marcos!

—Está bien. Odia a todos. Y nos odia a nosotros.

Se me anuda la garganta, aunque lo supe después de ver el desprecio en sus ojos.

—¿Por qué a ti, Marcos?

—Porque le dije que lo creíamos muerto.

Lo miro con el entrecejo fruncido. Lo que imaginé como un nuevo comienzo para nosotros, creo que es el fin. «El fin de qué, si todavía no comenzaste nada con tu Kevin».

—No podía seguirle mintiendo, Alma.

Asiento.

—¿Y qué diablos cree Kevin que teníamos que hacer?, presentarnos en su casa y decirle: «Hola, Kevin, yo era tu novia y teníamos sueños que cumplir, por lo que te sugiero que sigamos donde lo dejamos antes de que nos cayéramos al precipicio; y este que está acá era tu amigo y el novio de tu hermana, que decidió dejarlo cuando tu familia nos borró de sus vidas». Eso es ridículo —digo.

Marcos me mira con un arqueo de cejas, y niega con la cabeza.

—Ya se le va a pasar, Alma. Es todo muy reciente. Por cierto, mientras tú no tienes aire y estás preocupada por él. Kevin se fue a pescar con tu padre —aclara.

Lo miro con la boca abierta.

—¡A pescar! ¿Se fue a pescar? Esto no tiene sentido —grito.

—Digamos que tu padre no le dio otra opción. Los ánimos estaban caldeados, y le dijo que si no subía al coche, él lo iba a subir a la fuerza. Creo que es al único que no odia porque le dijo la verdad cuando se encontraron en el centro.

Me quedo mirando el agua que corre sin descanso entre las piedras, es constante, persistente, nunca se detiene ni se cansa. Creo que me identifico con el agua porque es como si llevara toda la vida corriendo detrás de Kevin.

Los ríos solitarios fluyen al mar, al mar. A los brazos abiertos del mar. Los ríos solitarios suspiran: Espérame, espérame, Estoy yendo a casa, espérame. Unchained Melody de

Rhigteous Brothers.

Pero el río tiene una meta: El mar lo espera. ¿Cuál es mi meta? Después de lo que acaba de suceder no la tengo, porque no sé si Kevin me espera con los brazos abiertos como yo lo he estado esperando a él desde hace dos años y medio.

Lo mío es una carrera hacia la incertidumbre, y a veces creo que lo mejor sería rendirme. «A pesimista no te gana nadie. Hace unos minutos casi te mueres. Deberías agradecer que estás viva y respiras gracias a Marcos». Es cierto, gracias al método ridículo de Marcos respiro sin dificultad.

—Estoy cansada de luchar por Kevin, Marcos —susurro.

—Lo sé, Alma.

Claro que lo sabe. Él ha estado a mi lado durante todo este tiempo, y sabe que mi vida se quedó estancada cuando me dijeron que Kevin había muerto, y también sabe que si no me rendí es porque siempre tuve la esperanza de volverlo a ver.

—¿Qué más pasó en el bar? Ahora todos van a hablar de Kevin —comento, y comienzo a cruzar el puente. Marcos camina a mi lado y arrastra la moto.

—¡Qué no paso!

—¿Le han hecho mucho daño?

—Aunque no me creas, Kevin quedó en segundo plano cuando Carla y Emiliano armaron un escándalo. Volaban las jarras de cerveza, Alma. Carla le dejó el ojo morado a Emiliano. Se dijeron de todo. Ella no dejaba de llorar y las mujeres se levantaron para defenderla.

Lo miro sin poder creer lo que me cuenta. No tengo dudas que nada salió como Carla esperaba.

—¿No hubo pedida de mano? —pregunto lo obvio.

—¡Qué va a haber pedida! Emiliano quedó tan desconcertado con la imaginación de Carla, que hasta dijo que se tendría que buscar una amante que no lo vuelva loco día y noche con el tema del casamiento.

Me pareció exagerada la ilusión de Luciana sobre lo que iba a pasar en Lolo, y deduje que Carla se estaba imaginando lo que deseaba que pasara, sobre todo porque esa pedida de mano era producto de la boleta de una joyería que encontró en la campera de su novio.

—Pobre Carla —digo.

—¡Pobre! Después de diez años esperando, debería haberse dado cuenta que él no se quiere casar con ella —dice Marcos, que siempre ha sido práctico.

Mi mente romántica no cree en las palabras de Marcos. Ella siempre fue más demostrativa, pero yo he visto como Emiliano mira a Carla y sé que la adora.

—¿Y dónde estaba Kevin mientras Carla y Emiliano se tiraban cerveza?

—La guerra de Kevin siguió afuera porque lo saqué del bar.

Llegamos a mi casa y le pido que entre a comer algo que tengo en la nevera. Estaciona la moto bajo un árbol y se deja caer en las sillas de la galería mientras yo voy a buscar una bandeja.

Cuando regreso me mira serio.

—No estás tan mal con lo de Kevin —comenta.

«Eso es porque no te vio cuando regresabas. Hiciste un río de lágrimas en la calle, te caíste dos veces y casi te tienen que internar para darte oxigeno». Eso es una exageración. Y Marcos no tiene por qué saber de mis caídas y mis lágrimas, ya demasiado tuvo con el espectáculo que di con mi falta de aire. No tiene por qué saber que la mirada vacía de Kevin me dejó rota. A veces la procesión va por dentro.

—He pasado tantas cosas con Kevin, que creo que me he convertido en piedra —digo.

—Lo dudo. Creo que todavía no caes en lo que ha pasado.

—Claro que caigo. En este momento él me odia. Y yo no sé si quiero seguir luchando para recuperarlo. Hay demasiadas piedras en nuestro camino.

—Y las has ido sorteando a todas. Hasta derribaste el muro de su muerte. Tenías razón, él estaba vivo.

Nos comemos los sándwiches que me regaló Margarita. En realidad Marcos come y yo sostengo el sándwich en la mano. Él toma una cerveza y yo una gaseosa.

—Pero estoy cansada, Marcos. Llevo meses ocultándole lo que siento. Algunas veces le daba la espalda para que no viera mis lágrimas, y otras, me iba con alguna excusa tonta para que no descubriera mis emociones. He estado caminando entre algodones a su alrededor. Le daba algún recuerdo pequeño del pasado, como la factura con crema o la tarta de jamón. He avanzado a paso de hormiga con él porque no me animaba a ir más rápido. ¿De qué sirvió?, si en el bar le soltaron de golpe toda la mierda, y yo terminé siendo la mala, la traicionera, la que le miente. ¿Y sabes que creí?, que iba a entrar en shock, y que ya no sabría cómo volver a sacarlo del pesimismo, si es que no tenía algún cuadro más complicado y lo terminaban internando. Y me imaginé a su lado, sosteniendo su mano y pidiéndole que me perdonara, como ha estado haciendo Lisa. Entonces, la voz de mi conciencia me dijo que era idiota. Que yo no tenía que pedirle perdón porque nunca le hice daño.

—Nosotros no le hicimos daño, Alma. Nosotros le devolvimos las ganas de avanzar, de caminar, de hacer planes, de vivir —dice Marcos.

—Eso díselo a él.

—¿Y no quieres verlo más, Alma?

—No quiero perseguir su amor. No quiero despertarme rogando que me recuerde. No quiero estar pendiente de él para que no se enamore de otra. He ido avanzando demasiado despacio con Kevin, ¿y qué he conseguido, Marcos?, su odio porque cree que lo engañé como lo hizo su familia. ¿Acaso no merezco alguna vez que alguien se juegue por mí?

Marcos tiene los ojos llenos de lágrimas, y me sorprendo porque él no es de demostrar sus sentimientos.

—¿Qué te pasa, Marcos?

—Ojalá Lisa hubiera tenido un uno por ciento de tu generosidad —dice.

—¿No la has olvidado?

—Debería odiarla después de todo lo que ha dicho su padre. Debería tener el mismo odio que Kevin siente por su hermana.

—¿Por qué la odia?

—Porque se enteró que toda esta farsa la hicieron por Lisa. Vender la casa. Borrar todos los recuerdos del pasado. Borrarnos a nosotros de su vida. Se enteró que simularon su muerte para sacar a Lisa de la depresión. Ella se quería morir cuando se enteró cómo había quedado su hermano. Sus padres creyeron, erróneamente, que así podían salvarla. Y como los médicos les dijeron que Kevin solo podía salvarse por un milagro, lo hicieron pasar por muerto para borrarnos a nosotros de ese pasado que les molestaba en su nueva vida —dice Marcos.

Abro la boca, pero no sé qué decir. Hemos sido las marionetas de la familia Serrano. A ninguno de ellos les importó cómo estábamos nosotros. Ni siquiera pensaron en el hijo que se aferraba a la vida, luchando solo, porque nadie de su familia mantuvo las esperanzas.

—Marcos, no está bien lo que hicieron. Si Lisa se sentía tan culpable, debería haber venido a contarnos toda la mentira. Debería haberle dicho a su hermano la barbaridad que hicieron. Pero cerró la boca.

—Bueno, lo hizo. Tarde pero lo hizo, Alma. Kevin ha vuelto porque Lisa se lo pidió a su padre —dice Marcos.

—Has cambiado —digo—. Sigues enamorado de ella.

—No estoy enamorado de ella. Es pasado, Alma. Estoy triste porque recién esta noche comprendí lo mal que quedó. Antes me negaba a tener un pensamiento positivo de ella. Ahora le tengo lástima. Y si la viera, no le gritaría todo lo que le grité cuando vino a tu casa a contarnos que Kevin se quedaba en Las Rosas. Hizo lo que pudo para sobrevivir, como siempre me dijiste tú.

—Me alegro de que hayas dejado de odiarla, Marcos. Yo nunca me olvido que quien iba al volante era ella.

Todos tuvimos que reinventarnos después del accidente, y Marcos y yo lo hicimos a los tumbos y sin romperle el corazón a nadie, pero eso me lo guardo porque me alegro de que mi amigo haya dejado de lado el resentimiento.

—Y yo no presté atención al camino porque me estaba divirtiendo con ustedes, que no dejaban de reírse en el asiento de atrás.

—Si pensamos así, Kevin y yo también somos culpables porque íbamos riendo sin prestar

atención a la carretera. Pero la culpa no es nuestra. La culpa es del que manejaba la camioneta y se nos vino encima —aseguro, y él asiente—. Y mientras nosotros seguimos hablando de lo que pasó en el bar, Kevin está pescando con mi padre.

—Que es la única persona que no odia porque no le mintió.

—Si tuviera otra oportunidad, no cambiaría nada de lo que hice —aseguro.

—A mí me pasa igual. Estamos en paz con nuestra conciencia.

—Aunque Kevin nos odie.

—Ya se le va a pasar —repite Marcos, y yo admiro su templanza y su forma de ser, porque Marcos siempre mira hacia adelante. Quizá, porque si hubiera mirado hacia atrás no habría salido adelante.

Los dos nos quedamos mirando el coche que acaba de estacionar en la puerta. Luciana se baja y viene corriendo con las sandalias en la mano y el vestido negro divino todo arrugado.

—¿Estás bien, Alma? Recién puedo venir. Estaba tan preocupada por ti —dice. Se sienta en una de las sillas de la galería y se sirve un sándwich.

—¿Y Kevin? ¿Él está bien? —pregunta a Marcos.

—Se fue con el padre de Alma.

Agradezco que no le diga que se fue a pescar, porque todo lo que ha pasado esta noche es surrealista. Kevin se entera de su propia muerte y se va muy pancho a pescar. Sería un gran título para una sátira, solo que es la vida real.

Luciana me cuenta que se quedó helada cuando escuchó a Pedro gritar delante de Kevin lo que habían hecho sus padres. Dice que quiso correr detrás de mí, pero justo entró Emiliano y se armó una pelea terrible. Carla le puso el ojo morado. Volaban las cervezas y las trompadas, y que todo era un caos. Luciana saca otro sándwich y me cuenta que su madre había llevado una torta para festejar la pedida de mano de Carla, pero ella la agarró y se la estampó en la cara a Emiliano.

Si no estuviera tan triste, habría soltado una carcajada.

—Cuéntame de Kevin —pide Luciana.

—Me fui, Lucy. Pero no le dio ningún shock. Lo que me tiene mal es que intenté ir despacio, dándole poca información de su pasado para no influir en sus decisiones, y se me vino en contra. Kevin nos odia a todos.

—Pero eso es injusto. Con todo lo que te has esmerado para que se sienta a gusto en el pueblo.

—Eso él no lo sabe.

—Debería saberlo. Desde que llegó, ustedes le han devuelto las ganas de vivir —dice, y se refiere a Marcos y a mí.

—Espero que no la pierda con lo que pasó en el bar —digo.

—Me imagino que Carla va a dejar de perseguir el anillo de pedida de Emiliano —comenta Marcos.

—Ni lo dudes. Se quedó tirada en la cama llorando. Me dijo que se va de Las Rosas porque no quiere ni cruzárselo en la calle —dice Luciana—. Qué ingenuas hemos sido. Ella por creer en una ilusión y yo por creer en lo que me decía.

—¿Crees que no la quiere? —pregunto.

—Si han estado diez años de novios, la debe querer, pero no como ella se merece —dice Luciana.

—Yo opino que ha sido demasiado ilusa. Si después de diez años no se ha querido casar, no hay amor —dice Marcos.

—¡Estás enamorado de Carla! —exclama Luciana.

—¿De Carla? Por supuesto que no —asegura Marcos—. Solo he dado mi punto de vista. Mejor me voy, que ya estás bien acompañada.

—Gracias, Marcos. Eres un gran amigo —digo.

Alza la mano, saluda y se va.

Y yo me pongo a llorar cuando él desaparece de mi vista. Lloro por todo lo que me contuve mientras Marcos estaba en mi casa. Lloro por todo lo que me he guardado para evitar que Marcos se enoje con Kevin. Lloro por la mirada de desprecio de Kevin. Lloro porque intenté hacer las cosas bien y me salieron mal. Lloro porque siento que estoy remando en contra de una corriente y nunca voy a llegar al corazón de Kevin.

—¡Ay, Alma! Creí que estabas tranquila —dice Luciana.

—No quiero que Marcos le cuente a Kevin todo lo que he sufrido durante su ausencia. No quiero que nadie lo presione para que esté conmigo —susurro, y me sirvo la cerveza que había rechazado por miedo a que se me fuera a la cabeza y le soltara a Marcos toda mi tristeza—. Me siento como si hubiera estado meses construyendo un lugar bonito para estar con Kevin. Pero lo hice demasiado despacio, poniendo un granito de arena por día, y cuando parecía que lo nuestro se estaba encausando, una ola barrió con todo mi trabajo.

Luciana tiene la habilidad de quedarse callada cuando no encuentra nada útil que decirme. Me abraza y me deja llorar hasta que me quedo sin lágrimas.

—No voy a seguir construyendo una nueva vida para nosotros —digo.

—Que la construya Kevin. Tú llevas toda la vida esperando a Kevin —dice.

Asiento y nos quedamos mirando el cielo estrellado.

—Lolo nos echó a todos del bar. Han quedado las mesas dadas vueltas, las sillas tiradas por todos lados, las jarras rotas y la cerveza en el piso —dice Luciana, y suelta una carcajada—. Me río para no llorar —aclara, y yo me río con ella.

Hay días que pasan sin pena ni gloria. Este lo vamos a recordar en Las Rosas toda la vida.

CAPÍTULO 26

Kevin

Hay un cielo tan lleno de estrellas que no puedo dejar de mirarlo. El lago se llama Las Rosas, y no me sorprende. La luna se refleja en el agua, pero el resto se ve todo negro.

No sé qué diablos hago aquí con el padre de Alma Torne. Ya no me sale llamarla belleza. Ella me ha mentido durante meses. Meses en los que he estado en una encrucijada porque me estaba enamorando de ella. He luchado con todas mis fuerzas para negar esos sentimientos, porque tenía miedo de que hubiera otra mujer que amaba en mi pasado.

Era ella, mi presente y mi pasado. Y mientras yo lo ignoraba, mientras no la hice mía aquel día en el parque de mi casa, ella lo sabía. Y eso me pone furioso. Pero a pesar de sentirme engañado, estafado y de estar furioso con ella, no puedo odiarla.

Las dos cañas están clavadas en la arena. No hemos pescado nada. Un mal día, dijo Teodoro hace como una hora. Ahora está dormido en una de las dos reposeras que bajó del coche.

Yo sigo de pie en este silencio que asusta, porque es como si estuviéramos solos en medio de la nada. Aunque a lo lejos veo unos cuantos faroles encendidos de otros pescadores.

Antes de quedarse dormido, Teodoro me dijo que este lago era muy visitado por pescadores, y que venían desde distintos puntos del país y durante todo el año. Pero es en verano donde se pone más interesante. También me contó que los dos solíamos venir a pescar, aunque nunca de noche.

No me ha dado ni una respuesta porque no le hice ninguna pregunta. Apenas puse un pie aquí me quedé mudo al reconocer el muelle que hay a tres metros, y supe que había venido con él en el pasado.

Teodoro bajó la nevera azul y blanca que reconocí en el centro, y me dijo que teníamos bebidas pero que no había traído comida. «Para comer dependemos de la pesca». Como no hemos pescado, no hay nada para comer. No me importa porque no podría tragar bocado. Lo que descubrí en el bar ha sido como esa gota que rebalsa el vaso, aunque el dicho se queda corto. A mí me acaba de estallar todo por los aires. El problema es que desde que estamos en la absoluta

oscuridad, con un lago que apenas se mece y sin escuchar más que los sonidos de la naturaleza, mi ira se ha ido de paseo.

Me siento en la reposera porque las piernas ya no me sostienen, y cierro los ojos. Teodoro tiene muy desarrollado el instinto del pescador, porque de golpe se levanta de la reposera, se acerca a la caña y comienza a enrollar el sedal en el carrete.

—Esto es un deporte de paciencia —dice—. Cuando pica, enrollas y aflojas. Enrollas y aflojas —repite mientras pone en práctica sus palabras. Ya lo sé, es algo que no he olvidado. Todo lo relacionado a la pesca y a Teodoro está muy presente en mi mente—. Soy un pescador de toda la vida, pero últimamente me pregunto qué emoción tiene quitarle la vida a un ser vivo —comenta.

Es como si hablara de mí, no del pescado que acaba de sacar. Lo levanta en las manos y lo mira con admiración, o quizá su fascinación es por el placer de haberlo pescado.

—¿Yo sería el ser vivo al que mataron? —pregunto.

—No era esa mi intención, Kevin —dice—. Solo estaba filosofando sobre los pescados. Pero podrías ser el ser vivo que mataron, aunque fue de manera figurada —aclara.

Es inteligente para sacar el tema de mi supuesta muerte, aunque intente rectificar su verdadera intención. Y lo miro con la misma admiración que él mira el pescado.

—Esa manera figurada de matarme hizo mucho daño —aclaro.

—Claro, a veces las palabras hacen más daño que las acciones —comenta, y deja el pescado en el balde con agua—. El problema es que hay que analizar el contexto, el momento, el entorno, las circunstancias… y el estado emocional —dice.

—Sigues filosofando.

—Es que esta calma te permite apartar la mente de tanta mierda. Todos los actos tienen consecuencias, pero también tienen una causa, Kevin —dice—. Vamos a buscar alguna rama para encender fuego.

Teodoro ilumina nuestros pasos con una linterna, y recogemos ramas sueltas para encender un fuego. Su manera de ser me desconcierta. Me suelta un tema complejo y de repente regresa a su lado práctico para distraerme recolectando leña.

—¿Ya no estás triste por matar el pescado? —pregunto.

—Me ruge la panza de hambre —aclara, y sonrío. Me cae bien este hombre calmado e inteligente—. La pesca por deporte es buena si lo haces para subsistir, o eso me digo para olvidarme de que le estoy robando la posibilidad de seguir nadando o lo que sea que haga en el agua este ser vivo. Además, si no lo saco yo, lo va a sacar otro. Si no lo comemos nosotros, se lo van a comer otros. Cuando hay hambre o cualquier situación desesperante hay que dejarse guiar por la ley de la selva.

Cuando sale su parte práctica, tira por la borda la filosófica. Pero hasta en su parte

práctica mete alguna lección. Me está queriendo decir que en un momento de desesperación rige la ley de la selva, y matas a alguien de forma figurada para salvar a otro. Sonrío porque tiene una gran habilidad para entrar en el terreno pantanoso de lo que pasó en el bar.

Prendemos fuegos con las ramas que hemos traído y él clava el pescado en una estaca sobre la arena.

—Quedaste en que las palabras a veces hacen más daño que los actos —digo, porque está concentrado en la cena y ha dejado de filosofar— Pero te recuerdo que mis padres cometieron el acto más cruel contra su hijo. Yo no estaba muerto —aclaro.

—Es cierto. Pero hay que analizar lo otro que te dije. El contexto, el momento, las circunstancias y el estado emocional —dice—. Cuando tengas hijos te vas a dar cuenta que harías cualquier cosa… cualquier cosa para sacarlos de una situación compleja.

—¡Yo estaba vivo! —exclamo.

—Y ellos estaban en un estado emocional complicado, con un hijo que necesitaba un milagro, y una hija que se quería morir. No los justifico porque deberían haber arreglado el desastre mucho antes. Tampoco puedo ponerme en el lugar de tus padres porque yo solo tengo una hija y no pasé por el terrible dilema que pasaron ellos. Pero haría cualquier cosa por ella —asegura—. Cualquier cosa.

—Aunque eso implique destruir a tu otro hijo.

—Volvamos al contexto, al momento, al entorno y las circunstancias. Todo sucede en un hospital donde el médico te dice que tu hijo necesita un milagro para salvarse. Y en el mismo hospital tu hija necesita un golpe de efecto porque se quiere morir. Y con todo ese drama, ellos decidieron la locura que acabas de escuchar porque estaban en un estado emocional alterado. No encontraron otro modo de solucionar las cosas. No creo que la mente humana esté preparada para analizar las múltiples consecuencias de sus decisiones en un momento de desesperación, y tus padres solo buscaron el alivio momentáneo de la hija por la que podían hacer algo para sacarla de ese círculo depresivo en el que había caído. Tu hermana te adora, sino no habría caído en ese pozo, Kevin.

No digo nada porque me estoy ubicando en ese día, en ese hospital y en lo que estaban pasando mis padres con sus dos hijos internados. Uno al borde de la muerte, y la otra que no quería vivir. Una solución desesperada para salvar a la hija, dejando de lado al hijo por el que no podían hacer nada más que esperar el milagro.

—Eso no justifica que me ocultaran lo que hicieron.

—Nada tiene justificación. Pero es lo que hay. Padres imperfectos que hacen lo que pueden —dice, y gira el pescado.

—¿Y tú qué hubieras hecho?

—No lo sé. Solo tengo una hija, y a veces le queremos dar lecciones, la queremos

proteger o la agobiamos de tanto estar pendientes de cada uno de sus aciertos o errores. A veces le grito, y después de unos días reflexiono y la llamo para pedirle disculpas. Mi esposa la llama todos los días para saber si está bien, si necesita algo, si tuvo algún problema. Yo le reprocho ciertas cosas que creo que están mal. No soy el mejor padre del mundo, solo soy el que le tocó —dice, y sonríe.

Con su forma serena de ser y su inteligencia, creo que ella ha tenido suerte con el padre que le tocó.

—Toda acción tiene consecuencias, Kevin. Y lo que ellos decidieron fue un acto egoísta, que no estoy aquí para juzgar, porque los padres somos egoístas cuando se trata de salvar a un hijo. Pero esa acción para salvar a tu hermana tuvo consecuencias para otras personas, que tus padres tuvieron que minimizar porque solo pensaron en su hija. Las consecuencias las pagaste tú y otras personas que te conocían y te querían —aclara—. Y esas personas han lidiado con las consecuencias durante el mismo tiempo que tú. Nunca minimices el daño que sufren los otros, porque no estás en sus zapatos y no tienes ni idea las tormentas que han tenido que campear —aclara.

—Esas personas se acercaron a mí y no me contaron la verdad —digo.

—¿Y qué podían hacer?, ¿decirte quienes eran cuando tú no los recordabas?, ¿contarte que tiraron unas cenizas simbólicas a la montaña? Ellos te creían muerto, Kevin. ¿Por qué quieres que carguen con las consecuencias de los actos de los otros? No, Kevin. Ellos también hicieron lo que creían que era mejor. Y tú sabrás si lo mucho o poco que hicieron te alegro la vida —dice.

Se metieron en mi casa y se quedaron soportando mi ira. No les importó que los echara, y siguieron viniendo hasta que comencé a esperarlos, a extrañarlos, a quererlos en mi vida. No mejoraron mi vida, eso sería quedarme corto. Me devolvieron las ganas de vivir, me dieron esperanzas, me sacaron del abismo. Y ella, la hija de Teodoro, me llenó de fuerzas para avanzar a pesar de que mi mente seguía en blanco. Me dio esperanzas porque me enamoré de Alma Torne. Y no estaba feliz porque mi vida se convirtió en un caos al no saber si en mi pasado había quedado otra mujer. ¿Por qué no me dijeron la verdad? Y si no se animaban a contarme lo de mi supuesta muerte, al menos me podrían haber dicho que ellos eran parte de ese pasado que no recordaba.

—Marcos entró en mi casa armando un escándalo porque había alquilado la casa que él quería para hacer dinero en el verano con los turistas. Recién descubro que todo era una mentira para acercarse a mí —digo, y se me anuda la garganta—. Todo era una mentira —repito.

—Marcos es un amigo leal, honesto y se preocupa por las personas que quiere. Él está presente en las buenas y en las malas. Por más que lo eches, va a volver, Kevin —asegura Teodoro.

En eso le doy la razón. Y si vuelve tendrá que aclararme todo lo que se guardó. «Y si no vuelve, te vas a quedar más solo que Brasita de fuego en su nido».

—Yo sé que lo que escuchaste en el bar te hizo mucho daño, pero lo pagaste con alguien que te ha ido dando bocados de información de tu pasado —dice.

Lo miro desconcertado. ¡Información a bocados! ¿Información a bocados? Cierro los ojos y puedo ver el día que estaba tirado en el piso comiendo tierra y Alma se presentó en mi casa.

Chico, si quieres engordar yo tengo las mejores facturas de Las Rosas. Las hacen en la panadería donde trabajo. Las que no se vendieron nos las regalan a los empleados. Una factura con crema que me hizo viajar a mi pasado. «Y no te olvides de la tarta de jamón y queso que tu vecina tiró a la basura». La belleza me ha estado dando información de mi pasado a bocados, como dice su padre. Se me anuda la garganta de la emoción.

Me dicen Leo. Yo te voy a llamar Brasita de Fuego. Para Marcos soy su hermano. Los dos rechazaron un nombre que no era mío.

Muchas sutilezas que no había descubierto.

—Pero los chicos iban muy despacio para el ritmo de los cotillas del pueblo —aclara—. Y Pedro soltó lo de tu supuesta muerte, que por lógica te cayó como un balde de agua helada en pleno invierno.

Como un yunque en la cabeza, que me abrió los ojos a la realidad, y a todas las mentiras que se siguieron tejiendo en este pueblo. Ellos sabían que no toleraba las mentiras de mi familia, y no les importó que no pudiera descubrir sus sutilezas. Cómo iba a hacerlo si no recordaba ni mi nombre.

Miro ese cielo lleno de estrellas y agradezco que Teodoro me obligara a subir a su camioneta. Aquí logré la calma que necesitaba para escuchar su punto de vista, que es más objetivo con respecto a la barbaridad que hicieron mis padres. Aunque yo no puedo justificar lo que hicieron, y no sé si algún día podré perdonarlos. Tampoco encuentro justificativo para lo que hicieron las personas que vinieron a mi casa con engaños.

Teodoro dice que Marcos es un amigo leal. No, si fuera leal me habría soltado todo lo que se guardó. Y Alma Torne me daba información a bocados, cuando sabía que yo la necesitaba a cataratas. Qué saben ellos de lo que vengo pasando desde el maldito accidente. Mientras yo estaba luchando por mi vida, ¿Dónde diablos estaban ellos? Nadie me buscó, solo me dieron por muerto porque tiraron unas malditas cenizas en la montaña.

—Ya está el pesado. Mira que dorado precioso —dice, y levanta la estaca con un pejerrey que tiene un dorado impresionante.

Me suelta todas sus deducciones filosóficas a la cara como si no fueran más que palabras, pero no lo son porque me han hecho mucho daño. Y ahora vuelve a su lado práctico y se fascina con el pescado que acaba de cocinar. No tengo dudas de que es un gran maestro de la palabra.

Todo lo que me ha dicho es lógico y sensato, aunque yo no pueda aceptarlo. Hasta su lado práctico me gusta, puesto que me está haciendo ver que la felicidad está en las cosas simples, como sacar un pescado, asarlo en la arena y comerlo a orillas del lago. «Quizá deberías dejar el rencor y dejarte llevar por tu lado práctico».

—Gracias. No sé si puedo aceptar tu mirada, pero al traerme a este sitio y con tu conversación has conseguido borrar mi ira —digo.

—Solo es mi mirada, que es la de alguien que está observando todo desde la vereda de enfrente. No tiene por qué ser la tuya, Kevin —dice.

Una mirada que intenta abrirme la mente para ponerme en el lugar del otro. Una mirada que me enseña a apreciar las pequeñas cosas, y no analizar tanto las complejas. Ojalá con el correr de los días pueda aceptar mejor todas sus miradas.

—Espero olvidar pronto que nunca quisieron arreglar el desastre —digo.

—¿Podrías haber venido antes, Kevin?

La respuesta es no. Estaba postrado en una cama y necesitaba el esfuerzo unilateral que hicieron los fisioterapeutas en la clínica. No colaboraba, no quería avanzar, y ellos lograron el milagro de ponerme de pie.

—No te olvides que tu padre te trajo a Las Rosas porque se lo pidió tu hermana.

Una afirmación que no puedo ignorar.

—No voy a olvidarlo. Aunque creo que me dejaron aquí para que los vecinos me soltaran la bomba —ironizo para quitarle importancia a la situación. No es que no la tenga, pero este hombre merece todo mi respeto y mi admiración. Es el único que no me ha mentido, y el único al que le permito soltarme todos sus puntos de vista.

Teodoro se ríe.

—Así parece —dice—. Y aquí estamos, después de que te soltaran la bomba, disfrutando de la noche estrellada y comiendo un pescado en el lago. Por cierto, en Las Rosas no hay tiendas de pesca —comenta.

Lo miro sorprendido porque además de su charla filosófica y de enseñarme que la felicidad está en las cosas simples, creo que me está dando un dato de mi pasado. ¡Una tienda de pesca! Todavía no sé qué voy a hacer con mi vida, porque después de lo que descubrí esta noche no sé si quiero seguir en este pueblo lleno de mentirosos.

***

Es domingo, y solo ha pasado un día desde que descubrí todas las barbaridades que

hicieron mis padres. No he dormido y creo que me va a explotar la cabeza de tanto darle vueltas a todas las revelaciones. Me hicieron pasar por muerto en este pueblo. Y soy el novio muerto de Alma Torne, la belleza. Y como si todo fuera poco, voy a abrir la puerta pensando que es mi vecina, y del otro lado me encuentro a mi hermana Lisa.

Lleva un bolso colgado al hombro y tiene otro más a sus pies. ¿Qué diablos hace en mi casa? ¿Acaso se piensa quedar en el pueblo? Quiero gritarle que se vaya. Todavía no estoy preparado para enfrentarme a nadie de mi familia, porque aún no logro asimilar que mis padres me dieron por muerto para salvar la vida de mi hermana, y ella aceptó.

Aprieto la mandíbula para no soltarle todos los insultos que se me vienen a la cabeza. A diferencia de ellos, no quiero cargar con la culpa de que a esta mujer que no recuerdo, y que me ocultó todo mi pasado, se le ocurra acabar con su vida después de que le grite el desprecio que me provoca.

—¿A qué has venido? —digo, con una frialdad que la hace retroceder dos pasos—. ¿A pasar una temporada en el pueblo? —ironizo.

Le brillan los ojos, y no me sorprende. Desde que desperté no hace otra cosa que llorar como una Magdalena.

—Papá me contó lo que pasó en el bar, y vine a contarte tu pasado.

—¡En serio! —ironizo—. Has llegado demasiado tarde. Ya me enteré por la gente de este pueblo la brillante idea que tuvo la familia Serrano. Para salvarte a ti, decidieron tirar mis cenizas en la montaña. Ellos querían que la gente de este pueblo y las personas que estaban en mi pasado me creyeran muerto. Personas que quería, y que me mintieron como ustedes. Dos años viviendo en la mentira. Viviendo no, dos años muriendo de a poco —digo—. Por los bolsos que cargas, supongo que has venido a instalarte aquí. Una pésima idea —digo.

Ella abre la boca y la cierra, y se seca las lágrimas con el dorso de la mano.

—Papá vendió la casa y dejó la sociedad. Ellos se divorciaron cuando papá te trajo a Las Rosas. Me he quedado sola —dice, si espera que me compadezca ha venido al lugar equivocado —. Mamá se fue, y me dijo que no la llamara porque necesita tiempo para pensar. De eso ya hace más de un mes y nunca me llamó. Vine a ver a papá porque estaba mal después de lo que pasó en el bar. También vine a responder a tus preguntas, las que quieras hacerme. No voy a guardarme nada.

—Recuerdas cuando te suplicaba que me dijeras algo de mi pasado, y nunca te apiadaste de mi desesperación. ¿Por qué ahora quieres hablar?, si en el bar me contaron lo que necesitaba saber sobre el plan familiar —aclaro.

Lisa asiente, y vuelve a secarse las lágrimas.

—No voy a pedirte perdón, porque no sirve. Pero voy a decirte que no fuiste el único que sufrió con la decisión que tomamos. Yo era la novia de Marcos. Lo amaba y tuve que dejarlo

atrás —aclara.

Me deja mudo. Marcos, el loco que entró a mi casa pateando piedras y rompiendo vidrios porque había alquilado la casa que él quería para ganar dinero con los turistas. El que sacó unas latas de cerveza caliente y me dijo que era su hermano. ¿Era el novio de Lisa? ¡El novio de Lisa! El novio que ella dejó atrás como si fuera un desecho. ¿Por qué diablos Marcos cuando se presentó en mi casa no me soltó toda esa mierda? Tanto él como Alma me creían muerto. Debieron llevarse un susto de muerte cuando me vieron aparecer en Las Rosas. Quizá Teodoro en algo tenga razón. No he sido el único afectado con las mentiras de mi familia.

—El problema es que nadie te obligó a dejarlo atrás. Tú aceptaste dejarlo atrás. A mí no me dieron esa opción —aclaro—. Si piensas quedarte, no vengas a visitarme como si nada hubiera pasado —digo.

—La única persona de la familia que me queda es papá. Estoy sola y los dos nos necesitamos, porque aunque te cueste creerlo nosotros también lo pasamos mal. Como papá está sin trabajo desde que se retiró de la sociedad, ha aceptado una obra en el pueblo. Y voy a quedarme un tiempo con él.

«Se han venido todos a Las Rosas. Solo falta que venga tu madre, y cartón lleno», dice la odiosa voz. Aprieto los puños y ruego que se equivoque.

—Intenta no cruzarte en mi camino, Lisa. No quiero cruzarme de acera. Este es mi pueblo —aclaro.

Asiente. Abre el bolso, saca una caja y me la entrega.

—Esto es tuyo, Kevin. No cometas el error de tirarlo sin ver lo que hay adentro. Porque algún día vas a estar menos enojado y te vas a arrepentir. Guárdalo hasta que encuentres algo de paz, y puedas abrirlo sin estar lleno de resentimientos —dice, se gira y se va de mi casa y de mi vida, porque la he echado. No quería cargar culpas, pero no pude contenerme. «Hiciste bien. Tampoco es cuestión de perdonar tan a la ligera a alguien que aceptó que te hicieran pasar por muerto. Ahora deja de pensar y sigue adelante».

Y cómo sigo adelante, si no dejo de estar resentido, si llevo dos años y medio metido en esta farsa que me quitó las ganas de vivir. «No te olvides que la belleza, a la que ahora dices odiar, te las devolvió. Y ese hermano tuyo, Marcos, también te ayudó bastante. Y tu vecina Julia te hizo caminar. También tienes un negocio que atender, y gente que depende de ti», creo que la odiosa voz se está apiadando de mí, porque es la primera vez que me da palabras de aliento. Quizá porque sabe que no me entra más cabreo en la cabeza.

Miro la caja que tengo en la mano, y la dejo sobre la mesa. No sé lo que hay adentro, pero la voy a conservar en algún lugar hasta que se me pase la ira que tengo en este momento. Es en lo único que voy a hacerle caso a Lisa.

CAPÍTULO 27

Alma

El lunes regreso al trabajo en la panadería porque soy una persona agradecida con Margarita, y no voy a dejarla tirada para evitar encontrarme con Kevin, el nuevo dueño de Pancito.

La verdad es que habría preferido pedirme el día. Pero he decidido no ser una cobarde, y voy a poner en práctica mi decisión. «¿Y cuál es esa decisión?, porque un día dices "no voy a interferir en la vida de Kevin", y al otro vas suplicando que esté en el parque de su casa para verlo». Mi decisión es dejar de perseguir a Kevin. Él decidió odiarme, y no voy mover un dedo para hacerlo cambiar de opinión. «Me gustaría ver si eres capaz de cumplirla». Claro que voy a cumplirla. Estoy demasiado enojada con él y conmigo. He caído muy bajo si tengo que suplicarle a alguien que me quiera.

Mi padre vino el domingo para decirme que Kevin estaba todo lo bien que podía estar después de lo que descubrió en Lolo. Teodoro es reservado y no lleva y trae información como hacen los cotillas del pueblo, por eso no sé lo que hablaron. Al menos me aseguró que no le habló de mí. Eso me tranquiliza porque no quiero a Kevin a mi lado porque a mi protector padre se le ocurrió contarle que estuve dos años llorando su ausencia. Lo único que me contó es que Kevin recuerda el lago, recuerda todo lo relacionado con la pesca, y hasta el maldito color de la heladera donde llevan las bebidas. «Se acuerda hasta de la heladera y no se acuerda de ti», susurra mi voz interior, y consigue que aumentar mi enojo. ¿Cómo es posible que recuerde una estúpida heladera de *camping* y no recuerde el amor que nos teníamos, y nuestro sueño de vivir en Las Rosas?

Llego al centro del pueblo marcando el paso como si fuera un militar que va a la guerra, y suelto el aire al descubrir que hay pocas personas caminando por la avenida. Menos mal, porque si alguien me hace un comentario sobre Kevin no sé cómo voy a reaccionar.

Kevin debe estar en boca de todos. «Creí que ya no te importaba Kevin», susurra esa voz odiosa. La ignoro. «Tú también debes estar en boca de todos. No alcanzas a salir de un lío que ya estás metida en otro». Es cierto. Pero también están Carla y Emiliano, y eso me alivia, no porque

me alegré de que su sueño se hiciera pedazos, sino porque lo que pasó con Carla produjo un impacto más poderoso porque los conocen de toda la vida, según me dijo Luciana. En realidad no me importa estar en boca de todos. Estoy tan enojada que dudo que pueda mantener la boca cerrada.

Cuando llego a la puerta de la panadería me quedo en la vereda mirando el local. Es como si adentro hubiera explotado una bomba. No están las vitrinas, ni la caja, ni las heladeras con las bebidas. El suelo está lleno de polvo y hay dos hombres raspando las paredes. ¿Acaso Kevin, después de lo que pasó en el bar, decidió echar abajo la panadería?

Me giro hacia el bar, y Luciana agita las manos para avisarme de que está allí con su madre. Margarita me cuenta que uno de los obreros que está lleno de polvo es el padre de Kevin, y que hace desde alba que está dale y dale con algunas herramientas echando abajo los revoques. Que Kevin no le avisó de que iba a cerrar por unos días, y que ella tiene el pan y las facturas recién salidas del horno.

—¡Qué desconsiderado! —digo, y Luciana y Margarita me miran asombradas. No saben que estoy furiosa con Kevin y conmigo, ni que me he dado manija todo el fin de semana y durante el trayecto al trabajo, y que vengo dispuesta a pelear con cualquiera que se cruce en mi camino.

—Vamos a trabajar con un carro en la vereda, regalando el pan porque no pienso permitir que la competencia me robe todos los clientes.

Luciana y yo la miramos como si se hubiera vuelto loca.

—No pienso trabajar en la vereda —grita Luciana.

—¿En serio pretendes que repartamos el pan en la calle? —pregunto.

—Será solo por unos días —susurra al ver que ninguna está de acuerdo con su ridícula idea.

Frunzo el entrecejo. «Pensar que no querías venir, y ahora vas a estar exhibida en la puerta de la panadería. Solo falta que te pongan unas luces de neón, para que las cotillas te divisen más rápido». Aprieto los puños cuando veo salir a Margarita llevando un carrito de supermercado con dos bolsas llenas de pan.

—Esto es lo más vergonzoso que me ha pasado —dice Luciana.

—No es un buen día para estar repartiendo pan en la vereda —digo.

Además de vergonzoso ya son varios los que murmuran sobre Kevin, sobre lo que hicieron sus padres, y sobre la pobre Alma Torne que lloró dos años a un novio, que al final no estaba muerto.

Y mientras siguen destripando nuestra vida, yo siento que en cualquier momento la ira me va a salir por todos los poros de la piel. Ya estoy harta de ser buena, educada y sensata. ¿De qué sirve?, si no he hecho nada para estar otra vez en boca de todos. Agacho la cabeza y trato de

mantener la calma. «Y eso que todavía no llegaron las cotillas de las diez».

Media hora más tarde, mientras Luciana y yo repartimos el pan entre los vecinos, Kevin se acerca caminando y frunce el entrecejo cuando ve que la panadería es una obra en construcción. En menos de dos minutos se arma un escándalo que escuchan todos los clientes, que son bastantes, porque ha corrido la noticia de que se regala el pan.

—Te dije que te largaras de aquí —grita Kevin.

—Me contrataste para hacer un trabajo, y no me voy hasta que lo termine —grita Facundo Serrano.

—El sábado a la noche te despedí.

—No te debo haber escuchado.

—Claro que me escuchaste, pero decidiste hacer lo que se te antoja, y has cerrado el negocio sin mi consentimiento y el de Margarita —grita Kevin.

En ese momento descubro que él no sabía lo que estaba haciendo su padre en el local. Ya hay cola de vecinos esperando el pan porque es gratis, pero los gritos de Kevin echando a su padre dudo que le haga bien al negocio.

Kevin sigue gritando que se largue y que deje de tomar decisiones sobre su vida. «Creo que está más enojado que tú», susurra mi voz interior. Al contrario, mi cabreo aumenta al verlo tan enojado. ¿No debería haber venido arrepentido por cómo nos trató a Marcos y a mí en el bar?

—Parece que está furioso —dice Luciana.

—No más que yo —aclaro.

A Kevin le cambia el gesto cuando ve a Margarita. Es como si se sacara la máscara de ira y se pusiera otra de hombre encantador para ella. Le sonríe, aunque yo sé que esa sonrisa no es verdadera porque no se le forman arruguitas en los ojos. La saluda y se queda mudo cuando me ve trabajando en la vereda. Nuestras miradas se encuentran y aparto la vista. No pienso caer rendida a su mirada, como me ha pasado siempre. Sigo repartiendo pan entre los vecinos. Lo hago como un autómata hasta que escucho la voz de Alicia y aprieto los puños.

—Es increíble que podamos conocer al novio que todos creíamos muerto. Y míralo, está vivito y coleando —dice.

—¡Alicia, no tienes algo más útil que hacer! —grito.

Me mira asombrada. No se espera mi reacción, y al instante tuerce la boca en una sonrisa de burla.

—Este es el resucitado —grita Estela, como si me advirtiera de que nadie las va a callar. Y ahora todos hablan de las cenizas que sus padres tiraron en la montaña, y que con esa artimaña los quisieron engañar con mentiras como si fueran idiotas.

—Yo creo que no querían a Alma en la vida del chico, y lo hicieron pasar por muerto para sacársela de encima.

A duras penas logro contener las lágrimas, y entrego el pan sin levantar la vista del carro donde lo ha puesto Margarita, aunque lo único que deseo es largarme. «No seas cobarde».

—Ignóralas —me dice Luciana.

Lo intento, pero tengo un nudo en la garganta.

—No todos los días resucita alguien en el pueblo —dice Alicia, y solo ella y Estela ríen de lo que les parece gracioso.

Tengo ganas de darles vuelta la cara de una cachetada, pero sigo atendiendo a los clientes. No voy a entrar en el juego de las víboras.

Cuando levanto la vista, Kevin ya no está en la puerta de la panadería. Me duele que haya tenido que escuchar la peor versión de los vecinos. No son todos tan perversos, pero siempre están los que tienen una vida miserable y disfrutan haciendo daño al resto.

—No ven que hay cola de clientes. Lo único que hacen es estorbar. Fuera, que para las cotillas no hay pan —grita Margarita, agarra del brazo a Alicia y la arrastra más de media cuadra —. No vuelvas si solo vas a reírte de las desgracias ajenas.

Me giro y busco a Kevin, él camina lento y me imagino que se debe estar alejando, pero quizá el entrenamiento de Julia está dando sus frutos porque no está en ningún lado.

—Se ha metido en el gimnasio —dice Luciana.

El gimnasio está en diagonal a la panadería, del otro lado de la avenida.

—¡Ah! —digo. No debería importarme lo que haga Kevin. «Cierto. Tú tienes que dejar de estar pendiente de él». Pero no es fácil cuando llevo toda una vida esperando a Kevin. Aprieto la barra de pan que tengo en la bolsa y la dejo toda aplastada—. Lo siento —digo al cliente, y se la cambio.

—No hay problema. Es un día complicado —dice, y su empatía me hace sentir que todavía hay gente buena.

—Kevin me ha pedido que avisemos de que solo se reparte pan por la mañana. Y que las facturas las podemos vender a mitad de precio para tentar a los clientes. A la tarde estará cerrado hasta nuevo aviso. Pero avisen de que pueden llamar a mi casa para reservar tartas para la noche —dice Margarita.

Miro a Luciana, que está igual de feliz que yo de tener la tarde libre. Ella suelta una carcajada cuando se va su madre.

—¿Has escuchado lo de las tartas? Sigue decidiendo como si fuera la dueña —dice.

Durante toda la mañana escucho hablar a varios vecinos del resucitado. Del milagro. De la locura de sus padres de matar a su propio hijo. De la pobre Alma, que lo lloró y ahora él la ignora. He sido yo quién ha girado el rostro cuando se quedó mirándome, pero si ellos quieren creer que es él quien pasa de mí, no voy a sacarlos del error.

Nosotras seguimos toda la mañana en la vereda regalando el pan y vendiendo las facturas

a mitad de precio. Luciana tiene las mejillas rojas de vergüenza, y yo de ira, porque cada comentario me hace hervir la sangre. No contesto porque ya me he dado cuenta que al entrar en su juego perverso lo realimento.

—Esto es humillante —dice.

—Vete, que ya sigo yo —digo, que no sé de dónde saco fuerzas para seguir aguantando.

—No pienso dejarte sola. Demasiado tienes con soportar que digan que eres la novia del resucitado, y que el insensible te ignora después de todo lo que lo lloraste. Pero eres tú la que desvía la vista cada vez que él te mira —aclara.

—Ya te dije el sábado que iba a dejar de perseguir a Kevin —aclaro.

—¿Eso es lo que estás haciendo?

—Por supuesto. No merezco su desprecio después de mis intentos para que se sintiera bien en el pueblo —comento.

A las doce del mediodía estamos agotadas y sudadas. No hemos tenido ni un descanso. La idea de Margarita de regalar el pan ha traído a los clientes de la competencia y se han vendido todas las facturas. También hemos tenido que soportar la visita de los dueños de la panadería que está a dos cuadras, que nos han insultado porque esto que estamos haciendo es competencia desleal.

—Me parece que hemos ganado unos cuantos clientes de la competencia con la idea de atender en la vereda —exclama entusiasmada Margarita cuando sale de la cocina.

Luciana la mira furiosa.

—Lo regalamos, mamá —aclara Luciana.

Margarita no está enterada que los de la competencia han descargado su ira en nosotras, y como yo llevo todo el día incrementando mi ira, la miro con la misma furia de mi amiga, y descargo en ella toda mi frustración.

—Además de la humillación de estar regalando el pan en la calle, y de tener que soportar las barbaridades que murmuran las cotillas, también nos ha tocado recibir los insultos de la competencia, Margarita —digo, y ella me mira asombrada porque soy una persona tranquila, que evita entrar en conflictos—. Y ni siquiera hemos tenido media hora para ir a tomar un maldito café —grito.

Luciana me mira con la boca abierta. Margarita se ha quedado muda. Y a lo lejos veo a Kevin con el entrecejo fruncido. «Bravo, por fin has soltado algo del cabreo que vienes juntando desde hace dos días». Creo que lo vengo juntando desde que me enteré que Kevin estaba vivo y que su familia nos borró de su vida. Hasta ayer no me había dado cuenta que detrás de la felicidad por saber que estaba vivo, yo tenía el mismo odio que Marcos al descubrir que su familia nos descartó de sus vidas como si fuéramos desechables.

Y como si el día no hubiera tenido suficientes frentes de ataque, aparece Emiliano antes

de cerrar a buscar dos barras de pan.

—Para ti no hay pan gratis —dice Luciana.

—Es para mi hermana, que no ha podido venir porque tiene uno de los niños enfermo —dice, y se ruboriza. Su rostro está demacrado como si llevara días sin dormir—. Pero no hay problema, le digo que no me lo has querido entregar.

—Toma —digo, y le entrego las dos varillas que les damos de regalo a todos.

—Gracias —dice. Se gira para marcharse, da un par de pasos y se vuelve—. ¿Carla está bien? —pregunta a Luciana.

—¿A ti qué te parece? —pregunta Luciana.

—No es que no me quiera casar con ella. Es que me tomó de sorpresa y todo se complicó cuando dije cosas que no pienso —dice.

A mí también me sorprendió la película que se hizo Carla, pero no se lo pienso decir. Después de todo ella lleva diez años esperando una pedida de mano en el bar de Lolo.

—Diez años es mucho tiempo para seguir esperando —dice Luciana.

Emiliano me mira esperando que yo también le reproche lo que pasó el Lolo, y si bien no me gusta meterme en la vida ajena, asiento.

—Es mucho, y ella tiene sus ilusiones —aclaro.

—Y tú las destruiste a todas en una noche —le reprocha Luciana—. Lleva años esperando un momento que pueda recordar como algo mágico durante el resto de su vida. Porque ella sabe que después de ese momento especial, seguirá la rutina, Emiliano. No es idiota. Solo quería tener su noche mágica —aclara.

—Yo preferiría tener una vida llena de buenos momentos, no solo una noche —dice Emiliano.

—Si solo han tenido rutina —dice Luciana.

—Es cierto. Quizá le convenga alguien que le dé mucho más de lo que le puedo dar yo —comenta, y se va.

A mí no termina de cerrarme que Emiliano sea el malo en esta historia. Él parece triste, y al escuchar sus últimas palabras creo que siente que no está a la altura de Carla.

Le pregunto a Luciana por qué ha dicho que le convenía buscar a alguien que pueda darle más de lo que le puede ofrecer él. Mi amiga me cuenta que la familia de Carla está bien económicamente, y que la de Emiliano es muy humilde. No tiene padre y su madre limpiaba casas de día y trabajaba de camarera de noche para que a sus hijos no les faltara nada.

—¿Eso Carla lo sabe?

—Claro, y no le importa vivir más humildemente. Ella siempre estuvo enamorada de él. Pero como ha sido una princesa para sus padres, soñaba con una pedida de mano mágica —dice Luciana.

Eso no es justo, y no puedo aceptar que dos personas que se aman terminen separadas por algo tan tonto como una pedida de mano en Lolo. Salgo corriendo para alcanzar a Emiliano. «Cómo no puedes arreglar tu vida, te vas a meter en la ajena», dice mi voz interior.

Cuando lo alcanzo le digo que Carla lo ama a él, no a los lujos que le pueda dar. Y él me dice que es una consentida, y que sus padres le dan con todos los gustos.

—¿Por eso no te casas con ella?

—No voy a poder darle lo que está acostumbrada a tener.

—Ella te quiere a ti —digo.

—No funciona eso de contigo pan y cebolla. Con Carla no, yo la conozco. Ella se quiere adaptar, pero vamos a tener muchos roces.

—Tampoco todo el dinero del mundo te puede asegurar la felicidad. Además, seguro qué algo tienes en mente para hacerla feliz —pregunto, aunque esto me parece ridículo, pero no más ridículo que la desbordante imaginación de Carla con la pedida de mano en Lolo.

Y me cuenta que hace cinco años que está construyendo una casa, pero cada vez le cuesta más terminarla. Que no está en el centro, como a Carla le gusta, sino algo alejada. Muy alejada. Que el terreno lo compró mucho antes porque era económico y era lo único que se podía permitir. Que era puro monte, no había ni una casa y él quitó la maleza para hacer un bonito jardín y mantener alejado los bichos. Pero que hace dos años se ha convertido en el lugar preferido de los turistas, y han construido casas muy lindas, y la suya se ha valorizado gracias a eso.

—¿Carla sabe lo que me estás contando?

—No. Era mi sorpresa. Más que una pedida de cuentos, quería darle una bonita casa para que compartiéramos, pero en los últimos años no he logrado buenos ingresos para avanzar con la obra, y me faltan muchos detalles.

—Es una sorpresa mejor que la pedida de mano, Emiliano. Muéstrale la casa —pido—. Si la amas, no esperes a tener todo lo que crees que ella merece, porque la vas a perder. Ella se quiere ir del pueblo.

Él cierra los ojos cuando escucha mis últimas palabras. Me agradece y se va. Y yo espero que mis palabras lo hagan reaccionar antes de que sea tarde.

Cuando regreso, Kevin está con Luciana repartiendo las últimas barras de pan. Me quedo a unos pasos de él, sin saber qué hacer. Él se queda con el pan en la mano, mirándome durante tanto tiempo que debería decirle que ha dejado al cliente con la mano extendida. También quiero decirle que se largue porque entre nosotros no hay nada. En realidad no hay nada. «Eras la chica que le regalaba las facturas. Pero ya ni eso, puesto que él ha comprado la panadería. Y como es el dueño, no puedes echarlo de su propio negocio», susurra esa voz odiosa. Aprieto los puños porque creía que era algo más que la mujer que le llevaba las facturas. Pero Kevin en lugar de

recordarme a mí, ha recordado la heladera de *camping* de mi padre, y yo no pienso seguir intentando recuperar lo que teníamos. Para qué, si le da lo mismo. Eso es pasado, como dice Marcos, y al pasado hay que dejarlo atrás. A mí no me echó de su vida como a Marcos, me bastó su mirada de desprecio para alejarme, y no pienso seguir luchando por un imposible.

Es la primera vez que se acerca después de lo que pasó en el bar, y me desconcierta porque cuando vino por la mañana se dedicó a insultar a su padre, y cuando comenzaron los cotilleos se largó sin importarle que estuviéramos en la calle, al rayo del sol, repartiendo el pan.

—¿Tomando un descanso del trabajo para hacer de celestina? —pregunta.

«Te está juzgando porque dejaste tu puesto de trabajo», susurra esa voz odiosa, y me cabreo.

—Llevamos de las ocho de la mañana de pie en la vereda, sin probar ni un maldito café. Y no tengas dudas que si puedo hacer algo por dos personas que se quieren, lo voy a intentar aunque me eches del trabajo —digo.

—Nadie les ha dicho que no pueden ir a tomar un café.

—El jefe no nos ha dado permiso, ni ha buscado un reemplazo para que podamos salir —digo, y él frunce el entrecejo.

—El jefe tiene varios temas importantes que resolver —dice.

—Tus empleadas, que ganan una miseria, están humillándose en la calle para que no pierdas tus clientes —aclaro.

—Tú no eres agresiva. Tú eres generosa —susurra.

—Hace mucho que soy como un río solitario que fluye al mar, a los brazos abiertos del mar. Pero resultó ser que a diferencia del río, a mí nadie me esperaba con los brazos abiertos, o quizá es porque llevo mucho tiempo nadando contra la corriente. ¿De qué sirve ser generosa? —pregunto, y dudo que me entienda, porque solo sabe que soy la mujer de su pasado, pero no sabe que *Unchained Melody* era mi canción preferida. No sabe que fue como una premonición porque la cantaba a gritos momentos antes del accidente. No sabe que durante dos años creí que me había pasado lo mismo que a *Molly*, en la película de *Ghost*. Yo también lo había perdido a él de una forma tan inesperada que nunca pude aceptarlo. Quizá por eso esperaba una señal, y a veces no quería esa señal porque tenía miedo de repetir la escena de la película, y descubrir que al igual que *Molly* había perdido a *Sam*, yo lo había perdido a Kevin.

Kevin me mira desconcertado. Supongo que está sacando otras deducciones que nada tienen que ver con mi canción preferida, con *Molly*, con *Sam*, con *Ghost*, con él, conmigo y con las señales. «Cómo no te va a mirar desconcertado si le sueltas que eres un río solitario y el mar no te espera para abrazarte. El pobre tipo debe pensar que la mujer encantadora que le llevaba las facturas, se volvió loca de remate», susurra la voz de mi conciencia.

—Ve a resolver tus temas importantes —digo, y lo empujo para ocupar su lugar. «Lo has

tirado al piso», me dice mi voz interior, y me muerdo el labio al ver que Kevin está de rodillas en el suelo—. ¡Oh! Lo siento, yo… No era mi intención…

—Parece que siempre que nos cruzamos, yo termino tirado en el suelo —dice.

—A veces no hace falta estar en el piso para caer —digo.

Kevin abre la boca y la cierra. Debería acercarme para ayudarlo. «Mantente firme en tus convicciones. No corras detrás de Kevin», y no me muevo de mi sitio. Quien viene corriendo es su padre, que lo agarra del brazo y lo pone de pie.

—¿Estás bien, hijo? —pregunta Facundo, que está más agotado que nosotras. Él trabaja sin descanso, mañana y tarde, y no sé si sigue de noche porque al verlo de cerca me percato de sus ojeras. Quizá no duerme, como Emiliano, y como yo que llevo desde el sábado durmiendo a destajo.

Kevin asiente sin mirarlo, y entra al local. Mi actitud indiferente lo ha dejado desconcertado y está molesto. Supongo que no entendió nada de lo que dije, y me alegro, no porque haya quedado desorientado, sino por despertarle la misma ira que corre por mis venas. No hay como dejar de ayudar a alguien para que entienda que no soy incondicional, y que puedo devolverle con la misma moneda.

—¿Margarita, está lista mi tarta de jamón y queso? —pregunta Kevin.

—Con la salsa especial, como a ti te gusta —dice Margarita. Le entrega la caja con la comida y le guiña el ojo cuando le da una bolsa, que no tengo dudas que son las facturas con crema que yo solía llevarle cuando salía del trabajo, como un pobre dato de su pasado que no sirvió de nada, porque para Kevin soy una traicionera.

Cuando sale nos dice hasta mañana. Luciana lo saluda y yo sigo repartiendo el pan como si no lo hubiera escuchado. No necesito girarme para saber que sigue allí, mirándome porque he decidido ignorarlo.

—Una ofrenda de paz —dice Kevin, y me tiende la bolsa de facturas.

Me deja muda, porque no me esperaba este gesto después de reprocharle porque tenemos que trabajar en la vereda, por la miseria que cobramos y porque no nos dieron permiso ni para tomar un café. «Te estás olvidando que lo dejaste desconcertado al hablarle de tu canción preferida y que lo tiraste al piso». A pesar de que quiero odiarlo, como él me odió a mí, mi corazón comienza a latir a un ritmo acelerado. «No aflojes que lo estás haciendo bien. No hay mejor poder de atracción que la indiferencia», susurra mi voz interior.

Abro la bolsa y sé lo que me voy a encontrar, porque es lo mismo que durante meses le llevaba a Kevin.

—Gracias, pero no son las facturas que me gustan a mí. Estas son las que te gustan a ti. Yo odio la crema —digo, y le pongo la bolsa en el pecho. Se me parte el corazón por ser tan cruel. Pero aparto mi sentimentalismo porque no me ha ido bien siendo una buena persona.

Frunce el entrecejo, agarra la bolsa y se va.

Y yo tengo ganas de llorar, por la humillación de haber estado en la vereda, por haber tenido que soportar los cotilleos de la gente y las burlas de Alicia y Estela, por hablar de la letra de una canción que Kevin no recuerda, por tirarlo al piso y no ayudarlo a levantarse. «Agrega a tu culpa, que se ha ido lleno de incertidumbre porque despreciaste su regalo». Eso también.

CAPÍTULO 28

Kevin

En este momento Emiliano y yo estamos en el centro de los cotilleos. A Emiliano le dicen farsante, estafador, un hombre sin corazón que le hizo perder diez años a Carla. A mí me llaman el resucitado, y Alma vuelve a estar en medio de las murmuraciones, al ser la novia del resucitado.

No tengo dudas que está furiosa conmigo, pero quizá su ira ha ido en aumento porque acaba de salir de un cotilleo y está metida en otro.

Creo que las disertaciones de Teodoro me entraron en la cabeza, porque el lunes por la mañana iba con la intención de intentar un acercamiento con ella, pero no salió como esperaba. Alma me ha reprochado que gana una miseria, que no le he dado permiso ni para tomar un café, y que está trabajando en la vereda. Como si yo hubiera dado la orden de que repartieran el pan en la vereda. ¡Ha sido Margarita la de la idea!, y a ella no le ha dicho nada, o eso creo.

Pero lo que me ha dejado desconcertado es esa metáfora sinsentido de que ella es como un río, pero el mar no la espera con los brazos abiertos porque está nadando contra la corriente. No sé lo que me ha querido decir. «No te olvides que te estampó las facturas en el pecho porque odia la crema». Eso es lo único que tengo claro.

Lo de regalarle las facturas fue porque no he dejado de repetirme una frase que me dijo Teodoro. «Yo sé que lo que escuchaste en el bar te hizo mucho daño, pero lo pagaste con alguien que te ha ido dando bocados de información de tu pasado». Era una ofrenda de paz, una forma de acercarme a ella. Pero no las quiso. Es decir, que ninguno de mis intentos por acercarme a ella ha funcionado. «Tampoco has hecho tantos intentos». Tengo que hacerlo mejor porque no sé si puedo vivir sin ella. No quiero vivir alejado de ella.

También le he estado dando vueltas a la única confesión que soltó Lisa. Debe ser porque desde que eché a todos estoy más solo que Brasita de fuego en su nido. A Marcos lo eché y no volvió más. Mi padre hizo oído sordo cuando lo eché, y sigue trabajando en las refacciones, a pesar de que no lo hablo porque todavía no acepto la barbaridad que hicieron con mi vida, o mi muerte.

La única que no ha dejado de venir es mi vecina Julia. Apareció el domingo después que eché a Lisa. Me trajo la comida, y ya que estaba en mi casa me dio un sermón sobre la amistad y sobre mi arrogancia al echar de mi vida a Marcos y Alma, las dos personas que siempre han estado para ayudarme a salir de mi apatía.

No hay dudas que en este pueblo las noticias vuelan, y Julia se enteró de lo que pasó en Lolo el mismo sábado por la noche.

Julia me ha dado la dirección de un gimnasio para que vaya a ejercitar, porque ella no piensa ayudar a alguien que le hace daño a Alma Torne.

Tuve ganas de decirle que no eché a Alma, y que solo le reproché que no me hubiera contado todas las verdades que se guardó de nosotros. «A veces no hacen falta las palabras. Hay miradas que matan», dice mi voz interior. No puedo negar sus palabras. Esa noche en el bar de Lolo odiaba a todos los que me mintieron, o me ocultaron la verdad, como le gusta aclarar a mi vecina, porque según ella solo omitieron cierta información por miedo a que me diera un shock. Quizá tenga razón y el equivocado sea yo. Tengo que reconocerle el mérito a mi vecina, porque su sermón también influyó en mi decisión de acercarme a Alma.

Pero mis pobres intentos de acercarme a Alma han sido un desastre. Me ha tratado como una empleada indignada, como si entre nosotros no hubiera un pasado. «Un pasado que no recuerdas, y en tu presente la corriste», me aclara la odiosa voz.

Y ahora llevo varias horas dándole vuelta al tema del río que fluye al mar, y a que odia la crema. Ella me traía las facturas que me gustan a mí y las comía en el parque de mi casa. Y resulta que ¡odia la crema!

Detalles que no sabía.

Son tantas mis lagunas que a veces me pregunto qué vida puedo ofrecerle a mi lado si mi cabeza está vacía. «Es más fácil esperar que te den la información servida en bandeja, a tener que bucear en los recovecos de tu mente hasta encontrar que significan esos bocados de información», dice mi voz interior.

Me concentro en las facturas con crema, de la misma forma obsesiva que lo hice el día que descubrí la imagen de dos manos tomando cerveza en un bar, la mía con mucha espuma y la de la mujer sin espuma. Los intentos por recordar me provocan un terrible dolor de cabeza, pero no dejo de pensar en la factura porque he comprobado que si le doy vueltas a esos detalles encuentro alguna respuesta.

Después de dos horas sigo pensando en las facturas. Creo que voy a terminar odiándolas porque lo único que estoy consiguiendo es que mi cabeza esté a punto de estallar.

Me recuesto en el sillón de la sala y cierro los ojos tratando de imaginar a Alma comiendo facturas. Pero no pasa nada. A ella no la puedo ver, pero no desisto, y sigo concentrado en la bolsa de papel donde ella me las traía todos los días al salir del trabajo.

Odio la crema, por eso pido que me las separen en dos bolsas. Me sobresalto cuando me asalta un recuerdo. El disparador era la bolsa de papel. Se me acelera el corazón y sigo con ojos cerrados tratando de revivir el momento del pasado donde ella me dice que odia la crema, y por eso pide que se las separen en dos bolsas, hasta que de repente aparece lo que estoy buscando. *Estoy al volante de un auto blanco. Odio la crema, por eso pido que me las separen en dos bolsas*. *Estoy sonriendo y niego con la cabeza mientras le digo que es una exagerada. Ella me pasa las dos bolsas por el vidrio de la ventanilla abierta, y no tengo dudas que en una están mis facturas con crema y en la otra las que le gustan a ella, sin crema.* «Odio la crema».

Abro los ojos y me levanto de un salto del sillón. Estoy ansioso porque he logrado visualizar un pequeño momento de nuestro pasado. Ella y yo en un coche blanco. No la vi entrar a Pancito, pero no tengo dudas que entró a comprarlas a la panadería, y me las pasó por la ventanilla del coche, en dos bolsas separadas. Odio la crema.

Ahí adentro está todo, solo tengo que tener algún dado y concentrarme, como lo hice con la cerveza y lo acabo de hacer con las facturas de Alma. Ella, a pesar de no hablarme, a pesar de estar furiosa conmigo, me sigue dando datos a bocados, como me dijo su padre. «Odio la crema».

Solo me falta descubrir qué diablos significa esa frase de que es un río que fluye al abrazo del mar. Qué me quiso decir con que a ella nadie la espera con los brazos abiertos, o que quizá está nadando contra la corriente. ¿De qué sirve ser generosa?, esa fue su respuesta cuando le dije que ella no era agresiva, que era generosa.

Intento visualizar un río donde estamos los dos, pero no aparece nada relacionado con un río. Se me parte la cabeza y decido dejar en pausa el tema del río y el mar porque también tengo otra disculpa pendiente, que no tiene que ver con la belleza, sino con Marcos.

Saco el móvil y le escribo un mensaje.

«Eras el novio de mi hermana».

Escribe y borra, y vuelve a escribir y borrar. Quizá he sido demasiado directo. Debería haber buscado otra forma de averiguar la relación que tenía con Lisa.

«Sí».

Ha demorado, pero me responde directo y sin vueltas, como es él. «Sacas conjeturas y no tienes idea de cómo es Marcos. Solo conoces lo que te quiso mostrar», dice mi voz interior. No hay mayor verdad que lo que me acaba de decir mi voz interior. Ellos han estado para mí, y nunca pregunté nada de sus vidas. Marcos me dice hermano, y solo sé que trabajaba en una oficina.

«No sé nada de tu vida», le mando el mensaje porque quiero dejar de ser tan egocéntrico. He vivido en una burbuja, y ellos han girado todos estos meses a mi alrededor, sin pedir nada a cambio.

Ya no escribe más. Está pasando de mí. «Lo echaste». Es cierto y no tengo derecho a juzgarlo. Me maldigo por haberme dejado llevar por la ira. Aunque Marcos se despidió diciéndome hermano y…

Escucho unas aceleradas en falso y sonrío.

Marcos es un amigo leal, honesto y se preocupa por las personas que quiere. Él está presente en las buenas y en las malas. Por más que lo eches, va a volver, Kevin, me dijo Teodoro. Tenía razón. Marcos ha regresado. Mi hermano ha regresado.

—Sube a la moto y vamos a dar un paseo por mi vida —dice Marcos.

No hay rencor en su mirada. Él me ofrece continuar donde lo dejamos. No sé si me está invitando a recorrer el pasado que compartimos o su presente. Ya no me importa separar mi vida entre el pasado y el presente, solo quiero conservar a mi hermano. Me pongo el casco que me tiende y subo a la moto.

Cruzamos el centro de Las Rosas, y se interna en un sector que cada vez está menos poblado. ¿Dónde vive Marcos? Quizá es un chico humilde que tiene una casita en las afueras. Pero él se detiene en un portón de hierro, pasa una tarjeta magnética, y se interna en un camino rodeado de árboles. He visto en la calle que toda la cuadra está rodeada de ligustros de altura, que ocultan lo que hay en el interior. Recorremos ese camino rodeado de árboles y cuando detiene la moto, me saco el casco, me bajo y miro con la boca abierta la mansión donde vive Marcos.

—Bienvenido a mi humilde morada, *brother* —dice.

Madre mía. Marcos es tan humilde, tan sencillo que nunca me imaginé que tenía una vida tan acomodada. Él me decía que antes era mecánico de motos, pero al ver la casa creo que debe ser un empresario podrido en dinero.

Niego con la cabeza. Miro a mi alrededor, el parque es enorme y la casa tiene dos pisos y una especie de buhardilla en el tercero, con techos de caída pronunciada y ventanas altísimas. Vuelvo a negar.

—Tú eres el mismo que hizo un escándalo porque había alquilado la casa que querías para hacer una diferencia rentándosela a los turistas —digo, y me paso la mano por el cabello.

—El mismo. Podría decir que se me dan bien los negocios, pero todo esto no lo hice yo —aclara.

No sé si reírme o darle un puñetazo en la cara. «Mejor cuenta hasta diez antes que vuelvas a perder a tu hermano».

—¿Por qué no recuerdo esta casa? Es impactante y debería haberme saltado algún recuerdo.

—Quizá porque nunca estuviste aquí —dice—. Vivía en un departamento en el centro. Todavía lo conservo, es una forma de escapar de esta casa que te ha dejado impresionado.

Niego con la cabeza. Tampoco recuerdo a Marcos en ningún departamento.

—¿Cuándo heredaste todo esto?

—Hace algo más de dos años que vivo aquí. En realidad sigue siendo de mi abuelo. Pero soy su único nieto, y su único pariente vivo. Me he mudado con él —aclara—. Somos una familia pequeña, *brother*. El abuelo hay días que está bien y otros más o menos. A veces cree que soy su hijo. Un día me confundió con el jardinero y me mandó a podar los rosales. Hace dos noches me gritó que quería matarlo con tantos condimentos porque creía que era el cocinero. Digamos que soy muchas personas para él. Por suerte algunas veces recuerda que soy su nieto.

Por eso Marcos me llama hermano. Por eso está tan pendiente de que nadie le haga daño a Alma. Él nos considera su familia porque está muy solo.

—Te he fallado —digo.

—No puede fallarme quien desconoce mi realidad. Y como me dijiste que no sabías nada de mí, te traje a conocer mi vida —aclara.

—¿Lo de ser un secretario de un contable también es mentira? —pregunto.

—Soy secretario del contable de mi abuelo —aclara—. Me toca controlar el negocio familiar.

—Eres rico —digo.

—El abuelo tiene algunas inversiones. Pero como está algo achacado, me doy una vuelta por la oficina.

Lo de darse una vuelta es minimizar su trabajo, porque sé que está todo el día ocupado. Nunca lo he visto en el centro tomando un café de media mañana, ni por las tardes. Solo tiene libre las noches. Y es tan humilde que me hizo creer que era empleado de un contable.

—Y yo ofreciéndote una sociedad en la panadería —ironizó, y me río porque mi intención era ayudarlo. Él no necesitaba mi dinero sino mi amistad.

—Creo que es la oferta más sincera que me han hecho —aclara—. Si hubiera sido otro rubro, abría aceptado.

—No creo que lo necesites.

—No todo es dinero, *brother*. Y compartir con amigos es mucho más importante que estar encerrado en la oficina con un viejo contable que gruñe y me tiene de recadero, aunque ya te dije que prefiero hacer trámites a estar encerrado con él todo el día. El viejo está lúcido, pero cuando llego a casa está el abuelo, y tanto vejestorio me deprime —dice.

Usa la ironía como una forma de minimizar su día a día. Y dudo que él empleado de su abuelo mande a Marcos a hacer recados.

—Marcos, yo no sabía que eras el novio de mi hermana —digo.

—No sé quién te lo contó, pero eso es pasado. Los que me conocen saben que yo voy hacia adelante, como el burro siguiendo la zanahoria.

—Me lo contó Lisa. Ella se borró de tu vida después del accidente. A veces creo que el accidente marcó un antes y un después en la vida de todos.

—Es pasado, y hay que dejarlo atrás, Kevin. Todo tiene solución menos la muerte —aclara.

—¿A veces me pregunto si alguien murió en ese accidente?

Marcos pierde la vista en el horizonte, y sé que hay algo que está evitando contarme.

—Si no me dio un shock al descubrir que me hicieron pasar por muerto, dudo que algo me afecte.

—Al poco tiempo del accidente murieron mis padres, Kevin.

—¿Cómo?

—Mi padre se ocupaba de los negocios y mi madre siempre estaba pendiente del abuelo. En esa época estaba mejor. Después del accidente, mis padres iban y venían de la ciudad porque tuve muchas fracturas. Estoy lleno de clavos. Si me acercas un imán, seguro que se me pega en el cuerpo —dice, y ríe porque siempre minimiza sus problemas—. Cuando me dieron el alta, les dije que me quedaba con el abuelo para que se tomaran unas vacaciones… pero no regresaron vivos —dice, y mira a lo lejos durante tanto tiempo que creo que se ha olvidado de que sigo aquí. Vuelve a mirarme, y esboza una mueca—. Dime si no es otra ironía de la vida —repite la frase.

Yo estoy temblando al descubrir algo que nunca se me cruzó por la cabeza. Él está tan inmerso en lo que se ha guardado que no sabe que me acaba de dar un dato que nadie me contó. En ese auto no solo íbamos Lisa y yo. Había más personas, y una de ellas era Marcos.

Nunca minimices el daño que sufren los otros, porque no estás en sus zapatos y no tienes ni idea las tormentas que han tenido que campear, me dijo Teodoro.

Por culpa del accidente, Marcos perdió a sus padres. Lisa lo borró de su vida porque se quería morir. Y no soy capaz de imaginar lo que sufrió, y las responsabilidades que tuvo que asumir este hombre generoso que me llama hermano.

—Y mi familia te privó de los amigos, de tu novia. No les importó la gente que quedó atrás. Ni siquiera les importó lo que tuviste que pasar —digo, y sé que tengo la voz quebrada.

—Tu familia no tiene la culpa de que mi padre se durmiera en la ruta y se estrellara con un camión. No sé para qué viajaron de noche. Supongo que se sentían culpables al dejarme convaleciente con el abuelo y con los negocios, y decidieron regresar rápido. Pero su apuro salió mal, y yo llevo más de dos años viviendo con el abuelo y atendiendo sus negocios —dice.

Ellos te creían muerto, Kevin. ¿Por qué quieres que carguen con las consecuencias de los actos de los otros? No, Kevin. Ellos también hicieron lo que creían que era mejor. Y tú sabrás si lo mucho o poco que hicieron te alegró la vida.

—Marcos —digo, porque recién descubro que mientras yo estaba luchando entre la vida y la muerte, él tenía sus propias batallas. Teodoro tenía razón en todas sus lecciones.

—Tengo gente que lo atiende. No estoy todo el día con él. Tengo cámaras por toda la casa, y no importa donde esté, siempre veo en el móvil cómo está el abuelo. A la noche ponemos música clásica y nos tomamos un *whisky*. La pasamos bien juntos —aclara—. Y tengo a mi lado a las personas que me importan.

—Alma —digo.

—Sí, y varios buenos amigos. Hay gente buena en este pueblo.

—Ella estuvo a tu lado cuando murieron tus padres.

—No. Ella vino después. Cuando llegó nadie hablaba de la muerte de mis padres, y eso fue bueno porque ella estaba mal. Los vecinos fueron al entierro, nos dieron las condolencias y cumplieron con el pedido de mi abuelo de no hablar de lo que le pasó a nuestra familia. La gente de Las Rosas tiene al abuelo en un altar, y no hubo ni un solo cotilleo.

Ni siquiera se lo contó a Alma. Minimizó su pérdida porque la priorizó a ella.

—¿Alma no lo sabe?

—Claro que lo sabe. Pero tienes que entender que Alma estaba rota cuando llegó al pueblo.

Nunca minimices el daño que sufren los otros. No tienes ni idea las tormentas que han tenido que campear. Qué razón tenía Teodoro.

Tengo ganas de decirle que todo lo que me está contando es nuevo para mí. Pero no pienso interrumpirlo porque creo que necesita sacar todo lo que tiene adentro. Él es un gran simulador, y quizá es la primera vez que cuenta el drama que vivió con ese accidente, que ya no tengo dudas que nos marcó a todos.

—¿Y tú no estabas roto?

—Yo era un tiro al aire. Tenía mi taller de motos y salía a divertirme, pero de golpe me encontré tapado de responsabilidades. Estaba demasiado ocupado y casi no tenía tiempo para llorar —dice—. Alma se enteró a los seis meses. No te imaginas lo que lloró. Se culpaba, se maldecía porque se había pasado meses tratando de saber de ti, y nunca se puso en mi lugar. Creo que lloró por mis padres, por mí, por mi abuelo, por ti y por todo lo que desencadenó el accidente. Y yo que no había derramado una lágrima, terminé llorando con ella. Fue liberador —me cuenta, y se queda mirando el horizonte. En ese momento veo a un Marcos distinto, no al que se esmera en esconder sus problemas para que nadie vea todo lo que perdió por culpa del accidente.

Ahora entiendo esa conexión que tienen, y entiendo su necesidad de protegerla. Él estuvo a su lado en los peores momentos.

—Lisa ha decidido quedarse en el pueblo —digo, y lo saco de ese lugar al que ha ido desde que llegamos.

Aprieta los puños. No me mira. Y por varios minutos no dice nada. Creo que no quiere

herirme. Él no sabe que lo único que puede herirme es perder a las personas que encontré en Las Rosas.

—En verano esto se llena de turistas. Todos son extraños y yo no elijo quien puede entrar o salir de Las Rosas —dice.

Me quiere hacer creer que le importa un pimiento lo que haga Lisa con su vida. Marcos tiene una fachada, que recién esta noche he descubierto. Él siempre está contento, siempre está haciendo chistes, pero creo que todavía tiene mucho dolor por las desgracias que pasó por culpa del accidente. Lisa manejaba, por lo que en el fondo la debe culpar o despreciar por la concatenación de fatalidades que tuvo que soportar a partir de ese día. Era su novia, y se borró de su vida cuando más la necesitaba.

—Eh, hermano, si quieres le digo a mi padre que se marche —digo.

—¿Me has llamado *brother*?

Asiento.

—¿Me estás diciendo que echarías a tu familia si te lo pidiera?—pregunta.

—Me has enseñado que la familia se elige, y haría cualquier cosa por mi familia —digo.

Le brillan los ojos.

—Jamás voy a meterme en las decisiones de otras personas. Si quiere quedarse, que se quede. Si quiere irse, no será porque yo se lo pida —asegura—. Dudo que nos crucemos en el centro.

—Eres un gran hombre, Marcos.

—Siempre que no le hagas daño a Alma —me advierte, y por eso lo admiro más.

Asiento porque tiene todo el derecho de amenazarme. Él estuvo a su lado, él la ayudó, la consoló y la sigue protegiendo.

Nos quedamos un rato en silencio hasta que me pregunta qué diablos voy a hacer en el segundo local. Le cuento que voy a empezar con un pequeño negocio de artículos de pesca, y si marcha bien quizá lo iré diversificando a otras actividades relacionadas con algún tipo de deporte que se practique en el lago, pero eso es algo más ambicioso y lo dejo para más adelante.

—Creo que eso me gusta más. Quizá podamos ser socios —dice.

No tengo dudas que se han invertido los papeles, porque en esta sociedad es él quien tiene el dinero para invertir, y suelto una carcajada.

Con Marcos todo es fácil, a pesar de lo difícil que ha sido su vida desde el accidente.

—Quiero ver el lugar donde tiraron mis supuestas cenizas, el lugar del accidente —pido.

Me mira desconcertado.

—No sabía que tú también estabas en el coche, Marcos. Me dejaron creer que solo íbamos Lisa y yo. —digo, porque quiero ser sincero con él—. Pero supongo que también estaba Alma.

—Me enredaste para que te contara…

—No, Marcos, solo comenzaste a hablar y yo te dejé que lo hicieras. Tú te acercaste a mí con mentiras para sacarme del pozo. Yo te dejé hablar para que sacaras todo ese pasado que te esfuerzas en dejar atrás con tus ironías. Estoy para apoyarte, como has estado tú para mí. Es lo que hacen los hermanos —digo, y veo que le brillan los ojos.

—Basta de tanto sentimentalismo que no pienso ponerme a llorar, *Brother*.

—No pretendía que lo hicieras —digo—. Llévame al lugar del accidente.

—Si es lo que quieres —dice, se acerca a la moto y me entrega el casco.

Dejamos atrás el centro para internarnos en un camino de montaña. Está pavimentado y lleno de curvas. No dejamos de subir. Marcos va tan despacio que no tengo dudas que nuestro accidente y el de sus padres lo dejaron lleno de miedos.

Cuando llegamos al lugar, Marcos estaciona al borde del precipicio, me bajo y me saco el casco.

No hablamos, él está perdido en sus recuerdos, y yo estoy intentando traerlos a mi mente. ¡Qué cerca he estado estos meses del lugar donde todo comenzó o terminó! El lugar está a muy pocos kilómetros de la casa que le alquilo a Julia. Me cuesta creer que esté de pie y vivo mirando el abismo donde todos me creían muerto. Pero no estoy muerto. Soy el resucitado, como me llaman en el pueblo, y creo que así me siento en este momento. Como si acabara de regresar del abismo.

—Los ríos solitarios fluyen al mar. A los brazos abiertos del mar —digo.

—*Unchained Melody de Rigtheous Brother* —dice Marcos, y me mira asombrado.

No puedo hablar. Me quedo paralizado, porque esas no son las palabras exactas de Alma. Es la letra de una canción. «Detalles. Siempre te ha estado dando detalles». Y cada uno de sus detalles me abren las puertas de los recuerdos.

CAPÍTULO 29

Alma

Llego a Pancito, y aprieto los puños al ver la fila de clientes que nos esperan, y todavía no son las ocho y media de la mañana. Cuando Margarita me ve, sale del negocio y me entrega una chaqueta verde loro. También me deja una roja sangre para que se la entregue a su hija, que para no perder la costumbre de ser una irresponsable, llega tarde, esto lo dijo su madre. La casaca tiene panes pintados de blanco, e imagino a Margarita pegando las estampas con la plancha de madrugada para evitar una discusión con Luciana.

—Esto es humillante —se queja Luciana, que llega quince minutos tarde. Pero se la pone para no tener otra discusión con su madre.

Luciana atiende toda la mañana con las mejillas sonrosadas. Es que somos el hazmerreír de los vecinos. No es que suelten carcajadas cuando nos ven, pero ya nos han soltado varios chistes, como que nos falta el amarillo para ser un semáforo, o que si nos ponen las luces navideñas seríamos un árbol de Navidad. Un amigo de Luciana le acaba de regalar una estrella de Belén para que se ponga en la cabeza. Y como si eso no fuera suficiente, Margarita se pone a gritar que recuerden que las facturas están a mitad de precio.

—Renuncio —dice Luciana, y se desprende la ridícula casaca roja con estampado de panes, pero recapacita y se la vuelve a abrochar. Creo que no se va para no dejarme sola.

Y seguimos atendiendo, cansadas, sudadas y muertas de sed, porque hoy el sol golpea con fuerza y hace un calor infernal.

Antes de las once, cuando las dos estamos a punto de desmayarnos, sale Margarita acompañada de dos mujeres.

—Kevin me llamó para decirme que pueden ir a desayunar al bar. También me pidió que les presente a las nuevas empleadas de Pancito. Ellas son Laura y Marta —aclara—. Son dos vecinas del pueblo que necesitan trabajar. Anoche se pusieron en contacto conmigo para preguntarme si había trabajo. Le hablé a Kevin, y me dijo que si eran buenas personas, las contratara.

Luciana salta y baila de la emoción, felicita a Laura y Marta y les desea toda la suerte del

mundo.

—¿Nos está echando? —pregunto.

—No, Alma. Pero puedes decidir si te quedas o si quieres aceptar el trabajo que te ofreció Berta —aclara—. Y tú podrías moderar tu emoción de poder desligarte de tu herencia —reprocha a su hija.

—Estoy conteniendo las lágrimas, mamá —dice Luciana, me agarra del brazo y nos vamos al bar.

Lo más extraño de este día no solo son las dos nuevas empleadas que nos liberan a Luciana y a mí. Lo más extraño es que, cuando llegamos al bar y pedimos un desayuno completo, con jugo de naranja natural y todo, porque queremos celebrar que somos libres de quedarnos o irnos; el camarero nos dice que todo lo que consumamos en horario de trabajo corre por cuenta del dueño de la panadería.

—¡Oh! Eso es otra ofrenda de paz —dice Luciana—. Kevin escuchó tu reclamo de ayer, de que estábamos agotadas y sin tomarnos un descanso para desayunar.

Me brillan los ojos. Ella tiene razón. Kevin me está dando pequeños detalles, como lo hacía yo desde que llegó a Las Rosas. «Ayer le estampaste el detalle en el pecho porque te dio facturas con crema, y a ti te gustan sin crema», dice mi voz interior. Es cierto, pero después recapacité y comprendí que no puedo pedirle que haga lo que no sabe.

Hoy ha contratado dos empleadas para darnos la libertad de renunciar y nos ha dejado el desayuno pago. «Y con eso te basta para tirar por la borda tu decisión de no seguir esperando a Kevin». La ignoro porque mi cabeza piensa igual, pero mi corazón va por otros derroteros y me muero de amor con lo que está haciendo. «Mejor no te mueras, que ya hubo demasiadas muertes que no fueron», dice mi voz interior.

Con Luciana decidimos quedarnos unos días trabajando para colaborar con Laura y Marta hasta que aprendan el movimiento de la panadería. Algo ridículo, puesto que las dejamos solas apenas Margarita nos presentó a las nuevas empleadas.

Al día siguiente Marta y Laura están ansiosas por ponerse detrás del carro con el pan, y Luciana y yo estamos ansiosas por ir a disfrutar del desayuno gratis en el bar. Luciana les explica rápido el trabajo, que no tiene ninguna ciencia y ya lo hicieron solas el día anterior, y en el bar pedimos un desayuno completo con un jugo de naranja bien grande, aprovechando que lo paga Kevin.

—Margarita me comentó que se han incrementado las ventas de facturas y tartas —digo.

—A mí me contó que Kevin ha conseguido colocar los productos en pequeños negocios del pueblo, y también los está ofreciendo en bares de la ruta y paradores del río. Ella nunca quiso hacer cambios. Siempre se empecinó en conservar la panadería como la tenía su abuelo. Y así nos fue —dice Luciana, con un dejo de rencor en la voz.

Ella siempre le pidió a su madre diversificar o expandir el negocio, pero Margarita nunca la escuchó.

—¿Te arrepientes de que la vendiera?—pregunto.

—Ha sido un alivio para mí —asegura—. Ayer salí a buscar trabajo, y he conseguido que me contrataran de recepcionista en un hotel para la temporada. Bueno, entré por la ventana porque es del padre de un amigo del instituto. Lo que me fascina es que cuando termine el verano me voy de vacaciones a vivir una de mis aventuras.

—Brindemos porque vas a cumplir tu sueño de no estar toda la vida en la panadería —digo, y las dos levantamos el jugo de naranja para chocar los vasos—. ¿Es Carla la que viene bailando por la calle? —pregunto.

Mi amiga hace visera y abre la boca asombrada. Carla ha estado en boca de todos después de lo que pasó con Emiliano en el bar de Lolo. Me recuerda a cuando perdí a Kevin y todos se compadecían de mi desgracia. «Eso fue porque cometiste el error de contar los sueños que tenían de vivir en Las Rosas. Eras la pobrecita que perdió al novio». En eso la voz de mi conciencia tiene razón.

Le ha tocado el turno a Carla de ser la pobre tonta que no se dio cuenta que Emiliano había estado diez años jugando con sus sentimientos. Ella no salió más a la calle, y estaba organizando su huida porque no quería cruzarse con Emiliano y tampoco iba a tolerar todos los cotilleos. Pero parece que todo ha cambiado, porque Carla viene bailando hasta nuestra mesa y grita, para que todos la escuchen, que Emiliano le ha pedido matrimonio en la casa que está construyendo para ellos.

Y esta sí que es una novedad de las buenas en un pueblo donde rara vez las cotillas hablan de algo interesante. Ya sabía lo de la casa, pero no que Emiliano aceptó mi consejo y Carla lo aceptó a él.

—¿Una casa? —pregunta Luciana incrédula—. Y de qué galera se la sacó.

—De ninguna galera —dice Carla, y explica con lujo de detalles que está al pie de la montaña. Que compró el terreno cuando allí no había nada, pero que ahora hay muchas casas, y ya llega la luz y el agua, y que se ha valorizado mucho. Que le faltan muchos detalles, pero que ella también trabaja y ahora tienen dos sueldos para terminarla. Qué Emiliano se lo tenía guardado porque era una sorpresa para ella. Y que su padre le ha ofrecido trabajo en el aserradero. Y que una pedida de mano en su propia casa ha sido mejor que en el bar de Lolo. Y que lo ama, y que Emiliano la ama, y que van a tener tres hijos, un perro y un gato.

Ya no escucho más porque ha vuelto a soñar con el futuro, pero así es Carla y creo que va a lograr todo lo que desea.

Luciana la abraza y le dice que está feliz por ella, pero que si Emiliano le vuelve a fallar le va a cortar sus partes íntimas. Me levanto de la silla, la abrazo y la felicito. Y ella me

agradece, porque si yo no le hubiera dado un empujón a su novio, nada de esta felicidad habría sido posible.

Cuando Carla se va, las dos nos miramos asombradas.

—Brindemos por Carla —digo.

—Para que tenga dos hijos, cuatro perros y un gato.

Me río porque se ha equivocado en los cálculos, y chocamos nuestros vasos de jugo.

—Brindemos el desayuno gratis —dice Luciana, y brindamos con el jugo de naranja porque es bueno brindar aunque no haya motivos.

Le cuento que ayer pasé por la tienda de Berta para saber si su propuesta seguía en pie, y que me recibió con los brazos abiertos.

—Ya estoy contratada como encargada de la tienda, y empiezo la semana que viene. El primer mes vamos a estar las dos, y después vamos a trabajar una semana cada una —digo.

—Es el trabajo ideal —exclama Luciana—. Brindemos porque el lunes empiezas a trabajar con Berta —dice Luciana, y volvemos a chocar los vasos de jugo.

Me cuenta que ha decidido tomarse unas merecidas vacaciones antes de empezar en el hotel. Que tiene un mes completo, y que piensa cometer todas las locuras juntas. Nos reímos cuando propone otro brindis porque se va a bañar desnuda en algún pueblo donde nadie la conozca.

A media mañana del viernes Margarita nos dice que Kevin le avisó de que es nuestro último día de trabajo, porque Marta y Laura ya están preparadas para trabajar sábado y domingo sin nuestra ayuda. Y que no hace falta que terminemos el turno, que ya podemos irnos a casa. Luciana salta de emoción y a mí se me caen unas lágrimas. Las dos somos muy distintas, ella está feliz con su cambio de vida, y yo siento melancolía al dejar el trabajo que me dio algo de paz durante los dos años sin Kevin. Además, la panadería es de Kevin, y a veces creo que dejar el trabajo es como dejarlo a él.

Kevin está desaparecido, apenas si lo he visto entrar al gimnasio un par de días. La última vez que vino a la panadería fue el día que me regaló las facturas, y eso fue el lunes. Varias veces estuve tentada de preguntarle a Margarita por Kevin. Pero me recuerdo mi decisión de no ir detrás de Kevin y logro contenerme. «Así se habla», grita mi voz interior.

—Vamos a festejar nuestro último día con un desayuno completito que paga Kevin —dice Luciana, y me abraza cuando ve que se me caen las lágrimas—. No sabía que amabas tanto este trabajo.

—Han sido los dos años más difíciles de mi vida, y tu madre me dio la posibilidad de trabajar sin atender al público cuando necesitaba no estar expuesta a los cotilleos —digo.

—Pero eso ya pasó, Alma. Se lo agradeces y sigues adelante, que te espera una nueva vida —dice.

Tiene razón, y pienso aprovechar la oportunidad que me está dando Berta. Pero me pongo nostálgica porque es una etapa de mi vida que se cierra solo en lo laboral.

Nos pedimos el desayuno y brindamos por esa nueva etapa que nos espera a partir del lunes.

—Ha sido una semana movida. No parece algo que suceda en Las Rosas —digo.

—Carla le dejó un ojo morado a Emiliano, y ahora se van a casar —dice Luciana, y yo levanto el vaso de jugo para brindar por ellos.

—Sí. Y van a ser felices.

—Y como Kevin está enamorado de ti, hemos desayunado en bar sin pagar durante toda la semana —dice Luciana.

—No creo que un desayuno gratis en el bar sea muestra de amor —digo, porque si realmente me quisiera, tendría que haber venido a verme— Aquí lo que importa es que he dejado de correr detrás de Kevin —comento.

—Brindemos porque has dejado de correr detrás de Kevin—dice Luciana, y chocamos nuestros vasos de jugo.

—Hay dos nuevas empleadas en Pancito, que nos permiten renunciar —digo, y levanto el vaso y volvemos a brindar.

—Hemos soportado las burlas de los vecinos sin morir de vergüenza —dice Luciana, y chocamos nuestros vasos.

—Y vas a bañarte desnuda en un pueblo donde nadie te conozca —digo, ella suelta una carcajada y brindamos.

—No lo tomemos tan rápido que nos vamos a quedar sin jugo para seguir brindando —comenta, y levanto el vaso para seguir brindando—. ¿Y este brindis por qué es?

—Porque tengo la mejor amiga del mundo —digo, y se me caen las lágrimas—. No habría podido salir de la tristeza sin ti y sin Marcos —aseguro.

Es cierto. Ellos son las dos personas que estuvieron a mi lado para levantarme cuando me caía. Son los que a su manera me hacían respirar cuando sentía que me quedaba sin aire. «Y de qué te ha servido tanto sufrimiento, si Kevin está pasando de ti desde que le estampaste las facturas en el pecho y lo tiraste al piso». Se me anuda la garganta porque tiene razón.

Hemos brindado por todo lo que nos pasó en la semana. El único brindis que faltó es haber recuperado a Kevin. Después de una semana sin aparecer, creo que voy a tener que aceptar que en nuestro camino hay demasiadas piedras. Quizá esos escollos son las señales de que los sueños, a veces solo son sueños.

Regreso a mi casa porque Marta y Laura no han querido soltar el carro donde reparten el pan. Me voy para no volver y me siento extraña. Ya no voy a estar en la trastienda horneando el pan. Ya no voy a compartir mis días con Luciana. Y no sé si voy a volver a ver a Kevin. Me

brillan los ojos y trato de respirar profundo y soltar el aire despacio para no sufrir un ataque de ansiedad.

Cuando llego al puente Loma me quedo de pie en uno de los ingresos al ver a Kevin apoyado en la baranda.

CAPÍTULO 30

Kevin

Le pedí a Margarita que pusiera a trabajar a las nuevas empleadas y les dijera a Luciana y Alma que podían retirarse temprano del trabajo. La he llamado para preguntarle si se han ido, y Margarita me ha dicho que se han quedado en el bar disfrutando de su último desayuno gratis, mientras yo llevo mucho tiempo esperando en el puente Loma, porque es el único camino que tiene Alma para llegar a su casa.

Después de dos horas veo que la belleza se acerca caminando, y al verme se detiene en el ingreso. Sonrío porque le he dado una sorpresa, aunque no parece contenta de tenerme a mitad del puente, esperándola.

—Estoy imaginando como ha sido nadar contra la corriente —digo, sin apartar la vista del río—. Es poco caudaloso, pero supongo que después de bracear unos minutos solo debes haber avanzado unos metros. Y si te detienes a mirar, la corriente te devuelve al punto de partida. Eso haría desistir a cualquiera de intentar llegar al mar.

Ella me mira desconcertada. Quizá no sabe de lo que estoy hablando.

—Estás sacando alguna deducción de lo que te dije la última vez que nos vimos en la panadería, hace como “una semana” —recalca una semana para que entienda que es un reproche. «Lo tienes merecido. Te has borrado por muchos días», aclara mi voz interior.

—Belleza, al mar no se llega nadando contra la corriente. Si hubieras nadado a favor de la corriente…

—Qué sabrás tú de mis batallas —dice, con la voz entrecortada.

Me giro y me apoyo de forma relajada en la baranda del puente, no para mostrarme despreocupado, sino para disimular que después de dos horas esperándola las piernas ya no me responden.

—Cuéntame tus batallas —pido.

Ella abre la boca, la cierra y mira el piso. Creo que intenta esconder sus emociones. «Mira el piso para esconder su ira porque nunca te importaron sus batallas».

—Sé que viniste a Las Rosas un tiempo después del accidente —digo.

Despierto su interés con mis palabras, porque levanta el rostro y me mira sorprendida.

—Marcos me confirmó que tú también estabas en el coche que cayó al precipicio. No lo sabía —digo, y ella niega con la cabeza.

—Marcos debería aprender a mantener la boca cerrada —dice.

—¿Por qué? Acaso tú también eres de la idea de ocultarme la verdad —digo.

—No, Kevin. Está demostrado que las mentiras hicieron mucho daño. Pero no quiero ser la mujer que dejaste en tu pasado —aclara.

—Eres la mujer que dejé en mi pasado, Alma —aseguro.

—Es lo que he intentado evitar todo este tiempo —asegura, y unas lágrimas caen por sus mejillas.

Me gustaría acercarme para secarle las lágrimas, pero no quiero terminar otra vez en el piso. Ya camino con más seguridad, pero tantas horas de pie en el puente me ha pasando factura, y decido seguir apoyado en la baranda.

—Te has esmerado en callar todo lo que quería averiguar desde que vine a Las Rosas. Pero ya lo sé, Alma. No sé por qué insistes en mantener la boca cerrada.

—Qué quieres que te diga —grita.

—Que llegaste rota unos meses después del accidente. Que todos los vecinos sabían de tu tristeza, y que viniste a cumplir nuestros sueños porque era lo que queríamos los dos —digo.

—Eso es lo que intentaba evitar. Pero te lo gritaron en el centro. Aquí muchos no miden el daño que pueden hacer con sus palabras, y te enteraste de todo lo que habría preferido que no supieras.

—¿Por qué?

—Porque tú no sabías quién era. Y porque nunca quise que te sintieras obligado con la mujer de tu pasado. Yo solo quería sacarte el rencor que vi en tu mirada cuando nos vimos por primera vez, en aquella casa desolada donde te quería dejar tu familia. Quería que recuperaras las ganas de vivir —dice.

—¿Por eso me dabas la información a bocados? —pregunto.

—¿De qué estás hablando? —dice. Me mira sorprendida.

—Teodoro me dijo en el lago que no descargue mi ira por lo que hicieron mis padres con la persona me daba información a bocados. Y yo pensé en las facturas con crema —digo.

Ella suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Mi padre me aseguró que no te había hablado de mí. Él sabía que no quería que nadie te llenara la cabeza con detalles que te hicieran sentir obligado a estar conmigo.

—No me llenó la cabeza. Él me dio el punto de vista de alguien que miraba todo desde la vereda de enfrente, como me dijo. Y solo me dio un pequeño detalle, y yo deduje que se refería a ti. Un detalle como los que tú has ido sembrando en mi camino —digo.

Frunce el entrecejo, y se acerca a mí. Se acerca tanto que mi corazón late como si hubiera corrido una maratón. «Ja, ja. Ese es un buen chiste», murmura mi idiota voz interior.

—Parece que no te oculté tanta información como creías. Y parece que no quería hacerte daño —susurra en mi odio, y antes de que la garre de la cintura y la pegue a mi cuerpo, se aleja del puente Loma.

A pesar de que las piernas no me responden, la sigo.

—No eres como ellos. Tú no me robaste mis recuerdos —grito, porque ella ya me lleva varios metros de ventaja.

—Déjalo, Kevin. Yo ya no quiero seguir nadando contra la corriente —asegura.

Aprieto los puños y acelero el paso. Es increíble cómo me funcionan las piernas cuando estoy por perder a la persona que quiero. He trastabillado dos veces, y en una casi termino en el suelo, pero sigo avanzando.

—No voy a dejarlo. Llevas dos años esperándome, y yo quiero lo que teníamos —grito.

—No sabes lo que teníamos —asegura, sin detenerse. Ha doblado en una curva y no le contesto para no gastar energías. Necesito llegar hasta ella, pero me lo está poniendo complicado. Cuando giro en la curva ya no está más.

—Alma —grito, pero ella no se asoma por ningún lado—. Voy a golpear en todas las puertas hasta que te encuentre —aseguro.

«No veo ninguna puerta», dice la irritante voz.

Hay tres tranqueras en toda la cuadra y las casas deben estar ocultas entre los árboles, pero no dudo en abrir la blanca que está a la izquierda. No he reconocido nada de este pueblo, salvo a Teodoro, el lago, la heladera de *camping*… y la tranquera de la casa de Alma.

Cuando entro, Alma está de espaldas y se le sacuden los hombros. Está llorando y se me anuda la garganta. Camino para acercarme a ella y abrazarla, pero me asaltan imágenes del pasado como me pasó en el lago. Allí está la escalera que lleva a la galería. Son cinco escalones, y el tercero cruje. Las plantas de su abuela mezcladas con las nuestras. El chalé antiguo, que está recién pintado.

—Podaste las plantas mientras estuve ausente —susurro, y ella sigue de espaldas—. Y aún no han florecido las hortensias de tu abuela.

Se gira y me mira emocionada.

—Allí te hice el amor —señalo el costado de la casa—. “Kevin, nos pueden ver los vecinos”, me decías. “No hay casi vecinos”, te decía yo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta.

Me encojo de hombros porque no tengo idea como lo sé. Hay cosas que no tienen explicación. Pero hay otras que sí son importantes, y decido concentrarme en ellas.

—Hace un tiempo conocí a una mujer que me trató como si no tuviera un montón de

problemas. Una mujer que me puso un apodo ridículo. Ella me permitió creer que podía salir del abismo porque me regaló risas y nuevos recuerdos. Pero también me dio un pequeño recuerdo que me devolvió las esperanzas. Por ella hice el esfuerzo de dejar de lado la apatía. Por ella empecé a caminar, por ella decidí que valía la pena seguir adelante.

—Kevin —susurra.

—Para mí eras la belleza, porque esa emoción que veía en tus ojos era lo más bello que había visto desde que desperté. Y tú, que me dejabas ver más de lo querías, me devolviste las emociones que había perdido. Un día casi te hice el amor en el parque de la casa de Julia y me asaltó una imagen del pasado. Estaba haciendo el amor con una mujer sin rostro, pero en otro jardín, con otras flores, con la hierba verde, con muchos árboles, un bosque de pinos más allá del jardín, y detrás las montañas. Así recordé este parque, pero no a la mujer que vivía aquí.

—¿Por eso no me hiciste el amor? —pregunta.

—No fue por el pasado. Incluso mandé el pasado al diablo. Me pesaba cuando solo quería el presente, porque era adonde estabas tú —digo—. Estaba decidido a dejarme llevar por el impulso, pero tengo una maldita voz interior que no dejaba de repetirme que haga lo correcto. Y esa conciencia me hizo comprender que si había quedado una mujer en mi pasado, te iba a hacer daño a ti si te toma en el jardín de Julia.

—Kevin —susurra.

—Ya no me interesaban esos recuerdos que tanto quería. Ya no eran importantes. Me molestaban, me pesaba saber que había otra mujer cuando me sentía tan feliz con mi belleza —le explico—. Intenté mantener cierta distancia para que no sufrieras si aparecía la mujer de mi pasado. Y al mismo tiempo deseaba conquistarte, pero ¿qué tenía para ofrecerte?, solo incertidumbre. Al final gano la voz de mi conciencia y decidí mantener la distancia porque no quería que sufrieras.

Ella se acerca y me alejo porque ahora que he encontrado las palabras, quiero quitarle todas sus inseguridades.

—Deseaba que tú fueras la mujer de mi pasado. Pero me enteré que tu novio había muerto. Y no era yo. Cómo iba a ser yo si estaba vivo, Alma. Era otro hombre quién te había roto el corazón. Y me sentí egoísta porque tú, que habías sufrido una terrible pérdida, solo pensabas en hacer mi vida más fácil.

—No quise engañarte. Solo se me ocurrió decirte la verdad, sin decirte que eras tú.

—Para alguien que no recordaba ni su nombre, esa verdad no tenía sentido. Odié al idiota que te había abandonado. No podía creer que un hombre fuera tan estúpido. Y resulta que el estúpido siempre fui yo.

Ella me mira con la boca abierta, y niega con la cabeza. Creo que tiene la autoestima baja. Nunca creyó que podía quererla, y eso me molesta porque es la mujer más hermosa que he

conocido, y no lo digo solo por su aspecto físico.

—Todo habría sido más fácil si te contaba la verdad —dice, con la voz entrecortada—. Pero yo nunca barajé esa opción, Kevin. Nunca habría usado tu pasado para que volvieras a mí.

—Qué poca confianza tienes en tu poder de conquista.

—No es que sea una mujer fatal, Kevin. Los hombres no caen rendidos a mis pies —asegura.

Arqueo las cejas porque no puedo creer sus palabras.

—Seguro que yo caí rendido a tus pies en el pasado —sugiero.

Ella suelta una carcajada, que a mí me suena irónica.

—¿No fue así? —pregunto.

—No. Y no creo que estés enamorado de mí en el presente —dice, y se le caen las lágrimas.

«Creo que te está despachando de su vida», susurra esa odiosa voz.

Cómo puede ser qué no la haya convencido de mis sentimientos.

—En el presente eres la persona más importante de mi vida, belleza —digo.

—No confundas amor con agradecimiento, Kevin. Llegaste enojado, y varias personas te ayudamos a salir adelante.

—Estoy agradecido con Marcos y Julia, pero no deseo acostarme con ellos —aclaro, y me paso la mano por el cabello porque tengo la sensación que nunca lo hice bien con ella.

Ella contiene una sonrisa.

—Pues a Marcos deberías hacerle un monumento. Y a Julia deberías adorarla toda tu vida. Ella es bastante fría, pero se ha dedicado todo este tiempo a sacarte adelante. Ha hecho mucho más que yo.

—Julia podría ser mi abuela. Le voy a estar siempre agradecido, y le he tomado mucho cariño, pero no me imagino compartiendo mi vida ni mi cama con ella. Y Marcos no es mi tipo.

Suelta una carcajada, y niega con la cabeza.

—Podemos ser amigos por un tiempo, y si saltan chispas.

—Saltan brazas entre nosotros, belleza.

—Kevin, no puedo volver a caer —dice, y por fin comprendo cuánto se rompió cuando creyó que estaba muerto.

Saco el móvil del bolsillo y me pongo a escribir un mensaje.

Por su gesto de asombro debe creer que me he olvidado de que está a pocos pasos. ¿Qué estará pensando? «Quiere huir de ti, y si no la detienes se va a romper». Sigo escribiendo y la miro de soslayo. Creo que se ha roto tantas veces, que tiene miedo de no poder volver a juntar todos los pedazos para rearmarse.

—Listo —digo, y guardo el móvil.

Alma se sorprende cuando le suena el móvil. Lo saca del bolsillo para mirar quién le ha enviado un mensaje en el mismo momento en que yo mandaba uno desde mi móvil.

Tiembla cuando ve que el mensaje que le ha llegado es mío. Tiembla tanto que el móvil se le resbala de las manos y termina en el suelo. Se agacha para recogerlo, y cuando apoyo mi mano sobre la suya descubre que estoy a su lado. Me estremezco con su contacto. Desde el día que la vi por primera vez en Las Rosas, después del accidente, ella removió todas mis emociones.

—Tú —susurra.

—Aquí está registrado todo el tiempo que me esperaste —digo, y le muestro el móvil que me devolvió mi hermana—. No somos amigos, belleza. Nunca fuimos amigos.

—Pero, cómo… ¿de dónde lo sacaste? —pregunta.

—Te habría respondido antes, pero mi hermana me lo devolvió hace una semana. Y como estaba enojado, furioso, Lisa me pidió que dejara el paquete en algún lugar seguro hasta que se me pasaran las ganas de estamparlo contra la pared —aclara—. Es en lo único que le hice caso, y agradezco no haber sido impulsivo. No sabía que adentro de la caja que me entregó estaba mi móvil. No sabía que en el móvil podía encontrar parte de mi pasado. No sabía que iba a encontrar todos los mensajes que me enviabas porque creías que seguía vivo. Tú, belleza, nunca creíste que había muerto. Me lo dijiste en el bar, y no te presté atención porque estaba enojado.

Alma abre el mensaje y lo lee.

Woah, my love, my Darling
I've hungered for your touch
A long, lonely time

Le brillan los ojos cuando lee la primera estrofa de la canción *Unchained Melody* de *Righteous Brothers*, y me obligo a alejarme para no envolverla en mis brazos. Todavía no sé si voy a lograr llegar a su corazón. No soy romántico, ni un poeta capaz de escribirle los más bellos versos de amor, pero sé lo que significaba para ella esta canción.

—Kevin —susurra.

—La cantabas mientras íbamos en el coche. Los dos estábamos sentados en el asiento de atrás —digo, y me pongo a cantar.

And time goes by so slowly. And time can do so much. Are you still mine? I need your love. I need your love. God speed your love to me

Le brillan los ojos, niega con la cabeza y sonríe mientras canto para ella.

Lonely rivers flow. To the sea, to the sea. To the open arms of the sea, yeah. Lonely rivers sigh. "Wait for me, wait for me". I'll be coming home, wait for me

—Kevin, como lo supiste —dice.

—Dijiste que eras un río solitario, Alma. Y tenías razón. Te ha tocado nadar contra la corriente, sortear nuestro accidente, pasar por arriba de las decisiones de mi familia que intentó borrar nuestro amor. Pero no te rendiste. Tú necesitabas una señal. Y un día aparecí como esa señal que llevabas dos años esperando. Y como las señales te definen, te has esmerado en sembrar mis vacíos de señales. No sé si creo en alguien más que en ti. Porque no tengo dudas que tu esperanza, tu fe ciega de que en algún momento iba a aparecer, es lo que me mantuvo vivo.

Ella niega con la cabeza.

—¿Cómo has sabido que te daba señales? —pregunta.

—"Odio las facturas con crema" fue una señal. Y te vi saliendo de la panadería con dos bolsas de papel, me las pasabas por la ventanilla abierta de un coche blanco y me decías: he pedido que me las separen en dos bolsas porque odio la crema, y yo te decía que eras una exagerada —digo.

—Dime cómo lo recordaste —pide.

—Porque empecé a concentrarme en tus señales.

Al ver que frunce el entrecejo, deduzco que le cuesta creer en mi recuerdo. Quizá está suponiendo que alguien me contó lo de las facturas. Alguien como Margarita.

Pero si ella fue capaz de estar dos años esperando mi regreso, no me voy a rendir en cinco minutos, y vuelvo a cantar. Esta vez lo hago en español porque a ella le gustaba cantarla en nuestro idioma.

Oh, mi amor. Mi querida. He deseado tanto tus caricias. Durante un largo y solitario tiempo. Y el tiempo pasa lentamente. Y el tiempo puede hacer tantas cosas ¿Aún eres mía? Necesito tu amor. Necesito tu amor. Qué Dios me envíe tu amor hacia mí.

—No piensas rendirte —dice, y se le caen las lágrimas.

Niego con la cabeza.

Los ríos solitarios fluyen al mar. Hacia el mar. A los brazos abiertos del mar. Los ríos solitarios suspiran. Espérame, Espérame… Estoy yendo a casa. Espérame. Oh, mi amor. Mi querida...

Dejo de cantar cuando ella no para de llorar.

—No quiero que llores. Solo quería que supieras que entendí esas palabras que me dijiste hace unos días. Te juro que para mí no tenían ningún significado hasta que vi la luz, y descubrí la letra al pie del precipicio donde nuestros sueños se quedaron en pausa.

—¿Estuviste en el lugar del accidente? —pregunta Alma.

—Marcos tuvo la gentileza de llevarme. Necesitaba ver el lugar.

—Para descubrir si recordabas algo —deduce.

—Y tus palabras sinsentido para mí, cobraron todo el sentido en ese lugar. Necesitaba volver a empezar contigo, sin tener tantos cables desconectados para que no te negaras a darme una nueva oportunidad. He vuelto a casa, mi amor.

—Y si… —dice, y me abalanzo sobre ella.

—Hay muchos y sí… que no tienen respuesta, Alma. Quizá nunca recuerde nuestra historia completa. No puedes seguir teniendo miedo de que me sienta obligado porque eres la mujer de mi pasado, si también eres la mujer de mi presente desde el día que entraste al parque de la casa de Julia, te acostaste a mi lado y me sugeriste que la próxima vez que quisiera tirarme en el césped, intentara poner la espalda en el suelo en lugar de la boca. Y después me regalaste las facturas con crema que me hicieron viajar a mi pasado. Ese día comenzaste a derretir el hielo de mi corazón —digo—. Me hiciste sonreír. Me diste muchos momentos hermosos desde que llegué al pueblo. Hasta me sugeriste que buscara un médico que volviera a conectar mis cables. Tú llenaste mis vacíos con nuevos recuerdos. Y con cada una de tus ocurrencias, con cada momento que me regalabas, yo quería ser mejor para ti. Yo quería que me eligieras —digo.

—Kevin, yo siempre te elegí. Pero no quería forzar un destino que se esmeraba en separarnos —dice.

—No, Alma. El destino nos dio una nueva oportunidad. Eres la mujer que amo, y ya no me importan los tiempos —digo, y la beso.

Ella se cuelga de mi cuello y por fin puedo envolverla en mis brazos para pegarla a mi cuerpo. Hay cosas que quizá nunca vuelvan a mi mente, pero me basta con lo que he podido rescatar, como el recuerdo de este parque donde hacíamos el amor, los cinco escalones de la galería, el tercero cruje, las flores de su abuela mezcladas con las nuestras, la hierba verde, y más allá el bosque de pinos y las montañas. Lo recuerdo con los mismos detalles que recordé el lago, y la arrastro hacia el lugar donde hacíamos el amor, junto a un frondoso árbol donde cantan para nosotros un montón de gorriones.

Caemos sobre la hierba. La beso y la acaricio. Alma me levanta la remera y recorre con sus manos mi cuerpo. Tiembla, los dos temblamos, y me imagino su emoción porque ella me perdió, y cuando aparecí como esa señal que llevaba dos años esperando, lo hice sin recuerdos y se negó a demostrarme sus sentimientos. Ahora su sueño, que también es el mío, se está haciendo realidad.

Al igual que la tarde que estuve con Marcos al pie del precipicio, rememoro las imágenes de aquel día que recorríamos la ruta de curvas que nos llevaba a la cima de la montaña. Íbamos a disfrutar de una noche llena de estrellas. Era verano y había muchos vehículos en la ruta. Una brisa fresca entraba por la ventanilla abierta de mi lado, porque me gustaba sentir en el rostro el aire de campo. Sonaba *Unchained Melody* de *Righteous Brothers*, como le repetía a Alma, porque a ella te gustaba llamarla Las sombras del amor, como en la película *Ghost*. Era su canción preferida y la cantaba a gritos. Me tapé los oídos y ella me dio un codazo en las costillas para que dejara de burlarme de su voz. Me saqué el cinturón de seguridad y me abalancé sobre Alma. Le hice cosquillas y ella soltó una carcajada. La besé. «Así te callas», le dije y siguió riendo. Marcos gritó: «cuidado, Lisa. No gires. No gires», pero ya era tarde. Lisa gritó. Alma gritó y me miró aterrorizada.

Apartó el recuerdo porque lo importante es que estamos vivos. El pasado ya no importa, como me dijo Marcos. Deslizo mis manos por debajo de la remera para acariciar a la mujer que amo, su piel es suave y ella se estremece. La beso, y me posiciono sobre ella. Nuestras lenguas se buscan, se encuentran, y danzan dentro de nuestras bocas. Ella se mueve, me pide sin palabras que la acaricie. Le desprendo el pantalón y deslizo su ropa por sus piernas. Las abre para mí, y entierro mis labios en su sexo.

Mis batallas mentales han quedado atrás porque ya no tienen importancia. Ella es mi pasado y mi presente. Y en nuestro presente la siento llegar al orgasmo. Se tensa y grita mi nombre. Alma me desprende el pantalón y me lo saco a patadas. Ella enrosca sus piernas en mis caderas. La penetro y sé que este momento ya lo viví, lo vivimos juntos. Me asaltan los recuerdos, pero ya no me detengo en ellos. Mi presente es demasiado perfecto para seguir buscando lo que se quedó en algún rincón de mi mente.

Empujo y la penetro. Nuestros cuerpos se ensamblan, se complementan, encajan. Somos uno. Ella me abraza con tanta fuerza que me quita el aire. Debe tener miedo que esto sea como los sueños que quedaron inconclusos, pero es real y se lo demuestro cuando entro y salgo de su cuerpo hasta que la escucho jadear. Me besa. Nos movemos, nos complementamos, nos conocemos. Hay cosas que no se olvidan, y las otras… ya no importan porque solo la necesito a ella en mi vida para ser feliz.

Alma jadea y se aferra con más fuerza a mi cuello cuando la arrastra el orgasmo, y yo acelero el ritmo para acompañarla en el vuelo. Llegamos a la cima. Pero esta vez no caemos en el abismo. Esta vez volamos juntos.

—El día del accidente te mentí cuando te dije “No va a pasar nada, mi amor” —susurro las palabras que le dije antes de que nuestras vidas quedaran en pausa. Ella me mira con ese brillo que tiene en sus ojos. Su mirada es tan transparente que me deja ver la emoción que le provocan mis pocos recuerdos—. Pero en ese momento me lo creí. No quiero que nades contra la

corriente, porque yo siempre voy a ser el mar que te espera con los brazos abiertos —digo.

— Te amo, Kevin —dice, y llora cuando parafraseo su canción preferida—. Ese día creí que la canción era una premonición. En la película él se muere, y tú te habías ido. No la escuché más... hasta que regresaste.

—La vida nos dio otra oportunidad, belleza, y la vamos a aprovechar al máximo a pesar de que solo tengo retazos de nuestro pasado. Pero tenemos el presente, y tú tienes los recuerdos para que podamos cumplir esos sueños que proyectamos juntos —digo.

—Eran sueños simples pero que nos hacían felices. Queríamos mudarnos a Las Rosas y vivir en esta casa, que había sido de mi abuela. Disfrutar del aire puro de Las Rosas. Hacer caminatas. Ir al bar de Lolo los sábados a beber una cerveza con amigos. Tú querías abrir un negocio para vender productos de pesca, y yo iba a trabajar en la tienda de la amiga de mi madre. Y los estamos cumpliendo a todos. Solo faltabas tú en esta casa, que siempre llamaste nuestro paraíso —dice Alma.

—Y tú creías que el destino nos quería separar —digo—. Qué estamos esperando para ponerle remedio a lo que nos falta por cumplir —digo.

—Antes me gustaría saber si podrías perdonar a tus padres y a tu hermana, Kevin —dice Alma.

—Ya perdoné a mi padre y a mi hermana, belleza.

—Podemos recibirlos en nuestra casa —sugiere.

Ella es más generosa que yo.

—Podemos, pero no tan rápido —digo, y la belleza asiente.

—No podemos ser felices si cargamos con resentimientos o culpas.

—Tienes razón. Pero mi familia eres tú, belleza. Mi hermano es Marcos y Julia es como mi abuela —digo, a Alma le brillan los ojos, y yo me siento en paz con su pedido de darles una oportunidad a mi padre y a mi hermana. Mi madre… no sé qué va a pasar con mi madre. Es demasiado pronto para perdonar a alguien que nunca me habría devuelto mi pasado, y desapareció cuando recuperé las ganas de vivir.

—Ahora sí podemos ponerle remedio a la parte de nuestro sueño que nos falta por cumplir. Nuestro paraíso te está esperando —dice Alma.

La abrazo y siento que por fin he llegado a casa.

Estoy en la casa que mi padre le rentó a Julia. Guardo mis pocas pertenencias porque la vida, o las malas decisiones de las personas, nos robaron dos años y medio. Pero nos hemos reencontrado y el tiempo es algo que no hay que subestimar. A la vida hay que vivirla en el presente.

Salgo al parque con la valija y un bolso. Miro el nido de Brasita de fuego y me asaltan

mis nuevos recuerdos, los de aquel día que Alma entró por la verja y me dijo: *Chico, si quieres engordar yo tengo las mejores facturas de Las Rosas. Las hacen en la panadería donde trabajo. Las que no se venden nos las regalan a los empleados. El pan está recién horneado. No es sobra. Y es de los buenos. Solo en los pueblos los hacen con leña de verdad*. Ese fue su primer bocado de información.

Tienes mucha suerte de tener a Brasita de fuego en tu jardín. Es un pájaro temeroso y huidizo. Parece que tuviera la cabeza despeinada, como tú, y así me gané el apodo que me puso.

Sí, ese día me volví a enamorar de Alma. Y cómo no hacerlo de alguien tan especial como ella.

—Ojalá encuentres a alguien tan especial como mi belleza —digo a ese pájaro que no se ha dignado a salir para despedirme.

Me giro y salgo de la casa. Alma me espera en la puerta. Me ha dado espacio para que me despida de mi vecina Julia, y de Brasita, como me aclaró.

—Ese pajarraco no se ha dignado a salir del nido para saludarme —digo.

—Es temeroso y huidizo, pero te quiere, como yo —dice, y se cuelga mi bolso al hombro.

Entrelazamos nuestras manos y caminamos hacia nuestra casa, felices de comenzar a cumplir los sueños que dejamos en pausa hace más de dos años.

Queridas Lectoras, espero que hayan disfrutado de mi novela Después del abismo, de Alma y Kevin y de todos los personajes que los acompañaron y los ayudaron a contar su historia.

Si quieren contactarse conmigo, les dejo los links donde me puedes encontrar.

Mail:susananick@hotmail.com
Facebook: facebook.com/Susana.oro.1
Instagram: susana_oro

Página de Amazon donde pueden encontrar todas mis novelas:
relinks.me/SusanaOro

¡Hasta la próxima!

SINOPSIS

Recorrían la ruta de curvas interminables que los llevaba a la cima de la montaña. Comenzaba a atardecer y no había una nube en el cielo. Iban a disfrutar de una noche llena de estrellas.

Sonaba Unchained Melody de Righteous Brothers, como repetía Kevin, porque a Alma le gustaba llamarla Las sombras del amor, como en la película Ghost. Era su canción preferida y la cantaba a gritos.

Unchained Melody quedó silenciada en una curva del camino y se convirtió en una premonición.

Y como la canción, los sueños de Alma Torne y Kevin Serrano quedaron olvidados en aquella curva.

No eran grandes sueños, pero eran los que ellos querían. Una vida tranquila en Las Rosas, el encantador pueblo de montaña donde Alma heredó la casita de su abuela; sin tanta gente, sin tantos atascos de tráfico como había en la ciudad. Kevin quería abrir un negocio de pesca. Alma quería trabajar en una tienda de ropa. Una vida sencilla que les permitiera disfrutar de hacer caminatas, cuidar el jardín, mirar las montañas, pescar en el lago, hacer un picnic en el río, ir el sábado por la noche a tomar una cerveza en el bar de Lolo, y respirar el aire puro del campo. A Kevin le encantaba respirar el aire puro de Las Rosas.

Alma intentó cumplir esos sueños de los dos. Pero el pueblo había perdido el encanto, y la casa de su abuela ya no era un paraíso. Nunca miraba las montañas, y a ella no le entraba en los pulmones ese aire puro que Kevin tanto amaba.

Hasta que un día Leo llegó a Las Rosas, y *Unchained Melody* volvió a sonar en los oídos de Alma, y ella creyó que la vida le estaba dando una segunda oportunidad.